

Un solo camino, una sola línea revolucionaria es una compilación de discursos pronunciados por el líder histórico de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, entre 1968 y 2003, en los que expresa su visión sobre una diversidad de temas anudados por un hilo conductor evidente al concluir su lectura. Hoy resultaría imposible llevar al papel las emociones contenidas al ser testigo presencial de algunas de esas intervenciones públicas que señalaron momentos trascendentales de la contemporaneidad.

Con un verbo adornado por la llama del carisma, vivió bajo la urgencia de los profetas y fue un modelo del concepto «ignaciano» de la disciplina que ejerció en la lectura, la meditación y la vigilia.

En estos discursos se pone de manifiesto no solo su erudición sino su conocimiento de las cuestiones esenciales del mundo que le tocó vivir. Supo emplear el método deductivo, de lo general a lo particular. Iba de lo universal a lo cubano y veía a Cuba siempre inserta en la realidad latinoamericana.

Reverenciaba al Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros de lucha que tuvieron el valor y la voluntad de acompañarle en el gran desafío que supuso lanzarse a luchar por la libertad de Cuba. De ahí que entre las alocuciones escogidas para este libro aparezcan tres piezas esenciales: el discurso en Manzanillo, Demajagua, el 10 de octubre de 1968; el del 11 de mayo de 1973 conmemorando la caída del general Ignacio Agramonte en Jimaguayú y el del 15 de marzo de 1978 en Baraguá, el sitio donde el general Antonio Maceo pronunció su histórica protesta independentista.

Las intervenciones compiladas en este libro nos colocan ante el poderoso análisis histórico de la Revolución en una suerte de cronología donde Fidel nos va esclareciendo y va fijando los hitos esenciales del proceso revolucionario cubano, con la intensa convicción que esta ha sido una sola desde Demajagua hasta hoy.

Ante la realidad política y económica del mundo, en perenne cambio, solo sobrevivirá en cualquier circunstancia, el proceso político que sea consecuente con el ideario de Fidel: amor a los oprimidos, fidelidad a los principios, solidaridad con los que luchan, por la mayor justicia posible y sobre todo, con la convicción profunda de que las revoluciones verdaderas solo pueden ser hijas de la cultura y de las ideas.

 OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO



Un solo camino, una sola línea revolucionaria 1868-2018

FIDEL CASTRO RUZ

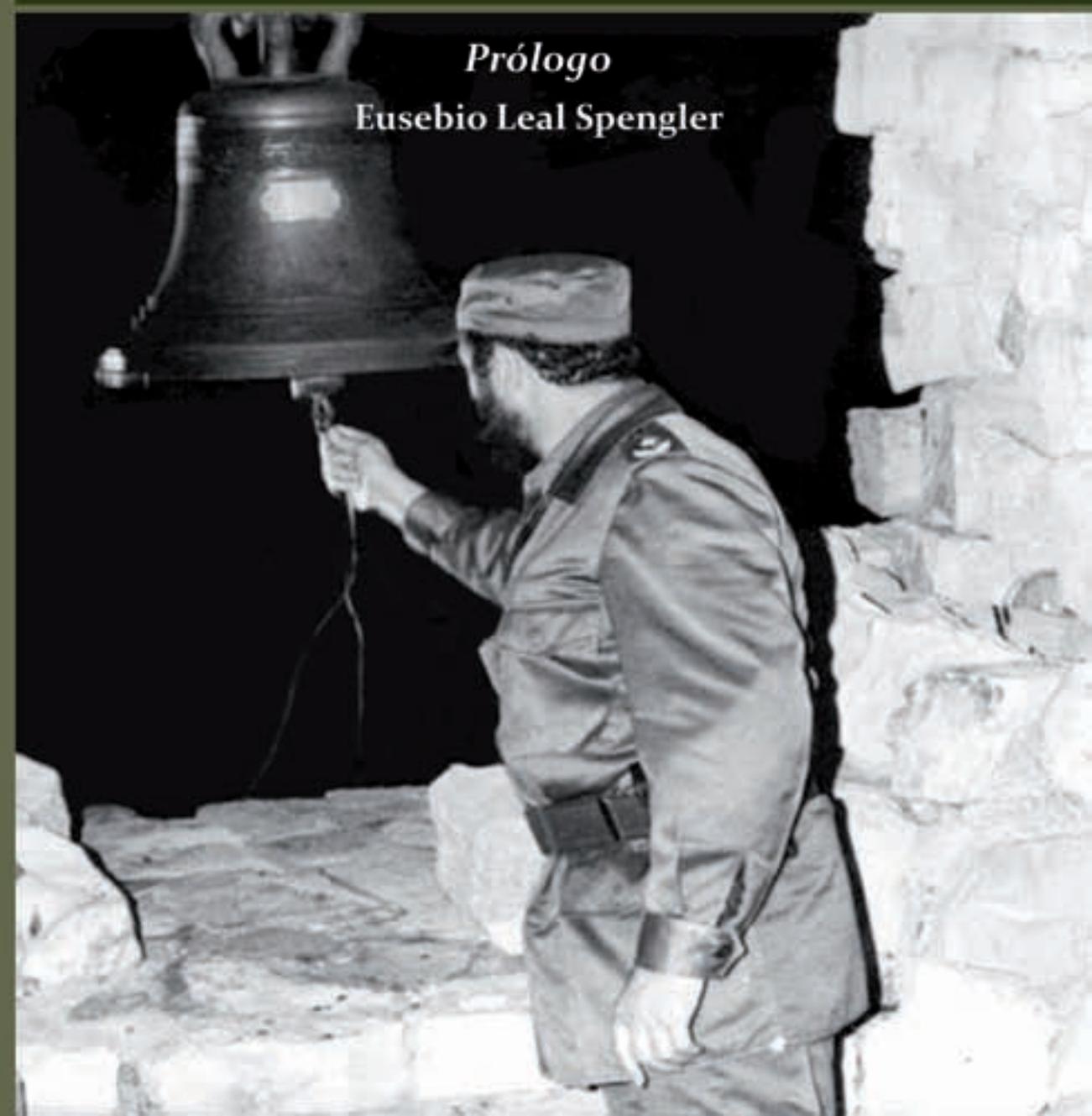


Un solo camino, una sola línea revolucionaria 1868-2018

FIDEL CASTRO RUZ

Prólogo

Eusebio Leal Spengler



***Un solo camino,
una sola línea revolucionaria
1868-2018***

En homenaje al 150 aniversario
del inicio de las guerras de independencia

*Un solo camino,
una sola línea revolucionaria
1868-2018*

Fidel Castro Ruz

Prólogo
Eusebio Leal Spengler



OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO

Cuidado de la edición: Belkys Duménigo García

Edición: Hildelisa Díaz Gil

Diseño de portada e interior: Aida Soto-Navarro

Corrección: Yahima Rosaenz León

Realización: José Ramón Lozano Fundora

© Fidel Castro Ruz, 2018

© Sobre la presente edición:

Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, 2018

ISBN: 978-959-274-173-7

Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado

Calle 8 No. 210, e/ Línea y 11, Vedado, La Habana, Cuba. C. P. 10 400

Teléfonos: (537) 836 8846/836 5234

Correo electrónico: publice@enet.cu



Fidel Castro: el revolucionario que vivió bajo la urgencia de los profetas

*«Adivinar es un deber de los que pretenden dirigir.
Para ir delante de los demás, se necesita ver más que ellos».*

JOSÉ MARTÍ

Al escribir estas líneas me he preguntado cuál sería el mejor modo, a título de prólogo, de someter a consideración de los lectores estos discursos pronunciados por el líder histórico de la Revolución Cubana, entre 1968 y 2003. En ellos se expresan sus visiones sobre una diversidad de temas anudados por un hilo conductor evidente al concluir su lectura. Hoy resultaría imposible llevar al papel las emociones contenidas al ser testigo presencial de algunas de esas intervenciones públicas que señalaron momentos trascendentales de la contemporaneidad.

La interrogante inicial podría encontrar una respuesta en la personalidad y por ende, el carácter del protagonista de esta gesta intelectual. Su avidez por los conocimientos le llevó a hurgar en el detalle de todo aquello que promovía su interés. Esta cualidad se hizo evidente para quienes convivieron con él en su infancia y adolescencia, fundamentalmente sus hermanos, con los cuales tuve la ocasión, en forma natural y sin cuestionario previo alguno, de indagar sobre el tema.

¹ Afirmación de José Martí ante los emigrados cubanos en Steck Hall, Nueva York, el 24 de enero de 1880. En *Obras Completas*, t. 4, p. 193.

La casa de Birán, en medio de la esplendorosa naturaleza del Oriente cubano, resultó el ámbito ideal para afirmar su vocación. Ese hogar viviría en su memoria para siempre y abandonarlo para alcanzar su destino, constituye uno de sus tantos desprendimientos. Muchas veces le escuché hablar de César Álvarez, el asturiano tenedor de libros y cuentas de su familia, hombre que poseía conocimientos de historia y literatura de la España del Siglo de Oro.

A don Ángel Argiz, su padre, solía mirarle con el respeto de quien se había forjado a sí mismo. En él se cumplieron las palabras que fueron colocadas sobre el dintel de la pequeña vivienda de piedras y tejas en Láncara, en la húmeda, poética y mística Galicia: «En esta casa en 1875 nació Ángel Castro Argiz, gallego que emigró a Cuba, donde plantó árboles que aún florecen».

También solía contarnos Fidel de su obligado aislamiento en la casa familiar de una maestra adusta, de sus primeras experiencias en las disciplinas pedagógicas de los Hermanos La Salle y de su ingreso final en el prestigioso Colegio de Dolores que regenteaban los padres jesuitas en Santiago de Cuba.

Recuerdo vivamente el instante en que quedó restaurada la que fuera su habitación en el Colegio de Belén en La Habana, a donde llegaría por la voluntad paterna de dar a él lo mejor. Al regresar a esa escuela donde estudió desde 1942 hasta 1945, se detuvo ante la puerta. La cama estaba tendida de modo impecable como nos pareció más acertado. Sin embargo, se dirigió a ella, colocó en una suerte de desorden las sábanas, en ángulo específico la colcha de lana y exclamó simplemente: «¡así era!»

En las aulas del antiguo Real Colegio aprendió ciencias, geografía, historia universal, pero solía quejarse de que los estudios cubanos no eran suficientes. Aprendió oratoria, historia sagrada, base de sus conocimientos bíblicos y sintió admiración por los hijos de San Ignacio, inspirados en aquel que por conservar

su gallarda figura de soldado había ordenado romper en seco su pierna mal soldada luego de sufrir graves heridas durante el sitio de Pamplona, en 1813. Asistió con puntualidad a los ejercicios espirituales que obligaban al silencio y a la meditación. Cumplió con las reglas más estrictas y al abandonar aquellos claustros el Monseñor Amando Llorente, sacerdote jesuita, escribió sobre él una definición casi admonitoria que aparece en el libro de memorias de su promoción (1944-1945):

Fidel Castro se distinguió siempre en todas las asignaturas relacionadas con las letras... Fue un verdadero atleta, ha sabido ganarse la admiración y el cariño de todos. Cursará la carrera de Derecho y no dudamos que llenará con páginas brillantes el libro de su vida. Fidel tiene madera y no faltará el artista.

Elegante y distinguido, buen tipo, como solía decirse de los hombres de su apostura, Alfredo Guevara me contó que al ingresar en la Universidad de La Habana causó el impacto de lo absolutamente inesperado. Tenía la rara capacidad de recordar fotográficamente las clases que recibía y pudo, de manera excepcional, aprobarlas con notas sobresalientes como aparece reflejado en su expediente. Involucrado en la política universitaria, conmovida entonces por la presencia de diversos grupos y facciones que habían trasladado a la Colina sus propias desavenencias y en medio del espíritu decadente que se percibía en la sociedad republicana, pudo afirmar años después, en memorable discurso en el Aula Magna del cual fui testigo: «(...) en esta universidad me hice revolucionario».

La universidad fue el ágora, la Atenas periclea en la plenitud de su formación académica, pero la crisis social lo reclamó a un papel más alto y mejor, el sueño o más bien la aspiración a un cambio radical posible en Cuba

Del artista que no faltaría tuvimos asces pruebas gracias al diálogo permanente con las inquietudes y los sentimientos del

pueblo. Fidel es un hombre de la cultura y un intelectual preocupado porque se publicaran las mejores cien poesías de la literatura hispanoamericana en ediciones masivas o *El Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra, obra con la cual la Revolución inauguró la Imprenta Nacional y la colección Biblioteca del Pueblo. Y hasta el último momento apoyó toda iniciativa que representara un acceso universal de las cubanas y los cubanos al conocimiento.

Cuando más molesta o difícil era la situación del país por alguna dificultad o agresión, la poesía cumplía un efecto reparador. Recuerdo que en una de esas ocasiones le recité los versos de *Canción del pirata*, de José de Espronceda:

*Con diez cañones por banda,
viento en popa a toda vela,
no corta el mar, sino vuela...*

Y continuaba él:

*...un velero bergantín.
bajel pirata que llaman
por su bravura el Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín...
...Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor...*

El que ha tenido la oportunidad de ver sus libros y biblioteca conoce el universo de sus inquietudes. Cuando asumió sus responsabilidades políticas siguió leyendo incansablemente dentro del amplísimo espectro temático propio de su avidez por el conocimiento.

Como jefe del Estado se le preparaba a diario un resumen absoluto de decenas y decenas de páginas con las noticias, los más trascendentales descubrimientos de última generación, los incidentes más importantes acontecidos en el mundo. De ahí que causaba admiración a los políticos y personalidades que recibía, porque nunca se presentaba antes ellos sin estar adecuadamente preparado. En ese sentido también cumplió ejemplarmente sus deberes como estadista.

Pero la naturaleza más íntima de su vocación fue la de ser un revolucionario, un inconforme, uno que aspiraba en todas las cosas al detalle y la búsqueda de la perfección. No por ello trazo el perfil de un Fidel irreal que pudo cumplir esa altísima aspiración de manera absoluta. Fidel era ante todo un hombre y todo intento de endiosarlo es disminuirlo. Eso sí, fue un hombre superior que subordinó todo, absolutamente todo, a cumplir lo que él consideraba su destino. Subordinó a su vocación su vida privada, las aspiraciones a las que accedería con facilidad cualquier joven de su clase. Sorprende el desarrollo vertiginoso en la radicalización de sus ideas tomando como modelo y fuente de inspiración la vida y la obra de José Martí. Para defenderlo de las asechanzas de sus enemigos no pocos estarían dispuestos entonces y luego, a poner en riesgo sus propias vidas, sin embargo, tendría como norma invariable no pedir jamás a otros lo que él no era capaz de hacer. Muy molesto le escuché decir en una oportunidad que el único papel que jamás le gustó representar era el de cobarde.

Su oratoria es inigualable y rezumaba su poderosa cultura y la infinita visión de futuro que tuvo desde su juventud. Cuando iba a hablar levantaba la mano y comenzaba a arreglar los micrófonos, tratando de dominar su propia tensión emocional frente a un gran público. Tenía la gran posibilidad de hablar durante horas desarrollando un tema o de resumir sus conceptos en dos cuartillas que estremecían y admiraban hasta a sus enemigos, que eran los enemigos de Cuba.

Con un verbo adornado por la llama del carisma, vivió bajo la urgencia de los profetas y fue un modelo del concepto «ignaciano» de la disciplina que ejercitó en la lectura, la meditación y la vigilia.

En estos discursos se pone de manifiesto no solo su erudición sino su conocimiento de las cuestiones esenciales del mundo que le tocó vivir. Supo emplear el método deductivo, de lo general a lo particular. Iba de lo universal a lo cubano y veía a Cuba siempre inserta en la realidad latinoamericana.

Reverenciaba al Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes y sus compañeros de lucha que tuvieron el valor y la voluntad de acompañarle en el gran desafío que supuso lanzarse a luchar por la libertad de Cuba. De ahí que entre las alocuciones escogidas para este libro aparezcan tres piezas esenciales: el discurso en Manzanillo, Demajagua, el 10 de octubre de 1968; el del 11 de mayo de 1973 conmemorando la caída del general Ignacio Agramonte en Jimaguayú y el del 15 de marzo de 1978 en Baraguá, el sitio donde el general Antonio Maceo pronunció su histórica protesta independentista.

En los tres desarrolla un concepto dialéctico perfecto al concluir que no se puede juzgar a los hombres de ayer con los criterios de hoy. Y especialmente en el consagrado a Agramonte, deja sentadas las bases para una correcta interpretación de la historia patria:

Desgraciadamente estas diferencias —naturales e inevitables en toda lucha— sirvieron después de marco para que, terminadas las contiendas por la independencia, se adoptaran criterios y tendencias en el enfoque de los acontecimientos históricos, para que posteriormente muchos cubanos se mostrasen partidarios de unos o de otros: en fin, de que unos cubanos se tildasen apasionadamente de cespedistas y otros de agramontistas.

Nosotros entendemos que esto es verdaderamente lamentable: aleja de su verdadera dimensión a los hombres, y aleja los acontecimientos históricos de las circunstancias en que tuvieron lugar.

Puede resultar fácil ahora hacer juicios, hacer análisis, una vez que los acontecimientos históricos han tenido lugar; y decir: «Este tenía razón; este no tenía razón». Los hechos históricos hay que juzgarlos con mucho cuidado, y hay que analizarlos muy seriamente y sobre bases sólidas.

El elenco de intervenciones que jalonan este libro le confiere una categoría docente al texto. Y por solo escoger algunos que marcan hitos en la vida contemporánea de Cuba, destaco el del acto central en el antiguo cuartel Moncada de Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1973, veinte años después del memorable asalto donde suscribe el poder de las ideas:

El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo contener la lucha victoriosa de nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón en los propósitos justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante, ellos encendieron en las almas el aliento inextinguible, ellos nos acompañaron en las cárceles y en el destierro, ellos combatieron junto a nosotros a lo largo de la guerra.

De carácter trascendental resulta también el de las honras fúnebres a las víctimas del bombardeo a distintos puntos de la república en vísperas de la agresión en Playa Girón. En 23 y 12, en El Vedado habanero, frente a las puertas del cementerio de Colón, en abril de 1961, pone en manos de los que han de luchar, triunfar o morir las banderas del socialismo:

Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos

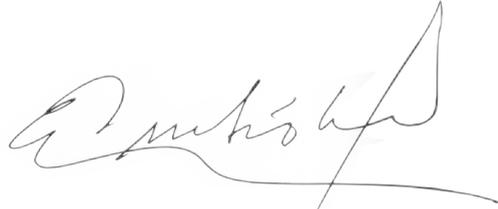
los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba (...) ¡y que hayamos hecho una Revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos!

Resalto asimismo la emotiva oración a los caídos durante el cumplimiento de las honrosas misiones internacionalistas militares y civiles, pronunciada en el campo de recordación del Cacahual, en Santiago de las Vegas, La Habana, en el mausoleo erigido al Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales y de su ayudante, el joven capitán Francisco Gómez Toro, el 7 de diciembre de 1989:

A la Revolución y al socialismo, debemos hoy todo lo que somos. Si a Cuba regresara alguna vez el capitalismo, nuestra independencia y soberanía desaparecerían para siempre, seríamos una prolongación de Miami, un simple apéndice del imperio yanqui, el cumplimiento de aquella repugnante profecía de un presidente de Estados Unidos en el siglo pasado cuando pensaban anexionar nuestra isla y dijo que esta caería en manos de ese país como una fruta madura. Para impedirlo hoy, mañana y siempre, habrá todo un pueblo dispuesto a morir. De nuevo cabe repetir aquí ante su propia tumba la frase inmortal de Maceo: «quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

Las intervenciones compiladas en este libro nos colocan ante el poderoso análisis histórico de la Revolución en una suerte de cronología donde Fidel nos va esclareciendo y va fijando los hitos esenciales del proceso revolucionario cubano, con la intensa convicción que esta ha sido una sola desde Demajagua hasta hoy.

Dejemos pues a ustedes, lectores, meditar en esta obra de intensa actualidad. Ante la realidad política y económica del mundo, en perenne cambio, solo sobrevivirá en cualquier circunstancia, el proceso político que sea consecuente con el ideario de Fidel: amor a los oprimidos, fidelidad a los principios, solidaridad con los que luchan, por la mayor justicia posible y sobre todo, con la convicción profunda de que las revoluciones verdaderas solo pueden ser hijas de la cultura y de las ideas.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Eusebio Leal Spengler', with a long horizontal flourish extending to the right.

EUSEBIO LEAL SPENGLER
La Habana, septiembre de 2018.



*Velada conmemorativa de los cien años
de lucha, efectuada en La Demajagua,
Monumento Nacional, Manzanillo, Granma*

10 DE OCTUBRE DE 1968,
AÑO DEL GUERRILLERO HEROICO

Familiares aquí presentes de los héroes de nuestras luchas por la independencia;

Invitados;

Compañeros y compañeras que ostentan aquí, esta noche, la representación de todos los rincones del país:

Ninguna otra ocasión revistió la importancia de la conmemoración del día de hoy. Y al parecer la naturaleza nos someterá una vez más a una pequeñísima prueba, si se quiere, porque ella se suma a esta misma conmemoración si recordamos que, precisamente, después de la proclamación de la independencia de Cuba, cuando los primeros mambises se dirigían hacia el pueblo de Yara, también aproximadamente a esta misma hora, un copioso aguacero realizó con ellos, simbólicamente, el primer precedente de sacrificio. Y que por cierto, como nuestros primeros mambises en aquellos instantes no poseían más que unas cuantas escopetas de cartuchos e iban a realizar su primer combate, el agua mojó los cartuchos y las armas no pudieron disparar aquella noche; aquella noche, en que se derramó también la primera sangre cubana en la lucha de los cien años, y que se

empaparon por primera vez aquellos hombres, cuya vida, a lo largo de diez años, fue una vida de increíbles privaciones.

Hoy —les decía— nuestro pueblo conmemora aquella fecha al cumplirse cien años. Y este primer centenario del inicio de la lucha revolucionaria en nuestra patria, es para nosotros la más grande conmemoración que ha tenido lugar en la historia de nuestro país.

¿Qué significa para nuestro pueblo el 10 de octubre de 1868? ¿Qué significa para los revolucionarios de nuestra patria esta gloriosa fecha? Significa, sencillamente, el comienzo de cien años de lucha, el comienzo de la Revolución en Cuba, porque en Cuba solo ha habido una Revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868 (aplausos), y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes.

No hay, desde luego, la menor duda de que Céspedes simbolizó el espíritu de los cubanos de aquella época, simbolizó la dignidad y la rebeldía de un pueblo —heterogéneo todavía—, que comenzaba a nacer en la historia.

Fue Céspedes, sin discusión, entre los conspiradores de 1868, el más decidido a levantarse en armas. Se han elaborado algunas interpretaciones de su actitud, cuando en la realidad su conducta tuvo una exclusiva motivación. En todas las reuniones de los conspiradores, Céspedes siempre se había manifestado el más decidido. En la reunión efectuada, el 3 de agosto de 1868, en los límites de Tunas y Camagüey, Céspedes propuso el levantamiento inmediato. En reuniones ulteriores con los revolucionarios de la provincia de Oriente en los primeros días de octubre, insistió en la necesidad de pasar inmediatamente a la acción. Hasta que por fin, el 5 de octubre de 1868, en una reunión en el ingenio —si mal no recuerdo— Rosario, los más decididos revolucionarios se reunieron y acordaron el alzamiento para el 14 de octubre.

Es conocido históricamente que Céspedes conoció en este lugar de un telegrama cursado el 8 de ese mismo mes, por el gobernador general de Cuba dando instrucciones a las autoridades

de la provincia de arrestar a Carlos Manuel de Céspedes. Y Carlos Manuel de Céspedes no les dio tiempo a las autoridades, no les permitió a aquellas tomar la iniciativa, e inmediatamente, adelantando la fecha, cursó las instrucciones correspondientes y el 10 de octubre, en este mismo sitio, proclamó la independencia de Cuba.

Es que la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó, en su inmensa mayoría, en la prisión o en el cadalso.

Es incuestionable que Céspedes tuvo la clara idea de que aquel alzamiento no podía esperar demasiado ni podía arriesgarse a recorrer el largo trámite de una organización perfecta, de un ejército armado, de grandes cantidades de armas, para iniciar la lucha, porque en las condiciones de nuestro país en aquellos instantes, resultaba sumamente difícil. Y Céspedes tuvo la decisión.

De ahí que Martí, dijera que «de Céspedes el ímpetu y de Agramonte la virtud», aunque hubo también mucho de ímpetu en Agramonte y mucho de virtud en Céspedes. Y el propio Martí, expresó en una ocasión, explicando la actitud de Céspedes, sus discrepancias sobre el aplazamiento del movimiento con otros revolucionarios, diciendo que «aplazar era darles tal vez la oportunidad a las autoridades coloniales vigilantes para echárseles encima».

Y los hechos históricos demostraron que aquella decisión era necesaria, que aquella resolución iba a prender precisamente la chispa de una heroica guerra que duró diez años; una guerra que se inició sin recursos de ninguna clase, por un pueblo prácticamente desarmado, que desde entonces adoptó la clásica estrategia y el clásico método para abastecerse de armas, que era arrebatándoselas al enemigo.

En la historia de estos cien años de lucha, no fue la única ocasión en que nuestro pueblo, igualmente desprovisto de armas, igualmente impreparado para la guerra, se vio en la necesidad de lanzarse a la lucha y abastecerse con las armas de los

enemigos. Y la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática: y es que si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca; y que si un pueblo está decidido a luchar, las armas están en los cuarteles de los enemigos, en los cuarteles de los opresores.

Y esta realidad, este hecho, se demostró en todas nuestras luchas, en todas nuestras guerras.

Cuando al iniciarse la lucha de 1895, Maceo desembarca por la zona de Baracoa, lo acompañaban un puñado de hombres y unas pocas armas. Y cuando Martí, con Máximo Gómez, desembarca en un lugar de la costa sur de Oriente, áspero y duro, en una noche oscura y tormentosa, venía también acompañado de un exiguo grupo de combatientes. No llevaba un ejército detrás. El ejército estaba aquí, en el pueblo; y las armas estaban aquí, en manos de los dominadores.

Y cuando apenas algunos días más tarde avanzaron por el interior de la provincia, se encontraron a José Maceo con una numerosa tropa combatiendo en las inmediaciones de Guantánamo, y más adelante a Antonio Maceo, que después del desembarco, se había quedado absolutamente solo por las montañas y los bosques de Baracoa —¡absolutamente solo!—, y que unas cuantas semanas después recibía a Máximo Gómez y a Martí, con un ejército de tres mil orientales organizados y listos para combatir.

Estos hechos nos brindaron un ejemplo extraordinario y nos enseñaron en días también difíciles, cuando no había recursos, cuando no había armas, pero sí un pueblo en el cual se confiaba, estas circunstancias no fueron tampoco un obstáculo para iniciar la lucha.

Y este es un ejemplo, no solo para los revolucionarios cubanos, es un ejemplo formidable para los revolucionarios en cualquier parte del mundo.

Nuestra Revolución, con su estilo, con sus características esenciales, tiene raíces muy profundas en la historia de nuestra patria. Por eso decíamos, y por eso es necesario que lo comprendamos con claridad todos los revolucionarios, que nuestra Revolución es una Revolución, y que esa Revolución comenzó el 10 de octubre de 1868. (Aplausos).

Este acto de hoy es como un encuentro del pueblo con su propia historia, es como un encuentro de la actual generación revolucionaria con sus propias raíces. Y nada nos enseñará mejor a comprender lo que es una revolución, nada nos enseñará mejor a comprender el proceso que constituye una revolución, nada nos enseñará mejor a entender qué quiere decir revolución, que el análisis de la historia de nuestro país, que el estudio de la historia de nuestro pueblo y de las raíces revolucionarias de nuestro pueblo.

Quizás para muchos, la nación o la patria ha sido algo así como un fenómeno natural; quizás para muchos, la nación cubana y la conciencia de nacionalidad existieron siempre; quizás muchos, pocas veces se han detenido a pensar cómo fue precisamente que se gestó la nación cubana, y cómo se gestó nuestra conciencia de pueblo, y cómo se gestó nuestra conciencia revolucionaria.

Hace cien años no existía esa conciencia, hace cien años no existía la nacionalidad cubana, hace cien años no existía un pueblo con pleno sentido de un interés común y de un destino común. Nuestro pueblo hace cien años era una masa abigarrada constituida, en primer término, por los ciudadanos de la potencia colonial que nos dominaba; una masa enorme también de ciudadanos nacidos en este país, algunos descendientes directos de los españoles, otros descendientes más remotos, de los cuales algunos se inclinaban a favor del poder colonial y otros eran alérgicos a aquel poder; una masa considerable de esclavos, traídos de manera criminal a nuestra tierra para explotarlos despiadadamente, cuando ya los explotadores habían aniquilado virtualmente la primitiva población aborigen de nuestro país.

Y desde luego, los dueños de las riquezas eran, en primer lugar, los españoles; los dueños de los negocios y los dueños de las tierras. Pero también había descendientes de los españoles, llamados criollos, que poseían centrales azucareros y que poseían grandes plantaciones. Y por supuesto, que en un país en aquellas condiciones en que la ignorancia era enorme, el acceso a los libros, el acceso a la cultura lo tenía un número exiguo y reducido de criollos, procedentes, precisamente, de esas familias acaudaladas.

En aquellas primeras décadas del siglo pasado, cuando ya el resto de la América Latina se había independizado de la colonia española, permanecía asentado sobre bases sólidas el poder de España en nuestra patria, a la que llamaban la última joya y la más preciada joya de la corona española.

Fue ciertamente escasa la influencia que tuvo en nuestra tierra la emancipación de América Latina.

Se sabe que en la mente de los libertadores de América Latina se albergó también la idea de enviar a Cuba un ejército a liberarnos. Pero, ciertamente, aquí todavía no había una nación que liberar, sencillamente, porque no había nación, no había un pueblo que liberar, porque no existía pueblo con la conciencia de la necesidad de esa libertad.

Y en aquellos primeros años del siglo pasado, en la primera mitad del siglo pasado, las ideas que los sectores con más cultura de la población, los sectores capaces de elaborar algunas formulaciones políticas, las ideas enarboladas por ellos, no eran precisamente la idea de la independencia de Cuba.

Por aquellos tiempos se discutía, fundamentalmente, el problema de la esclavitud. Y los terratenientes, los ricos, la oligarquía que dominaba en nuestro país, bien española o bien cubana, estaba poseída de un enorme temor a la abolición de la esclavitud; es decir, que sus intereses como propietarios, sus intereses como clase, y pensando exclusivamente en función de

esos intereses, la conducía a pensar en la solución de la anexión a Estados Unidos de Norteamérica.

Así surgió una de las primeras corrientes políticas, que se dio en llamar la corriente anexionista. Y esa corriente tenía un fundamento de carácter económico: era el pensamiento de una clase, que consideraba el aseguramiento de esa institución oprobiosa de la esclavitud, por la vía de anexionarse a Estados Unidos, donde un grupo numeroso de estados mantenía la misma institución. Y como ya se suscitaban las contradicciones entre los estados del sur y del norte, por el problema de la esclavitud, los políticos esclavistas del sur de Estados Unidos alentaron también la idea de la anexión a Cuba, con el propósito de contar con un Estado más, que ayudase a garantizar su mayoría en el seno de Estados Unidos, su mayoría parlamentaria.

Esa es la raíz de aquella expedición a mediados de siglo dirigida por Narciso López.

Cuando nosotros estudiábamos en las escuelas, nos presentaban a Narciso López como un patriota, nos presentaban a Narciso López como un libertador. Tantas cosas nos presentaron de una manera increíblemente torcida, que se nos hizo creer en nuestros años de escolares —y ya supuestamente establecida la República de Cuba—, se nos hacía creer que Narciso López había venido a libertar a Cuba, cuando ciertamente Narciso López, vino alentado por los políticos esclavistas de Estados Unidos a tratar de conquistar un Estado más para, precisamente, servir de apoyo a la más inhumana y retrógrada institución, que era la institución de la esclavitud.

Martí, en una ocasión calificó aquella expedición de infeliz, organizada precisamente por esos intereses. De manera que en aquel entonces, las corrientes anexionistas adquirieron considerable fuerza en el seno de nuestro país.

Y es preciso que lo tengamos en cuenta, porque esa corriente, por una u otra causa, con uno u otro matiz, resurgía periódicamente en el proceso de la historia de Cuba.

En determinados momentos las corrientes anexionistas fueron perdiendo fuerza y surgieron entonces otras corrientes frente a la política española en nuestra patria, que se dio en llamar el reformismo, que propugnaba, no la lucha por la independencia de Cuba, sino por determinadas reformas dentro de la colonia española.

Todavía, realmente, no había surgido en la realidad una corriente independentista, una corriente verdaderamente independentista. Los engaños y las burlas reiteradas del régimen colonial español, llevaron al ánimo y la conciencia de un reducido grupo de cubanos, de criollos pertenecientes, por cierto, a sectores acomodados, poseedores de riquezas, poseedores a la vez de cultura, de amplia información acerca de los procesos que tenían lugar en el mundo, que concibieron por primera vez la idea de la obtención de sus derechos por la vía revolucionaria, por la vía de las armas, en lucha abierta contra el poder colonial.

Mas, nadie piense que aquel núcleo de cubanos estaba obligadamente llamado a contar con el apoyo mayoritario de la población, que podía contar con un respaldo grande a la hora de la lucha, porque —como dijimos anteriormente— en aquellos instantes, la conciencia de la nacionalidad no existía.

Y entre los sectores que ostentaban la riqueza de origen criollo, había un factor que los dividía profundamente. Los españoles, lógicamente, estaban contra las reformas y, aún más, contra la independencia. Pero muchos criollos ricos, estaban también contra la idea de la independencia, puesto que los separaba de las ideas más radicales el problema de la esclavitud. Por lo que puede decirse que el problema de la esclavitud fue una cuestión fundamental, que dividía profundamente a los elementos más radicales, más progresistas de los criollos ricos, de aquellos elementos que, calificándose también de criollos —todavía no se hablaba propiamente de cubanos— se preocupaban por encima de todo de sus intereses económi-

cos, como es lógico; se preocupaban, por encima de todo, por mantener la institución de la esclavitud. Y de ahí que apoyaran el anexionismo primero, el reformismo luego, y cualquier cosa, menos la idea de la independencia y la idea de la conquista de los derechos por la vía de la lucha armada.

Y esto constituye una cuestión muy importante, porque vemos cómo esta historia se va a repetir periódicamente, esta contradicción, a lo largo de los cien años de lucha.

De manera que el reducido núcleo —que bien podía comenzar a considerarse patriota— del sector acaudalado e ilustrado de los hombres nacidos en este país, ese núcleo decidido a lanzarse a la conquista de sus derechos por la vía de las armas, tenía que enfrentarse a esa compleja situación, a esas hondas contradicciones, que necesariamente conducirían su causa a una lucha dura y larga. Y lo que vino a darles verdaderamente el título de revolucionarios fue su comprensión, en primer lugar, de que solo había un camino para conquistar los derechos, su decisión de adoptar ese camino, su ruptura con las tradiciones, con las ideas reaccionarias y su decisión de abolir la esclavitud.

Y hoy, tal vez pueda parecer fácil aquella decisión, pero aquella decisión de abolir la esclavitud constituía la medida más revolucionaria, la medida más radicalmente revolucionaria que se podía tomar en el seno de una sociedad, que era genuinamente esclavista.

Por eso, lo que engrandece a Céspedes es no solo la decisión adoptada, firme y resuelta de levantarse en armas, sino el acto con que acompañó aquella decisión, que fue el primer acto después de la proclamación de la independencia, que fue concederles la libertad a sus esclavos, a la vez que proclamar su criterio sobre la esclavitud, su disposición a la abolición de la esclavitud en nuestro país, aunque si bien condicionando en los primeros momentos aquellos pronunciamientos, a la esperanza de poder captar el mayor apoyo posible entre el resto de los terratenientes cubanos.

En Camagüey, los revolucionarios, desde el primer momento proclamaron la abolición de la esclavitud, y ya la Constitución de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, consagró definitivamente el derecho a la libertad de todos los cubanos, aboliendo definitivamente la odiosa y secular institución de la esclavitud.

Esto, desde luego, dio lugar —como ocurre siempre en muchos de estos procesos— a que muchos de aquellos criollos ricos, que vacilaban entre apoyar o no apoyar a la revolución, se abstuvieron de ayudar a la revolución, se apartaron de la lucha y, de hecho, comenzaron a cooperar con la colonia. Es decir, que en la medida en que la revolución se radicalizó, se quedó más aislado aquel grupo de cubanos, aquel grupo de criollos que, desde luego, ya empezaron a contar con los únicos capaces de llevar adelante aquella revolución, que eran los hombres humildes del pueblo y los esclavos recién liberados.

En aquellos primeros momentos del inicio de la lucha revolucionaria en Cuba, empezaron a cumplirse indefectiblemente las leyes de todo proceso revolucionario, empezaron a producirse las contradicciones, y comenzó el proceso de profundización y radicalización de las ideas revolucionarias, que ha llegado hasta nuestros días.

En aquel tiempo, desde luego, no se discutía el derecho a la propiedad de los medios de producción. Se discutía el derecho a la propiedad de unos hombres sobre otros. Y al abolir aquel derecho, aquella revolución —revolución radical desde el instante en que suprime un privilegio de siglos, desde el momento en que suprime aquel supuesto derecho consagrado por siglos de existencia— llevó a cabo un acto profundamente radical en la historia de nuestro país y, a partir de ese momento, por primera vez, se empezó a crear el concepto y la conciencia de la nacionalidad, y comenzó a utilizarse por primera vez el calificativo de cubano para comprender a todos los que, levantados en armas, luchaban contra la colonia española.

Sabido es cómo se desarrolló aquella guerra. Sabido es que muy pocos pueblos en el mundo fueron capaces o tuvieron la posibilidad de afrontar sacrificios tan grandes, tan increíblemente duros, como los sacrificios que soportó el pueblo cubano durante aquellos diez años de lucha, e ignorar esos sacrificios es un crimen contra la justicia, es un crimen contra la cultura, es un crimen para cualquier revolucionario.

Nuestro país solo, absolutamente solo, mientras los demás pueblos hermanos de América Latina —que unas cuantas décadas con anterioridad se habían emancipado de la dominación española— yacían sumidos en la abyección, sumidos bajo las tiranías de los intereses sociales que sustituyeron en esos pueblos a la tiranía española; nuestro país solo, y no todo el país, sino una pequeña parte del país, se enfrentó durante diez años a una potencia europea todavía poderosa, que podía contar y contó, con cientos de miles de hombres perfectamente armados, para combatir a los revolucionarios cubanos.

Es conocida la falta casi total de auxilio desde el exterior. Es conocida la historia de las divisiones en el exterior que dificultaron y, por último, imposibilitaron el apoyo de la emigración a los cubanos levantados en armas. Y, sin embargo, nuestro pueblo, haciendo increíbles sacrificios, soportando heroicamente el peso de aquella guerra, rebasando los momentos difíciles, logró ir aprendiendo el arte de la guerra, fue constituyendo un pequeño, pero enérgico ejército, que se abastecía de las armas de sus enemigos.

Y empezaron a surgir del seno del pueblo más humilde, de entre los combatientes que venían del pueblo, de entre los campesinos y de entre los esclavos liberados, empezaron a surgir, por primera vez del seno del pueblo, oficiales y dirigentes del movimiento revolucionario. Empezaron a surgir los patriotas más virtuosos, los combatientes más destacados, y así surgieron los hermanos Maceo, para citar el ejemplo que simboliza a aquellos hombres extraordinarios.

Y al cabo de diez años, aquella lucha heroica fue vencida no por las armas españolas, sino vencida por uno de los peores enemigos que tuvo siempre el proceso revolucionario cubano, vencida por las divisiones de los mismos cubanos, vencida por las discordias, vencida por el regionalismo, vencida por el caudillismo; es decir, ese enemigo, que también fue un elemento constante en el proceso revolucionario, dio al traste con aquella lucha.

Sabido es que, por ejemplo, Máximo Gómez, después de invadir la provincia de Las Villas y obtener grandes éxitos militares, fue prácticamente expulsado de aquella provincia por el regionalismo y por el localismo. No es esta la oportunidad de analizar el papel de cada hombre en aquella lucha, interesa analizar el proceso y dejar constancia de que la discordia, el regionalismo, el localismo y el caudillismo, dieron al traste con aquel heroico esfuerzo de diez años.

Pero también es forzoso reconocer que no se les podía pedir a aquellos cubanos, a aquellos primeros cubanos que comenzaron a fundar nuestra patria, el grado de conocimiento y experiencia política, el grado de conciencia política; más que conciencia —porque ellos tenían profunda conciencia patriótica— el grado de desarrollo de las ideas revolucionarias en la actualidad, porque nosotros no podemos analizar los hechos de aquella época a la luz de los conceptos de hoy, a la luz de las ideas de hoy. Porque cosas que hoy son absolutamente claras, verdades incuestionables, no lo eran ni lo podían ser todavía en aquella época. Las comunicaciones eran difíciles, los cubanos tenían que luchar en medio de una gran adversidad, incesantemente perseguidos y, desde luego, no podía pedírseles que en aquel entonces no se suscitara estos problemas, problemas que se volvieron a suscitar en la lucha de 1895, problemas que se volvieron a suscitar en la segunda mitad de este siglo a lo largo del proceso revolucionario.

Pero, cuando debilitadas las fuerzas cubanas por la discordia, arreció el enemigo su ofensiva, entonces también empe-

zaron a evidenciarse las vacilaciones de aquellos elementos que habían tenido menos firmeza revolucionaria. Y es en esos instantes —en el instante de la paz del Zanjón, que puso fin a aquella heroica guerra— cuando emerge, con toda su fuerza y toda su extraordinaria talla, el personaje más representativo del pueblo, el personaje más representativo de Cuba en aquella guerra venido de las filas más humildes del pueblo, que fue Antonio Maceo. (Aplausos).

Aquella década dio hombres extraordinarios, increíblemente meritorios, comenzando por Céspedes, continuando por Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García e infinidad de figuras que sería interminable enumerar. Y no se trata de medir ni mucho menos los méritos de cada cual —que fueron méritos extraordinarios— sino, simplemente, de explicar cómo se fue desarrollando aquel proceso y cómo, en el momento en que aquella lucha de diez años iba a terminar, surge aquella figura, surge el espíritu y la conciencia revolucionaria radicalizada, simbolizada en ese instante en la persona de Antonio Maceo, que frente al hecho consumado del Zanjón —aquel pacto que más que un pacto fue realmente una rendición de las armas cubanas— expresa en la histórica Protesta de Baraguá su propósito de continuar la lucha, expresa el espíritu más sólido y más intransigente de nuestro pueblo, declarando que no acepta el Pacto del Zanjón. Y efectivamente, continúa la guerra.

Ya incluso, después de haberse llegado a los acuerdos, Maceo libra una serie de combates victoriosos y aplastantes contra las fuerzas españolas. Pero en aquel momento, Maceo, reducido a su condición de jefe de una parte de las tropas de la provincia de Oriente, Maceo, negro —cuando todavía subsistía mucho el racismo y los prejuicios— no pudo contar naturalmente con el apoyo de todo el resto de los combatientes revolucionarios, porque desgraciadamente, todavía entre muchos combatientes y muchos dirigentes de aquellos combatientes, subsistía el prejuicio reaccionario e injusto. Por eso, aunque Maceo en aquel momento

salva la bandera, salva la causa y sitúa el espíritu revolucionario del pueblo naciente de Cuba en su nivel más alto, no pudo, pese a su enorme capacidad y heroísmo, seguir manteniendo aquella guerra, y se vio en la necesidad de hacer un receso en espera de las condiciones que le permitiesen reanudar otra vez el combate.

Pero la derrota de las fuerzas revolucionarias en 1878, trajo también sus secuelas políticas. A la sombra de la derrota, a la sombra del desengaño, otra vez de nuevo aquellos sectores, representantes décadas atrás de la corriente anexionista y de la corriente reformista, volvieron a la carga para propugnar una nueva corriente política, que era la corriente del autonomismo, para oponerse, naturalmente, a las tesis radicales de la independencia y a las tesis radicales acerca del método y del único camino para obtener aquella independencia, que era la lucha armada.

De manera que después de la Guerra de los Diez Años, en el pensamiento político o en la historia del pensamiento político cubano, surge de nuevo la corriente pacifista, la corriente conciliatoria, la corriente que se opone a las tesis radicales que habían representado los cubanos en armas. De la misma manera, vuelven a surgir las corrientes anexionistas en un grado determinado, corrientes, incluso, en los primeros tiempos de la Guerra de los Diez Años, cuando todavía muchos cubanos, ingenuamente, veían en la nación norteamericana el prototipo del país libre, del país democrático, y recordaban sus luchas por la independencia, la Declaración de la Independencia de Washington, la política de Lincoln; todavía, había cubanos a principios de la guerra de 1868 que tenían resabios o residuos de aquella corriente anexionista, que fue desapareciendo en ellos a lo largo de la lucha armada.

Se inicia una etapa de casi veinte años entre 1878 y 1895. Esa etapa tiene también una importancia muy grande en el desarrollo de la conciencia política del país. Las banderas revolucionarias no fueron abandonadas, las tesis radicales no fueron olvidadas. Sobre aquella tradición creada por el pueblo

de Cuba, sobre aquella conciencia engendrada en el heroísmo y en la lucha de diez años, comenzó a brotar el nuevo y aún más radical y avanzado pensamiento revolucionario.

Aquella guerra engendró numerosos líderes de extracción popular, pero también aquella guerra inspiró a quien fue sin duda, el más genial y el más universal de los políticos cubanos, a José Martí. (Aplausos).

Martí era muy joven cuando se inició la Guerra de los Diez Años. Padebió cárcel, padebió exilio; su salud era muy débil, pero su inteligencia extraordinariamente poderosa. Fue en aquellos años de estudiante paladín de la causa de la independencia y fue capaz de escribir algunos de los mejores documentos de la historia política de nuestro país, cuando prácticamente no había cumplido todavía veinte años.

Derrotadas las armas cubanas por las causas expresadas, en 1878, Martí se convirtió, sin duda, en el teórico y en el paladín de las ideas revolucionarias. Martí recogió las banderas de Céspedes, de Agramonte y de los héroes que cayeron en aquella lucha de diez años, y llevó las ideas revolucionarias de Cuba, en aquel período, a su más alta expresión. Martí conocía los factores que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, analizó profundamente las causas y se dedicó a preparar la nueva guerra. Y la estuvo preparando durante casi veinte años, sin desmayar un solo instante, desarrollando la teoría revolucionaria, juntando voluntades, agrupando a los combatientes de la Guerra de los Diez Años, combatiendo de nuevo —también en el campo de las ideas— a la corriente autonomista, que se oponía a la corriente revolucionaria, combatiendo también las corrientes anexionistas, que de nuevo volvían a resurgir en la palestra política de Cuba, después de la derrota y a la sombra de la derrota de la Guerra de los Diez Años.

Martí predica incesantemente sus ideas; Martí organiza a los emigrados; Martí organiza prácticamente el primer partido

revolucionario, es decir, el primer partido para dirigir una revolución, el primer partido que agrupara a todos los revolucionarios. Y con una tenacidad, una valentía moral y un heroísmo extraordinarios, sin otros recursos que su inteligencia, su convicción y su razón, se dedicó a aquella tarea.

Y debemos decir, que nuestra patria cuenta con el privilegio de poder disponer de uno de los más ricos tesoros políticos, una de las más valiosas fuentes de educación y de conocimientos políticos, en el pensamiento, en los escritos, en los libros, en los discursos y en toda la extraordinaria obra de José Martí.

Y a los revolucionarios cubanos más que a nadie nos hace falta, tanto cuanto sea posible, ahondar en esas ideas, ahondar en ese manantial inagotable de sabiduría política, revolucionaria y humana.

No tenemos la menor duda de que Martí ha sido el más grande pensador político y revolucionario de este continente. No es necesario hacer comparaciones históricas. Pero, si analizamos las circunstancias extraordinariamente difíciles en que se desenvuelve la acción de Martí: desde la emigración, luchando sin ningún recurso contra el poder de la colonia después de una derrota militar, contra aquellos sectores que disponían de la prensa y disponían de los recursos económicos para combatir las ideas revolucionarias; si tenemos en cuenta que Martí desarrollaba esa acción para liberar a un país pequeño, dominado por cientos de miles de soldados armados hasta los dientes, país sobre el cual se cernía no solo aquella dominación, sino un peligro mucho mayor todavía, el peligro de la absorción por un vecino poderoso, cuyas garras imperialistas comenzaban a desarrollarse visiblemente; y que Martí desde allí, con su pluma, con su palabra, a la vez que trataba de inspirar a los cubanos y formar su conciencia para superar las discordias y los errores de dirección y de método, que dieron al traste con la Guerra de los Diez Años, a la vez que unir en un mismo pensamiento revolucionario a los emigrados, a la vieja generación que inició la

lucha por la independencia y a las nuevas generaciones, unir a aquellos destacadísimos y prestigiosos héroes militares, se enfrentaba en el terreno de las ideas a las campañas de España en favor de la colonia, a las campañas de los autonomistas en favor de procedimientos leguleyescos y electorales y engañosos, que no conducirían a nuestra patria a ningún fin; y se enfrentaba a las nuevas corrientes anexionistas que surgían de aquella situación, y se enfrentaba al peligro de la anexión, no ya tanto en virtud de la solicitud de aquellos sectores acomodados que décadas atrás la habían solicitado para mantener la institución de la esclavitud, sino en virtud del desarrollo del poderío económico y político de aquel país, que ya se insinuaba como la potencia imperialista que es hoy. Teniendo en cuenta esas extraordinarias circunstancias, esos extraordinarios obstáculos, bien podemos decir que el Apóstol de nuestra independencia, se enfrentó a dificultades tan grandes y a problemas tan difíciles, como no se tuvo que enfrentar jamás ningún dirigente revolucionario y político en la historia de este continente.

Y así surgió, en el firmamento de nuestra patria esa estrella todo patriotismo, toda sensibilidad humana, todo ejemplo, que junto con los héroes de las batallas, junto con Maceo y Máximo Gómez, inició de nuevo la guerra por la independencia de Cuba.

¿Y qué se puede parecer más a aquella lucha de ideas de entonces, que la lucha de las ideas hoy? ¿Qué se puede parecer más a aquella incesante prédica martiana por la guerra necesaria y útil, como único camino para obtener la libertad, aquella tesis martiana en favor de la lucha revolucionaria armada (aplausos), que las tesis que tuvo que mantener en la última etapa del proceso el movimiento revolucionario en nuestra patria, enfrentándose también a los grupos electoralistas, a los politiqueros, a los leguleyos, que venían a proponerle al país remedios que durante cincuenta años no habían sido capaces de solucionar uno solo de sus males, y agitando el temor a la lucha, el temor al camino

revolucionario verdadero, que era el camino de la lucha armada revolucionaria? ¿Y qué se puede parecer más a aquella prédica incesante de Martí, que la prédica de los verdaderos revolucionarios, que en el ámbito de otros países de América Latina, tienen también la necesidad de defender sus tesis revolucionarias frente a las tesis leguleyescas, frente a las tesis reformistas, frente a las tesis politiqueras?

Y es que a lo largo de este proceso, las mismas luchas se han ido repitiendo en un período u otro, aunque —desde luego— no en las mismas circunstancias ni en el mismo nivel.

Martí, se enfrenta a aquellas ideas. Y se inicia la guerra de 1895, guerra igualmente llena de páginas extraordinariamente heroicas, llena de increíbles sacrificios, llena de grandes proezas militares; guerra que, como todos sabemos, no culminó en los objetivos que perseguían nuestros antepasados, no culminó en el triunfo definitivo de la causa, aunque ninguna de nuestras luchas culminó realmente en derrota, porque cada una de ellas fue un paso de avance, un salto hacia el futuro. Pero, es lo cierto que, al final de aquella lucha la colonia española, el dominio español, es sustituido por el dominio de Estados Unidos en nuestro país, dominio político y militar a través de la intervención.

Los cubanos habían luchado treinta años; decenas y decenas de miles de cubanos habían muerto en los campos de batalla, cientos de miles perecieron en aquella contienda, mientras los yanquis perdieron apenas unos cuantos cientos de soldados en Santiago de Cuba. Y se apoderaron de Puerto Rico, se apoderaron de Cuba, aunque con un *statu quo* diferente; se apoderaron del archipiélago de Filipinas, a diez mil kilómetros de distancia de Estados Unidos, y se apoderaron de otras posesiones. Algo de lo que más temían Martí y Maceo, porque ya la conciencia política y el pensamiento revolucionario se habían desarrollado tanto, que los dirigentes fundamentales de la guerra de 1895 tenían ideas clarísimas, absolutamente claras, acerca de los objetivos y

repudiaban en lo más profundo de su corazón la idea del anexionismo; y no solo ya el anexionismo, sino incluso la intervención de Estados Unidos en esa guerra.

Esta noche se leyó aquí uno de los párrafos más conocidos del pensamiento martiano, aquel que escribió en vísperas de su muerte, que prácticamente es el testamento en que le dice a un amigo el fondo de su pensamiento, una de las cosas por las que había luchado, aunque había tenido que hacerlo discretamente; una de las cosas que había inspirado su conducta y su vida, una de las cosas que en el fondo le inspiraba más júbilo, que era estar viviendo ya en el campo de batalla, en la oportunidad de dar su vida para con la independencia de Cuba impedir que Estados Unidos se extendiese, apoderándose de las Antillas, por el resto de América con una fuerza más.

Este es uno de los documentos más reveladores y más profundos y más caracterizadores del pensamiento profundamente revolucionario y radical de Martí, que ya califica al imperialismo como lo que es, que ya vislumbra su papel en este continente, y que con un examen que bien pudiera atribuirse a un marxista, por su profundo análisis, por su sentido dialéctico, por su capacidad de ver que en las insolubles contradicciones de aquella sociedad se engendraba su política hacia el resto del mundo, Martí, en fecha tan temprana como en 1895, fue capaz de escribir aquellas cosas y de ver tan profundamente en el porvenir.

Martí, escribió con toda la fuerza de su elocuencia y fustigó duramente las corrientes anexionistas como las peores en el seno del pensamiento político de Cuba. Y no solo Martí, sino Maceo asombra también a nuestra generación por la clarividencia, por la profundidad con que fue capaz de analizar también el fenómeno imperialista.

Es conocido que en alguna ocasión, cuando un joven se acercó a Maceo para hablarle de la posibilidad de que la estrella de Cuba figurara como una más en la constelación de Estados

Unidos, respondió que, aunque lo creía imposible, ese sería tal vez el único caso en que él estaría al lado de España.

Y también, como Martí, unos días antes de su muerte escribe con una claridad extraordinaria su oposición decidida a la intervención de Estados Unidos en la contienda de Cuba, y es cuando dice que «preferible es subir o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso». Palabras proféticas, palabras inspiradas, que uno y otro de nuestros dos más caracterizados adalides de aquella guerra de 1895, expresaron unos días antes de su muerte.

Y todos sabemos cómo sucedieron los acontecimientos. Cómo, cuando el poder de España estaba virtualmente agotado, movido por ansias puramente imperialistas, el Gobierno de Estados Unidos participa en la guerra, después de treinta años de lucha. Con la ayuda de los soldados mambises desembarcan, toman la ciudad de Santiago de Cuba, hunden la escuadra del almirante Cervera, que no era más que una colección propia de museo, más que escuadra y, que por puro y tradicional quijotismo, la enviaron a que la hundieran a cañonazos, sirviendo prácticamente de tiro al blanco a los acorazados americanos a la salida de Santiago de Cuba. Y entonces, a Calixto García ni siquiera lo dejaron entrar en Santiago de Cuba. Ignoraron por completo al Gobierno Revolucionario en Armas, ignoraron por completo a los líderes de la Revolución; discutieron con España sin la participación de Cuba; deciden la intervención militar de sus ejércitos en nuestro país. Se produce la primera intervención y de hecho se apoderaron militar y políticamente de nuestro país.

Al pueblo no se le hizo verdadera conciencia de eso. Porque ¿quién podía estar interesado en hacerle conciencia de esa monstruosidad? ¿Quiénes? ¿Los antiguos autonomistas? ¿Los antiguos reformistas? ¿Los antiguos anexionistas? ¿Los antiguos esclavistas? ¿Quiénes? ¿Los que habían sido aliados de la colonia durante las guerras? ¿Quiénes? ¿Los que no querían la independencia de Cuba sino la anexión a Estados Unidos? Esos

no podían tener ningún interés en enseñarle a nuestro pueblo estas verdades históricas, amarguísimas.

¿Qué nos dijeron en la escuela? ¿Qué nos decían aquellos inescrupulosos libros de historia sobre los hechos? Nos decían que la potencia imperialista, no era la potencia imperialista, sino que lleno de generosidad el Gobierno de Estados Unidos deseoso de darnos la libertad, había intervenido en aquella guerra y que, como consecuencia de eso, éramos libres. Pero, no éramos libres por los cientos de miles de cubanos que murieron treinta años en los combates (aplausos); no éramos libres por el gesto heroico de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria (aplausos), que inició aquella lucha, que incluso prefirió que le fusilaran al hijo antes de hacer una sola concesión; no éramos libres por el esfuerzo heroico de tantos cubanos; no éramos libres por la prédica de Martí; no éramos libres por el esfuerzo heroico de Máximo Gómez, Calixto García y todos aquellos próceres ilustres; no éramos libres por la sangre derramada por las veinte y tantas heridas de Antonio Maceo y su caída heroica en Punta Brava (aplausos); éramos libres, sencillamente, porque Teodoro Roosevelt² desembarcó con unos cuantos *rangers* en Santiago de Cuba, para combatir contra un ejército agotado y prácticamente vencido, o porque los acorazados americanos hundieron a los «cacharros» de Cervera frente a la bahía de Santiago de Cuba.

Y esas monstruosas mentiras, esas increíbles falsedades, eran las que se enseñaban en nuestras escuelas.

Y tal vez tan pocas cosas nos puedan ayudar a ser revolucionarios, como recordar hasta qué grado de infamia se había llegado, hasta qué grado de falseamiento de la verdad, hasta qué grado de cinismo en el propósito de destruir la conciencia de un pueblo, su camino, su destino; hasta qué grado de ignorancia criminal de los méritos y las virtudes y la capacidad de este pueblo —pueblo que hizo sacrificios como muy pocos pueblos

² Vigésimo sexto presidente de Estados Unidos, desde 1901 hasta 1909.

hicieron en el mundo— para arrebatarle la confianza en sí mismo, para arrebatarle la fe en su destino.

Y de esta manera, los que cooperaron con España en los treinta años, los que lucharon en la colonia, los que hicieron derramar la sangre de los mambises, aliados ahora con los interventores yanquis, aliados con los imperialistas yanquis, pretendieron hacer lo que no habían podido hacer en treinta años, pretendieron, incluso, escribir la historia de nuestra patria amañándola y ajustándola a sus intereses, que eran sus intereses anexionistas, sus intereses imperialistas, sus intereses anticubanos y contrarrevolucionarios.

¿Con quiénes se concertaron los imperialistas en la intervención? Se concertaron con los comerciantes españoles, con los autonomistas. Hay que decir que en aquel primer gobierno de la República, había varios ministros procedentes de las filas autonomistas que habían condenado a la Revolución. Se aliaron con los terratenientes, se aliaron con los anexionistas, se aliaron con lo peor, y al amparo de la intervención militar y al amparo de la Enmienda Platt empezaron, sin escrúpulos de ninguna índole, a amañar a la República y preparar las condiciones para apoderarse de nuestra patria.

Es necesario que esta historia se sepa, es necesario que nuestro pueblo conozca su historia, es necesario que los hechos de hoy, los méritos de hoy, los triunfos de hoy, no nos hagan caer en el injusto y criminal olvido de las raíces de nuestra historia; es necesario que nuestra conciencia de hoy, nuestras ideas de hoy, nuestro desarrollo político y revolucionario de hoy —instrumentos que poseemos hoy, que no podían poseer en aquellos tiempos los que iniciaron esta lucha— no nos conduzca a subestimar, por un instante, ni a olvidar por un instante, que lo de hoy, el nivel de hoy, la conciencia de hoy, los éxitos de hoy, más que éxitos de esta generación son, y debemos decirlo con toda sinceridad, éxitos de los que un día como hoy hace cien años, se levantaron aquí en este mismo sitio y, libertaron a los

esclavos y proclamaron la independencia e iniciaron el camino del heroísmo e iniciaron el camino de aquella lucha que sirvió de aliento y de ejemplo a todas las generaciones subsiguientes. (Aplausos).

Y en ese ejemplo se inspiró la Generación del 95, en ese ejemplo se inspiraron los combatientes revolucionarios a lo largo de los sesenta años de república amañada; en ese ejemplo de heroísmo, en esa tradición se inspiraron los combatientes que libraron las últimas batallas en nuestro país.

Y eso no es algo que se diga hoy como de ocasión, porque conmemoramos un aniversario, sino algo que se ha dicho siempre y que se ha dicho muchas veces y que se dijo en el Moncada y que se dijo siempre. Porque allí, cuando los jueces preguntaron quién era el autor intelectual del ataque al cuartel Moncada, sin vacilación, nosotros respondimos: «¡Martí fue el autor intelectual del ataque al cuartel Moncada!» (Aplausos).

Es posible que la ignorancia de la actual generación o el olvido de la actual generación o la euforia de los éxitos actuales, puedan llevar a la subestimación de lo mucho que nuestro pueblo les debe, de todo lo que nuestro pueblo les debe a estos luchadores.

Ellos fueron los que prepararon el camino, ellos fueron los que crearon las condiciones y ellos fueron los que tuvieron que apurar los tragos más amargos: el trago amargo del Zanjón; el cese de la lucha en 1878; el trago amarguísimo de la intervención yanqui; el trago amarguísimo de la conversión de este país en una factoría y en un pontón estratégico —como temía Martí—; el trago amarguísimo de ver a los oportunistas, a los politiqueros, a los enemigos de la Revolución aliados con los imperialistas, gobernando este país. Ellos tuvieron que vivir aquella amarguísima experiencia de ver cómo a este país lo gobernaba un embajador yanqui; o cómo un funcionario insolente, a bordo de un acorazado, se anclaba en la bahía de La Habana a dictarle instrucciones a todo el mundo: a los

ministros, al jefe del Ejército, al presidente, a la Cámara de Representantes, al Senado.

Y lo que decimos son hechos conocidos, son hechos históricamente probados. Es decir, no tanto conocidos como probados, porque realmente las masas durante mucho tiempo lo ignoraron, durante mucho tiempo las engañaron. Y es necesario revolver los archivos, exhumar los documentos para que nuestro pueblo, nuestra generación de hoy tenga una clara idea de cómo gobernaban los imperialistas, qué tipo de memorándum, qué tipo de papeles y qué tipo de insolencias usaban para gobernar a este país, al que se pretendía llamar país libre, independiente y soberano; para que nuestro pueblo conozca qué clase de libertadores eran esos, los procedimientos burdos y repugnantes que usaban en sus relaciones con este país, que nuestra generación actual debe conocer. Y si no los conoce, su conciencia revolucionaria no estará suficientemente desarrollada. Si las raíces y la historia de este país no se conocen, la cultura política de nuestras masas no estará suficientemente desarrollada. Porque no podríamos siquiera entender el marxismo, no podríamos siquiera calificarnos de marxistas si no empezásemos por comprender el propio proceso de nuestra Revolución, y el proceso del desarrollo de la conciencia y del pensamiento político y revolucionario en nuestro país durante cien años (Aplausos). Si no entendemos eso, no sabremos nada de política.

Y desde luego, desgraciadamente, mucho tiempo hemos vivido ignorantes de muchos hechos de la historia.

Porque si el interés de los que se aliaron aquí con los imperialistas, era ocultar la historia de Cuba, deformar la historia de Cuba, eclipsar el heroísmo, el mérito extraordinario, el pensamiento y el ejemplo de nuestros héroes, los que realmente están llamados y tienen que ser los más interesados en divulgar esa historia, en conocer esa historia, en conocer esas raíces, en divulgar esas verdades, somos los revolucionarios.

Ellos tenían tantas razones para ocultar esa historia e ignorarla, como razones tenemos nosotros para demandar que esa historia, desde el 10 de octubre de 1868 hasta hoy, se conozca en todas sus etapas. Y esa historia tiene pasajes muy duros, muy dolorosos, muy amargos, muy humillantes, desde la Enmienda Platt hasta 1959.

Y debe también conocer nuestro pueblo, cómo se apoderaron los imperialistas de nuestra economía. Y eso, desde luego, lo sabe nuestro pueblo en carne propia. No saben cómo fue, pero fue.

Y saben los hombres y mujeres de este país, sobre todo los de esta provincia donde se inició la lucha, donde siempre se combatió por la libertad del país, cómo fue aquello que de repente todo pasó de manos de los españoles a manos de los americanos. Cómo fue aquello y por qué los ferrocarriles, los servicios eléctricos, las mejores tierras, los centrales azucareros, las minas y todo, fue a parar a manos de ellos. Y cómo se produjo aquel fenómeno. Y qué es aquel fenómeno, en virtud del cual en este país, donde por los años 1915 ó 1920, había que traer trabajadores de otras Antillas porque no alcanzaban los brazos, algunas décadas después, en los años veinte y tantos, treinta y tantos, cuarenta y tantos y cincuenta y tantos, cada vez peor, había más hombres sin empleo, había más familias abandonadas, había más ignorancia. Cómo y por qué en este país donde hoy los brazos no alcanzan —los brazos liberados— para desarrollar las riquezas infinitas de nuestro suelo, para desarrollar las capacidades ilimitadas de nuestro pueblo; sin embargo, los hombres tenían que cruzarse de brazos meses enteros y mendigar un trabajo, no ya en tiempo muerto sino en la zafra.

Y cómo era posible que en esas tierras que regaron con su sangre decenas de miles de nuestros antepasados, decenas de miles de nuestros mambises; cómo era posible que en esa tierra regada por su sangre, el cubano en la República mediatizada no tuviera el derecho, no digo ya de recoger el pan, no tenía siquiera el derecho a derramar su sudor. De manera que donde nuestros

luchadores por la independencia derramaron su sangre por la felicidad de este país, sus hermanos, sus descendientes, sus hijos, no tenían siquiera el derecho a derramar el sudor para ganarse el pan.

¿Qué república era aquella que ni siquiera el derecho al trabajo del hombre estaba garantizado? (Aplausos). ¿Qué república era aquella donde no ya el pan de la cultura, tan esencial al hombre, sino el pan de la justicia, la posibilidad de la salud frente a la enfermedad, a la epidemia, no estaban garantizados? ¿Qué república era aquella que no brindaba a los hijos del pueblo —que dio cientos de miles de vidas, pero que dio cientos de miles de vidas cuando aquella población de verdaderos cubanos no llegaba a un millón; pueblo que se inmoló en singular holocausto— la menor oportunidad? ¿Qué república era aquella donde el hombre no tenía siquiera garantizado el derecho al trabajo, el derecho a ganarse el pan en aquella tierra, tantas veces regada con sangre de patriotas?

Y nos pretendían vender aquello como república, nos pretendían brindar aquello como Estado justo. Y en pocas regiones del país como en Oriente, estas cosas se vivieron, estas experiencias se vivieron en carne propia; desde las decenas de miles de campesinos que tuvieron que refugiarse allá en las montañas hasta las faldas del pico Turquino para poder vivir, a los hombres, a los trabajadores azucareros que vivieron o cuyos padres vivieron aquellos años terribles. ¡Y qué porvenir esperaba a este país!

Pero el hecho fue que los yanquis se apoderaron de nuestra economía. Y si en 1898, poseían inversiones en Cuba por valor de 50 millones; en 1906, unos 160 millones en inversiones, y 1450 millones de pesos en inversiones, en 1927.

No creo que haya otro país donde se haya producido en forma tan increíblemente rápida semejante penetración económica, que condujo a que los imperialistas se apoderaran de nuestras mejores tierras, de todas nuestras minas, nuestros recursos na-

turales; que explotaran los servicios públicos, se apoderaran de la mayor parte de la industria azucarera, de las industrias más eficientes, de la industria eléctrica, de los teléfonos, de los ferrocarriles, de los negocios más importantes, y también de los bancos.

Al apoderarse de los bancos, prácticamente, podían empezar a comprar el país con dinero de los cubanos, porque en los bancos se deposita el dinero de los que tienen algún dinero y lo guardan, poco o mucho. Y los dueños de los bancos manejaban aquel dinero.

De esta forma, en 1927, cuando no habían transcurrido treinta años, las inversiones imperialistas en Cuba se habían elevado a 1450 millones de pesos. Se habían apoderado de todo con el apoyo de los anexionistas o neoanexionistas, de los autonomistas, de los que combatieron la independencia de Cuba. Con el apoyo de los interventores se hicieron concesiones increíbles.

Un tal Preston, compró setenta y cinco mil hectáreas de tierra en 1901, en la zona de la bahía de Nipe por cuatrocientos mil dólares, es decir, a menos de seis dólares la hectárea de esas tierras. Y los bosques que cubrían todas esas hectáreas de maderas preciosas, que fueron consumidas en las calderas de los centrales, valían muchas veces, incomparables veces esa suma de dinero.

Vinieron con sus bolsillos rebosantes a un pueblo empobrecido por treinta años de lucha, a comprar de las mejores tierras de este país a menos de seis dólares la hectárea.

Y un tal McCan, compró treinta y dos mil hectáreas ese mismo año, al sur de Pinar del Río. Y un tal James —si mal no recuerdo— ese mismo año compró en Puerto Padre, veintisiete mil hectáreas de tierra.

Es decir, que en un solo año adquirieron mucho más de diez mil caballerías de las mejores tierras de este país, con sus bolsillos repletos de billetes, a un pueblo que padecía la miseria de treinta años de lucha. Y así, sin derramar sangre y gastando un mínimo de sus riquezas, se fueron apoderando de este país.

Y esa historia debe conocerla nuestro pueblo.

No sé cómo es posible que habiendo tareas tan importantes, tan urgentes como la necesidad de la investigación en la historia de este país, en las raíces de este país; sin embargo, son tan pocos los que se han dedicado a esas tareas. Y antes, prefieren dedicar sus talentos a otros problemas, muchos de ellos buscando éxitos baratos mediante lectura efectista, cuando tienen tan increíble caudal, tan increíble tesoro, tan increíble riqueza para ahondar, primero que nada, y para conocer primero que nada, las raíces de este país. Nos interesa más que corrientes que por esnobismo puro, se trata de introducir en nuestra cultura la tarea seria, la tarea necesaria, la tarea imprescindible, la tarea justa de ahondar y de profundizar en las raíces de este país.

Y nosotros debemos saber, como revolucionarios, que cuando decimos de nuestro deber de defender esta tierra, de defender esta patria, de defender esta Revolución, hemos de pensar que no estamos defendiendo la obra de diez años, hemos de pensar que no estamos defendiendo la revolución de una generación, ¡hemos de pensar que estamos defendiendo la obra de cien años! (Aplausos). ¡Hemos de pensar que no estamos defendiendo aquello por lo cual cayeron miles de nuestros compañeros, sino aquello por lo cual cayeron cientos de miles de cubanos a lo largo de cien años! (Aplausos).

Con el advenimiento de la victoria de 1959, se planteó en nuestro país de nuevo —y en un plano más elevado aún—, problemas fundamentales de la vida de nuestro pueblo, porque si bien en 1868 se discutía la abolición o no de la esclavitud, se discutía la abolición o no de la propiedad del hombre sobre el hombre, ya en nuestra época, ya en nuestro siglo, ya al advenimiento de nuestra Revolución, la cuestión fundamental, la cuestión esencial, la que habría de definir el carácter revolucionario de esta época y de esta Revolución, ya no era la cuestión de la propiedad del hombre sobre el hombre, sino de la propiedad del hombre sobre los medios de sustento para el hombre.

Si entonces, se discutía si un hombre podía tener 10 y 100 y 1000 esclavos, ahora se discutía si una empresa yanqui, si un monopolio imperialista tenía derecho a poseer 1000, 5000, 10 000 o 15 000 caballerías de tierra; ahora se discutía el derecho que podían tener los esclavistas de ayer a ser dueños de las mejores tierras de nuestro país. Si entonces, se discutía el derecho del hombre a poseer la propiedad sobre el hombre, ahora se discutía el derecho que podía tener un monopolio o quien fuera aquel propietario de un banco donde se reunía el dinero de todos los que depositaban allí; si un monopolio o un oligarca tenía derecho a ser dueño de un central azucarero, donde trabajaba un millar de obreros; si era justo que un monopolio o un oligarca fuera dueño de una central termoeléctrica, de una mina, de una industria cualquiera, que valía decenas de miles o cientos de miles, o millones o decenas de millones de pesos; si era justo que una minoría explotadora poseyera cadenas de almacenes sin otro destino que enriquecerse, encareciendo todos los bienes que este país importaba. Si en el siglo pasado se discutía el derecho del hombre a ser propietario de otros hombres, en este siglo —en dos palabras— se discutía el derecho de los hombres a ser propietarios de los medios de los que tiene que vivir el hombre.

Y ciertamente, no era más que una libertad ficticia. Y no podía haber abolición de esclavitud si formalmente los hombres eran liberados de ser propiedad de otros hombres y, en cambio, la tierra y la industria, de la cual tendrían que vivir, eran y seguían siendo propiedad de otros hombres. Y los que ayer esclavizaron al hombre de manera directa, en esta época esclavizaban al hombre y lo explotaban de manera igualmente miserable, a través del monopolio de las riquezas del país y de los medios de sustentación del hombre.

Por eso, si una revolución en 1868, para llamarse revolución, tenía que comenzar por dar libertad a los esclavos; una revolución en 1959, si quería tener el derecho a llamarse revolución, tenía como cuestión elemental la obligación de liberar

las riquezas del monopolio de una minoría, que las explotaba en beneficio de su provecho exclusivo, liberar a la sociedad del monopolio de una riqueza, en virtud de la cual una minoría explotaba al hombre.

¿Y qué diferencia había entre el barracón del esclavo en 1868 y el barracón del obrero asalariado en 1958? ¿Qué diferencia, como no fuera que —supuestamente libre el hombre— los dueños de las plantaciones y de los centrales en 1958, no se preocupaban si aquel obrero se moría de hambre, porque si aquel se moría, había otros diez obreros esperando para realizar el trabajo? Si se moría, como ya no era una propiedad suya, que compraba y vendía en el mercado, no le importaba siquiera si se moría o no un trabajador, su mujer o sus hijos. Estas son verdades que los orientales conocen demasiado bien.

Y así fue suprimida la propiedad directa del hombre sobre el hombre y perduró la propiedad del hombre sobre el hombre, a través de la propiedad y el monopolio de las riquezas y de los medios de vida del hombre. (Aplausos). Y suprimir y erradicar la explotación del hombre por el hombre, era suprimir el derecho de la propiedad sobre aquellos bienes, suprimir el derecho al monopolio sobre aquellos medios de vida que pertenecen y deben pertenecer a toda la sociedad.

Si la esclavitud era una institución salvaje y repugnante, explotadora directa del hombre, el capitalismo era también, igualmente, una institución salvaje y repugnante que debía ser abolida. Y si la abolición de la esclavitud era comprendida totalmente por las generaciones contemporáneas, también algún día las generaciones venideras, los niños de las escuelas, se asombrarán de que les digan que un monopolio extranjero —administrándolo a través de un funcionario insolente— era dueño de diez mil caballerías de tierra, donde allí mandaba como amo y señor, era dueño de vidas y de haciendas, tanto como nosotros nos asombramos hoy de que un día un señor fue-

ra propietario de decenas y de cientos y, aun de miles de esclavos. (Aplausos).

Y tan racional como le parecía a la generación contemporánea un hombre amarrado a un grillo, igualmente monstruoso les parecerá a las generaciones venideras, mucho más que a nuestra propia generación. Porque los pueblos muchas veces se acostumbran a ver cosas monstruosas sin darse cuenta de su monstruosidad, y se acostumbran a ver algunos fenómenos sociales con la misma naturalidad con que se ve aparecer la luna por la noche o el sol por la mañana o la lluvia o la enfermedad, y acaban por adaptarse a ver instituciones monstruosas como plagas tan naturales como las enfermedades.

Y claro está, no eran precisamente los privilegiados que monopolizaban las riquezas de este país quienes iban a educar al pueblo en estas ideas, en estos conceptos, quienes iban a abrirles los ojos, quienes iban a mandarles a un alfabetizador, quienes iban a abrirles una escuela. No eran las minorías privilegiadas y explotadoras las que habrían de reivindicar la historia de nuestro país, las que habrían de reivindicar el proceso, las que habrían de honrar dignamente a los que hicieron posible el destino ulterior de la patria. Porque, quienes no estuvieran interesados en la revolución, sino en impedir las revoluciones, quienes no estuvieran interesados en la justicia, sino en medrar y enriquecerse de la injusticia, no podrían estar jamás interesados en enseñar a un pueblo su hermosa historia, su justiciera revolución, su heroica lucha en pro de la dignidad y de la justicia. (Aplausos).

Y por eso, a esta generación le tocó vivir las experiencias de manera muy directa y le tocó conocer también de expediciones organizadas en tierras extranjeras, precedidas de los bombardeos y de los ataques piratas, organizadas allí por los «prohombres» del imperialismo, organizadas acá por los que en solo treinta años se habían apoderado de la riqueza de este país, para aplastar a la Revolución y para establecer de nuevo el monopolio de las riquezas, por minorías privilegiadas explotadoras del hombre.

Le correspondió a esta generación ver también a los anxionistas de hoy, los débiles de todos los tiempos, los voluntarios de hoy; es decir, no en el sentido que hoy tiene la palabra o en el sentido que hoy tiene la palabra guerrillero, sino en el sentido de ayer, voluntarios de ayer, guerrilleros de ayer, que así se llamaban en aquella época a los que perseguían a los combatientes revolucionarios, a los que asesinaron a los estudiantes, a los que macheteaban a los mambises heridos cuando trataban de restablecerse en sus pobres y desvalidos e indefensos hospitales de sangre.

Esos los vemos en los que hoy tratan de destruir la riqueza del país, en los que hoy sirven a los imperialistas, en los que hoy, cobardes e incapaces del trabajo y del sacrificio, se mudan hacia allá. Cuando llegó aquí la hora del trabajo, cuando llegó la hora de edificar la patria, cuando llegó la hora de liberar los recursos naturales y humanos para cumplir el destino de nuestro pueblo, lo abandonan y se ponen allá de parte de sus amos, al servicio de la causa infamante del imperialismo, enemigo no solo de nuestro pueblo, sino enemigo de todos los pueblos del mundo.

De manera que a esta generación le ha correspondido conocer las experiencias de la lucha, de las luchas en el campo de la ideología, la lucha contra los electoralistas, defendiendo las legítimas tesis revolucionarias; le tocó conocer la lucha en sí, le tocó conocer las grandes batallas ideológicas después del triunfo de la Revolución, le tocó conocer las experiencias del proceso revolucionario, le tocó enfrentarse al imperialismo yanqui, le tocó enfrentarse a sus bloqueos, a su hostilidad, a sus campañas difamantes contra la Revolución, y le tocó enfrentarse al tremendo problema del subdesarrollo.

Debemos decir que la lucha se repite en diferente escala, pero también en diferentes condiciones. En 1868 y en 1895, y durante sesenta años de República mediatizada, o casi sesenta años, los revolucionarios eran una minoría, los instrumentos del poder estaban en manos de los reaccionarios; los colonialis-

tas, los autonomistas, tenían la fuerza, tenían el poder, hacían las leyes contra los revolucionarios. Lo mismo ocurrió durante toda la lucha de 1895 y lo mismo ocurrió hasta 1959.

Hoy nuestro pueblo se enfrenta a corrientes similares, a las mismas ideas reaccionarias revividas, a los nuevos intérpretes del autonomismo, del anexionismo; se enfrenta a los proimperialistas y a los imperialistas. Pero se enfrenta en condiciones muy distintas.

En 1868, los cubanos organizaron su gobierno en la manigua; había divisiones y discordias propias de todo proceso. También ocurrieron cosas similares a lo largo de estos cien años. Los heroicos luchadores proletarios en la República mediatizada: Baliño, Mella, Guiteras, Jesús Menéndez (aplausos), tenían que enfrentarse a los esbirros, a los explotadores asistidos de sus mayores y sus guardias rurales, y caían abatidos por las balas asesinas en el exilio o en la propia tierra, en México o en El Morrillo o en Manzanillo, o desaparecían como tantos revolucionarios, como fue desaparecido Paquito Rosales, hijo de este pueblo. (Aplausos).

De estos cien años, durante noventa años la Revolución no había podido abarcar todo el país; la Revolución no había podido tomar el poder; la Revolución no había podido constituirse en gobierno; la Revolución no había podido desatar las fuerzas formidables del pueblo; la Revolución no había podido echar a andar el país. Y no es que no hubiese podido porque los revolucionarios de entonces fuesen menos capaces que los de hoy, ¡no, de ninguna forma!, sino porque los revolucionarios de hoy tuvieron el privilegio de recoger los frutos de las luchas duras y amargas de los revolucionarios de ayer; porque los revolucionarios de hoy encontramos un camino preparado, una nación formada, un pueblo realmente con conciencia ya de su comunidad de intereses; un pueblo mucho más homogéneo, un pueblo verdaderamente cubano, un pueblo con una historia, la historia que ellos escribieron; un pueblo con una tradición de lucha, de rebeldía, de heroísmo. Y

a la actual generación le correspondió el privilegio de haber llegado a la etapa en que el pueblo, al fin y al cabo de noventa años, se constituye en poder, establece su poder. Ya no era el poder de los colonialistas y sus aliados, ya no era el poder de los imperialistas interventores yanquis y sus aliados, los autonomistas, los neoanexionistas, los enemigos de la Revolución.

Y por eso, en esta ocasión se constituye el poder del pueblo, el genuino poder del pueblo y por el pueblo; no el poder frente al pueblo y contra el pueblo, que había sido el poder conocido durante más de cuatro siglos, desde la época de la colonia, desde que los españoles, en las cercanías de este sitio, quemaron vivo al indio Hatuey hasta que los esbirros de Batista, en vísperas de su derrota, asesinaban y quemaban vivos a los revolucionarios. Era por primera vez el poder frente a los monopolios, frente a los intereses, frente a los privilegios, frente a los poderosos sociales. Era el poder frente al privilegio y contra el privilegio, era el poder frente a la explotación y contra la explotación, era el poder frente al colonialismo y contra el colonialismo, el poder frente al imperialismo y contra el imperialismo. Era por primera vez el poder con la patria y para la patria, era por primera vez el poder con el pueblo y para el pueblo. (Aplausos). Y no eran las armas de los mercenarios, no eran las armas de los imperialistas, sino las armas que el pueblo arrebató a sus opresores, las armas que el pueblo arrebató a los gendarmes y a los guardianes de los intereses del imperialismo, que pasaron a ser sus armas; pueblo que pasó a ser un ejército. Tuvo esta generación por primera vez la oportunidad de comenzar a trabajar desde ese poder nuevo, desde ese poder revolucionario y extendido a todo el país.

Lógicamente, los enemigos de clase, los explotadores, los oligarcas, los imperialistas, que poseían 1450 millones, no podían estar con ese poder, tenían que estar contra ese poder. Los políticos, los botelleros, los parásitos de toda índole, los especuladores, los explotadores del juego, del vicio; los propagadores de

la prostitución; los ladrones, los que se robaban descaradamente el dinero de los hospitales, de las escuelas, de las carreteras; los dueños de decenas de miles de caballerías de las mejores tierras, de las mejores fábricas; los explotadores de nuestros campesinos y de nuestros obreros, no podían estar con ese poder sino contra ese poder.

Y desde entonces, el pueblo en el poder desarrolla su lucha, no menos difícil, no menos dura, frente al imperialismo yanqui y contra el imperialismo yanqui, el más poderoso país imperialista, el gendarme de la reacción en el mundo. Poder acostumbrado a destruir gobiernos, a destruir gobiernos que insinuaban un camino de liberación, derrocarlos mediante golpes de Estado o invasiones mercenarias, destruir los movimientos políticos mediante represalias económicas, se ha estrellado toda su técnica, todos sus recursos, todo su poderío se ha estrellado contra la fortaleza de la Revolución.

Porque la Revolución es el resultado de cien años de lucha, es el resultado del desarrollo del movimiento político, de la conciencia revolucionaria armada del más moderno pensamiento político, armada de la más moderna y científica concepción de la sociedad, de la historia y de la economía, que es el marxismo-leninismo; arma que vino a completar el acervo, el arsenal de la experiencia revolucionaria y de la historia de nuestro país.

Y no solo armado de esa experiencia y de esa conciencia, sino pueblo que ha podido vencer los factores que lo dividían, las divisiones de grupo, los caudillismos, los regionalismos, para ser una sola fuerza, para ser un solo pueblo revolucionario. Porque cuando decimos pueblo, hablamos de revolucionarios; cuando decimos pueblo dispuesto a combatir y a morir, no pensamos en los gusanos ni en los pocos pusilánimes que quedan (aplausos), pensamos en los que tienen el legítimo derecho de llamarse cubanos y pueblo cubano, como tenían legítimo derecho de llamarse nuestros combatientes, nuestros mambises. Un pueblo

integrado, unido, dirigido por un partido revolucionario, partido que es vanguardia militante.

¿Y qué otra cosa hizo Martí para hacer la revolución, sino organizar el partido de la revolución, organizar el partido de los revolucionarios? ¡Y había un solo partido de los revolucionarios! Y los que no estaban en el partido de los revolucionarios, estaban en el partido de los españoles colonialistas o en el partido de los anexionistas o en el partido de los autonomistas.

Y así también hoy, el pueblo con su partido, que es su vanguardia, armado de las más modernas concepciones, armado de la experiencia de cien años, habiéndose desarrollado al máximo grado la conciencia revolucionaria, política y patriótica, ha logrado vencer sobre vicios seculares y constituir esta unidad y esta fuerza de la Revolución.

La Guerra de los Diez Años, como decía Martí, no se perdió porque el enemigo nos arrancara la espada de la mano, sino porque dejamos caer la espada. Después de diez años de lucha, enfrentados al imperialismo, ¡ni el imperialismo ha podido arrebatarnos la espada ni nuestro pueblo unido dejará jamás caer la espada! (Aplausos).

Esta Revolución cuenta con el privilegio de llevar con ella y contar como parte de ella al pueblo revolucionario, cuya conciencia se desarrolla y cuya unidad es indestructible. Unido el pueblo revolucionario, armado de las concepciones más revolucionarias del patriotismo más profundo, que la conciencia y el concepto internacionalista no excluye ni mucho menos el concepto del patriotismo, patriotismo revolucionario, perfectamente conciliable con el internacionalismo revolucionario, armado con esos recursos y con esas circunstancias favorables, será invencible.

Este aniversario llega en el momento de mayor auge de la conciencia y del espíritu de trabajo del pueblo. Hechos como el del día 8, en que con motivo del centenario y también como homenaje al Guerrillero Heroico (aplausos prolongados), caído glo-

riosamente en fecha que casi coincidió con el 10 de octubre, decidido a realizar un esfuerzo digno de esta jornada, llegó a sembrar en un solo día 1031 caballerías de caña. (Aplausos).

Y sirva esto de idea acerca de lo que es capaz un pueblo cuya inteligencia, cuya energía, cuyas fuerzas potenciales se despliegan.

Debo decir, que esta cifra realmente rebasa las cifras más optimistas, las cifras más altas que se hubieran podido concebir. Es necesario un pueblo de verdad trabajando para lograr esas cosas, y es necesario un pueblo realmente consciente e inspirado para realizar esas cosas.

Este homenaje o este aniversario, tiene lugar en el momento de máximo auge de la Revolución en todos los campos. Pero, esto no significa que cien años de lucha signifique, ni mucho menos, la culminación de la lucha, el fin de la lucha. Quién sabe cuántos años más tendremos por delante de lucha. Pero nunca, jamás, hemos estado en mejores condiciones que hoy; nunca hemos estado más organizados, nunca hemos estado mejor armados, no solo armados con armas, armados con hierros, sino armados de pensamientos, armados de ideas. Nunca, jamás, hemos estado mejor armados de ideas y de hierros, nunca hemos estado mejor organizados. Y seguiremos armándonos en ambas direcciones, y seguiremos organizándonos, y seguiremos haciéndonos cada vez más fuertes.

El imperialismo está ahí enfrente, en plan y actitud insolentes, amenazantes; las fuerzas más reaccionarias levantan cabeza, los grupos más retrógrados y agresivos se insinúan como factores preponderantes en la política futura de ese país.

Conmemoramos este aniversario, este centenario, estos cien años, no en beatífica paz, sino en medio de la lucha, de amenazas y de peligros. Pero, nunca como hoy hemos estado conscientes, nunca como hoy para nosotros las cosas han sido tan claras.

Esta generación, no solo se ha de concretar a haber culminado una etapa, a haber llegado a objetivos determinados, a

poder presentar hoy una meta cumplida, una tarea histórica realizada: una patria libre, verdaderamente libre; una Revolución victoriosa, un poder del pueblo y para el pueblo; sino que esta Revolución tiene que defender ese poder, porque los enemigos no se resignarán fácilmente, el imperialismo valiéndose de sus recursos no nos dejará en paz. Y el odio de los enemigos crece a medida que la Revolución se fortalece, a medida que sus esfuerzos han sido inútiles.

¿A qué grados llegan? A increíbles grados en todos los órdenes. Llegan, incluso, a extraordinarios ridículos.

Recientemente, leíamos un cable que hablaba de un cura español que organizaba en Miami rezos contra la Revolución; un cura español que, según decía, rezaba para que la Revolución se destruyera, incluso, daba misas y rogativas para que los dirigentes revolucionarios nos muriéramos en un accidente o asesinados (risas), como requisito para aplastar la Revolución.

¡Cuán equivocados están si creen que la Revolución puede ser aplastada por ningún camino! Es innecesario siquiera recalcarlo. ¡Ahora menos que nunca!

Pero, llama la atención esta filosofía de los reaccionarios, esta filosofía de los imperialistas.

Y ellos mismos decían que organizaban un mitin contrarrevolucionario y apenas iban doscientos, organizaban un rezo contra la Revolución e iban miles de gusanos. Eso, desde luego, denota que a la contrarrevolución le va quedando toda la gusanera beata y ridícula que se reúne a hacer misas. ¡Vaya espíritu religioso el de esos creyentes! ¡Vaya espíritu religioso el de ese cura, que da misas para que asesinen o para que se muera la gente!

De verdad que si el cura nos dijera que hay una oración para destruir a los imperialistas, ciertamente nosotros nos negaríamos rotundamente a rezar semejantes oraciones (aplausos); y si el cura nos dijera que hay una oración para rechazar a los imperialistas si invaden este país, nosotros le diríamos a ese cura: ¡Váyase al diablo con su oración, que nosotros nos vamos

a encarar de aniquilar aquí a los invasores, a los imperialistas, a tiro limpio y a cañonazo limpio! (Aplausos).

Los vietnamitas no rezan oraciones contra los imperialistas, ni el heroico pueblo de Corea rezó oraciones contra los imperialistas, ni nuestros milicianos rezaron oraciones contra los mercenarios que venían armados de calaveras, crucifijos y no sé cuántas cosas más; venían en nombre de Dios, con cura y todo, a asesinar mujeres campesinas, a asesinar niños y niñas, a destruir las riquezas de este país.

Y ya vemos hasta qué punto han degenerado los reaccionarios, hasta qué punto han prostituido sus propias concepciones y sus propias doctrinas, y a qué extremos llegan y qué clase de sentimientos son esos. Desde luego, cosas de los aliados de los imperialistas, cosas de la gusanera.

Pero, desde luego, no son los rezos del cura y su muchedumbre de beatos y beatas las cosas que le preocuparían a esta Revolución. Es el imperialismo con sus recursos militares y técnicos. Y es contra ese imperialismo y contra esas amenazas que nosotros debemos siempre estar preparados y prepararnos cada vez más.

El estudio de la historia de nuestro país no solo ilustrará nuestras conciencias, no solo iluminará nuestro pensamiento, sino que el estudio de la historia de nuestro país ayudará a encontrar también una fuente inagotable de heroísmo, una fuente inagotable de espíritu de sacrificio, de espíritu de lucha y de combate.

Lo que hicieron aquellos combatientes, casi desarmados, ha de ser siempre motivo de inspiración para los revolucionarios de hoy; ha de ser siempre motivo de confianza en nuestro pueblo, en su fuerza, en su capacidad de lucha, en su destino; ha de darle seguridad a nuestro país de que nada ni nadie en este mundo podrá derrotarnos, nada ni nadie en este mundo podrá aplastarnos, ¡y que a esta Revolución nada podrá vencerla!

Porque este pueblo, igual que ha luchado cien años por su destino, es capaz de luchar otros cien años por ese mismo destino.

(Aplausos). Este pueblo lo mismo que fue capaz de inmolarsse más de una vez, será capaz de inmolarsse cuantas veces sea necesario.

Esas banderas que ondearon en Yara, en Demajagua, en Baire, en Baraguá, en Guáimaro; esas banderas que presidieron el acto sublime de liberrar la esclavitud; esas banderas que han presidido la historia revolucionaria de nuestro país, no serán jamás arriadas. Esas banderas y lo que ellas representan serán defendidas por nuestro pueblo hasta la última gota de su sangre. (Aplausos).

Nuestro país sabe lo que fue ayer, lo que es hoy y lo que será mañana. Si hace cien años no podíamos decir que teníamos una nacionalidad cubana, un pueblo cubano; si hace cien años éramos los últimos de este continente... Un día, la prensa insolente de los imperialistas, en vida de Martí, calificó al pueblo cubano de pueblo afeminado, con el más increíble desprecio, argumentando entre otras cosas los años que había padecido la dominación española, demostrando con ello una increíble ignorancia acerca de los factores históricos y sociales que hacen a los pueblos y de las condiciones de Cuba, y que motivaron una respuesta de Martí, en singular artículo llamado «Vindicación de Cuba».

Bien podían todavía en 1889, alegar esos insultos contra la patria, ignorando sus heroísmos, su desigual y solitaria lucha; podían decirnos que éramos los últimos. Y es cierto, y no por culpa de esta nación. No podía culparse de algo a la nación que no existía, al pueblo que no existía como tal pueblo. Pero la nación que existe desde que surgió la vida con la sangre de los que aquí se alzaron, el 10 de octubre de 1868, el pueblo que se fundó en aquella tradición, el pueblo que inició su ascenso en la historia, que inició el desarrollo de su pensamiento político y su conciencia, que tuvo la fortuna de contar con aquellos hombres extraordinarios como pensadores y como combatientes, ya no podrá decir hoy nadie que es el último. Ya no somos solo el pueblo que hace cien años abolió la esclavitud; ya no somos el último en abolir la esclavitud, es decir, la propiedad del hombre

sobre el hombre; ¡somos hoy el primero en este continente en abolir la explotación del hombre sobre el hombre! (Aplausos).

Fuimos el último en comenzar, es cierto, pero hemos llegado tan lejos como nadie. Hemos erradicado el sistema capitalista de explotación; hemos convertido al pueblo en dueño verdadero de su destino y de sus riquezas. Fuimos el último en librarnos de la colonia, pero hemos sido los primeros en librarnos del imperio. (Aplausos). Fuimos los últimos en librarnos de un modo de producción esclavista; los primeros en librarnos del modo de producción capitalista, y con el modo de producción capitalista, de su podrida estructura política e ideológica. Hemos echado abajo las mentiras con que pretendieron engañarnos durante tantos años. Estamos reivindicando y restableciendo la verdad de la historia. Hemos recuperado nuestras riquezas, nuestras minas, nuestras fábricas, nuestros bosques, nuestras montañas, nuestros ríos, nuestra tierra.

Y en esa tierra que se regó tantas veces con sangre de patriotas, se riega hoy el sudor honesto de un pueblo; que de esa tierra, con ese sudor de su frente, con esa tierra conquistada con la sangre de sus hijos, sabrá ganarse honradamente el pan que nos quitaban de la mano y de la boca. (Aplausos).

Somos hoy la comunidad humana de este continente que ha llegado al grado más alto de conciencia y de nivel político: ¡Somos el primer Estado socialista! Los últimos ayer; ¡los primeros hoy en el avance hacia la sociedad comunista del futuro! (aplausos), la verdadera sociedad del hombre para el hombre, del hombre hermano del hombre.

Y ya no solo luchamos por erradicar los vicios y las instituciones que tienen una relación negativa del hombre con los medios de producción, sino que tratamos de llevar la conciencia del hombre a su grado más alto. Ya no solo la lucha contra las instituciones que esclavizaban al hombre, sino contra los egoísmos que esclavizan todavía a muchos hombres, contra los individualismos que apartan a algunos hombres de la fuerza de la

colectividad. Es decir, ya no solo pretendemos librar al hombre de la tiranía que las cosas ejercían sobre el hombre, sino de ideas seculares que todavía tiranizan al hombre.

Por eso, podemos afirmar que desde el 10 de octubre de 1868 hasta hoy, 1968, el camino de nuestro pueblo ha sido un camino ininterrumpido de avance, de grandes saltos, rápidos avances, nuevas etapas de avance y nuevas etapas de avance.

Tenemos sobrados motivos para contemplar esta historia con orgullo. Tenemos sobrados motivos para comprender esa historia con profunda satisfacción. Nuestra historia cumple cien años. No la historia de la colonia, que tiene más; ¡la historia de la nación cubana, la historia de la patria cubana, la historia del pueblo cubano, de su pensamiento político, de su conciencia revolucionaria!

Largo es el trecho que hemos avanzado en estos cien años y larga también la voluntad y la decisión de seguir adelante ininterrumpidamente. Inconmovible el propósito de seguir construyendo esa historia hermosa, con más confianza que nunca, con más trabajo que nunca, con más tareas por delante que nunca: enfrentándonos al imperialismo yanqui, defendiendo la Revolución en el campo que sea necesario; enfrentándonos al subdesarrollo para llevar adelante todas las posibilidades de nuestra naturaleza, para desplegar plenamente todas las energías de nuestro pueblo, todas las posibilidades de su inteligencia.

Y estas serán las tareas: defender la Revolución frente al imperialismo, profundizar nuestras conciencias en la marcha hacia el futuro, fortalecer nuestro pensamiento revolucionario en el estudio de nuestra historia, ir hacia las raíces de ese pensamiento revolucionario y llevar adelante la batalla contra el subdesarrollo.

Alguien habló, de entre ustedes, ahora de los diez millones, y los diez millones es prácticamente una batalla ganada de este país (aplausos); por el impulso que lleva el trabajo en nuestros

campos, por el tremendo empuje de nuestro pueblo trabajador. Y los diez millones forman parte de esa batalla mayor, que es la batalla contra el subdesarrollo, contra la pobreza.

Y esas son nuestras tareas del futuro.

Muchas veces desde las tribunas de los politiqueros hipócritas y mentirosos, ladrones contumaces, estafadores del pueblo, que invocaban los nombres de los patriotas de la independencia, muchas veces profanaron con solo traerlos a sus labios el nombre de Martí, de Maceo, el nombre de Céspedes, el nombre de Agramonte, el nombre de todos los patricios. Hipócritamente mencionaban aquellos nombres. En el fondo lo olvidaron todo, lo abandonaron todo.

Este país debiera tener una lápida, un recuerdo en cada punto donde combatieron los cubanos, en cada punto donde libraron sus batallas. No se ocuparon de dejar un recuerdo siquiera, dónde fue exactamente la batalla de Peralejo, o de Las Guásimas, o de Palo Seco, cuáles fueron las batallas de la Invasión. Dejaron que yacieran en el olvido, llenas de maleza o de polvo, sin un solo recuerdo.

Muchas veces los estafadores pretendieron usar los nombres de nuestros héroes para servir a sus fines politiqueros.

Por eso hoy, nosotros, los revolucionarios de esta generación, nuestro pueblo revolucionario, puede sentir esa íntima y profunda satisfacción de estarles rindiendo a Céspedes, a los luchadores por nuestra independencia, el único tributo, el más honesto, el más sincero, el más profundo: ¡el tributo de un pueblo que recogió los frutos de sus sacrificios, y al cabo de cien años les rinde este tributo de un pueblo unido, de un poder del pueblo, de un pueblo consciente y de una Revolución victoriosa dispuesta a seguir indoblegablemente, firmemente e invenciblemente, la marcha hacia adelante!

Gritemos hoy con legítimo derecho:

¡Que viva Cuba libre! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Que viva el 10 de octubre! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Que viva la Revolución victoriosa! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).
¡Que vivan los cien años de lucha! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!
(Ovación).



*Velada solemne por el centenario de la caída en
combate del mayor general Ignacio Agramonte
Loynaz, Camagüey*

11 DE MAYO DE 1973,
AÑO DEL XX ANIVERSARIO

Camagüeyanos:

Nos reúne en la noche de hoy una fecha histórica, que fue amarga y dolorosa en la larga lucha de nuestro pueblo por su independencia: la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte, el 11 de mayo de 1873.

Algunos detalles que rodean este acto nos recuerdan aquella fecha, aquella época. Por ejemplo, este antiguo hospital donde tendieron el cadáver de Ignacio Agramonte, el 12 de mayo de aquel año.

Para comprender los acontecimientos, la importancia que tuvo la vida y la obra de Ignacio Agramonte en la historia de la patria; para comprender la significación de esta fecha, hay que remontarse más de cien años en la historia de Cuba, hay que hacer un esfuerzo de la imaginación. No era el Camagüey de entonces, el Camagüey de hoy; no era la Cuba de entonces, la Cuba de hoy; no era la vida de entonces, la vida de hoy.

Por aquellos años que precedieron al inicio de nuestra primera gran guerra por la independencia, nuestro país era una colonia española, donde España había ejercido su soberanía

durante más de trescientos cincuenta años. No había una nación, en el sentido que tenemos hoy; ni un pueblo, en el concepto que tenemos hoy. La nación prácticamente estaba por gestarse. Un pueblo con verdadera conciencia patriótica estaba por formarse.

La Cuba de aquellos años estaba terriblemente dividida en clases sociales. Era nuestra tierra uno de los países más atrasados de aquella época. Cuando en los demás pueblos de habla hispana había desaparecido ya la esclavitud, hacía decenas de años en Cuba, con una población de algo más de un millón doscientos mil habitantes, había casi cuatrocientos mil esclavos. ¡Un 30 % de la población era esclava! ¡Formaba parte de las propiedades de las clases dominantes! Otra parte importante de la población era española. Estaba integrada con la metrópoli, que nos dominaba y nos explotaba colonialmente. El resto de la población era cubana: los descendientes de los antiguos conquistadores y colonizadores españoles y los descendientes de antiguos esclavos.

Claro está que una parte de la población cubana descendiente de los antiguos españoles participaba, en un grado importante, de las riquezas. Mientras la población española se dedicaba, fundamentalmente, a las actividades comerciales y administrativas, un sector de la población cubana era poseedora de importantes riquezas, dueña de plantaciones cañeras, de ingenios azucareros que, claro está, eran muy distintos de los ingenios de esta época, propietaria de plantaciones cafetaleras y también de estancias ganaderas. A la vez, integrantes de esta misma población ejercían las llamadas profesiones liberales: abogados, médicos y otras.

Aquel sector de la sociedad cubana había tenido oportunidad de estudiar y de ilustrarse, había tenido acceso a los conocimientos y, en parte también, a las ideas de aquella época. Pero no participaba de ninguna gestión administrativa o política, no tenía ninguna representación en el gobierno del país.

Esto, cuando ya habían transcurrido aproximadamente cincuenta años, desde que otros pueblos de habla hispana se habían liberado; y cuando —mucho antes todavía— ya en Norteamérica había surgido una República independiente de las antiguas colonias inglesas.

A veces, llama la atención el hecho de que nuestro país, como caso único prácticamente, en unión de Puerto Rico, hubiese permanecido tanto tiempo como colonia española. Pero, es que ni siquiera constituíamos una verdadera nación, en su cabal sentido de la palabra, a principios de siglo. Y donde no hay nación, no se puede hablar de la independencia de la nación.

No obstante eso, es cierto que en 1826, en el Congreso Bolivariano, se planteaba la idea y la necesidad de conquistar la independencia de Cuba. Pero, también, ya en aquella época surgió la oposición terminante de Estados Unidos, que desde tiempos atrás soñaba con la idea de anexar, en alguna ocasión, a Cuba a su territorio.

Pero, incluso, cuando aquel sector de la población cubana que había tenido acceso a la cultura y acceso en parte a las riquezas nacionales, consideraba la idea de la independencia, se veía desalentado y atemorizado a causa de aquella odiosa institución, que fue la esclavitud.

Durante la primera mitad del siglo pasado, la economía cubana había prosperado, en cierto sentido, como consecuencia de la revolución de los esclavos en Haití, seguida de una lucha que implicó la destrucción casi total de las riquezas en aquel país. Y beneficiándose en parte la economía cubana con ello, se desarrollaron considerablemente las plantaciones cañeras y cafetaleras.

Pero, el desarrollo de las plantaciones cañeras y cafetaleras iba indisolublemente unido al desarrollo de la esclavitud, y durante decenas de años se incrementó extraordinariamente, la introducción de esclavos en Cuba; el número de esclavos había crecido extraordinariamente. Y la institución de la esclavitud gravitó tremendamente sobre la historia de Cuba porque, frente

a la idea de la independencia, surgía el miedo a los esclavos, el miedo a la sublevación de los esclavos, el miedo a la repetición de los acontecimientos que habían tenido lugar en Haití.

Los poseedores de las riquezas eran virtualmente una reducida minoría, frente al enorme número de esclavos. Y la metrópoli, conociendo esta realidad, agitaba el miedo y les decía a los cubanos que la lucha por la independencia iría acompañada de la sublevación de los esclavos; e incluso, insinuaba que si se iniciaban las luchas por la independencia, en último extremo acudiría al recurso de abolir la esclavitud y utilizaría a los esclavos contra aquella clase social cubana, que podía anhelar la independencia. Y como estos factores sociales y económicos, son los que determinan el curso de la historia, lo determinaron también en nuestro país, en el sentido de prolongar la hora de la independencia de Cuba.

Pero, este factor fue también el fundamento y la base del surgimiento de una de las más peligrosas corrientes políticas de aquella época, la corriente anexionista, que se unía a las ansias expansionistas de Estados Unidos y al particular interés de los estados sureños, que aspiraban a contar en Cuba con un Estado esclavista más, que les ayudara con su representación en el Senado a mantener su *statu quo* en Estados Unidos.

Esa corriente fue sumamente peligrosa y se basaba, precisamente, en la idea de que la única forma de barrer con la administración española, deshacerse de la dominación de España, adquirir algunas prerrogativas políticas, y a la vez, mantener la esclavitud, era uniéndose a Estados Unidos.

Y, naturalmente, de aquella corriente participó en un grado considerable aquella clase social cubana poseedora de las riquezas, poseedora de las plantaciones cañeras y cafetaleras, aunque no toda. Siempre hubo oposición, siempre hubo exponentes de criterios opuestos, partidarios de que, aunque fuese necesario esperar bastante tiempo, antes de que Cuba aspirara a la independencia, no podía ni debía sacrificarse la naciente nacionali-

dad cubana, uniendo esta tierra y este pueblo a Estados Unidos de Norteamérica.

Con el transcurso de los años, surgió un acontecimiento que tuvo importancia decisiva tal vez en los destinos de nuestro país, que fue la Guerra de Secesión en Estados Unidos, que se inicia en 1862, entre los estados industriales del norte y los estados esclavistas del sur.

Aquella contienda civil contuvo durante un período determinado de tiempo la política expansionista de Estados Unidos, que durante la guerra y después de la guerra hubo de invertir sus energías en la reconstrucción del país. Pero, a la vez, significó un golpe de muerte al movimiento anexionista en el seno de la sociedad cubana, puesto que al ser factor determinante el problema de la esclavitud en la idea anexionista, aquel objetivo ya no podía cumplirse desde el momento en que con motivo de la guerra civil quedó abolida la esclavitud en Estados Unidos.

Fue aquella la época de Lincoln que, sin duda, ganó merecido prestigio por su vida y por su conducta y por sus ideas en todo el mundo. Fue también un momento de considerable prestigio político para Estados Unidos en el mundo, e incluso, entre las corrientes liberales en Cuba.

Y al surgir la declinación del anexionismo, comenzó a surgir otra corriente política que se llamó el reformismo: la aspiración a obtener de España determinadas prerrogativas políticas, determinados cambios en favor de los cubanos, sin la guerra, sin la independencia.

Y aquella corriente estaba en pleno apogeo años antes del estallido de la guerra de 1868. Incluso, las acciones de España, con la abrupta frustración de las aspiraciones reformistas, se supone que condujeron directamente al estallido revolucionario. Pero, aquel estallido no podía ser cosa fácil ni sencilla en medio de aquel conjunto de circunstancias adversas.

¿Quiénes podían iniciar aquella guerra con la idea de la independencia? No podían ser precisamente los esclavos. Los

esclavos estaban encadenados, encerrados en los barracones, sometidos a la peor opresión, sin acceso al estudio, sin acceso a las ideas y a la cultura política, sin ninguna prerrogativa social. No es que los esclavos no se sublevaran. Más de una vez se sublevaron y lucharon heroicamente contra sus opresores. Pero fueron bárbaramente reprimidos.

El sector social que podía enarbolar las ideas independentistas, una vez fracasado el movimiento anexionista y el reformista, era aquel sector social que tenía acceso a las riquezas nacionales, al estudio y a la cultura. Y los representantes de aquel sector social fueron los que, efectivamente, actuando de una manera progresista y revolucionaria, iniciaron la lucha por la independencia.

Pero aquella lucha no podía estallar de una manera perfecta, de una manera idealizada en todo el país. Los factores que determinarían la participación de las distintas regiones del país en esa guerra, estarían influidos por circunstancias sociales y circunstancias geográficas y topográficas.

Era muy difícil que la lucha armada estallara por el occidente del país. En el occidente del país estaba la capital, el centro de dominación de la metrópoli, el grueso de sus fuerzas y las más adversas condiciones geográficas. Pero, además, era también la región del país donde existía más temor a las consecuencias de la lucha por la independencia, por el hecho de ser la región que tenía más alto porcentaje de esclavos. Un 40 % la población de occidente era esclava. Un 46 % de la población de la provincia de Matanzas, ubicada en esta región donde se habían desarrollado considerablemente las plantaciones cañeras, era población esclava. Había muy pocos campesinos independientes, propietarios de parcelas agrícolas.

No era igual la situación en la región oriental del país.

Oriente era la provincia con menos porcentaje de esclavos: un 19 %. La seguía Camagüey, con 21 %. Y después Las Villas, con un 25 % de población esclava.

Era lógico que los dirigentes de la guerra independentista surgieran precisamente entre aquellos terratenientes orientales, camagüeyanos y villareños, donde el problema social de la esclavitud era menos atemorizante. Y sobre todo, en la región de Oriente, donde la esclavitud se concentraba fundamentalmente en las regiones de Guantánamo y Santiago de Cuba. En la jurisdicción de Bayamo, Manzanillo, Tunas, Holguín, Jiguaní y Baire —en aquellas jurisdicciones es donde se inicia precisamente la guerra por la independencia—, la población esclava apenas alcanzaba el 6 % del total, y el número de modestos campesinos independientes era elevado.

Y, por tanto, los dirigentes de los sectores cubanos estaban menos imbuidos por aquellos temores que paralizaban a los cubanos, en la región occidental del país.

La guerra tenía que estallar, y estalló, precisamente, por las regiones orientales y centrales.

Había, sin embargo, cubanos partidarios de la independencia en la región occidental. Y existía también en La Habana una Junta Revolucionaria, integrada fundamentalmente por aquellos cubanos que se habían decepcionado del camino reformista. Y existían, por supuesto, juntas revolucionarias en Oriente, en Camagüey y en Las Villas.

Aquellas juntas revolucionarias iniciaron sus contactos, trataban de ponerse de acuerdo. Se reunieron los representantes de Oriente y de Camagüey: estaban de acuerdo en el camino de la independencia y en la necesidad de luchar por ella; pero no estaban de acuerdo acerca de las condiciones necesarias para iniciar la lucha; no estaban de acuerdo acerca de la fecha, del momento en que debía iniciarse esa lucha.

Pero entre los propios orientales, no todos estaban de acuerdo acerca del momento en que debía comenzar la contienda por la independencia. Y en aquella situación, es un hecho histórico que Carlos Manuel de Céspedes, en todas las reuniones que precedieron al estallido, era de los más decididos y de los

más impacientes para iniciar el combate. Era del criterio de que las condiciones en aquellos instantes se presentaban propicias y que no debía dársele oportunidad a España de iniciar la persecución y la represión.

Y es de esa forma que, en los primeros días de octubre del año 1868, reunidos Céspedes y otros patriotas en el ingenio El Rosario, de la jurisdicción de Manzanillo, acuerdan iniciar la lucha el 14 de octubre. Después, se vieron en la necesidad de adelantarla cuatro días, porque las autoridades españolas —según se afirma— habían tenido noticias de las actividades conspirativas y se disponían a arrestar a los revolucionarios.

Y así estalla la guerra el 10 de octubre de 1868, en La Demajagua.

Aquel estallido sorprende al resto del país; no a los orientales, que tuvieron noticias de los acuerdos tomados en el ingenio El Rosario. Sorprendió totalmente a los camagüeyanos, que no tenían noticias de aquellos acuerdos. Y sorprendió, por supuesto, al resto del país.

En aquellos días, el dirigente principal de Camagüey era Salvador Cisneros Betancourt, que se encontraba precisamente en La Habana discutiendo con la Junta Revolucionaria de aquella ciudad, cuando se produce el 10 de octubre. De modo que no se pudo lograr un alzamiento coordinado de los distintos elementos revolucionarios, en las distintas regiones del país.

El alzamiento de Céspedes tiene éxito. La llamarada se extiende por toda la provincia de Oriente. Toman la ciudad de Bayamo, toman Jiguaní, toman Baire, atacan Holguín, atacan Victoria de las Tunas, aunque no pudieron tomar estas dos últimas localidades. Algunos camagüeyanos, por iniciativa propia, se alzaron apenas tuvieron noticias de los sucesos de Oriente, el 11 de octubre de 1868.

La Junta Revolucionaria de Camagüey decide promover el alzamiento para el 4 de noviembre de aquel año. Y, efectivamente, setenta y seis patriotas camagüeyanos aquel día se levantan en armas.

Pero, indiscutiblemente, la lucha surgió en forma independiente en Oriente y en Camagüey. En cierto modo, estaban sentadas las bases de las discrepancias que después ocurrieron.

El alzamiento en Las Villas tiene lugar el 6 de febrero de 1869.

Ni Cisneros Betancourt ni Ignacio Agramonte se encontraban aquel día entre los setenta y seis, porque ellos, como dirigentes de la Junta Revolucionaria de Camagüey, habían permanecido en la ciudad responsabilizados con importantes tareas. No obstante, ya el 11 de noviembre se produce la integración de Ignacio Agramonte a las fuerzas revolucionarias levantadas en armas.

Pero tampoco fue fácil el inicio de la lucha en Camagüey. Había algunas discrepancias entre ellos. Algunos jefes revolucionarios con prestigio, prestaban oídos a las promesas de los españoles, prestaban atención a las gestiones de paz. Es conocido el papel de Napoleón Arango en aquellos trajines. Incluso, era peligrosa la influencia que ejercía.

Existió el real peligro de que una gran parte de Camagüey depusiera las armas, como consecuencia de aquellas influencias negativas.

Pero, fue precisamente en ese instante cuando se yergue la figura de Ignacio Agramonte, el 26 de noviembre de 1868 en la reunión de Minas, y tiene una participación, una actitud, un gesto decisivo. Exclama: «¡Acaben de una vez los cabildeos, las torpes dilaciones, las demandas que humillan: Cuba no tiene más camino que conquistar su redención arrancándosela a España por la fuerza de las armas!» (Aplausos).

Logra hacer prevalecer sus criterios y arrastrar a sus compañeros a la lucha, y se consolida el levantamiento armado en Camagüey. Ese fue el primer servicio extraordinario prestado por Ignacio Agramonte a la lucha por la independencia.

Habría sido terrible para el resto de los revolucionarios, posiblemente no se habría producido el alzamiento en Las Villas y con toda seguridad, España, concentrando sus fuerzas, habría podido aplastar en un tiempo relativamente corto a los

patriotas orientales, si no se hubiese consolidado el levantamiento armado en Camagüey. Y esa fue incuestionablemente obra y mérito de Ignacio Agramonte.

Vinieron después, en medio de aquella situación tan compleja, otros problemas, otras dificultades alrededor de la forma en que se llevaría adelante la lucha, alrededor de la forma en que se produciría la unión entre orientales, camagüeyanos y villareños, en relación con los puntos discrepantes de las concepciones de unos y de otros.

Céspedes, incuestionablemente revolucionario, indiscutible patriota, al levantarse en armas, el 10 de octubre, había tenido, entre otros, el gesto magnífico de dar libertad a sus esclavos. Pero a la vez —de acuerdo con sus ideas— lo urgente en aquellos instantes era hacer la guerra. Asumió el título de capitán general. Expresó en el Manifiesto del 10 de Octubre, sus aspiraciones revolucionarias. Pero, en esencia, planteaba la idea de que la constitución a adoptarse y las medidas sociales fundamentales debían serlo una vez finalizada la guerra, una vez conquistada la independencia.

Los camagüeyanos, dirigidos por Agramonte, tenían otras concepciones. Eran partidarios de organizar la república desde los inicios mismos del comienzo de la lucha. Eran partidarios de crear instituciones republicanas. Eran partidarios —paralelamente con la guerra— de cambiar las instituciones coloniales, la legislación colonial, y adoptar nuevas leyes y nuevas formas de vida. Estaban, además, en oposición a las atribuciones que había asumido Carlos Manuel de Céspedes al iniciar la lucha.

Estos fueron los hechos reales, los hechos históricos.

Desgraciadamente, estas diferencias —naturales e inevitables en toda lucha— sirvieron después de marco para que, terminadas las contiendas por la independencia, se adoptaran criterios y tendencias en el enfoque de los acontecimientos históricos, para que posteriormente muchos cubanos se mostrasen partidarios de unos o de otros; en fin, de que unos cubanos se

tildasen apasionadamente de cespedistas y otros de agronomistas.

Nosotros entendemos que esto es verdaderamente lamentable: aleja de su verdadera dimensión a los hombres, y aleja los acontecimientos históricos de las circunstancias en que tuvieron lugar.

Puede resultar fácil ahora hacer juicios, hacer análisis, una vez que los acontecimientos históricos han tenido lugar y decir: «Este tenía razón; este no tenía razón». Los hechos históricos hay que juzgarlos con mucho cuidado y, hay que analizarlos muy seriamente y sobre bases sólidas. Pero partiendo de esos hechos, es incuestionable que surgieron discrepancias que, indiscutiblemente, influyeron en el curso ulterior de los acontecimientos.

Los camagüeyanos y los orientales hicieron esfuerzos por unir. Los camagüeyanos y los orientales hicieron concesiones, aunque históricamente es cierto que los orientales hicieron más concesiones que los camagüeyanos.

En Guáimaro, población liberada, se reunieron los representantes de Camagüey, de Oriente, de Las Villas y de La Habana para organizar la república, para hacer una constitución, para establecer determinadas formas de gobierno, para conciliar los criterios opuestos. Y allí nació la histórica Constitución de Guáimaro, la elección del presidente de la República, de un general en jefe y el establecimiento de una Cámara de Representantes.

Vuelvo a repetir que hay que ser sumamente cuidadosos en enjuiciar los acontecimientos y los hechos históricos. Pero es la realidad que, pese a la pureza de principios, el patriotismo y la honradez de los cubanos, aquellas instituciones no marcharon, y en aquellas circunstancias no pudieron marchar tal como ellos las habían concebido, tal como ellos las habían idealizado.

Era muy difícil que en aquellas condiciones de guerra, las instituciones republicanas pudieran funcionar adecuadamente.

Surgieron discrepancias entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, aunque en la realidad y de acuerdo con la Constitución, el poder supremo lo tenía la Cámara de Representantes, que podía nombrar y destituir al presidente de la República, nombrar y destituir al general en jefe, y tenía plenas atribuciones para intervenir en la marcha de la guerra.

Céspedes era partidario de un mando más centralizado, de la concentración de los mayores poderes posibles para dirigir la guerra. Prevalció un criterio opuesto, e indiscutiblemente estos hechos y lo complejo de las circunstancias trajeron numerosas dificultades.

Una adecuada síntesis de los mejores puntos de vista de cada una de las partes habría sido lo ideal.

Pero repetimos que la historia no se hace a capricho, no se hace a la medida de los deseos de los hombres, sino de circunstancias que escapan muchas veces a la voluntad de los hombres.

De todas formas, es admirable aquel empeño, aquel esfuerzo de constituir una república en plena manigua, aquel esfuerzo por dotar a la república en plena guerra de sus instituciones y de sus leyes. Cualesquiera que hayan sido los inconvenientes, las dificultades y los resultados, el esfuerzo fue admirable.

Hay otras cuestiones importantes que se debatían. El Comité Revolucionario de Camagüey, y después la Asamblea de Representantes del Centro que lo sustituyó, eran partidarios de abolir inmediatamente la esclavitud. Y, efectivamente, el 26 de febrero —antes de producirse la reunión de Guáimaro—, la Asamblea de Representantes del Centro decreta la abolición de la esclavitud.

Los camagüeyanos —y entre ellos, por supuesto, Agramonte— no eran partidarios de esperar el fin de la guerra para abolir legalmente la esclavitud. Eran partidarios de abolirla de inmediato.

Es cierto que Céspedes tenía en cuenta la situación del occidente del país, es evidente que trataba de evitar al principio de la contienda la inhibición del sector cubano de occidente. Por eso, no quería decidir por su propia cuenta aquella importante

cuestión de inmediato. Él, por su parte, sí les dio inmediatamente la libertad a los esclavos que tenía bajo su jurisdicción y declaró en su Manifiesto del 10 de Octubre, que todos los hombres debían ser libres e iguales.

Pero, los representantes del centro, integrados en parte por jóvenes de ideas más avanzadas, de ideas más progresistas, de ideas más radicales, fueron partidarios de la abolición legal inmediata de la esclavitud y la abolieron por decreto.

Había, sin embargo, un punto donde todavía subsistía la confusión: era la cuestión relacionada con el anexionismo. La corriente anexionista era fuerte en la ciudad de Camagüey. Ello tenía sus raíces en diversos factores históricos, pero entre estos, uno de no poca importancia, era la gran influencia que había ejercido entre los cubanos de Camagüey El Lugareño, Gaspar Cisneros Betancourt, que había fundado en Nueva York un periódico y había sido partidario ardiente de la separación de España, y de la unión a Estados Unidos.

En aquella época, separatismo e independentismo no estaban absolutamente diferenciados para todos los cubanos. Veían al español, sentían al español, vivían bajo su opresión, bajo sus abusos, bajo sus injusticias, y lo odiaban profundamente. Ansiaban, en primer lugar, separarse de España; pero, todavía subsistía confusión sobre el destino definitivo de Cuba.

Muchos camagüeyanos veían al Lugareño como un gran patriota. Y se dice que al producirse su muerte, a fines de 1866, cuando lo entierran en la ciudad de Camagüey, prácticamente todos los cubanos de la ciudad acompañaron sus restos hasta el cementerio, en una grandiosa manifestación de duelo.

Es natural que todavía subsistieran sus influencias en 1868 y que, para una parte de los cubanos, pero sobre todo, para una parte considerable de los cubanos camagüeyanos, la idea de separatismo e independentismo no estuviera totalmente esclarecida y que muchos de ellos considerasen como cosa lógica y natural la anexión.

Por eso, es un hecho histórico que no debemos rehuirlo, sino sencillamente explicarlo, que en el espíritu de los miembros de la Asamblea de Representantes del Centro había ciertas tendencias anexionistas. Y, efectivamente, el 6 de abril, cuatro días antes de la Asamblea de Guáimaro, suscribieron por su cuenta dos documentos, dirigido uno de ellos a un senador norteamericano, Banks, y otro al general Grant, presidente de Estados Unidos, donde se insinuaba la idea del anexionismo.

En la Asamblea de Guáimaro no se aborda este punto, pero se había presentado una solicitud, firmada por numerosas personas, en favor del anexionismo. Y por fin, una vez integrada la Cámara de Representantes, el 30 de abril, se suscribe un acuerdo en el que se planteaba la anexión a Estados Unidos.

Sin duda, que aquello constituyó una mancha histórica de aquella Cámara de Representantes, que se explica por las razones indicadas anteriormente: por la confusión de ideas, por el prestigio enorme que alcanzaba en aquellos instantes la figura de Lincoln, el prestigio del propio Grant, que había sido general destacado en la contienda contra el sur, por la influencia que todavía subsistía de las ideas del Lugareño y por la influencia de algunos miembros de aquella Cámara, procedentes de La Habana, como Antonio Zambrana, que fue el que con más ardor y con más firmeza defendió aquel acuerdo anexionista.

Pero, ya por aquellos días Ignacio Agramonte no estaba en la Cámara, se ocupaba de sus deberes militares al frente de las fuerzas camagüeyanas.

Podemos decir con absoluta tranquilidad y con absoluta seguridad, y pese a la influencia que ejercieron otros miembros de la Asamblea del Centro, que determinaron la adopción de ciertos acuerdos: ¡Ignacio Agramonte no fue nunca anexionista! (Aplausos).

No existe ningún antecedente histórico en su vida, no existe ningún antecedente en sus ideas y en sus criterios políticos, que permitan la menor sospecha de anexionismo en Ignacio

Agramonte. Y quien dijo esas inmortales palabras: «Que nuestro grito sea para siempre independencia o muerte», no podía ser anexionista. (Aplausos).

Pero, además, aun a los que entonces cometieron algún error, no podemos juzgarlos con las ideas de ahora; no podemos, con nuestro pensamiento de hoy, ser jueces de las actitudes de aquellos hombres. Baste citar un ejemplo: el caso de Jerónimo Gutiérrez, representante por Las Villas, que el 4 de julio de 1869 pronunció un discurso de matiz francamente anexionista. Y años después, ese mismo representante, que había sido dirigente del alzamiento en Las Villas, murió heroicamente combatiendo por la independencia de Cuba.

Es que aquellos residuos anexionistas que quedaban, desaparecieron rápidamente en el curso de la guerra. Las ilusiones desaparecieron, y ayudaron a hacerlas desaparecer los propios Estados Unidos y su política.

Apenas iniciada la contienda, la marina española contrató, con industriales norteamericanos, la construcción de treinta cañoneras, rápidas para ejercer la vigilancia alrededor de las costas de Cuba y el bloqueo.

Naturalmente, los cubanos de la emigración, dirigidos por Morales Lemus, luchaban porque Estados Unidos no entregara esas cañoneras a España. Incluso, en aquella ocasión el gobierno de Pera ayudó a nuestros compatriotas en la gestión diplomática, pues no había finalizado todavía la guerra del Pacífico que sostenían Chile y Perú con España.

Las acciones militares habían cesado, pero la paz no se había firmado. Y basándose en esos hechos, los peruanos reclamaban de Estados Unidos —con el que sostenían relaciones diplomáticas— que no se entregasen esas cañoneras a España.

Sin embargo, a fines del año 1869, en un mensaje al Congreso, el presidente de Estados Unidos definió la política con relación a Cuba. Los cubanos, naturalmente, aspiraban al reconocimiento de la beligerancia. Los Estados Unidos se oponían

al reconocimiento de la beligerancia y acordaron entregar a España las treinta cañoneras que, naturalmente, vigilando las costas, irían a dificultar la satisfacción de una de las mayores necesidades que tenían los cubanos: la necesidad de armas.

Posteriormente, en el año 1870, el presidente de Estados Unidos hace un pronunciamiento abiertamente adverso a los cubanos en armas, hostil y absolutamente peyorativo e injusto. Todos aquellos hechos fueron abriendo cada vez más los ojos a los pocos cubanos en armas, que tenían algunas ilusiones con relación a Estados Unidos.

Por aquella época, curiosamente, los Estados Unidos no dirigían sus ansias anexionistas hacia la América Latina. Por aquellos años tenían sus ojos puestos en el Canadá, ambicionaban apoderarse de Canadá. Tenían un grave conflicto diplomático con Inglaterra: habían presentado una enorme reclamación por los daños que, un crucero llamado El Alabama, suministrado por los ingleses a los sudistas, había ocasionado a los estados nortños durante el curso de la guerra. Habían presentado contra Inglaterra una enorme reclamación de miles de millones de dólares, y aspiraban a que Inglaterra satisficiera esa demanda, entregándoles el Canadá.

Es precisamente por aquellas circunstancias, aquellas pretensiones que tenían con relación al Canadá y a los conflictos que mantenían por ese motivo con Inglaterra, que los Estados Unidos adoptaron aquella política con relación a Cuba evitando, en aquel instante, enemistarse con España. De no haber mediado aquellas circunstancias, no hay duda de ninguna clase de que Estados Unidos habría aprovechado aquella guerra de 1868 para tratar de apoderarse de Cuba, como lo había hecho anteriormente con Louisiana y Florida y lo quiso hacer después con nuestra propia patria, al finalizar la guerra de 1895. Pero otras eran sus pretensiones en aquel momento.

Y si analizamos los hechos históricos tal y como ocurrieron, hoy día podemos decir que fue preferible para nosotros aquella

situación; sus dificultades con Inglaterra, que entregaran las cañoneras a los españoles, que no reconocieran la beligerancia de Cuba y que no nos hubieran ayudado. Porque la ayuda de Estados Unidos habría sido una ayuda interesada, y con el único y exclusivo propósito de apoderarse de Cuba cuando aún podían hacerlo.

Aquellas realidades despejaron todas las ilusiones que quedaban, dieron tiempo a que se forjara un espíritu, una conciencia, un alma cubana. Dieron oportunidad a que el ideal de la independencia se adentrara en el corazón de aquellos combatientes, de aquellos patriotas de una manera definitiva. Y aunque la lucha fue muy dura y el camino muy largo, los resultados son mil veces preferibles al destino que habría tenido esta tierra y este pueblo.

Fueron estas las circunstancias. Y fue en esta durísima guerra en la que se formó la conciencia patriótica de nuestro pueblo, en que descollaron aquellos gigantes.

Fue en medio de esas vicisitudes que se desarrolló la extraordinaria personalidad de Ignacio Agramonte.

Como dijimos, había sido nombrado jefe de las fuerzas camagüeyanas a mediados de 1869. Comenzó inmediatamente a organizar aquellas fuerzas, libró exitosamente varios combates. Pero, meses después, pasó por uno de los periodos más duros y más difíciles de su vida revolucionaria.

En primer término, encontrándose en los campos de la lucha, recibe la noticia de la muerte de su padre, y del estado de abandono en que quedaban sus familiares en Estados Unidos; es decir, su madre y sus hermanos. Poco después, surgen conflictos con el ejecutivo y, como consecuencia de ello, presenta su renuncia al mando de las fuerzas camagüeyanas. Semanas más tarde, sufre el infortunio de que las tropas españolas capturaran a su esposa y a su hijo. Son conocidos, son proverbiales los sentimientos de cariño, de ternura y de amor que Agramonte sentía por su compañera y tuvo que soportar aquel rudo golpe de verla en poder de las fuerzas españolas.

Pero, unido a eso, la región de Camagüey atravesaba por un momento crítico de la guerra: se estaban debilitando las fuerzas, se arreciaba la ofensiva española y la represión, se patentizaba la traición de Napoleón Arango, y hasta algunos amigos allegados de Ignacio Agramonte se presentaron a los españoles. Fueron días duros y terribles de adversidad.

Pero, a la vez, Céspedes y Agramonte paulatinamente se iban acercando y hay diversos hechos que lo demuestran. Se le propone a Céspedes que de nuevo designe a Agramonte jefe de las fuerzas camagüeyanas, y se le propone a Agramonte que acepte el mando. Y ambos se ponen de acuerdo y, el 13 de enero de 1871, asume de nuevo Agramonte el mando de las fuerzas camagüeyanas, que estaban en estado deplorable. Pone como condición que le den amplias atribuciones e independencia para actuar, y Céspedes le da esas amplias atribuciones y esa independencia. De manera que Agramonte reclama para sí, a los efectos de dirigir la guerra al frente de los camagüeyanos, atribuciones similares a las que planteaba Céspedes para dirigir la guerra en la nación entera. Y ambos se pusieron de acuerdo en aquel punto, y Agramonte recibió las atribuciones que demandó. Se dio de inmediato a la tarea de organizar a las fuerzas camagüeyanas.

Se ha escrito y se ha hablado de sus extraordinarias condiciones de educador y de organizador. A lo largo de su mando, organizó talleres de todo tipo para abastecer a las fuerzas camagüeyanas, organizó, disciplinó y entrenó a la caballería y a la infantería de Camagüey y de Las Villas, dotó a esas fuerzas de un magnífico espíritu de combate y las capacitó para la lucha. El propio Agramonte no tenía profesión militar; pero desde que comenzó la guerra se dedicó a los estudios militares, y a enseñar a los oficiales y a los combatientes. Es conocido, que dondequiera que había un campamento de Ignacio Agramonte, había un centro de instrucción militar, había una escuela.

Les inculcó a los patriotas camagüeyanos su espíritu, su ejemplo, sus extraordinarias virtudes. Y tan pronto tomó el mando,

les hizo ver a las tropas españolas que Camagüey tenía capacidad de combate, que Camagüey no estaba desmoralizado, y que Camagüey se preparaba a desarrollar su espíritu de resistencia, que Camagüey se preparaba a llevar adelante la guerra.

Una de sus primeras acciones fue precisamente el ataque a la torre de Colón o El Pinto, muy próximo a la ciudad de Camagüey, con el objetivo fundamental de dar señales de vida ante las fuerzas españolas, y levantar la moral.

Después se produjeron otros muchos combates. Pero tiene lugar, sobre todo, aquel hecho que ha pasado a la historia como una de las más extraordinarias acciones de armas; un hecho que levantó el ánimo en el campo cubano en momentos difíciles, que electrizó prácticamente a todo el mundo. Y fue el rescate del general Julio Sanguily, el 8 de octubre de 1871.

Este hecho es sobradamente conocido por todos los cubanos. Hazaña insuperable aquella en que con treinta y cinco hombres, frente a una columna compuesta de fuerzas, tres veces superiores, Ignacio Agramonte, tan pronto tiene la noticia de la captura de Sanguily, reúne a los pocos hombres que están próximos, inicia la persecución del enemigo, instantáneamente lo ataca y rescata de manos españolas —es decir, de una muerte segura— al general Julio Sanguily.

Esta fue, sin duda, una de las más grandes proezas que se escribieron en nuestras luchas por la independencia, y ha pasado a ser un hecho de armas proverbial, que en aquel entonces despertó incluso la admiración de las fuerzas españolas.

Fueron muchos los combates de Ignacio Agramonte al frente de sus tropas y fueron, sobre todo, muchas las cargas de caballería. Se recuerda también aquella acción, de la cual habló Martí, frente al capitán Setién, aquel jefe español temible, al que llamaban El Tigre, y que sembró el terror y la represión en Camagüey, hasta que se encontró con la caballería camagüeyana al mando de Ignacio Agramonte, que en una carga al machete en la que, incluso, combatió personalmente contra El Tigre,

destruyó aquella guerrilla y la liquidó totalmente, incluyendo a sus jefes.

A lo largo del año 1873, se libraron numerosos combates por las fuerzas camagüeyanas, que ganaban cada vez más en experiencia, en acometividad, en organización, en disciplina y en eficacia, hasta el mes de mayo de 1873, en que se produce otro hecho notable de armas, otra tropa española liquidada por la caballería de Agramonte: las fuerzas del coronel Abril, que murió en unión de otros jefes españoles ante una carga de la caballería camagüeyana.

Fue precisamente esta acción de guerra lo que motiva el deseo de venganza de las tropas españolas y que motiva el envío de una columna de setecientos hombres a Jimaguayú, para tratar de vengar la derrota. La realidad histórica demuestra que, en aquel instante, los españoles estaban muy lejos de contar con las posibilidades reales de obtener el desquite.

En el campamento de Ignacio Agramonte, se encontraban quinientos soldados revolucionarios llenos de entusiasmo, llenos de moral por los grandes éxitos obtenidos. Aquel terreno lo conocían como la palma de su mano. En aquel campamento, bien defendido, tenían una escuela de instrucción militar y se decidieron a darles combate a los españoles, si realmente atacaban a fondo.

De esta forma se preparó el combate de aquel día. En un área de potreros, rodeada de montes, de forma rectangular —una verdadera trampa mortal para las tropas españolas si penetraban allí, frente a los aguerridos soldados de Agramonte, y sobre todo, frente a su temible caballería—, Agramonte dio las instrucciones pertinentes. Se reunió con la caballería. Después pasa a recorrer las filas de la infantería de Camagüey y de Las Villas, desconfiado todavía de que los españoles se comprometiesen seriamente en aquella acción de guerra. Y en un momento determinado, cruzando de un lado a otro del potrero para darle instrucciones a la caballería, se encuentra de repente con una

compañía española, que sin ser descubierta todavía había penetrado por el potrero de Jimaguayú, protegiéndose en las altísimas hierbas de guinea.

Y en esas circunstancias, de una forma inesperada, Agramonte —acompañado solo de cuatro hombres de su escolta— se ve de repente en medio de aquella compañía española, que luego recibió además el refuerzo de otra compañía, y muere en aquella acción, por una bala que le atraviesa la sien derecha.

Ese fue el combate en que pierde la vida aquel extraordinario patriota, aquel extraordinario jefe y revolucionario que fue Ignacio Agramonte.

Es conocido cómo los cubanos no tuvieron siquiera el consuelo de preservar su cadáver. Porque cuando los pocos sobrevivientes de su escolta dieron el aviso, ya la caballería cubana, cumpliendo órdenes anteriores de Agramonte, se estaba dirigiendo hacia otro punto. Y lo curioso es que los cubanos registran el campo durante horas, encuentran el cadáver de uno de los ayudantes de Agramonte, no encuentran el cadáver de Agramonte, y suponen que los españoles se lo han llevado.

Y la columna española, que se había retirado horas más tarde, es cuando descubre que ha muerto allí Agramonte, por los documentos que ha ocupado uno de sus soldados y envía entonces una patrulla a recoger el cadáver de Agramonte.

Es así como los españoles se quedaron con sus restos mortales, que los condujeron a la ciudad de Camagüey, precisamente, a este mismo sitio, el 12 de mayo, para llevarlos después al cementerio donde incineraron sus restos y los esparcieron. No les quedó a sus compañeros de armas, ni a sus familiares, ni a sus compatriotas, ni a su pueblo, el consuelo de conservar los restos de El Mayor.

Las autoridades españolas alegaron en aquella época que lo habían hecho para evitar profanaciones de aquel cadáver; pero hay razones más que sobradas para sospechar que quisieron hacer desaparecer toda huella del cadáver de Ignacio Agramonte,

porque aun después de muerto le temían, y no querían dejar a sus compatriotas la bandera de su cadáver.

Esos son los acontecimientos dolorosos que tuvieron lugar un día como hoy, hace cien años.

Las consecuencias de la muerte de Ignacio Agramonte fueron, naturalmente, incalculables. Constituyeron un rudo golpe para los revolucionarios camagüeyanos y para todos los combatientes cubanos.

Naturalmente que aquel éxito, resultado del azar y de la fortuna, envalentonó a los españoles. Es cierto que de inmediato, aquellos efectos no se hicieron sentir. Primero, porque aquella era una tropa realmente organizada y formada; y por la magnífica selección que hizo el gobierno, del sustituto de Ignacio Agramonte, enviando a dirigir a esas fuerzas al general Máximo Gómez, que fue uno de los más grandes y más capacitados jefes de nuestra lucha por la independencia.

Nadie como Máximo Gómez pudo comprender la obra revolucionaria de Ignacio Agramonte: en la extraordinaria calidad de aquellas tropas, en los extraordinarios jefes que había formado Ignacio Agramonte, entre ellos el villareño José González Guerra, que escribió extraordinarias páginas de heroísmo; Enrique Reeve, El Inglesito; Manuel Suárez; Gregorio Benítez y otros muchos; aquella formidable y temible caballería, aquella aguerrida y experta infantería.

Máximo Gómez toma el mando de esas fuerzas y de inmediato reanuda los combates en la región de Camagüey. Pero la Revolución había perdido a uno de sus hombres más prometedores y más brillantes, en uno de los instantes que más lo necesitaba.

Virtualmente se había producido la reconciliación entre Céspedes y Agramonte. Una prueba más lo demuestra el hecho de que Céspedes, que había nombrado de nuevo a Agramonte jefe de Camagüey, más adelante, lo hizo también jefe de Las Villas. Y Agramonte se preparaba para llevar a cabo la invasión de Las Vi-

llas. Este hecho lo realiza después Máximo Gómez en condiciones muy difíciles: a principios del año 1875, con setecientos hombres de infantería, que solo tenían trece balas por fusil, trecientos jinetes de Camagüey y ciento cincuenta jinetes villareños, invade la región de Las Villas, cruza la trocha y lleva a cabo una extraordinaria ofensiva, que condujo a sus fuerzas hasta la región de Cienfuegos, frente a numerosísimas tropas españolas.

En parte, aquel trabajo que había hecho Agramonte en Camagüey, hizo posible aquella extraordinaria campaña de Máximo Gómez en Las Villas.

Pero, la muerte de Ignacio Agramonte, tuvo otros efectos en realidad muy dolorosos. Ese mismo año de 1873, el 27 de octubre, fue destituido Carlos Manuel de Céspedes de la presidencia de la República. Los hechos históricos han demostrado, que a partir de aquel acontecimiento, se produjeron acontecimientos políticos desastrosos para las fuerzas cubanas. Se había sentado el precedente. Independientemente de los errores que pueda haber cometido Carlos Manuel de Céspedes, no hay duda de que aquel paso implicó un momento crucial de la Revolución Cubana.

Podemos preguntar: ¿habría estado de acuerdo Ignacio Agramonte con la destitución de Carlos Manuel de Céspedes? ¿Habría aceptado Ignacio Agramonte aquel precedente? Hay evidencias históricas de que al morir Ignacio Agramonte, sus sentimientos y su actitud hacia Carlos Manuel de Céspedes habían cambiado extraordinariamente. Y hay cartas de Carlos Manuel de Céspedes, donde expresa con entusiasmo y con agradecimiento las muestras de afecto que en aquellos tiempos había recibido de Ignacio Agramonte.

Con posterioridad a la muerte de Ignacio Agramonte, se produce otro acontecimiento verdaderamente infortunado: la captura, herido casi de muerte por sus propias manos —ya que prefería la muerte a caer prisionero de los españoles—, de Calixto García Iñiguez, en San Antonio de Baja, jurisdicción de Manzanillo.

Estos acontecimientos determinaron otros. Primeramente, y antes de caer prisionero Calixto García, ya se habían producido en las fuerzas cubanas los primeros intentos sediciosos, que tuvieron lugar en la jurisdicción de Tunas. Un coronel de las fuerzas de Vicente García, Sacramento León, se había insubordinado virtualmente contra la jefatura de Calixto García, que había recibido el mando de las fuerzas de Oriente. Ese fue el primer intento sedicioso, frente al cual la Cámara, una vez más, se comportó débilmente, porque en vez de proceder, en vez de aplicar la ley cuando era tiempo, aquella Cámara —que había sido tan severa y tan enérgica con Carlos Manuel de Céspedes— se muestra tolerante con la sedición y decreta una amnistía.

Muerto Ignacio Agramonte, prisionero después Calixto García, tolerada la sedición y amnistiada, ¿qué tenía de extrañío los sucesos que ocurrieron después, cuando Vicente García siembra la semilla de la discordia y de la sedición en el campo cubano, promueve los hechos de Lagunas de Varona y determina la sustitución de Salvador Cisneros Betancourt de la presidencia de la República? ¿Habrían ocurrido estos hechos si no hubiese muerto Ignacio Agramonte, el 11 de mayo en Jimaguayú? La acción de Máximo Gómez se ve paralizada en Las Villas, como consecuencia de la paralización de los refuerzos orientales que, en marcha hacia aquella provincia, son detenidos y desorientados en Lagunas de Varona. Eso contribuyó al resultado de las operaciones militares en la provincia de Las Villas.

Máximo Gómez, con su natural inhibición —porque, pese a sus extraordinarios méritos, él siempre actuaba con la timidez de que no había nacido en territorio cubano—, desaparecidas las figuras estelares de Ignacio Agramonte y de Calixto García, sin haber adquirido todavía el renombre que después tuvieron Maceo y otros jefes, podemos decir que Vicente García, que tenía grandes méritos como soldado, pero que como patriota y como revolucionario cometió sin duda grandes errores, quedó prácticamente dueño del campo. Y lo peor es que después, en

los días más críticos, cuando las fuerzas cubanas estaban más agotadas, cuando Martínez Campos lanzaba su ofensiva de occidente hacia oriente, en 1877, de nuevo en Santa Rita, Vicente García promueve su tercera sedición, llevando la más completa desmoralización a las filas insurrectas, que en estado de agotamiento y cansancio, enfrentadas a muy difícil prueba, fueron víctimas de aquellas discordias, de aquellas convulsiones.

¿Habrían ocurrido esos hechos si Ignacio Agramonte no hubiese muerto, el 11 de mayo de 1873, en Jimaguayú? Los que lo conocieron y todos los que hemos llegado a recibir impresiones, informes e ideas acerca de su carácter, de sus virtudes, de su entereza, de su conducta, estamos completamente seguros de que Ignacio Agramonte habría sido un insuperable valladar a aquellas desorientaciones y aquellos errores.

Pero, hay algo más: se produce la destitución de Carlos Manuel de Céspedes, es humillado y se le niega incluso la salida del país, y es abandonado en la zona de San Lorenzo, de la Sierra Maestra, en las proximidades de Santiago de Cuba, mientras era ferozmente perseguido por los españoles, sin escolta, cometándose en realidad —duro es decirlo— un crimen político, por parte de aquellos mismos representantes que habían sido débiles frente a los sediciosos, y se produce la muerte de Céspedes en manos españolas, a pesar de que era un hecho previsto, del cual tomó conciencia Cisneros Betancourt, del cual informó a la Cámara, sin que esta tomara ninguna medida, produciéndose aquellos dolorosos y lamentables acontecimientos. ¿Habría acaso actuado así Ignacio Agramonte, tan caballeroso, tan digno, tan virtuoso? ¿Habría permitido aquel proceder indigno contra Carlos Manuel de Céspedes? ¡No, estamos seguros de que no! Y es por eso que decíamos que la muerte de Ignacio Agramonte constituyó una terrible pérdida para la Revolución Cubana.

Y en medio de aquellas circunstancias difícilísimas de que hablábamos, en medio de aquella desmoralización general que condujo al Pacto del Zanjón, salvó la gloria, salvó la idea, salvó

la bandera, aquel otro coloso oriental, Antonio Maceo (aplau-
sos), con su gesto verdaderamente inmortal.

Supo mantener la disciplina en sus tropas; supo dar ejemplo insuperable de orden, de sentido del deber, de humildad, de acatamiento a la ley y a las instituciones de la República; supo rechazar con desprecio cualquier sugerencia a la sedición. Y cuando, como un mar, de occidente a oriente, avanzaban las fuerzas españolas, inundándolo todo; cuando ya el Pacto del Zanjón se había firmado, el 10 de febrero de 1878, Maceo se negó a acatar aquel acuerdo y continuó luchando. Apenas repuesto de gravísimas heridas, lleva a cabo brillantes y victoriosos combates contra las fuerzas españolas, y el mismo día que se suscribe el Pacto del Zanjón, aniquilaba virtualmente el batallón San Quintín, una de las mejores unidades del ejército español en las proximidades de Santiago de Cuba.

Se reúne con Martínez Campos en Baraguá, el 14 de marzo; suscribe la inmortal Protesta y mantiene la guerra frente a todas las fuerzas españolas juntas, hasta el mes de mayo.

Esos son hechos verdaderamente impresionantes de la historia; hechos de tal grandeza, de tal heroísmo, de tal mérito moral, político, ideológico y material, que nos hacen sentirnos orgullosos de ellos a todos los cubanos.

De esta forma terminó aquella contienda. Es cierto que no culminó en la independencia de Cuba, pero la sangre derramada, los sacrificios que se hicieron, no fueron de ninguna manera en vano: forjaron los cimientos de la patria, crearon un alma, crearon una nación, forjaron y templaron a un pueblo. Y de tal manera revolucionaron a nuestro país, que nunca más las cosas pudieron volver a ser como antes. De modo tal, que dos años después, incluso, ya España se vio en la obligación de abolir oficialmente la esclavitud.

Una de las consecuencias de aquella guerra, fue la desaparición definitiva del odioso sistema de la esclavitud.

Y en aquella guerra tremenda, la composición del pueblo cubano cambió totalmente. Al final de aquella guerra, después de

diez años de lucha, ya no había un sector de la población cubana poseedor de las riquezas. A lo largo de aquella guerra muchas familias fueron eliminadas, asesinadas, y la inmensa mayoría de ellas perdió sus fortunas, en algunos casos, porque se levantaron en armas contra España y, en otros casos, porque fueron confiscadas con cualquier pretexto. Una gran cantidad de aquellas riquezas pasaron a manos españolas.

Y por eso, ya los que hicieron la nueva guerra, los que hicieron la guerra de 1895, constituían otro sector de la población cubana. Ya no era el sector acaudalado de nuestro pueblo, puesto que ya no había siquiera sector acaudalado. Ya fueron los cuadros, fueron los oficiales, fueron los combatientes de la Guerra de los Diez años; fueron los jóvenes que surgieron en los años siguientes, los que habían nacido y habían crecido en aquellos años de guerra. Ya fueron los jefes aquellos que se habían destacado en la contienda anterior. Y ya no surgieron aquellos problemas de los primeros años de la guerra de 1868, porque ya la experiencia se había acumulado. Y los cubanos tuvieron la fortuna de contar con aquel genio extraordinario, aquel patriota que es imposible de medir, cuyos sentimientos y cuyo talento se salen tanto de lo común: José Martí. (Aplausos).

Martí recogió todas aquellas experiencias, las sintetizó, y señaló el camino y señaló los métodos mediante los cuales debía llevarse adelante la guerra definitiva. Y con su profunda y extraordinaria visión de largo alcance, supo prever los problemas que podían presentarse y supo prever los peligros que amenazaban a nuestra patria.

¡Y qué gran diferencia! Ya en 1895 no había el menor resto de confusión. Ya no se hablaba, por nadie en absoluto, de anexionismo. Ya nadie tenía la menor esperanza en Estados Unidos. Y cuando Martí reveló lo más íntimo de su pensamiento, dijo que todo cuanto había hecho hasta ese día y hacía, era para evitar que Estados Unidos se apoderara de Cuba, y que con esa fuerza más, cayera sobre los pueblos hermanos de América Latina.

Y ya teníamos el pensamiento claro y extraordinario de Maceo, sintetizado en aquellas dos frases: en una ocasión, cuando alguien le había sugerido la idea de la anexión, él respondió que, aunque lo creía muy improbable, esa sería la única vez que estaría al lado de los españoles; o cuando dijo que era preferible vencer o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino poderoso.

¡Cómo se había ido formando el pensamiento revolucionario de nuestro pueblo, demostrando que las ideas revolucionarias no vinieron al mundo, perfectas y puras, que las ideas revolucionarias las adquiere un pueblo a lo largo de su camino y a lo largo de su experiencia! Y por eso, es tan interesante ver cómo se formaron las ideas revolucionarias de nuestro pueblo, cómo se fueron enriqueciendo de lo mejor del pensamiento universal en todos los tiempos para llegar a constituir lo que son hoy.

Y una de las cosas que hizo Martí en 1895, partiendo de la experiencia de 1868, partiendo de la realidad, fue organizar un partido. Y ya antes de 1895, organizó el Partido Revolucionario Cubano para hacer la guerra y para dirigir la Revolución. (Aplausos). Y Martí fue elegido delegado de ese partido, con las atribuciones pertinentes.

Martí hizo un partido —no dos partidos, ni tres partidos, ni diez partidos—, en lo cual podemos ver el precedente más honroso y más legítimo del glorioso partido que hoy dirige nuestra Revolución: el Partido Comunista de Cuba (aplausos), que es la unión de todos los revolucionarios, que es la unión de todos los patriotas para dirigir la Revolución y para hacer la Revolución, para cohesionar estrechamente al pueblo. Porque fue la desunión lo que mató la idea de la independencia en la guerra de 1868 a 1878, y fue precisamente la unión, lo que le dio la victoria a nuestro pueblo; la unión, la que hizo posible la guerra de 1895; y la unión, la que hizo posible la consolidación de la Revolución en 1959. (Aplausos).

¿Qué habría sido de nuestra patria frente al enemigo imperialista? ¿Qué habría sido de nuestra patria en esta durísima lucha, si no nos hubiésemos unido estrechamente? El enemigo quería dividirnos. El enemigo quería sembrar la discordia, pero no pudo lograrlo. Y por eso, uno de los factores que dio a nuestro proceso revolucionario más extraordinaria fuerza, fue la unión. Y, por eso, como en 1895, estamos hoy unidos en un partido revolucionario, porque sabemos que la lucha no ha concluido ni mucho menos, y que tenemos una larga tarea por delante.

Pero hoy nos sentimos seguros, nos sentimos fuertes, nos sentimos invencibles. Sabemos que aquellos males históricos no volverán a nuestra patria. Sabemos que no habrá divisiones, sabemos que no habrá Zanjones, y que la bandera de Céspedes, de Agramonte, de Máximo Gómez, la bandera de Martí y de Maceo, la bandera de Baraguá, ¡esa bandera ondea firmemente en las manos de nuestro pueblo! (Aplausos).

Ellos iniciaron aquella lucha hace más de cien años. Nosotros la continuamos.

Ellos empezaron a unir al pueblo en el fragor de la lucha. Ellos dieron el primer grito de Independencia o Muerte. Ellos decretaron la abolición de la esclavitud, hicieron desaparecer aquella forma odiosa de la explotación del hombre por el hombre, mediante la cual unos hombres eran propiedad de otros.

¡Y nosotros hemos erradicado toda forma de explotación del hombre por el hombre! (Aplausos). Hemos completado aquel paso de Céspedes, cuando libertó a los esclavos; y aquel acuerdo de los camagüeyanos, cuando el 26 de febrero de 1869, decretaron la abolición de la esclavitud. Hemos recogido lo mejor de nuestra historia, lo mejor del pensamiento revolucionario de nuestro pueblo y lo mejor del pensamiento revolucionario universal.

Otras ideas prevalecían en aquel entonces. Eran las ideas que se concretaron con la Revolución Francesa, de 1789. Son

hoy otras ideas, y mucho más avanzadas, las que inspiran a los revolucionarios, y que fueron el resultado de su larga lucha por la liberación —de lo cual aquella Revolución Francesa no fue más que una etapa—, y que son las ideas del socialismo y la aspiración de crear la verdadera sociedad de hermanos, que es la sociedad comunista. (Aplausos).

Esas son hoy nuestras hermosas banderas.

¡Y qué útil es hurgar en la historia extraordinaria de nuestro pueblo! ¡Cuántas enseñanzas, cuántas lecciones, cuántos ejemplos, qué cantera inagotable de heroísmo! Porque ningún pueblo en este continente luchó más por su libertad, que el pueblo cubano. Ningún pueblo sufrió más, ningún pueblo se sacrificó más.

Eran unos cuantos cientos de miles de habitantes. La población cubana propiamente dicha apenas llegaba a un millón, descontados los españoles y los que estaban a su servicio. En la sola Guerra de los Diez Años, murieron en esta tierra ochenta mil soldados españoles; en la sola Guerra de los Diez Años, movilizó España doscientos mil soldados contra nuestro pueblo. España movilizó contra el pueblo de Cuba en nuestras luchas por la independencia, más soldados que los que movilizó en todo el resto del continente junto.

Contra ese poder, contra esa fuerza, se enfrentaron nuestros compatriotas. Contra ese poder, contra esa fuerza, lucharon Ignacio Agramonte y los hombres de su generación. Contra esa fuerza luchó nuestro pueblo y pagó un elevadísimo precio de sangre, de sacrificio, de lágrimas.

Y nuestro pueblo lo resistió. Y frente al revés no pensó en abandonar la lucha, sino que estaba más decidido que nunca a continuarla.

Y las riquezas de Cuba fueron exterminadas, y las poblaciones fueron desoladas. Se cometieron crímenes espantosos de todo tipo: desde el asesinato de aquellas camagüeyanas, las hermanas Juana y Mercedes Mora, con todos sus hijos, hasta el fusilamiento incalificable de los estudiantes de Medicina. Crí-

menes por el estilo, crímenes similares se cometieron por miles, por decenas de miles, pero no lograron aplastar la idea de la independencia, la idea de la libertad en nuestro pueblo. No hubo fuerza. ¡Ni la habrá! No hubo poder. ¡Ni lo habrá!

Y este centenario de hoy es una lección, porque un día como hoy murió Ignacio Agramonte. Y un día como mañana incineraron sus restos y los esparcieron por el aire. Dícese que su cadáver fue ultrajado. Dícese que un bárbaro lo golpeó con un látigo, cuando lo traían hacia la ciudad de Camagüey, muerto hacía horas. No le rindieron ni les permitieron rendir el menor tributo a sus desolados compañeros. No les permitieron ver los restos. Incluso, no les fue permitido a los cubanos ver la victoria en 1878; no les fue permitido ver la victoria en 1895. Sin embargo, nada de eso pudo impedir el avance incontenible ni la victoria definitiva de nuestra patria.

Hace cien años esparcieron los restos de Ignacio Agramonte, sin el menor respeto. ¡Pero un día como hoy, casi nueve millones de cubanos le rinden el tributo y el homenaje que se merece! (Aplausos prolongados).

Un día como hoy nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, victoriosas en la Sierra y en Girón, le rinden tributo. Un día como hoy, nuestras tropas desfilan por el lugar donde él cayera. Un día como hoy, nuestros aviones, nuestros tanques, nuestros cañones, nuestras armas —¡que son armas revolucionarias y armas libertadoras como las que él organizó, como las que él forjó!—, le rinden respeto.

Y si queremos saber cómo deben ser nuestros tanques en la hora del combate: ¡deben ser como la caballería camagüeyana de Ignacio Agramonte en el rescate de Sanguily! (Aplausos prolongados).

Hoy no tenemos caballería. Hoy tenemos tanques. Y serán en el combate, si se llega la hora de tener que defender la patria, como fueron los combatientes de Ignacio Agramonte frente a los Tigres, frente a los Abriles y frente a cualquier enemigo.

Esta es la enseñanza que podemos recoger un día como hoy. Y que nosotros los cubanos de esta generación tenemos que inspirarnos en aquellos ejemplos, ¡y luchar!

Nuestras tareas inmediatas son otras: es el combate contra el atraso, es el combate contra la pobreza, es el combate contra el subdesarrollo. Ahí está hoy nuestro objetivo más inmediato; ahí está nuestra lucha.

¡Como ellos regaron con su sangre los campos de la patria, los campos de Camagüey, reguemos nosotros de escuelas, reguemos nosotros de hospitales, de viviendas, reguemos nosotros de fábricas y de granjas estos campos camagüeyanos!

Y si levantamos la vista en esta provincia, vemos cómo se construyen ya por decenas. Y podemos decir con satisfacción, que cada año podemos recordar decenas de nombres gloriosos, con las escuelas que en esta sola provincia se están construyendo.

Y si queremos saber, cómo deben ser los camagüeyanos en esta lucha contra la pobreza, en esta lucha por el desarrollo, en esta lucha por la Revolución: ¡Como los soldados de Ignacio Agramonte! ¡Y cargar al machete, como cargaba su caballería gloriosa en aquella épica contienda! (Aplausos).

¡Que vivan eternamente los héroes gloriosos de la patria! (Exclamaciones de: «¡Vivan!» y aplausos).

¡Que viva la memoria inmortal de Ignacio Agramonte! (Exclamaciones de: «¡Viva!» y aplausos).

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



*Acto de conmemoración del centenario de la
Protesta de Baraguá, municipio Julio Antonio
Mella, Santiago de Cuba*

15 DE MARZO DE 1978,
Año del XI FESTIVAL

Queridos compatriotas:

Para hacer un profundo análisis histórico de la Protesta de Baraguá, se habría requerido del tiempo que no hemos dispuesto en estos días de mucho quehacer. Por ello, no pretendemos pronunciar aquí una conferencia ni hacer una valoración histórica de aquellos acontecimientos. Venimos aquí para expresar nuestro profundo reconocimiento, nuestro cariño y nuestra admiración a aquel glorioso hecho histórico y, expresar algunas ideas y algunas impresiones de su importancia y de las circunstancias en que se produjo.

¿Cómo sería aquel día 15 de marzo de 1878, hace cien años? Dicen que aquella mañana, antes de la conferencia, el día era neblinoso; pero nos parece que en muchas cosas sería un día similar al de hoy. Tal vez muchos más mangos, que hoy no existen por el efecto del tiempo, del descuido e, incluso, quizás del avance de las grandes plantaciones cañeras que establecieron aquí los monopolios extranjeros. Pero, sin duda, había un sol como este, unas montañas como aquellas que se divisan en el horizonte y unos hombres representando a nuestro pueblo,

FIDEL CASTRO RUZ

como los hombres que aquí se encuentran en la tarde de hoy. (Aplausos).

Hace unos minutos observábamos a los pioneros que van a escenificar, después de este acto, la Protesta de Baraguá. Son niños de una escuela del central Mella. Y cuando los observábamos —unos representando a los cubanos, otros representando a los españoles—, nos decíamos: más o menos como estos niños fueron en un tiempo aquellos hombres que escribieron una página tan brillante en la historia de nuestra patria.

¿Por qué tiene tan extraordinaria significación en la historia de nuestro país la Protesta de Baraguá? ¿Y qué fue la Protesta de Baraguá? ¿Qué es y qué será siempre la Protesta de Baraguá?

Los cubanos habían luchado heroicamente durante casi diez años. Bien puede decirse que en ninguna parte de este continente un pueblo luchó tan heroicamente y durante tantos años, en condiciones tan difíciles por su independencia.

Cuando las colonias inglesas de Norteamérica —que hoy constituyen Estados Unidos— se liberaron, recibieron la ayuda de otras naciones; ejércitos, incluso, de otras naciones los fueron ayudar en un inmenso territorio. Cuando lucharon por su independencia, a principios del siglo pasado, las naciones de Centro y Suramérica, lucharon todas juntas, iniciaron el combate cuando la metrópoli española estaba ocupada por el ejército francés, y pudieron constituir estados y países independizados en medio de la guerra, organizar ejércitos y recibir la ayuda exterior.

¡En qué condiciones tan distintas luchó nuestro pueblo en 1868! Una isla, sin ninguna ayuda exterior, sin ningún suministro. Si acaso, se puede hablar de escasos desembarcos de armas, enviados con grandes sacrificios y dificultades por los ciudadanos emigrantes que se encontraban en el extranjero. Y no era un conjunto de países los que luchaban contra España, sino un solo país, una pequeña isla, de una población que no alcanzaba el millón y medio de habitantes. Y ese pueblo se

enfrentó a una de las más grandes potencias militares de aquella época, sin suministros de nadie, sin ayuda de nadie, y sostuvieron aquella guerra durante diez años.

Si cuando empezó la lucha en 1868, había 13 000 soldados españoles en nuestro país y los cubanos combatientes nunca llegaron a rebasar la cifra de unos 8000, al final de la contienda había apenas 4000 cubanos contra 100 000 soldados españoles.

Aquella lucha no culminó en la independencia. El movimiento patriótico sufrió —no podemos decir una derrota— un importante revés.

Muchas pueden ser consideradas las causas que en aquellas circunstancias nuestro pueblo no hubiese podido conquistar la independencia. Tal vez pueda ser más fácil ahora juzgar los hechos; tal vez pueda ser más fácil hacer el papel de críticos. A la distancia, se puede apreciar que, por ejemplo, cuando los cubanos se levantaron en armas, no poseían absolutamente ninguna experiencia militar ni política. La organización que dieron al Ejército y a la República en Armas era compleja. Tal vez no era la que más se adaptaba a aquellas circunstancias. En medio de la guerra desarrollaron una Asamblea Constituyente, algo verdaderamente extraordinario y noble. De aquella asamblea surgió una forma de república, un gobierno, una cámara de representantes. Y, tal vez, aquella forma de organización no era la más adecuada para organizar y dirigir la guerra. Pero en aquellos tiempos eran los conocimientos que ellos poseían, las ideas prevalecientes, y cada uno de aquellos hombres imaginaba estar cumpliendo con su deber revolucionario y patriótico de la forma más cabal.

El sentimiento nacional no estaba realmente forjado. Y fue precisamente aquella Guerra de los Diez Años, la que contribuyó a consolidar definitivamente un espíritu nacional. Entonces existían todavía muchos localismos. Era difícil movilizar fuerzas de una provincia a otra, de una jurisdicción a otra. Los jefes de los distintos cuerpos armados de cada región, muchas veces eran

algo así como paladines o caudillos de aquellos combatientes. Y los patriotas se enfrentaron con aquellas realidades, con un fuerte regionalismo, un fuerte localismo, que dificultaban la marcha de las operaciones militares.

Surgieron también problemas políticos. Surgieron en algunos jefes ambiciones, surgió la confusión en algunos patriotas. Y así ocurrieron hechos dolorosos, como fue la destitución del Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes. Y no fue aquel, el único hecho. En 1875, se producen en algunas regiones sediciones militares, como fue la de Lagunas de Varona, en los momentos precisos en que Máximo Gómez invadía la provincia de Las Villas y necesitaba refuerzos para continuar la marcha de las operaciones militares. Y los esfuerzos que el mando cubano realizaba para reunir aquellas fuerzas, que debían apoyar a Máximo Gómez, fueron uno de los factores que contribuyeron a la gestación de la sedición de Lagunas de Varona, en 1875. Y más adelante, cuando los españoles, haciendo un último y supremo esfuerzo, enviaron poderosos contingentes de tropas aguerridas a nuestro país, para avanzar desde occidente hasta oriente y contrarrestar la invasión de los patriotas, surgieron hechos dolorosos, como fue la virtual expulsión de Máximo Gómez del territorio de Las Villas, como resultado del acentuado localismo de algunos jefes de aquella región; además, nuevas sediciones militares, como la de Santa Rita, en los mismos instantes en que las tropas de Martínez Campos se aproximaban en su ofensiva a la provincia de Camagüey. Aquella sedición dio lugar a la indisciplina y la insubordinación de unidades enteras y a la desertión de numerosos combatientes, precisamente, cuando el enemigo, con más fuerza que nunca, avanzaba sobre Camagüey.

Aquellas circunstancias fueron creando una situación militar verdaderamente crítica. El enemigo, esta vez, con más comprensión del carácter, la pujanza, la firmeza y el heroísmo de los cubanos, no acudía solo a la fuerza; venía realizando una política distinta. Junto al esfuerzo militar, aplicaba medidas to-

talmente diferentes a las que habían aplicado durante casi toda la guerra los jefes militares españoles.

Ya nuestro ejército mambí no tenía aquella disciplina de hierro, aquel respeto ejemplar a los mandos, a los principios revolucionarios adoptados por ellos, al Gobierno Revolucionario constituido. Esos factores debilitaron extraordinariamente nuestras fuerzas en los momentos más críticos y facilitaron los planes enemigos.

En la región de Camagüey surgió la desmoralización, lo que, unido a la falta de recursos y al cansancio, y en algunos casos aislados a la traición, creó las condiciones que propiciaron lo que se dio en llamar el Pacto del Zanjón; es decir, la paz sin la independencia de Cuba.

A pesar de que los patriotas habían aprobado una ley o un decreto, estableciendo la pena de muerte para todo el que se acercara a sus filas con proposiciones de paz sin independencia, se crearon unas circunstancias tales que, incluso, aquel decreto fue abolido y se produjeron los contactos que determinaron los pasos ulteriores en virtud de los cuales se llegó a aquel acuerdo.

Las circunstancias eran sumamente críticas, sumamente difíciles. El hecho cierto es que el 21 de diciembre de 1877, el mando español determinó el cese de las operaciones militares en la región de Camagüey y, posteriormente, prolongó ese período de cese de operaciones militares hasta que se produjo el acuerdo o Pacto del Zanjón.

El país estaba realmente ya sin autoridad y, a última hora, aquella Cámara renunció y se constituyó un comité, que en los primeros días de febrero discutió y acordó la paz sin independencia; acuerdo que de un modo más o menos oficial, puesto que no se suscribió ningún documento, tuvo lugar el 10 de febrero de 1878.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en la provincia de Oriente? En Oriente se habían desarrollado magníficos jefes revolucionarios, como en otros lugares de la Isla. La lucha había comenzado por

esta provincia. Máximo Gómez, puede decirse que fue maestro de magníficos combatientes cubanos. Aquí surgieron generales tan distinguidos como Calixto García, que no pudo finalizar la contienda porque había caído prisionero, no sin antes intentar suicidarse, y otros muchos jefes; pero, entre ellos descollaba como uno de los más brillantes, Antonio Maceo. (Aplausos).

Maceo, hombre de origen muy humilde y además negro —en una época en que los prejuicios raciales eran muy fuertes en nuestro país—, por sus virtudes, por su ejemplar conducta, por sus méritos, por su valor, por su capacidad, en esas difíciles condiciones de su origen y en las circunstancias de nuestra sociedad en aquella época, comenzó a destacarse, comenzó a brillar. Pero uno de los méritos más extraordinarios de Maceo, es que jamás se dejó arrastrar por el envanecimiento, ni por la ambición, ni por los prejuicios. Luchó contra todos los obstáculos imaginables y se caracterizó siempre por ser un soldado absolutamente leal, disciplinado, respetuoso de las leyes, de los principios revolucionarios, de los mandos superiores y de las autoridades revolucionarias legítimamente constituidas.

Jamás en esos diez años pudo decirse que Maceo incurrió en el menor acto de insubordinación; no obstante, su franqueza, su sinceridad, su valentía, para plantear sus criterios y sus puntos de vista, para criticar lo que estuviera mal hecho, para apoyar lo justo. Y mucho menos participó Maceo, sino que por el contrario, condenó enérgicamente con duros calificativos aquellos actos sediciosos que algunos jefes militares cometieron y que tan caros habrían de costar a la Revolución, como fueron los hechos de Lagunas de Varona o la Sedición de Santa Rita, a la cual se le invitó a participar, dando lugar a una histórica carta de enérgico rechazo y condenación a los autores de aquellos hechos. (Aplausos).

Pero, ese ejemplo de Maceo, esa conducta intachable en todos los aspectos, se convirtió en una doctrina, en una verdadera escuela para los combatientes orientales. Y en esos principios

se formaron los jefes, oficiales y soldados de las tropas que estaban al mando de Antonio Maceo.

De modo que la Revolución, en gran parte de la región de Oriente, donde mandaba Maceo, se mantuvo fuerte, se mantuvo íntegra, se mantuvo limpia de discordias, de divisiones, de indisciplinas, de sediciones. Y hay que decir que el papel del hombre, es decir, el papel de Maceo en aquellas circunstancias fue decisivo.

Y cuando la tormenta, que habría de liquidar a la Revolución o habría de liquidar las esperanzas revolucionarias en aquella guerra se avecinaba, Gómez y Maceo trataban de contrarrestar aquellos hechos, y trataban de idear la forma de dar la respuesta adecuada a la campaña militar y a la política de Martínez Campos. Pero fue precisamente en los instantes en que se hallaban Gómez y Maceo juntos para elaborar estos planes, cuando se produce el combate en el potrero de Mejías de Barajagua, que dio lugar a las gravísimas, casi mortales heridas de Antonio Maceo, el 6 de agosto de 1877.

De modo que Maceo, primero tuvo que sobrevivir en condiciones increíbles con numerosas heridas; tuvo que ser preservado de la captura, por sus compañeros de armas que, con una pequeña escolta, durante semanas y semanas evadieron y se enfrentaron a los esfuerzos enemigos, por tratar de capturar al general Antonio. Pero aquel período de gravedad y convalecencia duró varios meses, los meses que fueron precisamente críticos, cuando se iban gestando las circunstancias que dieron lugar al Pacto del Zanjón.

En los primeros días de enero, varios meses después de aquel combate, ya la salud de Maceo se había restablecido y estaba de nuevo al frente de sus tropas. Pero, en aquellos momentos, los patriotas orientales tenían una gran escasez de alimentos, de armas y de municiones.

¿A qué se dedicó Maceo en aquellos días, cuando ya incluso se había producido un alto al fuego en Camagüey, que él ignoraba? Se había dedicado a combatir; y a combatir para

suministrarse, sobre todo, de armas y de municiones. Y fue precisamente en esos días, en vísperas del Zanjón, cuando ya existía el alto al fuego en Camagüey y en otras regiones, que Maceo libró algunas de sus más importantes acciones militares.

Se dedicó a atacar las columnas de suministros españoles, haciendo bueno aquel principio de que las armas revolucionarias, en determinadas circunstancias, hay que arrebatárselas al enemigo. (Aplausos). Sus fuerzas, en quince días, liquidaron dos convoyes y dos batallones de aguerridas tropas españolas. Y el propio Maceo participó personalmente y dirigió las operaciones en tres de ellas, que se han recordado mucho en estos días. Una columna de suministros avanzaba desde Palma a Florida; en el trayecto entre Palma y Victoria, las fuerzas de Maceo atacaron el convoy español, derrotaron la custodia y se apoderaron de los suministros y de las municiones que tenía aquel convoy: cincuenta mil balas. Eso ocurrió el 29 de enero.

Cuatro días después o seis días, es decir, el 4 de febrero, una columna de tropas españolas choca con las fuerzas de Maceo. Pero lo extraordinario es que en ese momento Maceo no andaba a caballo. Hay que decir, que en aquellos días finales de la guerra, las fuerzas patriotas no tenían ni caballos. Una parte de la fuerza de Maceo había sido enviada la noche anterior a otro punto, y Maceo se quedó con treinta y ocho hombres. Con sus treinta y ocho hombres rechazó el ataque de la columna y la cercó. Y es increíble, pero verdaderamente increíble, que con solo treinta y ocho hombres prácticamente liquidó el batallón de Cazadores de Madrid en un día (aplausos), al que le hicieron según datos históricos, doscientos sesenta muertos y setenta prisioneros, muchos de ellos heridos. Eso ocurrió el 4 de febrero de 1878.

Tres días después, con las armas, los suministros y las balas adquiridas, le salen al paso a otro batallón español, de los más veteranos, de los más aguerridos: lo cercan, combaten durante

más de tres días contra aquel batallón y lo derrotan. Se dice que de aquel batallón solo escaparon ilesos veinticinco hombres: los demás, estaban muertos o heridos, y los pocos que se salvaron se debió al refuerzo de una poderosa columna española que acudió en su rescate. Acababa de derrotar Maceo y sus fuerzas, en ese momento, al famoso batallón de San Quintín (aplausos), una de las mejores unidades españolas, en el combate denominado Camino de San Ulpiano. De modo que en dos combates, el de la Llanada de Juan Mulato y el de Camino de San Ulpiano, liquidó estos dos batallones españoles en menos de una semana; el primero, con treinta y ocho hombres, puesto que el grueso de sus fuerzas lo había enviado a otra misión, y el otro, con el conjunto de sus fuerzas. Pero fueron dos impresionantes combates y dos grandes derrotas españolas.

Se habla de las distintas batallas y todas tienen su importancia. Se habla de Palo Seco: fue una gran batalla, fue una carga de caballería de Máximo Gómez que, como un relámpago, cayó sobre las tropas españolas y liquidó un batallón. (Aplausos). Se habla de Mal Tiempo, cuando la invasión; una carga al machete de Gómez y Maceo conjuntamente, que liquidaron al batallón español, creo que se llamaba el batallón Canarias, pero la historia, por lo menos la que nosotros estudiamos en otra época, no hablaba lo suficiente de esas dos batallas tan importantes de Maceo, de un mérito extraordinario por el momento y las circunstancias en que se producen.

Ahora, lo doloroso, lo que sorprendió y dolió profundamente a Maceo y a sus fuerzas, fue la noticia de que en los instantes en que ellos terminaban el combate del Camino de San Ulpiano, se acababa de firmar en Camagüey el Pacto del Zanjón. Y Maceo, indignado, amargado, se preguntaba qué dirían sus hombres, qué dirían sus compañeros, qué dirían los heridos, cómo se podía justificar ante sus muertos, los que había tenido en aquellos combates, si en esos precisos instantes se estaba firmando la paz sin la independencia.

Y aquella paz sin independencia, realmente se había hecho sin consultar a todas las fuerzas, puesto que las fuerzas de Maceo, una de las más importantes de la Revolución, no habían sido consultadas.

Fueron esos factores los que determinaron una conducta, una actitud y un gesto que señalan una de las más extraordinarias proezas patrióticas de nuestras guerras de independencia, de nuestros combatientes revolucionarios, que fue la Protesta de Baraguá. (Aplausos).

Sencillamente, Maceo y sus fuerzas orientales no se resignaban a la paz sin la independencia. (Aplausos). Tan pronto supo aquello, tan pronto fue informado de los acuerdos o pactos del Zanjón, noticia que conoció oficialmente por una comisión que llegó después que todo aquello había sido hecho, por dos comisionados y por un tercer patriota cubano, uno de los más grandes patriotas, Máximo Gómez (aplausos), que no formaba parte de la comisión pero que, ante las circunstancias y determinado a salir del país, había decidido hacer escala primero en Oriente, visitar a Maceo y despedirse de él.

Porque entre Maceo y Máximo Gómez existió siempre un gran cariño, una gran admiración y un gran respeto. Máximo Gómez fue maestro de Maceo, y Maceo fue el más brillante alumno de Máximo Gómez.

Y fue dramática aquella entrevista, en que Máximo Gómez estaba absolutamente convencido de que no existían en esas circunstancias, posibilidades de continuar la guerra por todos aquellos factores que se habían producido, y Maceo, que estaba decidido a continuar la guerra. Maceo quería que Gómez se quedara, incluso, le preguntó si lo iba a dejar solo en aquellas circunstancias. Ambos eran hombres de profundas convicciones, Maceo tenía la suya, Gómez la suya y además, una gran experiencia, era el más experimentado de todos los jefes militares cubanos y estaba convencido de que no existían condiciones para continuar la guerra; se despidió y se marchó del país.

Maceo, adoptó las disposiciones pertinentes, reunió a sus jefes, los consultó y decidió, de manera formal, expresar su desacuerdo con el Pacto del Zanjón.

Algunos se preguntarán: bueno, si Maceo quería continuar la guerra ¿para qué tenía que reunirse con Martínez Campos y decirle que estaba en desacuerdo con la paz? Había una razón muy importante: de la misma forma que en el Zanjón se había oficializado en nombre del pueblo en armas el cese de la guerra, Maceo quería, incuestionablemente, ante el mismo jefe y ante las mismas autoridades españolas, expresar oficialmente su desacuerdo con el Pacto del Zanjón. (Aplausos).

Gómez explica que Maceo tenía además otras intenciones, que quería ganar tiempo en aquellas circunstancias tan difíciles, y le había dicho que con tiempo se podían hacer muchas cosas. Incluso, Gómez le aconsejó que si pedía un cese de las hostilidades lo hiciera por el tiempo mayor posible para organizarse. Fue cuando Maceo escribe la carta el 21 de febrero a Martínez Campos, carta muy inteligente, carta muy revolucionaria, incluso —podríamos decir—, carta muy leal, y le plantea la suspensión de las hostilidades por cuatro meses, puesto que quiere consultar con todos los distritos de la jurisdicción de Cuba, como se llamaba entonces. Y le plantea que quiere tener una entrevista, para saber qué ventajas podía representar para Cuba la paz sin independencia; pero le expresa con claridad a Martínez Campos que no es para llegar a ningún acuerdo; es decir, se lo advierte. Nos vamos a entrevistar, pero no para llegar a ningún acuerdo. Queremos que se nos explique qué ventajas puede haber para Cuba con la paz sin la independencia.

De modo que Maceo hace dos cosas: trata de ganar tiempo; pero, sobre todo, lo más importante, se propone de manera oficial y ante el mismo general en jefe español, ante el mismo con el cual se había pactado el Zanjón, expresarle que está en desacuerdo con aquel pacto y que se propone continuar la lucha. (Aplausos). Porque lo esencial, lo esencial del problema es

que Maceo no estuvo de acuerdo, en lo más mínimo, ni un solo segundo, con el Pacto del Zanjón; Maceo no estuvo de acuerdo ni vaciló un solo segundo en rechazar la paz sin independencia; su propósito era rechazar el Zanjón y continuar la guerra. Para eso convocó al jefe enemigo.

Y eso se ve muy claro, cuando se leen los relatos históricos de la gloriosa Protesta de Baraguá. Maceo se reunió con Martínez Campos —como él le había dicho en su carta— no para acordar nada, porque ahí no se acordó nada. Si algo se acordó en Baraguá fue que ocho días después se rompían otra vez las hostilidades y continuaba la guerra. (Aplausos).

Comienza diciéndole que está en desacuerdo con lo pactado en el Zanjón, continúa expresándole personalmente o a través de sus compañeros de más confianza que ellos lo que quieren es la independencia. Al extremo que Martínez Campos dice que si hubiera sabido que querían una reunión para pedir una cosa imposible, no se habría reunido.

Pero, hay en medio de esto, algo que tiene un gran valor, porque uno de los ayudantes de Maceo entonces le explica a Martínez Campos, dice en esencia: «Bien, usted dice que no pueden dar la independencia, ¿podrían dar la libertad a los esclavos?»

Es decir, que lo que plantean los cubanos en la Protesta de Baraguá, primero: quieren oficializar su desacuerdo y romper el pacto. Ese fue el objetivo político número uno. Dos: decirle que rompían el pacto, porque no aceptaban la paz sin independencia. Pero tiantan al español y le plantean: «Ya que dicen ustedes que no pueden dar la independencia, ¿por qué no se comprometen a dar la libertad de los esclavos?»

Es decir, que las dos grandes demandas en la Protesta de Baraguá eran la independencia de Cuba y, en último extremo, si no hay independencia de Cuba, que haya libertad para los esclavos. (Aplausos).

En el Zanjón, se acordó la libertad para los esclavos africanos y colonos asiáticos que militaban en ese momento en las filas

del Ejército Libertador. Pero muchos de los esclavos y colonos asiáticos que habían participado en las filas del Ejército Libertador, habían muerto en los combates, ya quedaban muy pocos; mientras en el occidente del país, no podría decir ahora cifras exactas, en 1878, calculo que quedaban todavía cientos de miles de esclavos, tal vez 150 000, tal vez 200 000, tal vez 250 000.

Y esto es muy importante, como en la Protesta de Baraguá no se planteó solo la independencia, sino también de ser esto imposible, por lo menos, la libertad de los esclavos, o seguiría la lucha, lo cual le da una magnitud que tal vez no resaltaron en el pasado los burgueses, limitándose solo al punto de la independencia, queriendo ignorar este aspecto político de la protesta, cuando la esclavitud era el problema social más importante de la época. La liberación y el cese de la esclavitud eran, desde el punto de vista social, una de las más justas demandas de los revolucionarios en armas.

Y por eso, ¡qué hermoso camino desde el instante en que Carlos Manuel de Céspedes libera a los esclavos, hasta el minuto en que Maceo le plantea a Martínez Campos en Baraguá la libertad de los esclavos, como condición mínima para que pudiera haber paz en nuestro país! (Aplausos).

Esa es la esencia de la Protesta de Baraguá. Maceo y los cubanos se proponían proseguir la guerra y, efectivamente, acordaron el rompimiento de las hostilidades para el día 23 de marzo. Ellos todavía tenían esperanzas de mantener en alto la bandera de la independencia y de la guerra; pero, cuando se rompen las hostilidades, se enfrentaron a problemas serios. Primero, la desmoralización que había cundido en muchas fuerzas, las fuerzas de Las Tunas, de Bayamo; en Holguín, había problemas serios, Manzanillo; la paz ya acordada en el centro, en Camagüey; en Las Villas, la paz acordada, excepto un grupo de valientes que se mantenía luchando. Entonces Martínez Campos pudo concentrar todo su esfuerzo en la región donde operaban las tropas de Maceo, y seguía con una política inteligente.

Y según narra la historia, cuando se rompen las hostilidades el día 23 y los cubanos se encuentran con las primeras fuerzas españolas y les abren fuego, las tropas españolas no respondían al fuego; cosa insólita, gritaban: «¡Viva la paz! ¡Viva Cuba!» Incluso, se dice que algunas columnas veían caer hombres heridos o muertos y no respondían al fuego, en el intento político de Martínez Campos para debilitar la moral y para lograr la paz, reblandecer aquellas fuerzas. No hay duda de que aquella política en general reblandeció a muchos combatientes en aquellas circunstancias. Hasta los primeros días de abril, los españoles no respondieron al fuego cubano. Pero lo esencial: el ejército español se concentró entero sobre las tropas cubanas y desató una persecución implacable. A ello se unía ya el agotamiento grande de esas fuerzas, la falta de recursos. Y es así como, a pesar de la heroica decisión y firme resistencia, resultó imposible para Maceo y sus combatientes llevar adelante por mucho tiempo la guerra.

Combatieron mientras dispusieron de municiones; y al final, no Maceo, sino los miembros del nuevo Gobierno Revolucionario, angustiados por la idea de que en aquella contienda podía perderse la vida de Maceo, por el gran valor y la importancia que esa vida tendría en el futuro para la prosecución de la lucha, de una forma, digamos, más bien astuta, para salvar a Maceo, tomaron el acuerdo de asignarle una comisión en el extranjero para reunir recursos y combatientes con el propósito de continuar la guerra, aunque realmente no pudo obtener en el exterior absolutamente nada.

De modo que Maceo sale sin pactar con los españoles, sin pactar la paz, se marcha al exterior en guerra con los españoles. Los españoles, lógicamente, prefirieron que pudiera salir, les parecía más conveniente, aun cuando Maceo no hizo la paz con los españoles y se reservó el derecho, con toda libertad y con toda lealtad, sin tener que incumplir ningún compromiso, de continuar en el futuro con la guerra libertadora de nuestra patria.

Hay que decir que dejó realmente a nuestro pueblo una herencia gigantesca, infinita, con esa actitud.

Se ha hablado en estos días por nuestra prensa de todos estos hechos. Se dice que Martí dijo que Baraguá era lo más glorioso. No dijo así Martí. Dijo lo que aparece en ese letrero: «La Protesta de Baraguá, que es de lo más glorioso de nuestra historia». (Aplausos). No podía decir de manera absoluta que era lo más glorioso, porque habían ocurrido muchos hechos gloriosos. ¿Y quién puede dudar que el 10 de octubre de 1868 fue un hecho extraordinariamente glorioso? (Aplausos). Y no se trata de comparar unas glorias con otras, unas fechas con otras. Sin 10 de octubre no habría habido 15 de marzo, sin Yara no habría existido Baraguá; ¡pero sin Baraguá, Yara no habría sido Yara! (Aplausos).

Lo que sí puede afirmarse es que con la Protesta de Baraguá llegó a su punto más alto, llegó a su clímax, llegó a su cumbre, el espíritu patriótico y revolucionario de nuestro pueblo; y que las banderas de la patria y de la Revolución, de la verdadera Revolución, con independencia y con justicia social, fueron colocadas en su sitio más alto.

Analizar la historia no es fácil, hacer juicios históricos no es fácil. Se habla de si fue posible o no continuar la guerra, de si la guerra habría podido proseguir sin el Zanjón. Es difícil contestar esa pregunta. Habría que remontarse mucho más atrás: si los cubanos podrían haber ganado o no la guerra de 1868. Porque la guerra se comienza a perder, no aquel día 10 de febrero, no dos meses o tres antes del Zanjón; la guerra se comienza a perder años antes del Zanjón, la guerra, incluso, no adquiere todo su desarrollo, porque la forma de organización del país en armas no fue la más adecuada.

Mucho meditó sobre eso Martí en los años posteriores, para darle a la nueva guerra la organización más adecuada que pudiera conducirla al triunfo, sacando las experiencias de la gran guerra de 1868 a 1878.

La guerra se comienza a perder tal vez con la destitución de Céspedes y los problemas y divisiones que creó; la guerra se comienza a perder en Lagunas de Varona; la guerra se sigue perdiendo en Santa Rita; la guerra se pierde con los numerosos actos de localismo y de insubordinación; la guerra se pierde por la falta de apoyo a la invasión de Máximo Gómez hacia occidente; la guerra se pierde por un conjunto de factores.

Podía ganarse aquella guerra; teóricamente podía ganarse aquella guerra. Pero una cosa es ver los problemas en teoría y otra cosa es ver los problemas como se desarrollan entre los hombres; una cosa es la teoría y otra es la práctica, otra son los hechos. ¿Y qué teoría conocían nuestros patriotas cuando iniciaron su guerra del 68? ¿Qué principios científicos que son hoy claros? ¿Qué técnicas militares que solo la propia lucha y los largos años de la experiencia, y la meditación sobre los hechos históricos pueden enseñarnos?

Aquellos patriotas llevaron adelante su esfuerzo con la mejor buena fe del mundo, de acuerdo con las experiencias que poseían y las ideas prevalecientes, tanto de tipo político como de tipo militar, en aquella época. Si no hubiera pasado esto, y lo otro, y lo otro, y lo otro, y quién sabe cuántas cosas, se habría ganado la guerra. ¿Se habría podido proseguir la lucha si no se produce el Pacto del Zanjón? Tal vez se habría podido proseguir la lucha, tal vez, pero, ¿quién se atrevería a afirmarlo con toda autoridad?

Hoy cualquiera de nosotros piensa que si hubiera estado en aquellas circunstancias habría seguido la lucha. Hoy estamos aquí con todas estas experiencias, con toda esta cultura nueva, con todos estos conocimientos. Que tres hombres pueden resistir. Nosotros defendemos un principio: que mientras haya un hombre con un fusil, nadie se debe rendir. (Aplausos). Nosotros defendemos el principio de que mientras haya un hombre con un fusil la guerra no se ha perdido. Pero somos nosotros ahora, nosotros que hemos recibido una herencia his-

tórica tan valiosa, una experiencia tan grande, una cultura, una filosofía, una serie de principios, y podemos proclamarlo de esa forma, y no solo proclamarlo, sino incluso hacerlo. Pero, ¿podemos comparar la conducta de aquellos hombres con la nuestra? No podemos, ni tenemos derecho moral a compararla, ni podemos por ello sentirnos superiores a ellos en ningún sentido. Las condiciones eran sumamente difíciles cuando se produce el Zanjón, en todos los aspectos: aquellas tropas cubanas no tenían suministros militares de ninguna clase; hacía cinco años que no le llegaba una expedición desde fuera; aquellas tropas cubanas no tenían ropa, ni zapatos, ni apenas alimentos, ni armas, ni municiones, ya no tenían ni caballos. Cuando desfilaba por aquí la caballería, me recordaba que en los días de Baraguá ya Maceo no tenía caballo, hacía meses que las tropas de Maceo no tenían ya caballos, estaban a pie. En Camagüey, donde al inicio de la guerra del 68 había más de trescientas cincuenta mil cabezas de ganado, ya no quedaba nada, ni ganado, ni caballos, nada.

Si se pregunta a un revolucionario de hoy, ¡de hoy!, a un hijo de esta Revolución, si en esas condiciones se podía y se debía seguir luchando, dirá lógicamente que sí. Y es correcto, es correcto. (Aplausos). Pero el revolucionario de hoy tiene otra educación, tiene otros principios, tiene otra herencia espiritual, patriótica. Imagínense aquellos compatriotas, muchos de los cuales eran analfabetos, en aquellas circunstancias, en aquellas condiciones.

Por eso, tenemos que ser muy cuidadosos al hacer estos análisis históricos. Hay que pensar que muchos de los hombres que en aquellos momentos pensaron diferente, eran grandes patriotas. Ejemplo: Máximo Gómez. Máximo Gómez no tiene ninguna culpa de lo del Zanjón, en absoluto; y puede decirse que no tiene nada que ver con el Zanjón. Diríamos que fue una víctima de errores que se cometieron durante la guerra y una víctima del Zanjón. Pero, él llegó a la conclusión de que en esas circunstancias no

se podía continuar luchando. Algunos le reprocharon por qué no lo impidió. Pero lo que ocurre es que Máximo Gómez, desgraciadamente, tuvo toda su vida el complejo de ser extranjero, el complejo de no haber nacido aquí (aplausos), cuando debió considerarse cubano ciento por ciento, mil por mil, desde el primer día en que empuñó las armas en favor de la independencia de Cuba. Y luchó diez años, y fue el más brillante jefe y maestro de jefes cubanos. Sin embargo, cuando el Zanjón, se consideraba dominicano, creía que no tenía derecho a inmiscuirse en los asuntos de los cubanos y que los cubanos eran los que tenían que decidir aquello. No solo eso, todavía en 1895, cuando por fin triunfa o nace lo que pudiéramos llamar la República mediatizada, y se pudo enarbolar la bandera y decir que éramos un país independiente —que todos sabemos hoy que no lo éramos—, hasta en esas circunstancias todavía Máximo Gómez seguía sintiendo el complejo de ser extranjero. ¿Y qué hombre hizo tanto por nuestra patria como Máximo Gómez? Y junto a Máximo Gómez, pasaron por la amargura del Zanjón decenas, cientos, miles de combatientes que después se caracterizaron extraordinariamente en la guerra de 1895, para llevar adelante la lucha por la independencia.

De modo que nosotros debemos tener mucho cuidado al exaltar y resaltar en todo lo que vale, en toda su extraordinaria magnitud la Protesta de Baraguá, cuidarnos, ser cuidadosos y ser objetivos en los juicios con relación a los demás cubanos, que en aquellas desgraciadas circunstancias no tuvieron la visión, ni el espíritu, ni la profundidad, ni la agudeza, ni el genio de Maceo. Yo considero que es correcto y necesario estudios serios sobre estas cuestiones, y se hará, porque las nuevas generaciones, con mucha más preparación, con mucha más cultura, irán penetrando en todos estos problemas de nuestra historia con la mayor profundidad. Ahora bien, seamos cuidadosos al hacer la valoración moral de aquellos hombres. Entremos en la

historia, pero primero quitémonos el sombrero antes de entrar en la historia de nuestros patriotas. (Aplausos).

La teoría es una cosa y la práctica, en la realidad de la vida, es otra. Hay que pensar que los pueblos y los hombres que hacen la historia no llevan un librito en la mano, guiándose por el librito para hacer la historia. Hoy la política en todos los sentidos es mucho más científica, gracias precisamente a Marx, a Engels y a Lenin (aplausos), que nos enseñaron muchas cosas y muchas verdades y muchas leyes sociales por las cuales podemos guiarnos. Ya nuestra generación, como hemos explicado otras veces, tuvo el privilegio de poder apoyarse en esas leyes y en toda la experiencia, la enorme experiencia de la historia de nuestra patria. Esto es importante. Cuando investiguemos la historia debemos ser todo lo objetivo que sea necesario ser, todo lo honesto, todo lo sincero y críticos que sea necesario ser; ser objetivos, no subjetivos, no analizar a los hombres de aquella época con la mentalidad de ahora y los principios de ahora, y cuidarnos de los adjetivos, que bien puede surgir un erudito y decir que Máximo Gómez era un traidor, porque juzgue a Máximo Gómez en el Zanjón y por todo esto, sin tomar en cuenta las realidades objetivas de lo que fue y significó Máximo Gómez.

Cuando salió Máximo Gómez de Camagüey y llegó a Jamaica, lo recibieron poco menos que como un traidor. ¿Quién?, la emigración cubana; los que no estaban en Camagüey, sino que estaban en Jamaica. Y hay que decir que Máximo Gómez y la familia de Máximo Gómez pasaron hambre en Jamaica, y que él tuvo que ponerse a trabajar por la comida y diez centavos. Claro que diez centavos entonces era un poco más que ahora, ¿no?, pero tuvo que ponerse a trabajar para él y la familia por diez centavos.

Pero, no Máximo Gómez, cuando Maceo llegó a Jamaica, lo recibieron casi con la misma actitud. ¡Ah!, porque si Maceo había salido en un barco español. Maceo no podía nadar hasta Jamaica, eso era incuestionable. Maceo hizo lo que tenía que

hacer, todo lo que tenía que hacer, y se fue a cumplir una misión, y solo pudo salir en esas circunstancias, aprovechando la coyuntura del instante ya que tenía que pasar a Jamaica. Como Lenin, antes de la Revolución bolchevique, y también actuando con toda la audacia y el valor que lo caracterizaba, pasó en un tren alemán en dirección a su patria. (Aplausos). Eso lo utilizaron después para atacar a Lenin los contrarrevolucionarios y los reaccionarios, pero mucha gente de la emigración recibió a los patriotas, a Máximo Gómez y a Maceo, con ese espíritu. Por eso, nosotros no debemos convertirnos en una especie de emigración histórica, que empieza ahora a juzgar, con las ideas de ahora y los criterios de ahora, los problemas de entonces.

Somos absolutamente partidarios de que se investigue, se analice, se hagan estudios científicos de la historia de nuestro país, pero que no actuemos con el espíritu de la emigración, al juzgar a los hombres de aquella época. Que seamos cuidadosos en analizar los factores objetivos y los factores subjetivos, y no endilguemos juicios sobre ninguno de aquellos hombres a base de los criterios de hoy y de los factores subjetivos de hoy.

Para nuestra generación, esta que está aquí, más joven, menos joven, más madura, fue un gran privilegio, una gran suerte, una gran fortuna, que hayamos podido contar con ejemplos como este que hoy conmemoramos. Porque hay que decir que nuestra generación recibió la herencia, el espíritu de todo lo que hicieron aquellas generaciones: la herencia de Céspedes y Yara; la herencia de Agramonte, Calixto García, Máximo Gómez; la herencia de Maceo; la herencia de este hecho singular y extraordinario que fue la Protesta de Baraguá; la herencia de nuestras luchas por la independencia; la experiencia de todas las generaciones anteriores. Porque en los combatientes revolucionarios de nuestra época eso estaba muy presente, y la Protesta de Baraguá estaba muy presente; la idea de no rendirse, la idea de no darse por derrotado nunca. Eso estaba muy presente.

Nosotros tuvimos nuestros reveses duros; los tuvimos en el Moncada. ¡Ah!, pero nunca nos dimos por vencidos. Los combatientes del Moncada nunca se dieron por vencidos, nunca aceptaron la derrota. (Aplausos). Era el espíritu de la Protesta de Baraguá. En la cárcel, jamás se humilló ningún combatiente, jamás aceptó la derrota. Era el espíritu de Baraguá. Después del desembarco del *Granma* los reveses fueron grandes, pero muy grandes, podrían parecer insuperables; pero nadie se dio por vencido. (Aplausos). Los que sobrevivieron, decidieron continuar la lucha. ¡Era el espíritu de Baraguá!

Claro, cuando nosotros nos quedamos unos pocos hombres, se podría preguntar también: ¿era posible continuar o no la lucha? A lo mejor en teoría, fíjense bien, un erudito, un gran erudito, habría llegado a la conclusión de que no se podía continuar la lucha. Ahora, nosotros no éramos grandes eruditos, éramos hombres luchando, y teníamos la convicción de que se podía continuar la lucha. Continuamos la lucha y obtuvimos la victoria. (Aplausos).

Ahora no se pueden comparar aquellos momentos con los momentos del Zanjón.

Otros podrán sacar la conclusión, acaso, de que si siguen luchando, obtienen la victoria de todas maneras. Yo no me atrevo a afirmarlo, no me atrevo a afirmarlo.

Me atrevería a decir que cualquiera de ustedes y cualquiera de nosotros seguiría luchando y moriría ¡tranquilamente si es preciso! (Aplausos). ¡Porque también morir es una victoria, cuando se muere por algo justo! (Aplausos). Y porque se sabe que detrás de los que caen, vienen otros. Y porque, como decía Mella, «aun después de muertos somos útiles, porque servimos de bandera» (Aplausos).

Cuando nosotros nos quedamos unos pocos, existían grandes fuerzas potenciales humanas y materiales en el país. Empezábamos. Y no es lo mismo cuando se empieza a prender una gran hoguera, que cuando usted trata de prender las cenizas de

una hoguera. (Aplausos). Cuando el Zanjón, lo que quedaba en nuestra patria eran las cenizas de una gigantesca hoguera; en 1868, no estaban todas las fuerzas en potencia, humanas y materiales.

Por eso, cualesquiera que sean las experiencias ulteriores, tenemos que ser muy respetuosos con el esfuerzo de aquellos hombres para ser justos. Porque creo sinceramente que diez años, en las condiciones en que combatieron los cubanos, no es cualquier cosa, ni es nada fácil.

Nosotros estuvimos veinticinco meses; ellos estuvieron ciento veinte meses luchando. (Aplausos). Hay similitudes en nuestra lucha con la lucha de ellos, en el sentido de que tampoco recibíamos armas de fuera, en que también luchábamos por ocupar los fusiles y las balas y las municiones y todo del enemigo. ¡Ah!, pero en los veinticinco meses, cuando pasaron los días más difíciles de los primeros tiempos, cuando ya llevábamos seis o siete meses en las montañas o un poco más, y teníamos alguna fuerza, no pasábamos hambre ya en las montañas, porque había muchos rebaños de ganado por todos estos llanos, alrededor de la Sierra Maestra, y no solo nos suministrábamos nosotros, sino suministrábamos también a toda la población civil bloqueada de la Sierra Maestra, con los rebaños de ganado que había por los alrededores. (Aplausos). Pero había ganado. Me imagino que también pasaba igual en los llanos de Cuba: en Camagüey, en Las Villas, en todas esas partes cuando empezó la guerra. Al final, no había nada.

Hay otros problemas muy duros y es que los cubanos estaban con sus familias en el campo, con sus padres, sus mujeres y sus hijos. Y los españoles, con distintos tipos de fuerza, iban arrasando, quemando casas, asesinando, ultrajando a las mujeres, matándolas, matando a los hijos, a los padres y a todo el mundo. Los cubanos que estaban en aquella guerra con sus familias, no solo exponían sus vidas, sino que con sus vidas exponían las vidas de todos los seres más allegados y más íntimos.

Y así estuvieron con la familia expuesta a la muerte durante diez años, porque muchos de los hijos de los jefes militares nacieron en la manigua. Y aquellos hombres tienen un mérito ante la historia muy grande, hicieron un sacrificio enorme.

Nuestra generación de ahora, es una privilegiada generación, que heredó el esfuerzo, la experiencia, el trabajo de todas las generaciones anteriores, desde 1868 hasta hoy, en las luchas por la independencia y en la República, la República mediatizada, la República neocolonizada, años que fueron también muy duros.

Por eso somos una generación privilegiada, pero que tiene también obligaciones muy grandes, porque tiene que seguir construyendo esta historia y tiene que seguir llevando adelante esta marcha revolucionaria para las futuras generaciones.

Sabemos hoy lo que nuestro pueblo es y lo que significa y los valores morales de nuestro pueblo, porque una patria, una revolución, una conciencia revolucionaria, el patriotismo socialista, el internacionalismo proletario, es un valor moral, es una conciencia revolucionaria en el pueblo. (Aplausos). No nació en un día. Nació y se desarrolló en más de cien años.

También hubo una forma de internacionalismo en nuestras guerras de independencia, porque hubo muchos dominicanos y nacionales de otros países que vinieron aquí a luchar junto a nosotros. Y hemos mencionado hoy a uno de los más connotados, que fue Máximo Gómez. En nuestra guerra revolucionaria, cuando los problemas eran simplemente nacionales todavía, cuando las cuestiones del internacionalismo no se planteaban, tuvimos al Che, que fue otro ilustre y destacadísimo combatiente internacionalista. (Aplausos prolongados). Ahora tenemos ese inmenso tesoro, esa extraordinaria herencia que permite a nuestro pueblo ser lo que es hoy, y de lo cual, además, se siente justamente orgulloso. (Aplausos).

Ha coincidido este centenario con muchas cosas. Ha coincidido con el 5 de marzo, fecha de la fundación del Tercer

Frente³ (aplausos); ha coincidido con el 11 de marzo, fecha del 20 aniversario de la fundación del Segundo Frente.⁴ (Aplausos). Y otros muchos 20 aniversarios se conmemorarán este año. Es decir, va parejo el centenario con los 20 aniversarios. Van parejos. Cuando la Protesta de Baraguá cumpla el 110 aniversario, el Tercer y el Segundo Frentes conmemorarán también su 30 aniversario. Van de diez en diez. (Aplausos). Cuando se cumpla ahora el 25 aniversario del Moncada, se cumplirá el 125 aniversario del nacimiento de Martí. (Aplausos). Van también parejos. De cinco en cinco, de diez en diez, y de cien en cien, como si los números quisieran expresar con su simbolismo, las estrechas relaciones que existen entre estos acontecimientos.

Pero hay una flor especial, una corona, un homenaje a este centenario del glorioso general Antonio Maceo, y es el cumplimiento exitoso de la misión internacionalista de Cuba en Etiopía. (Aplausos prolongados). Es como un gran homenaje que le rinden sus hijos al general Antonio.

Cuando nuestro Buró Político⁵ tomó la decisión de brindar al hermano pueblo de Etiopía, la indispensable cooperación para ayudar al heroico pueblo etíope a salvar su integridad, su independencia y su Revolución (aplausos), decidió asignar a esta misión internacionalista el nombre en clave de Protesta de Baraguá. (Aplausos).

Hemos abordado este tema. Nuestro pueblo tuvo ayer la oportunidad de recibir la más amplia información acerca de la forma en que se desarrollaron los acontecimientos, que dieron lugar a la gran victoria de la Revolución etíope en el frente del este.

- 3 Tercer Frente Mario Muñoz, constituido en 1958 y dirigido por el comandante Juan Almeida Bosque.
- 4 Segundo Frente Oriental Frank País, creado en 1958 y dirigido por el comandante Raúl Castro Ruz.
- 5 Hace alusión a la alta dirección del Partido Comunista de Cuba (PCC), vanguardia organizada de la nación y fuerza dirigente superior de la sociedad y el Estado.

Parece que Etiopía es un lugar distante; pero ya en este mundo no hay distancia. A veces hay la distancia del tiempo y otras veces la distancia del espacio.

Aquí estamos comprobando que puede ser la distancia en el tiempo. Hace cien años de la Protesta de Baraguá. Han transcurrido cien años y aquí estamos. Qué ha sido el tiempo, sino el multiplicador del heroísmo y de la gloria de hace cien años. (Aplausos). Y aquí nos sentimos tan cerca de Maceo y su gloria y sus hechos como si hubiera sido ayer la Protesta de Baraguá. No nos parece que han transcurrido cien años, porque aquí hoy, en este instante, en este segundo, está presente y vigente la Protesta de Baraguá. (Aplausos prolongados). Y del mismo modo, el espacio físico ya no es nada para nuestra Revolución. Nos sentimos tan cerca, tan próximos y tan hermanos de los revolucionarios etíopes como si estuvieran aquí junto a nosotros, delante de nosotros; junto a Maceo, delante de Maceo. (Aplausos). No existe ya prácticamente para los revolucionarios en el mundo la distancia.

Les decía que ayer se dio una amplia información. Es bueno aclarar lo que ha sido tradicional en nuestro proceso revolucionario: la fidelidad a los hechos y a la verdad. Cada ciudadano que leyó ayer esas noticias, sabía que no había un ápice de mentira en esa información, porque fue así desde nuestras luchas en la Sierra Maestra y a lo largo de estos casi veinte años: la verdad, la confianza en el pueblo, la información al pueblo. La Revolución trabaja con las masas, la compenetración más completa con las masas y la verdad. Por eso, ni un solo ciudadano dudó ni un instante que lo que *Granma*⁶ decía ayer, era la verdad y exclusivamente la verdad. (Aplausos).

Algunas agencias imperialistas de cables, han dicho que el pueblo cubano se enteró ayer oficialmente de que habíamos dado ayuda internacionalista a Etiopía. Bueno, si quieren decir

⁶ Órgano de prensa oficial del Partido Comunista de Cuba.

oficialmente, sí, lo admitimos; pero extraoficialmente, y como sabemos nosotros las cosas, y como las hacemos y sabemos hacer entre nosotros, lo sabía todo el pueblo hace mucho rato. (Aplausos prolongados).

Así ocurrió con la ayuda internacionalista a Angola. El pueblo lo sabe, porque, cómo hacemos nosotros las cosas sino con el pueblo. Claro está que hay circunstancias en que determinadas cosas no se deben publicar oficialmente, porque si usted tiene que llevar a cabo una operación complicada, peligrosa, tiene que hacerla con discreción, sencillamente; no tiene que andar pregonándolo a los cuatro vientos. (Risas). Pero, ¿quiénes sino obreros, campesinos de nuestras reservas, oficiales y soldados de nuestras fuerzas permanentes cumplieron esta misión? (Aplausos). Y lo sabían todas las unidades de combate y lo sabían todas las unidades de la reserva. Y no había mil ni diez mil decididos, como en el caso de Angola, había cientos de miles de compatriotas nuestros dispuestos a cumplir esta misión internacionalista. (Aplausos).

Nosotros no hacemos jamás nada a espaldas del pueblo. Y así muchas veces, a través de los canales del partido y de las organizaciones de masas se le informan muchas cosas a las masas, que no salen publicadas en la primera página del periódico.

¿Qué podría hacer el partido y la dirección del partido sin las masas? Pero nos alegra mucho saber que tenemos masas muy discretas. (Aplausos). Porque aquí hay veces que un secreto lo saben millones de personas y nadie más que esos millones de cubanos que sabemos el secreto. (Aplausos).

Esa es la Revolución, ese es el espíritu de nuestro pueblo, esa es la herencia de Maceo y de la Protesta de Baraguá. Ese es el espíritu de 1868 y de 1895, aquí presente en nuestro pueblo.

No hablamos de los héroes del pasado, como simples turistas por la historia u observadores pasivos de las proezas de los demás. Este pueblo puede hablar de esos héroes porque tiene también muchos héroes presentes. (Aplausos). Puede hablar

de sus bravos mambises porque es un pueblo de mambises. (Aplausos). ¡Puede hablar de sus héroes pasados porque es un pueblo de héroes presentes, que cumple su deber sin alardes! (Aplausos).

¡No busca glorias nuestra Revolución, no busca prestigios; cumple, sencillamente, sus postulados y sus principios internacionalistas! (Aplausos).

Claro está que no podíamos hablar públicamente de nuestra ayuda internacionalista a Etiopía, hasta que los etíopes no hablaran de eso. Mientras los etíopes consideraran que lo correcto era mantener discreción, ¡discreción! Cuando los etíopes públicamente lo expresaron, ya estábamos también nosotros, nuestro partido, en situación de poder expresarlo públicamente. No iba a ser un secreto de millones de personas toda la vida. Ahora es un secreto nacional e internacional. (Risas).

Bien. No hay que hacer alarde de esto. Nada más lejos de nuestro ánimo que hacer alarde de algo. En primer lugar, debemos decir que lamentamos muy profundamente que se hubiera producido ese conflicto entre Somalia y Etiopía, porque nosotros hicimos todo lo posible por evitar ese conflicto. Y hace aproximadamente un año, más o menos por esta fecha, quizás después del 20 de marzo, no recuerdo con exactitud, gestionamos una reunión en Adén de los dirigentes de Etiopía, de Yemen y de Somalia con nosotros, para tratar de resolver los problemas pendientes entre Somalia y Etiopía; para evitar precisamente una guerra, para evitar un hecho que constituiría una traición al movimiento revolucionario internacional, para evitar que la dirección somalí con su ambición territorial y su actitud agresiva, se pasara a manos del imperialismo. No se pudo evitar.

En Somalia había dos fuerzas: fuerzas de derecha y fuerzas de izquierda, realmente. Durante muchos años estuvieron hablando de socialismo y de progreso a las masas; pero, en realidad, en el seno del gobierno había un poderoso grupo reaccionario, derechista, partidario de la alianza con el imperialismo, con la

reacción árabe, con Arabia Saudita, con Irán, etcétera, y fueron arrinconando a la gente de izquierda en el seno del país; enarbolando, como han hecho todos los reaccionarios siempre, el chovinismo. Porque a falta de doctrina social y de doctrina política y de doctrina revolucionaria, los reaccionarios acuden al procedimiento de exaltar los bajos instintos de la gente; y acuden, sobre todo, al chovinismo.

La historia está llena de ejemplos de esos casos. El fascismo, ¿qué fue en Italia, en Alemania? La exaltación de los prejuicios raciales. En vez de combatir el prejuicio racial, que es lo que hace la revolución, el fascismo exalta el prejuicio y lo convierte en odio. Y eso fue lo que hicieron los fascistas en la Alemania hitleriana. El nacionalismo, las ambiciones territoriales, los prejuicios raciales; en nombre de eso, se lanzaron a la ocupación de Europa y a la invasión de la URSS. Díganos: ¿qué podía estar haciendo un soldado alemán en Stalingrado a mil quinientos kilómetros, en la profundidad del territorio de la URSS? ¿Y cómo se puede arrastrar a los hombres a semejante locura? Sencillamente, en nombre del nacionalismo estrecho, del chovinismo, del odio entre las naciones, de las ambiciones territoriales.

Todos los reaccionarios, en todas las épocas, han acudido a esos recursos. Y la fracción derechista en el seno del Gobierno somalí, precisamente, agitó estas banderas: los odios nacionales, el chovinismo, las reclamaciones territoriales, la idea de la gran Somalia, que tenía que comprender Jibutí, la tercera parte de Etiopía y una parte de Kenya. Cuando todos los estados africanos, con un profundo sentido práctico, con mucha sabiduría, han acordado la intangibilidad de las fronteras heredadas del colonialismo. Porque los que conocen África, saben que en cada país de África hay tribus que viven una parte de un lado de la frontera, y otra del otro lado, en todos los países de África. Hay todavía muchos estados de África que no han rebasado totalmente la fase tribal. Y el precedente de que un país pudiera

conquistar por la fuerza un territorio que estuviera reclamando, iba a convertirse en una verdadera catástrofe para toda el África. Por eso, los estados africanos han dicho: no debe haber cambio de fronteras y mucho menos se debe usar la fuerza para cambiar las fronteras.

Pero no era simplemente una cuestión de chovinismo lo que determinó la oportunidad de la agresión. Etiopía vivió muchos años bajo el régimen feudal, régimen feudal que fue liquidado, precisamente, por la Revolución Etíope. Etiopía es un país donde del 85 % al 90 % de su población es campesina. Y en Etiopía, antes de la Revolución, hasta 1973 prácticamente, había incluso esclavitud. El que no era siervo de la gleba, el que no era un campesino vinculado a la tierra y sometido a los latifundistas, podía ser esclavo.

De modo que la Revolución Etíope significó un cambio extraordinario para el pueblo de Etiopía; liberó a decenas de millones de campesinos explotados, a las masas explotadas. No tiene una clase obrera muy numerosa, pero fue también liberada por la Revolución. La mujer, que era tratada con mucha opresión, con indescriptible injusticia y opresión, fue liberada por la Revolución Etíope.

La Revolución Etíope no solo liquidó el feudalismo, sino que tomó la decisión de avanzar hacia el socialismo. (Aplausos). Uno de los acontecimientos más grandes del África, en los últimos años es, precisamente, la Revolución Etíope.

Etiopía es un país sufrido; uno de los pocos países del África que pudo mantener durante siglos su independencia luchando resueltamente, hasta que los fascistas italianos, queriendo tener colonia de todas formas y con la complicidad de las potencias colonialistas de Europa, invadió Etiopía. Pero, Etiopía es un pueblo de combatientes. Ya a fines del siglo pasado habían derrotado a los italianos, que no pudieron apoderarse del país. Sin embargo, en 1935, el fascismo italiano, merced a la superioridad técnica, el empleo de numerosos medios y la complicidad

del imperialismo, se apoderó de Etiopía. Los etíopes lucharon, durante los años de ocupación, muy duramente. Y una de las características del pueblo etíope es su valentía, su combatividad.

En esas circunstancias, en el preciso momento en que se produce la Revolución, y no en el preciso momento en que se produce la Revolución, sino cuando la gente más radical y más revolucionaria toma el poder, es que tiene lugar la agresión somalí.

Anteriormente, Etiopía con su emperador, era aliado de Estados Unidos, aliado del imperialismo. Durante todos esos años, a la facción derechista de Somalia no se le ocurrió pensar en una invasión a Etiopía. ¿Por qué? Porque no querían meterse con el imperialismo. Cuando se produce la Revolución, pero no está totalmente definida, tampoco se atreven a agredir a Etiopía.

Cuando en el mes de febrero del pasado año, los elementos más importantes, más radicales, más revolucionarios, dirigidos por el compañero Mengistu Haile Mariam (aplausos), asumen la dirección de la Revolución Etíope y declaran el propósito de construir el socialismo, se produce la rotura de los vínculos de Etiopía con el imperialismo. Es en ese momento, precisamente, que la fracción derechista del Gobierno de Somalia cree que ha llegado la oportunidad de invadir a Etiopía, porque sabían que invadir a Etiopía era cooperar con el imperialismo en la destrucción de una gran revolución, y el imperialismo estaría encantado. Sabía que las potencias de la OTAN, también estarían encantadas de que Somalia ayudara a liquidar la Revolución Etíope.

Hoy, nosotros nos damos perfecta cuenta de que cuando nos reunimos en el mes de marzo del pasado año, en Adén, con los dirigentes somalís, ya ellos tenían totalmente elaborado el plan —que realizaron más tarde— de invadir a Etiopía, porque creyeron que esa era la oportunidad histórica que el imperialismo yanqui y los países de la OTAN, iban a recibir con los brazos abiertos la noticia de la invasión de Etiopía.

Saben ustedes que hay muchos países árabes revolucionarios y hay un grupo de países árabes reaccionarios. Esos países árabes reaccionarios estaban igualmente encantados con la agresión a Etiopía, para destruir la Revolución. Uno de esos países, gobernado por una monarquía antidiluviana, Arabia Saudita, era uno de los más interesados en liquidar la Revolución Etíope. De acuerdo con aquel refrán: «Si ves las barbas de tu vecino arder, pon las tuyas en remojo». Y como cayó un emperador, pues el emperador de Arabia Saudita o el rey, como le llamen, estaba muy preocupado con la caída del emperador etíope.

Lo mismo pasaba con Irán, aliado reaccionario del imperialismo yanqui, gobierno criminal y represivo, gobernado también por un Sha —Sha quiere decir rey, emperador, qué sé yo lo que quiere decir eso— (risas), una monarquía feudal también, digamos, una monarquía absoluta, decididos a destruir la Revolución Etíope y alentando a Somalia a la agresión.

La fracción derechista, enarbolando esas posibilidades, llena de esperanzas de recibir a chorro los petrodólares de Arabia Saudita y de Irán, y la ayuda económica de la OTAN y de Estados Unidos, aprovechando que había una revolución en Etiopía, imponen la política de guerra y de agresión. Ese es el gran crimen que ha cometido la dirección somalí, invadir a Etiopía para destruir una revolución al servicio de los países reaccionarios del área, de la OTAN y del imperialismo.

Ah, pero cuando la reunión de Adén, los dirigentes somalís se comprometieron solemnemente, juraron solemnemente que jamás invadirían a Etiopía, que jamás atacarían militarmente a Etiopía. Y en realidad lo tenían todo planeado y en el mes de julio iniciaron la agresión.

Pero, Etiopía es un país grande, tiene una población numerosa, tiene soldados y muy buenos soldados; por eso, nosotros inicialmente habíamos tomado la decisión, a solicitud de ellos, de enviarles algunas decenas de instructores y de asesores —podían llegar a ser algunos cientos— para instruirles sus unidades,

enseñarles el manejo de sus armas modernas de otro origen; porque ellos, como el emperador era aliado de Estados Unidos, tenían armas americanas y empezaban a recibir suministros socialistas en los cuales no estaban experimentados.

Nosotros pensábamos que era una cuestión de tiempo ayudarlos a preparar su ejército, porque cuando el ejército etíope esté preparado y bien armado, nadie se podrá meter con él, pueden estar absolutamente seguros de eso, ¡nadie! (Aplausos).

¿Qué es lo que determinó la necesidad de enviar combatientes? La magnitud y el alcance de la agresión somalí. Somalia se había preparado durante un número de años, Somalia había estado enarbolando incluso las banderas del socialismo, se presentaba como país progresista, país aliado del mundo progresista, me refiero al Gobierno somalí, y había ido formando un ejército: disponía de cientos de tanques, de cientos de piezas de artillería, aviones, numerosas brigadas de infantería motorizada y casi todas esas armas y unidades, en un momento dado, las empleó en la invasión de Etiopía.

En ese momento, Etiopía tenía que luchar en muchas partes de su territorio contra grupos de bandidos contrarrevolucionarios, dirigidos por los feudales, ayudados desde el exterior y contra los movimientos secesionistas en el norte del país, ayudados también en la actualidad por los países reaccionarios de la región. Le crearon a Etiopía una situación muy difícil, no se podía disponer de tiempo. Si los etíopes hubiesen dispuesto de un poco de tiempo, todos los tanques, la artillería y demás armamentos modernos los hubiera asimilado. Nosotros habríamos contribuido, junto a otros países socialistas, al entrenamiento de ese personal. Pero fue la situación crítica creada por la invasión a fines de noviembre, lo que dio lugar a la solicitud del Gobierno etíope, la apremiante solicitud del Gobierno etíope de que enviáramos especialistas, en tanques, artillería y aviación para ayudarlos, para ayudar a salvar el país. Y eso fue lo que hicimos.

Y nuestros especialistas, como explicó Granma, empezaron a llegar a mediados de diciembre y principios de enero al país, especialistas en tanques, artillería y aviación, porque en aquellas circunstancias no tenían tiempo los etíopes de asimilar la nueva técnica. Realmente no necesitaban infantería, tienen abundante infantería; si se enviaron algunas unidades medianas a nivel de batallón de infantería cubanas al este, fue más bien para garantizar la cooperación con las unidades de tanques y artillería operadas por personal cubano, por cuanto ustedes saben los problemas del idioma y hay cierto momento en que una unidad de tanques necesita una cooperación asegurada con la infantería.

Pero, en realidad, el apoyo fundamental nuestro a Etiopía fue de especialistas. Ellos tienen también ya unidades de artillería y de tanques, y no dudo de que en un período de tiempo contarán con magníficos cuadros para el manejo de esas armas; ellos tienen abundantes soldados y se forma más fácilmente un soldado en infantería, que un especialista en tanques o artillería. Podemos decir, además, que la infantería etíope está integrada por un soldado de grandes cualidades combativas, muy bravo, muy valiente.

Se hizo indispensable esta colaboración, se enviaron esos especialistas, y también, como publicó *Granma*, en la fase final de las operaciones, participaron unidades de infantería blindada de Cuba, junto a la infantería etíope. (Aplausos).

Debe decirse, como ya se publicó ayer, que en siete semanas fue prácticamente liberado todo el territorio ocupado de Ogadén, que alcanzó más de 320 000 km². (Aplausos). Los invasores habían ocupado 320 000 km², ¡una superficie tres veces el tamaño de Cuba!, y desde el 22 de enero hasta el 14 de marzo, prácticamente, todo ese territorio había sido liberado; quedaban solo algunas localidades que nada más era cuestión de tiempo ocuparlas, puesto que las fuerzas etíopes no tenían suficientes vehículos motorizados, y en muchos de esos lugares

han tenido que marchar a pie. De modo que la guerra prácticamente en el frente del este ha finalizado.

En realidad, la cooperación entre los etíopes y los cubanos fue magnífica, había unidades de artillería integradas por especialistas cubanos y personal etíope. En cuestión de unos días, mediante señas y números, se entendían, y el grupo de artillería marchaba perfectamente bien. A pesar de la diversidad de idiomas, se produjo un gran clima, una gran confraternidad combativa, una gran confianza mutua, una gran hermandad y los problemas se resolvieron perfectamente bien.

No queremos, desde luego —repito—, emplear frases que parezcan vanaglorias, que parezcan elogios exagerados de nuestros combatientes, pero sí nos parece elementalmente justo decir, que los combatientes internacionalistas cubanos se caracterizaron por su extraordinaria eficacia y sus magníficas cualidades combativas. (Aplausos). Es admirable, cómo hijos de nuestro pueblo fueron capaces de marchar a un lugar tan distante y combatir allí como si hubiesen estado combatiendo en su propia patria. ¡Ese es el internacionalismo proletario! (Aplausos). Eficientes y valientes soldados revolucionarios hicieron rápidamente magnífica amistad y crearon estrechos vínculos con los admirables combatientes revolucionarios etíopes; fueron recibidos con extraordinario cariño por el pueblo etíope, y sé que sus dirigentes están muy reconocidos a nuestro pueblo por esta ayuda solidaria.

La guerra contra el invasor prácticamente ha finalizado. Etiopía ha declarado públicamente que no cruzará las fronteras de Somalia. Eso nos parece absolutamente justo y correcto, puesto que la guerra no se hizo para invadir a otro país, ni para ocupar territorios de otros ni mucho menos; la guerra fue una guerra defensiva, absolutamente justa, para defender el territorio invadido por agresores extranjeros hasta la expulsión de los agresores del territorio. Claro está, que esto supone que no se repitan las agresiones contra Etiopía desde Somalia, porque nos parece que ningún país estaría dispuesto a soportar indefinidamente que lo estén atacan-

do desde la frontera de otro país y no responder adecuadamente. Pero, nosotros conocemos perfectamente bien la sinceridad con que el Gobierno etíope dio garantías de que sus tropas no cruzarían las fronteras de Somalia. En realidad, no hacía falta desde el punto de vista militar, puesto que las fuerzas agresoras han sido totalmente derrotadas y nosotros apoyamos plenamente esa posición del Gobierno etíope.

¿Qué ocurrirá en Somalia? No se puede predecir. Pero, no hay dudas de que la facción derechista, que impuso su línea agresiva y aventurera al Gobierno de Somalia, ha sufrido una gran derrota. Los imperialistas, naturalmente, tratan de alentar esta facción, aun en medio de la derrota y maniobran.

Pero, en Somalia, hay también fuerzas progresistas, fuerzas de izquierda; esperemos las semanas futuras para ver qué ocurre. Desde luego, esa es una cuestión que corresponde por entero a los somalís, no es problema que nos concierne a nosotros ni a ningún otro país.

Ahora, los imperialistas han mantenido una posición muy hipócrita a lo largo de todo este conflicto, porque ellos supieron desde el primer momento que Somalia estaba invadiendo Etiopía, desde el mes de julio, Estados Unidos y los países de la OTAN lo supieron, se callaron la boca, no dijeron una palabra, estaban encantados, les suministraron armas a los agresores, armas norteamericanas y de la OTAN, a través de Arabia Saudita, de Irán y de otros países, y mientras los somalís avanzaban, no se decía por ellos una sola palabra. Cuando ya los somalís tenían casi ocupado todo el territorio de Ogadén, estaban optimistas los imperialistas; ah, pero cuando los etíopes empezaron a recibir ayuda internacionalista, cuando empezaron a recibir armas del campo socialista y a recibir combatientes internacionalistas cubanos, entonces sí armaron el gran escándalo. Ya entonces hablaban de reunir la OUA [Organización de la Unidad Africana], de reunir las Naciones Unidas, etcétera, etcétera, y hablar de que tenía que haber un alto al fuego. Pero, ¿cuándo empezaron a hablar

de alto al fuego? Ah, cuando comenzaron a perder la guerra los agresores.

Mientras los somalís avanzaban, no decían una palabra. Cuando las cosas empezaron a cambiar, después de los primeros combates exitosos de los defensores, cuando previeron que el cuadro general podía cambiar rápidamente, entonces, comenzaron a escandalizar y a hacer una gran propaganda en todo el mundo, y a hablar de los combatientes internacionalistas cubanos y de las tropas cubanas —como dicen ellos— en Etiopía. Cuando todo comenzó a virarse al revés, empezaron a hablar de alto al fuego; lo que no habían hecho durante meses, cuando los agresores reaccionarios avanzaban. Y, claro, el Gobierno etíope con toda razón dijo —y es muy correcto—: no puede haber alto al fuego mientras un pedazo de nuestro territorio esté ocupado. Que es precisamente también nuestra filosofía revolucionaria: no puede haber alto al fuego mientras un pedazo del territorio esté ocupado. (Aplausos).

Se desarrollaron los primeros contragolpes, se desarrolló la ofensiva, las tropas enemigas fueron totalmente derrotadas. Tu vieron que retirarse precipitadamente, abandonando tanques, cañones, artillería, toda clase de armamento, para evitar el cerco y la captura, porque sencillamente estaban derrotadas, y totalmente derrotadas. Es necesario señalar que en la retirada de las tropas somalís no hubo ningún acto voluntario. Porque si se quedan cuatro días más, nada más que cuatro días más, quedan cercadas prácticamente todas las tropas que tenían allí en Ogadén. Debido al avance, a la forma del avance y a la maniobra de las fuerzas revolucionarias con los nudos fundamentales de comunicaciones tomados, si no llevan a cabo una retirada a toda velocidad, los restos del ejército somalí quedan cercados en Ogadén. De modo que los agresores han tenido que retirarse. No se puede engañar a nadie, a nadie en absoluto, diciendo que el Gobierno somalí tuvo el gesto de retirar sus tropas, porque si no lo hacen, habrían perdido lo que les quedaba. Así es la cosa, se

retiran en virtud de las acciones militares, totalmente derrotados.

Esa es la verdad, no tiene que decirse ninguna mentira. Creemos que la guerra entre Somalia y Etiopía ha cesado en este momento, puesto que ya ha sido liberado el territorio. Los somalís, no creo que por sí mismos se sientan tentados a cometer la estupidez de atacar otra vez a Etiopía; pero, lo mismo que lo alentaron una vez los países reaccionarios, los países de la OTAN y el imperialismo, pueden alentarlos a nuevas agresiones.

Nosotros somos sinceros partidarios de la paz entre los dos países. El objetivo de la guerra era la liberación del territorio ocupado. Somos sinceros partidarios de que el pueblo somalí pueda vivir en paz y pueda marchar verdaderamente por los senderos del progreso y del socialismo. Creemos que el pueblo somalí es un pueblo que tiene condiciones, tiene virtudes; como muy bien explica *Granma*, el soldado somalí no es cobarde, hay que decirlo, es justo decirlo, mostraron dureza y combatividad, indiscutiblemente engañados, envenenados por toda esa política chovinista y por toda esa idea de la gran Somalia. De manera que nadie se imagine al soldado somalí como un soldado débil o incompetente. Pero, sencillamente, fue derrotado. Cometieron errores de dirección los adversarios, no evaluaron bien las situaciones. No hay duda de que la dirección somalí cometió grandes errores políticos y algunos errores militares, que explican el porqué de la derrota, independientemente, de que estaban tratando de cometer un gran crimen histórico. El hecho de la eficiencia con que actuaron los combatientes revolucionarios redujo, considerablemente, sus bajas en los combates. Hay que decir pues, que debido a la eficiencia, a la magnífica, a la excelente preparación de nuestros combatientes internacionalistas, las bajas en los combates fueron mínimas.

A Etiopía le estamos brindando también nuestra colaboración en el terreno civil. En total, entre médicos, técnicos, personal de

la salud, hemos estado enviando y la mayor parte está allí, más de trescientos médicos y técnicos de la salud. El país tiene más de treinta millones de habitantes. Es un país muy poblado. Las condiciones sanitarias son muy difíciles. Ya de eso hemos hablado en otras ocasiones.

No creo que sea necesario extendernos más sobre este punto, consideramos que su importancia y su valor justifican el referirnos a ello un día como hoy.

Queridos compañeros:

Dediquemos los minutos finales de este acto a la Protesta de Baraguá y a Antonio Maceo, y consagrémosles, desde lo más profundo de nuestros corazones, la obra revolucionaria.

A Maceo, a Gómez, a Céspedes, a Agramonte, a Martí, a Yara, a Baraguá y a Baire, consagramos el homenaje de nuestro esfuerzo revolucionario, del esfuerzo revolucionario de nuestra generación. A ellos dedicamos el Moncada, el *Granma*, la Sierra, el 13 de Marzo, Girón y las heroicas misiones internacionalistas de Angola y de Etiopía. (Aplausos). A ellos consagramos nuestros esfuerzos y nuestras luchas.

Un día como hoy, propongámonos seguir adelante, como hemos marchado hasta hoy, enriqueciendo las páginas de la historia de la patria.

Muchas tareas y esfuerzos nos esperan a todos. Los combatientes, a intensificar su preparación combativa; nuestros trabajadores, a intensificar su esfuerzo cumpliendo todas las metas que tenemos delante.

¡Inspirados en nuestros antepasados, inspirados en hechos como este, inspirados en Antonio Maceo, sepamos cumplir cabalmente nuestros deberes de hoy!

¡Patria o muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



*Clausura de la Conferencia Internacional
por el Equilibrio del Mundo,
en homenaje al 150 aniversario
del natalicio de nuestro
Héroe Nacional José Martí*

29 DE ENERO DE 2003,
AÑO DE GLORIOSOS ANIVERSARIOS
DE MARTÍ Y DEL MONCADA

Distinguidos participantes en el Encuentro Internacional por el Equilibrio del Mundo, como homenaje al 150 aniversario del natalicio de José Martí;

Estimados invitados;

Compatriotas:

¿Qué significa Martí para los cubanos?

En un documento denominado «El presidio político en Cuba», Martí cuando apenas tenía dieciocho años, después de sufrir cruel prisión a los dieciséis, con grilletes de hierro atados a sus pies, afirmó: «Dios existe, sin embargo, en la idea del bien, que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura. El bien es Dios. La lágrima es la fuente de sentimiento eterno».

Para nosotros los cubanos, Martí es la idea del bien que él describió.

FIDEL CASTRO RUZ

Los que reanudamos el 26 de julio de 1953 la lucha por la independencia, iniciada el 10 de octubre de 1868, precisamente, cuando se cumplían cien años del nacimiento de Martí, de él habíamos recibido, por encima de todo, los principios éticos sin los cuales no puede siquiera concebirse una revolución. De él recibimos igualmente su inspirador patriotismo y un concepto tan alto del honor y de la dignidad humana, como nadie en el mundo podría habernos enseñado.

Fue un hombre verdaderamente extraordinario y excepcional. Hijo de militar, nacido en un hogar de padre y madre españoles, deriva en profeta y forjador de la independencia de la tierra que lo vio nacer; intelectual y poeta, siendo un adolescente al iniciarse la primera gran contienda, fue capaz más tarde de conquistar el corazón, el respeto, la adhesión y el acatamiento de viejos y experimentados jefes militares, que se llenaron de gloria en aquella guerra.

Amante fervoroso de la paz, la unión y armonía entre los hombres, no vaciló en organizar e iniciar la guerra justa y necesaria contra el coloniaje, la esclavitud y la injusticia. Su sangre fue la primera en derramarse, y su vida la primera en ofrendarse como símbolo imborrable de altruismo y desprendimiento personal. Olvidado y aún desconocido durante muchos años por gran parte del pueblo, por cuya independencia luchó, de sus cenizas, como ave Fénix, emanaron sus inmortales ideas, para que casi medio siglo después de su muerte un pueblo entero se enfrascara en colosal lucha, que significó el enfrentamiento al adversario más poderoso que un país grande o pequeño hubiese conocido jamás.

Hoy, al cumplirse hace unas horas ciento cincuenta años de su nacimiento, cientos de brillantes pensadores e intelectuales de todo el mundo le rinden emocionados, el homenaje del profundo reconocimiento que merecen su vida y su obra.

Más allá de Cuba, ¿qué recibió de él el mundo? Un ejemplo excepcional de creador y humanista, digno de recordarse a lo largo de los siglos.

¿Por quiénes y por qué? Por los mismos que hoy luchan y los que mañana lucharán por los mismos sueños y esperanzas de salvar al mundo, y porque quiso el azar que hoy la humanidad perciba sobre ella y tome conciencia de los riesgos que él previó y advirtió, con su visión profunda y su genial talento.

El día en que cayó, el 19 de mayo de 1895, Martí se inmolaba por el derecho a la vida de todos los habitantes del planeta.

En la ya famosa carta inconclusa a su amigo entrañable Manuel Mercado, que Martí interrumpe para marchar sin que nadie pudiera impedirlo a un inesperado combate, reveló para la historia su más íntimo pensamiento, que no por conocido y repetido dejaré de consignar una vez más:

(...) ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber (...) de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso (...).

Semanas antes, al suscribir en Santo Domingo el Manifiesto de Montecristi junto al ejemplar patriota latinoamericano Máximo Gómez, de origen dominicano y escogido por Martí como jefe militar de las fuerzas cubanas, próximo a partir hacia Cuba, entre otras muchas y brillantes ideas revolucionarias, Martí escribió algo tan admirable que, aun a riesgo de aburrir, también necesito repetir: «La guerra de independencia de Cuba (...) es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo».

Cuán precozmente escribió esta última frase, que se ha convertido en el tema principal de este encuentro. Nada hay hoy más necesario y vital que ese distante y al parecer utópico equilibrio.

Ciento seis años, cuatro meses y dos días después de la carta de José Martí a Manuel Mercado, y ciento seis años, cinco meses y veintiséis días después del Manifiesto de Montecristi, firmado por Martí y Gómez, el presidente de Estados Unidos,⁷ en discurso pronunciado el 20 de septiembre de 2001, ante el Congreso de esa nación, pronunció las siguientes frases:

Vamos a utilizar cualquier arma de guerra que sea necesaria.

El país no debe esperar una sola batalla, sino una campaña prolongada, una campaña sin paralelo en nuestra historia.

Cualquier nación, en cualquier lugar, tiene ahora que tomar una decisión: o está con nosotros o está con el terrorismo.

Les he pedido a las fuerzas armadas que estén en alerta, y hay una razón para ello: se acerca la hora de que entremos en acción, y ustedes nos van a hacer sentir orgullosos.

Esta es una lucha de la civilización.

Los logros de nuestros tiempos y la esperanza de todos los tiempos dependen de nosotros.

No sabemos cuál va a ser el derrotero de este conflicto, pero sí cuál va a ser el desenlace. (...) Y sabemos que Dios no es neutral.

En discurso pronunciado el 1.º de junio de 2002, al cumplirse el 200 aniversario de la Academia Militar de West Point, el presidente de Estados Unidos, entre otras cosas, declaró:

En el mundo en el que hemos entrado, la única vía para la seguridad es la vía de la acción. Y esta nación actuará.

⁷ George Walker Bush. Fue el presidente No. 43 y se desempeñó desde el 2001 hasta el 2009.

Nuestra seguridad requerirá que transformemos a la fuerza militar que ustedes dirigirán en una fuerza militar que debe estar lista para atacar inmediatamente en cualquier oscuro rincón del mundo (...) que estemos listos para el ataque preventivo cuando sea necesario defender nuestra libertad y defender nuestras vidas.

(...)

Debemos descubrir células terroristas en sesenta o más países.

(...)

Enviaremos diplomáticos a donde sean necesarios, y los enviaremos a ustedes, a nuestros soldados, donde ustedes sean necesarios.

(...)

Estamos ante un conflicto entre el bien y el mal. (...) No creamos un problema sino que revelamos un problema. Y dirigiremos al mundo en la lucha contra el problema.

Me pregunto qué ideas habrían atravesado, a la velocidad de la luz, la genial inteligencia de un hombre como Martí, para herirlo en lo más profundo de su infinito corazón, si hubiese escuchado estas palabras en un mundo donde hoy habitan más de seis mil cuatrocientos millones de seres humanos que, por una razón o por otra, tanto los super ricos como los super pobres, ven amenazadas sus esperanzas de sobrevivir.

Aquellas palabras no las pronunciaba un loco desde un oscuro rincón de un manicomio. Están avaladas por decenas de miles de armas nucleares; millones de bombas y proyectiles destructores; decenas de miles de misiles teleguiados y precisos; miles de bombarderos y aviones de combate, con pilotos y sin pilotos; decenas de escuadras y destacamentos navales con portaaviones y submarinos de propulsión nuclear o convencional; bases militares con permiso o sin permiso en todos los

rincones del mundo; satélites militares que espían cada kilómetro cuadrado del planeta; sistemas de comunicación seguros e instantáneos; capacidad de aplastar los de cualquier otro país y posibilidad de interceptar simultáneamente miles de millones de conversaciones; arsenales fabulosos de armas químicas y biológicas y presupuestos de gastos militares que se aproximan a cuatrocientos mil millones de dólares, con los cuales podrían enfrentarse y resolver muchos de los principales problemas del mundo. Las amenazas mencionadas han sido pronunciadas por quien dispone y puede ordenar el empleo de esos medios. ¿Pretexto? El brutal ataque terrorista del 11 de septiembre [2001] que costó la vida a miles de norteamericanos. El mundo entero se solidarizó con el pueblo norteamericano e indignado condenó el ataque. Con el apoyo unánime de la opinión mundial, pudo enfrentarse al flagelo del terrorismo desde todos los ángulos y todas las corrientes políticas y religiosas.

La batalla, como planteó Cuba, debía ser fundamentalmente política y ética, en interés y con el apoyo de todos los pueblos del mundo. Nadie podía concebir la idea de enfrentar absurdas, desacreditadas e impopulares concepciones terroristas que afectan a personas inocentes, aplicadas por individuos, grupos, organizaciones, e incluso algún estado o gobierno, utilizando para combatirlos un brutal terrorismo de Estado universal y proclamando como derecho de una superpotencia el posible exterminio de naciones enteras, con empleo, incluso, de armas nucleares y otras de destrucción masiva.

En este instante, en que se conmemora el 150 aniversario del natalicio de José Martí, el hombre que quizás por vez primera en la historia planteó el concepto del equilibrio mundial, una guerra está por comenzar, como consecuencia del más colosal desequilibrio en el terreno militar que jamás existió sobre la Tierra. Vencía ayer el plazo en virtud del cual la más poderosa potencia del mundo proclamó su derecho unilateral a lanzar su arsenal, de las más sofisticadas armas, contra otro país con o sin la autorización del

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, institución ya de por sí cuestionada por constituir el veto, prerrogativa exclusiva de cinco países que son miembros permanentes, y la negación total del más elemental principio democrático al resto de casi doscientos estados, representados en la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas.

El privilegio del veto ha sido usado precisamente por el gobierno que hoy proclama su derecho a pasar por encima de ese Consejo. Muy poco usado por el resto de los cinco, los cambios radicales en la correlación de fuerzas militares entre sus miembros, que se ha producido en los últimos doce años, hacen casi imposible que tal prerrogativa sea usada contra los deseos de quien no solo es poderoso por su abrumadora potencia bélica, sino también económica, política y tecnológica.

La inmensa mayoría de la opinión mundial se opone a esa guerra anunciada. Pero, lo más importante es que según encuestas recientes, hasta el 65 % del pueblo norteamericano se oponía a ese ataque sin la aprobación del Consejo de Seguridad. No constituye esto, sin embargo, un obstáculo insuperable: enviadas las tropas y listas para la acción, necesitadas de ser probadas las armas más sofisticadas, es sumamente improbable que tal guerra no se desate si las autoridades del país amenazado de exterminio, no acceden a todas las demandas de los que los amenazan.

Nadie puede saber o adivinar lo que puede ocurrir en cualquier guerra o situación semejante. Lo único que es posible afirmar, es que la amenaza de una guerra en Iraq ha estado gravitando considerablemente sobre la economía mundial, hoy afectada por una grave y profunda crisis que, unida al golpe fascista contra el Gobierno Bolivariano de Venezuela, uno de los mayores exportadores de petróleo, ha elevado los precios de este vital producto a niveles insoportables para la inmensa mayoría del resto de los países, especialmente, los más pobres, aun antes de que haya sonado un disparo en Iraq.

Es ya opinión generalizada, que el propósito de la guerra en Iraq es tomar posesión de la tercera reserva mundial de petróleo y gas, lo que preocupa extraordinariamente a casi todos los demás países desarrollados como los de Europa, que importa el 80 % de la energía, a la inversa de Estados Unidos, que apenas importa por el momento entre el 20 y 25 % de su consumo.

Ayer 28 de enero, a las nueve de la noche, el presidente de Estados Unidos declaró ante el Congreso:

Estados Unidos le pedirá al Consejo de Seguridad de la ONU que se reúna el 5 de febrero para considerar los hechos sobre los desafíos de Iraq al mundo.

(...)

Vamos a consultar, pero que no haya malos entendidos. Si Saddam Hussein no se desarma plenamente, por la seguridad de nuestro pueblo y por la paz del mundo, encabezaremos una coalición para desarmarlo.

(...)

Y si nos obligan a ir a la guerra, vamos a luchar con el pleno poderío de nuestras fuerzas armadas.

No se menciona una sola palabra sobre la aprobación previa del Consejo de Seguridad.

Si nos apartamos de las terribles consecuencias de una guerra en aquella región, que la única superpotencia podría imponer a su arbitrio, el desequilibrio en el terreno económico que hoy padece el mundo, es de igual modo una enorme tragedia.

Crecen y se profundizan las diferencias relacionadas con los países ricos y pobres, entre ellos y dentro de ellos, es decir, crece el abismo en la distribución de la riqueza, el peor azote de nuestra era, con su secuela de pobreza, hambre, ignorancia, enfermedades, dolor y sufrimiento insoportables para los seres humanos.

¿Por qué no nos atrevemos a decir que no puede haber democracia, libre opción ni libertad real, en medio de espantosas desigualdades, ignorancia, analfabetismo total o funcional,

ausencia de conocimientos y una falta asombrosa de cultura política, económica, científica y artística a las que solo pueden acceder exiguas minorías, incluso, dentro de los países desarrollados, inundado el mundo por un millón de millones de dólares de publicidad comercial y consumista, que envenena a las masas con ansias de sueños y deseos inaccesibles, que conduce al despilfarro, la enajenación y la destrucción implacable de las condiciones naturales de la vida humana? En apenas un siglo y medio agotaremos los recursos energéticos y sus reservas probadas y probables, que la naturaleza tardó trescientos millones de años en crear, sin que apenas se vislumbre un sustituto viable.

¿Qué conocen las masas de los complejos problemas económicos del mundo de hoy? ¿Quién les enseñó lo que es el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la OMC, y otras instituciones similares? ¿Quién les explicó las crisis económicas, sus causas y consecuencias? ¿Quién les dijo que ya el capitalismo, la libre empresa y la libre competencia apenas existen, y que quinientas grandes empresas transnacionales controlan el 80 % de la producción y el comercio mundiales? ¿Quién les enseñó de bolsa de valores, de especulación creciente con los productos de los cuales dependen los países del Tercer Mundo y con la compraventa de monedas que ascienden hoy a millones de millones de dólares cada día? ¿Quién les instruyó de que las monedas del Tercer Mundo son papeles que constantemente se devalúan y sus reservas de dinero real o casi real escapan inexorablemente hacia los países más ricos, como la ley física de Newton, y las terribles consecuencias materiales y sociales de esta realidad? ¿O por qué debemos millones de millones de dólares impagables e incobrables, mientras decenas de millones de personas, incluidos niños de cero a cinco años, mueren de hambre y enfermedades curables cada año? ¿Cuántos son los que conocen que ya la soberanía de los estados apenas existe, en virtud de Tratados en cuya elaboración no tenemos participación alguna los

países del Tercer Mundo y por los que somos en cambio cada vez más explotados y sometidos? ¿Cuántos los que están conscientes de que nuestras culturas nacionales están siendo cada vez más destruidas?

Sería interminable seguir preguntando. Basta una adicional para los que viven de la hipocresía y la mentira, acerca de los más sagrados derechos de los seres humanos, de los pueblos y de la propia humanidad en su conjunto: ¿Por qué no se levanta un monumento vivo a la hermosa y profunda verdad contenida en el apotegma martiano «Ser culto es el único modo de ser libre»?

Lo afirmo en nombre de un pueblo que bajo riguroso bloqueo e implacable guerra económica, a la que se añadió la pérdida casi total de mercado, comercio y suministro exterior, al desintegrarse el campo socialista y la URSS, ha resistido inmovible más de cuatro décadas y hoy constituye uno de los más unidos, socialmente desarrollados, poseedores de conocimientos básicos, cultura política y artística entre todos los pueblos del mundo.

Si en algo hemos sabido honrar al héroe, cuyo fecundo natalicio conmemoramos hoy, es haber demostrado que un país pequeño y pobre, aun cometiendo muchos inevitables errores de aprendizaje, puede hacer mucho con muy poco.

El mayor monumento de los cubanos a su memoria es haber sabido construir y defender esta trinchera, para que nadie pudiera caer con una fuerza más sobre los pueblos de América y del mundo.

De él aprendimos el infinito valor y la fuerza de las ideas.

El orden económico impuesto a la humanidad por el poderoso vecino del norte es insostenible e insoportable. De nada servirán para impedir el curso de la historia las más sofisticadas armas.

Los que durante siglos han suministrado o suministran plusvalía y mano de obra barata son hoy miles de millones. No pueden ser exterminados como moscas. Van tomando cada vez más conciencia de las injusticias de que son víctimas a través del hambre,

los sufrimientos y humillaciones que como seres humanos sufren, más que a través de las escuelas y la educación que les niegan y por encima de las mentiras desgastadas con las que el monopolio, el uso y el abuso de los medios masivos de comunicación, tratan de mantenerlos en eterna e imposible sumisión. Han aprendido lecciones elocuentes bastante recientes como las de Irán, Indonesia, Ecuador y Argentina. Sin disparar un solo tiro y aun sin armas, las masas pueden barrer gobiernos.

Cada vez son menos los soldados nacionales dispuestos a disparar y ahogar en sangre a sus propios compatriotas. El mundo no puede ser gobernado con un soldado extranjero portando fusil, casco y bayoneta en cada fábrica, en cada escuela, en cada parque, en cada comunidad grande o pequeña.

Un número creciente de intelectuales, trabajadores instruidos, profesionales y miembros de las capas medias de los países desarrollados, se suman a la lucha por salvar a la humanidad de guerras implacables contra los pueblos y contra la naturaleza.

A lo largo de la historia ha quedado demostrado, que de las grandes crisis han salido las grandes soluciones, y en ellas y de ellas han surgido los líderes.

Nadie crea que los individuos hacen la historia. Los factores subjetivos influyen, aceleran con sus aciertos o retrasan con sus insuficiencias y errores los procesos históricos, pero no determinan el resultado final. Ni siquiera un hombre tan genial como Martí —podría decirse igualmente de Bolívar, Sucre, Juárez, Lincoln y otros muchos hombres admirables como ellos— habría sido conocido por la historia de haber nacido, por ejemplo, treinta años antes o después.

En el caso de Cuba, de haber nacido nuestro Héroe Nacional en 1823 y cumplido treinta años en 1853, en medio de una sociedad esclavista y anexionista, dueña de plantaciones y enormes masas de esclavos, y sin existir todavía el poderoso sentimiento nacional y patriótico forjado por los gloriosos precursores que iniciaron en 1868 nuestra primera guerra de independencia, no

habría sido posible entonces el inmenso papel que desempeñó en la historia de nuestra patria.

Por ello, creo firmemente que la gran batalla se libraré en el campo de las ideas y no en el de las armas, aunque sin renunciar a su empleo en casos como el de nuestro país u otro en similares circunstancias, si se nos impone una guerra, porque cada fuerza, cada arma, cada estrategia y cada táctica tiene su antítesis surgida de la inteligencia y la conciencia inagotables de los que luchan por una causa justa.

En el propio pueblo norteamericano, al que nunca hemos visto como enemigo ni hemos culpado de las amenazas y agresiones que durante más de cuarenta años hemos sufrido, podemos percibir, a partir de sus raíces éticas, un amigo y un aliado potencial de las causas justas de la humanidad. Lo vimos ya cuando la guerra de Vietnam. Lo vimos en algo que nos tocó tan cerca como el secuestro del niño Elián González. Lo vimos en su apoyo a la lucha de Martin Luther King. Lo vimos en Seattle y en Quebec, junto a canadienses, latinoamericanos y europeos contra la globalización neoliberal. Lo empezamos a ver ya en su oposición a una guerra innecesaria, sin contar al menos con la aprobación del Consejo de Seguridad. Lo veremos mañana, junto a los demás pueblos del mundo, defendiendo el único camino que puede preservar la especie humana de las propias locuras de los seres humanos.

Si algo me atrevo a sugerir a los ilustres visitantes aquí reunidos, sería lo que veo que ya están haciendo. No obstante, a riesgo de cansarlos, me permito repetir y reiterar: frente a las armas sofisticadas y destructoras con que quieren amedrentarnos y someter-nos a un orden económico y social mundial injusto, irracional e insostenible: ¡sembrar ideas!, ¡sembrar ideas!, y ¡sembrar ideas!; ¡sembrar conciencia!, ¡sembrar conciencia!, y ¡sembrar conciencia!

Muchas gracias.



*Velada solemne por el 50 aniversario
de la fundación del primer partido
marxista-leninista de nuestro país,
en el teatro Lázaro Peña*

22 DE AGOSTO DE 1975,
AÑO DEL PRIMER CONGRESO

Queridos compañeros del partido, del Gobierno y del pueblo:

Hace dos años conmemoramos el 20 aniversario del ataque al cuartel Moncada. Hoy conmemoramos otra fecha de magna significación histórica: el 50 aniversario de la fundación del primer Partido Comunista de Cuba.

Otras veces hemos dicho, que nuestra Revolución constituye parte de un mismo proceso desde 1868 hasta el presente. A lo largo de esta histórica lucha se debatieron dos cuestiones fundamentales: la lucha por la independencia y la lucha por la revolución social.

En el siglo pasado, las aspiraciones a la independencia chocaron contra los poderosos intereses coloniales y contra la ideología de las clases reaccionarias. Los poseedores del poder y de las riquezas en nuestro país se oponían a la independencia, en aquella sociedad esclavista donde las clases privilegiadas tenían el temor de perder a sus esclavos. Por eso, los hombres que luchaban por la supervivencia de la nación y que aspiraban

FIDEL CASTRO RUZ

a la independencia, tuvieron que luchar contra las ideas anexionistas de aquellos que, por sus intereses esclavistas, querían convertir a Cuba en un estado más de Norteamérica.

Más adelante, Martí hubo de luchar muy duramente, defendiendo las ideas de la independencia frente al poder colonial español y frente a los autonomistas, que consideraban a nuestro país incapaz de adquirir la independencia o rechazaban la idea de la independencia.

Del mismo modo, las hermosas ideas y aspiraciones de la revolución social, que vinieron más tarde, habrían de chocar contra intereses sumamente poderosos, habrían de chocar contra el naciente imperialismo norteamericano y los intereses de la sociedad capitalista.

Ambos hechos se enlazan a lo largo de la historia. Los luchadores por la revolución social estaban indisolublemente unidos a los luchadores por la independencia de la patria.

No se alcanzó a finales de siglo la independencia real de Cuba, y al fin se unieron las dos aspiraciones: las aspiraciones a la plena independencia nacional y a la revolución social.

Cada una de estas aspiraciones tuvo un momento culminante. Si la aspiración a la independencia tuvo sus momentos culminantes en 1868 y en 1895, de igual relieve histórico es el 16 de agosto de 1925, cuando tras la aspiración de la revolución social surge el primer Partido Comunista de Cuba.

Como ha explicado Fabio Grobart⁸ en brillante análisis histórico, este hecho tiene sus antecedentes desde fines del siglo pasado. Él se refiere al año 1888, cuando un periódico en Cuba comienza a divulgar las ideas marxistas, y se refiere también a las inquietudes socialistas de una parte de los obreros que,

⁸ Comunista de origen polaco. Perseguido por sus actividades revolucionarias en su país, emigró hacia Cuba. Fue uno de los fundadores del primer Partido Comunista de Cuba y protagonista y testigo de relevantes acontecimientos acaecidos en la Isla durante el siglo XX. Falleció en La Habana en 1994.

en Tampa y Cayo Hueso, ayudaban a la obra revolucionaria de Martí; a la fundación en 1899 de un partido basado ya en las ideas marxistas, llamado Partido Socialista de Cuba, dirigido por Diego Vicente Tejera,⁹ que más adelante, a principios de siglo —puesto que la duración de este partido fue muy breve— sería el Partido Obrero Cubano y luego, el Partido Obrero Socialista, y por último, de nuevo, el Partido Socialista de Cuba, en el cual Baliño¹⁰ figuraba entre sus principales dirigentes.

Por las condiciones objetivas y subjetivas de nuestro país a principios de este siglo, aquel partido no pudo desarrollar plenamente su acción. Pero en 1923, la Agrupación Socialista de La Habana rompe con la Segunda Internacional, apoya a la Tercera Internacional y se convierte en la Agrupación Comunista de La Habana, dirigida por Baliño, y en la cual se inicia la vida revolucionaria de Julio Antonio Mella.

Ya entonces, había tenido lugar la Revolución de Octubre de 1917, surgía en el mundo el primer Estado de obreros y campesinos, y el movimiento revolucionario, tanto en su lucha contra el coloniaje y por la independencia nacional, como por la liberación social, adquiere una extraordinaria inspiración y un inmenso caudal de experiencias.

En esas condiciones surge el primer Partido Comunista de Cuba, basado en el marxismo-leninismo. Ya entonces, el socialismo científico, las doctrinas de Marx y de Engels habían sido enriquecidas por la interpretación, la práctica y el desarrollo leninista.

Pero, ¿en qué condiciones surge aquel primer Partido Comunista de Cuba? Éramos una República mediatizada, una

⁹ Patriota, intelectual y periodista apasionado, predecesor del socialismo en Cuba, luchador incansable por las causas de los humildes y fundador de importantes publicaciones de su época.

¹⁰ Carlos Baliño López. Uno de los precursores más lúcidos del pensamiento marxista cubano. Une a dos generaciones: junto a José Martí fundó el Partido Revolucionario Cubano y con Julio Antonio Mella, el Partido Comunista de Cuba. Fue ejemplo de luchador honesto y digno.

posesión neocolonial de Estados Unidos; existía una ignominiosa Enmienda Platt; es decir, el derecho constitucional a la intervención por parte de Estados Unidos en Cuba. Hacía tres meses había sido elegido presidente de la República, Gerardo Machado, con lo que se inició una de las épocas más sombrías de nuestra historia. El movimiento sindical, aun cuando tenía ya una tradición de huelgas y de lucha desde los primeros años de la seudorepública, y expresaba el despertar de la conciencia combativa de nuestros obreros, no tenía todavía una orientación política.

Los monopolios norteamericanos eran dueños del 70 % de los centrales azucareros, las riquezas, la prensa, la universidad, las escuelas, el ejército, la policía, el parlamento, el poder judicial, los partidos políticos corrompidos; eran los dueños de la República.

Quiénes sino, hombres de una gran convicción, de una gran fe en el porvenir habrían sido capaces en aquellas condiciones tan difíciles de fundar el primer Partido Comunista de Cuba. Existieron esos hombres. No eran muchos; posiblemente en aquella fecha los comunistas no pasaban de cien en todo el país, y los miembros que asistieron al Congreso como delegados activos eran solo trece, y entre los invitados diecisiete. En todo el país —según explica Fabio Grobart— había solamente nueve núcleos de comunistas. Pero allí estaban Carlos Baliño y Julio Antonio Mella. (Aplausos).

Carlos Baliño simboliza el enlace directo entre el partido revolucionario de José Martí, y el primer Partido Comunista de Cuba. Él fue cofundador de ambos partidos. Ya Martí, en la época de la independencia, había tenido la luminosa idea, idea que después en otro país y en otras circunstancias históricas había desarrollado también Lenin.

Martí organiza un partido para dirigir la lucha por la independencia nacional.

Junto a Baliño estaba un joven brillante, lúcido, valiente, una de las más extraordinarias figuras de la historia de nues-

tro país: Julio Antonio Mella. Y ambos, en unión de dirigentes obreros y en medio de la clandestinidad, impulsan la idea de convocar el Congreso para la fundación de ese partido, en que participan de hecho cuatro agrupaciones comunistas: las de La Habana, Guanabacoa, San Antonio de los Baños y Manzanillo.

Ese partido surge ya con una clara concepción marxista-leninista en todas las cuestiones fundamentales. Recibe el bagaje y la herencia del movimiento comunista internacional y especialmente de la Revolución de Octubre. Había ya un puñado de hombres que poseían las ideas muy claras acerca de lo que debe ser un partido marxista-leninista, con una estrategia marxista-leninista, una táctica marxista-leninista y una interpretación de los problemas sociales y político, marxista-leninista.

Es conmovedor leer las actas de aquel primer Congreso, donde se trazan las líneas fundamentales de la política a seguir, se aprueba el primer Estatuto y se traza un programa de lucha. Desde el primer instante adoptan esos principios, y además se disponen a trabajar arduamente entre los trabajadores, entre los campesinos, entre las mujeres, entre los jóvenes y entre los intelectuales, impulsando las organizaciones correspondientes que garantizaran la más estrecha vinculación de ese partido con las masas.

Pero, ¿en qué circunstancias tan difíciles, no solo objetivas, sino también humanas, llevaron a cabo aquella proeza! En plena clandestinidad, cuando Baliño tenía ya setenta y siete años y cuando la dictadura machadista empezaba a arreciar su persecución contra los obreros y especialmente contra los comunistas.

A las pocas semanas muere Baliño, el secretario general del partido es expulsado del país, y se inicia la persecución contra aquellos dirigentes comunistas; y entre ellos, Mella se ve encausado, protagoniza uno de los episodios más valientes y heroicos de nuestra historia revolucionaria, que fue su famosa huelga de

hambre de diecinueve días, con la cual obliga a la tiranía machadista a ponerlo en libertad.

Mella, desde el primer instante, descolló como un extraordinario combatiente revolucionario. Inició en nuestra vieja universidad la Reforma universitaria, vinculó a los estudiantes con los obreros, organizó el primer Congreso de Estudiantes, fundó la Universidad José Martí, organizó la Liga Antiimperialista y fundó además, junto a Baliño y otros revolucionarios, el primer Partido Comunista de Cuba. ¡Es conmovedora la historia de esta vida tan breve, tan dinámica, tan combativa y tan profunda!

A los pocos años, ya no solo era un dirigente estudiantil, sino también un dirigente de la clase obrera cubana, y rápidamente alcanza dimensión de dirigente latinoamericano. Y si se analiza el pensamiento de Mella, las ideas internacionalistas de aquel Mella que venciendo todas las dificultades llegó hasta el primer barco soviético que visitó nuestro país; de aquel Mella, combatiente incansable contra el imperialismo, se podrá apreciar la coincidencia entre su pensamiento y los hechos de la Revolución Cubana, la coincidencia de su pensamiento y el pensamiento de la Revolución Cubana, lo que Mella aspiraba a hacer y lo que ha hecho la Revolución Cubana. (Aplausos).

Mella se ve obligado a abandonar el país meses después de su histórica huelga de hambre. Pero su extraordinaria personalidad, sus ideas y su combatividad atemorizaban demasiado al imperialismo yanqui, a la oligarquía al servicio de ese imperialismo y a la tiranía machadista; no pararon hasta instrumentar la conjura que culminó en el cobarde asesinato del 10 de enero de 1929. Troncharon aquel talento extraordinario, aquella vida fecunda, en la flor de su existencia.

Pero ahí había quedado el partido. Aquel partido se enfrentaba a una etapa sumamente difícil que duró ocho años. Las decenas de comunistas se convirtieron en cientos de comunistas, y esos comunistas tenían desde el comienzo una influencia

extraordinaria en el movimiento obrero. La aplicación consecuente de los principios del marxismo-leninismo, los llevó a vincularse estrechamente a las masas.

Ese primer partido comunista es ya factor fundamental en la huelga general de agosto de 1933, que dio al traste con la tiranía machadista. Ese partido, dirigido por otro joven extraordinario, Rubén Martínez Villena (aplausos), participa activamente en la lucha contra Machado. Incontables militantes comunistas fueron asesinados o desaparecidos o se enfrentaban a condiciones muy difíciles.

Ya desde entonces, la reacción pretendía oponer las ideas socialistas a las ideas patrióticas; ya desde entonces, pretendía acusar a los comunistas de enemigos de la patria, e incluso, Machado, para justificar el asesinato de Mella, había levantado la calumnia de que Mella había ofendido la enseña nacional y esta calumnia la divulgaron solo unos días antes de su muerte.

Se enfrentaron a los prejuicios de aquella sociedad, se enfrentaron a toda la propaganda imperialista, se enfrentaron a las ideas reaccionarias de los latifundistas y los burgueses. Tenían que luchar en condiciones sumamente difíciles. Y no obstante eso, ese partido juega ya un papel importantísimo en la lucha contra Machado y en el derrocamiento de la tiranía machadista.

Después de 1933, siguen creciendo las filas del partido. Y ese partido, inspirado en los más firmes principios internacionalistas, es el partido que, cuando se desata la Guerra Civil española, organiza el envío de casi mil combatientes cubanos para defender a la República española (aplausos), escribiendo una de las páginas más hermosas del internacionalismo proletario en la historia de nuestra patria.

Ese partido realiza una extraordinaria labor de concientización de nuestra clase obrera y de nuestro pueblo. Impulsa las organizaciones sindicales, campesinas, femeninas y juveniles; lucha incansablemente por los derechos de los obreros y los

campesinos; lucha contra los salarios de hambre; lucha contra los desalojos campesinos; lucha contra la discriminación racial; lucha contra la discriminación de la mujer; lucha contra aquella sociedad de hambre y miseria; lucha infatigablemente contra el dominio imperialista en nuestro país; lucha por la vinculación del movimiento revolucionario de Cuba al movimiento revolucionario en el resto del mundo; lucha por la defensa de la Unión Soviética. (Aplausos). Y aplica en la práctica, en forma consecuente, los principios del marxismo-leninismo.

Atravesó numerosas vicisitudes, instantes históricos muy difíciles. La mayor parte de su vida la vivió en la clandestinidad o en la semiclandestinidad. Y no hay ley progresista, no hay ley o medida en beneficio de los trabajadores y de los campesinos o del pueblo, en los años de la seudorrepública, que no haya sido arrancada a fuerza de tesón y de lucha por ese primer Partido Comunista de Cuba. (Aplausos).

La clase obrera vio en él a su vanguardia, vio en él a su defensor más consecuente. Y eso no lo olvidó nunca. Y una prueba de ello la tuvimos cuando cientos de miles de trabajadores se unieron para acompañar hasta su última morada al compañero Lázaro Peña (aplausos prolongados), fundador de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

Jamás podrá olvidarse el papel que ese partido de comunistas desempeñó en la divulgación de las ideas marxista-leninistas y en la formación de una conciencia revolucionaria entre nuestros trabajadores y nuestro pueblo. Cientos de miles de libros marxista-leninistas fueron publicados y divulgados, millones de folletos; y a través de la prensa legal o ilegal, de la radio y de todos los medios posibles de divulgación, contribuyó a propagar en el seno de nuestro pueblo las ideas revolucionarias.

Ese partido, a lo largo de sus treinta y seis años de lucha, dejó en el camino a incontables mártires: en la época machadista, en la época batistiana, en la época de los gobiernos corrompidos de Grau y de Prío, y en la etapa final de la sangrienta tiranía de Batista.

No podremos olvidar aquellos días aciagos que siguieron al desembarco del *Granma* en 1956, cuando se producen aquellas Navidades sangrientas, en que numerosísimos revolucionarios fueron asesinados en la provincia de Oriente, y entre ellos un gran número de militantes comunistas. No podremos olvidar aquellas impresiones, cuando se desataba el crimen contra el pueblo, cuando se desataba el crimen contra nuestros compañeros prisioneros, contra los luchadores revolucionarios y contra los comunistas, en aquellos días en que solo éramos un reducido puñado de hombres.

La tiranía batistiana consideraba que los expedicionarios del *Granma* habían sido totalmente liquidados, y desató una ola de terror y de sangre. Numerosos militantes abnegados, luchadores por los derechos obreros en los centrales azucareros, fueron asesinados.

Este era el partido de Mella, de Rubén Martínez Villena, de Jesús Menéndez, de José María Pérez, de Paquito Rosales y de otros incontables mártires. (Aplausos). Este fue el partido que tuvo que enfrentarse a las difíciles condiciones que en nuestro país siguieron al estallido de la Guerra Fría, de las campañas anti-comunistas, del aislamiento y la persecución de los comunistas, utilizando todos los métodos imaginables, privándolos del trabajo, privándolos de pasaportes, impidiéndoles moverse, creándoles en todas partes una situación insostenible.

La conjura del imperialismo y de la reacción nacional se ensañaba contra los militantes comunistas, por ser comunistas. Pero ese partido ejercía una gran influencia en nuestra clase obrera y ejercía una gran influencia en nuestra juventud.

Tuvimos nuestros primeros contactos con los comunistas cuando éramos estudiantes universitarios. Y aquella actitud, aquella conducta, aquella disciplina, aquella abnegación, aquel ejemplo que daban en todas partes los comunistas nos impresionaba profundamente y contribuía a crear un clima de prestigio y de influencia para el partido comunista.

No eran muchos los comunistas en aquellos tiempos: en la universidad de La Habana eran solo unas pocas decenas, a pesar de que en aquella universidad había quince mil estudiantes; pero la acción de los comunistas se hacía sentir. En aquella universidad no se estudiaba marxismo-leninismo, en aquella universidad se daba una docencia burguesa y se explicaba una economía política burguesa. El ambiente político de la nación era asfixiante, por el espíritu corrompido y reaccionario que reinaba en todo el país. ¡No había universidades de comunismo, pero había un partido marxista-leninista que enseñaba comunismo! (Aplausos).

En la biblioteca del partido comunista de la calle Carlos III, compramos nosotros nuestros primeros libros marxista-leninistas. (Aplausos). Gracias a esa biblioteca y a la admiración que despertaba la conducta de los comunistas, entramos nosotros en contacto con esa literatura; y a decir verdad, en ocasiones, incluso a crédito, comprábamos los libros. Y el núcleo fundamental de los que organizamos el Movimiento 26 de Julio, adquirimos en esa biblioteca nuestros libros, y aun en medio de la intensa actividad de la organización y la preparación de los combatientes, buscábamos siempre la oportunidad de estudiar y aprender en esos libros. (Aplausos).

Es conocido el hecho de que, cuando el juicio del cuartel Moncada, los acusadores exhibieron como una gran prueba un libro de Lenin, que habían encontrado entre las pertenencias de los revolucionarios, lo exhibieron allí, y los tribunales comenzaron a interrogar. Y nosotros, con más ira que prudencia, les respondimos: «¡Sí, leemos los libros de Lenin! ¡Y quien no los lea es un ignorante!» (Aplausos prolongados).

Leer los libros de Lenin constituía un gran delito para aquella sociedad capitalista, constituía un delito para aquellos jueces, para aquellas autoridades, para aquel ejército.

Un diluvio de mentiras, un diluvio de propaganda reaccionaria, pretendía aplastar las ideas revolucionarias. Intentaban liquidar a los comunistas, y algo más difícil todavía: liquidar

las ideas comunistas. ¡Y con razón temían a las ideas comunistas!

¿Quién les iba a decir a aquellos esbirros, a aquellos jueces, a aquellos voceros de la reacción; quién les iba a decir a los que esgrimían el libro de Lenin, como una prueba de un delito, que algún día un pueblo entero haría suyas las ideas de Marx y de Lenin, que esas ideas unirían al pueblo y que, armados con esas ideas, nuestra Revolución y nuestro pueblo se harían invencibles? (Aplausos prolongados).

Un día se levantó el pueblo contra la tiranía, un día se unió el pueblo y un día triunfó el pueblo; todo el pueblo, pero esencialmente el pueblo obrero, el pueblo campesino, el pueblo estudiante. Y las distintas fuerzas se unieron como corrientes que nacen de distintas fuentes o manantiales, pero que se encuentran todas en un mismo río: el río caudaloso de la Revolución. ¡Así se unieron nuestras organizaciones revolucionarias todas! ¡Y juntas, dimos la batalla final!

Y si antaño, el partido de la independencia luchó contra el poder colonial y se enfrentó a las ideas reaccionarias de la época; si en los tiempos de Mella, los revolucionarios se enfrentaban al poderoso imperio, a la burguesía y a los terratenientes cubanos aliados a él, a toda aquella infernal maquinaria de mentira y de propaganda, y se enfrentaron a los esbirros de Machado; si después, se enfrentaron los revolucionarios cubanos a la tiranía batistiana, quedaba todavía una gran batalla por librar después del Primero de Enero de 1959: la batalla frente al imperialismo yanqui, empeñado en destruir a la Revolución Cubana. Pero otra batalla no menos difícil había que librar todavía: la batalla contra los prejuicios; la batalla contra el anticomunismo, sembrado durante decenas de años por todos los medios posibles. Y esa batalla final contra el imperialismo, contra el anticomunismo, contra las ideas reaccionarias, contra los mercenarios de Girón, contra los bandidos del Escambray, contra los saboteadores de la CIA, ¡esa batalla la dimos juntos

los revolucionarios de las distintas procedencias, coordinados primero y unidos después; pero unidos en los principios del marxismo-leninismo! (Aplausos).

Porque las ideas de Baliño y de Mella, eran las ideas más justas y revolucionarias de nuestra época. ¡Y si había de tener lugar una verdadera y definitiva revolución en nuestra patria, tenía que ser bajo las banderas del marxismo-leninismo! (Aplausos prolongados).

Por eso, un día dejó de existir el Movimiento 26 de Julio, dejó de existir el Partido Socialista Popular y dejó de existir el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, para constituir todos, bajo esas banderas revolucionarias, las bases de nuestro gran partido comunista de hoy. (Aplausos prolongados). Un partido, no tres o cuatro partidos. Un partido con la única ideología verdadera y científica. Un partido como el partido de la Independencia de José Martí.

Porque esta historia y sus episodios más sobresalientes están estrechamente vinculados. Entre el partido revolucionario de José Martí y el primer partido comunista había una estrecha vinculación. Y cuando los farsantes, los traidores y los agentes del imperialismo invocaban el nombre de Martí, ¡no había dos hombres más admiradores y más seguidores de José Martí, y más devotos de José Martí, que Carlos Baliño y Julio Antonio Mella! (aplausos), y Mella se proponía escribir un libro sobre Martí, para mostrar cómo en las esencias del pensamiento martiano estaban las raíces de la revolución social.

Y el pensamiento martiano y la heroica lucha de Martí y de los patriotas de 1895, estaban estrechamente vinculadas a la historia de la heroica guerra de 1868 (aplausos), de la misma forma que nuestro partido está indisolublemente unido a esa historia: a la historia de Céspedes, a la historia de Maceo y Agramonte, a la historia de Máximo Gómez, de José Martí, de Baliño, de Mella, de Villena, de Guiteras, de Pablo de la Torriente Brau, de Jesús Menéndez, de Abel Santamaría, de Frank País, de José Antonio

Echeverría, de Camilo Cienfuegos, de Che Guevara, de Lázaro Peña y de tantos y tantos héroes y mártires gloriosos. (Aplausos prolongados).

He mencionado la historia de ese partido. He mencionado los nombres de Baliño y de Mella y de Rubén Martínez Villena. Pero es justo que hoy, como legítimo homenaje y reconocimiento a su extraordinaria vida revolucionaria, mencionemos al hombre que dirigió durante veintiséis años a ese partido: el compañero Blas Roca [Calderío]. (Aplausos prolongados). Por fortuna contamos aquí con su presencia.

Dirigió el partido a través de circunstancias y épocas sumamente difíciles, pero lo supo llevar adelante, supo vencer todos los obstáculos y fue maestro de generaciones revolucionarias.

Blas Roca, de humildísimo origen, que apenas pudo cursar los estudios primarios, y después, autodidacta, se hizo maestro de instrucción pública. Pero no pudo desempeñarse como maestro de alumnos de primaria y, siguiendo la tradición familiar, se ganaba el pan trabajando como zapatero. (Aplausos).

Bien recordamos aquellas décadas anteriores, aquellos tiempos cuando apenas teníamos uso de razón y ya se oía hablar de los comunistas y se oía hablar de Blas Roca; con admiración los revolucionarios, con odio los enemigos. Pero los enemigos eran poderosos, y los enemigos tenían en sus manos muchos periódicos, y muchas revistas, y muchas estaciones de radio, y mucho dinero, y muchos ilustres plumíferos y muchas «lumberas», cuyos ataques, cuyas calumnias se dirigían contra Blas Roca.

Intentaban incluso ridiculizarlo llamándole El Zapatero con desprecio y tratando de pintarlo como un hombre tenebroso, «un comunista», ¡el jefe de los comunistas nada menos! Y vertiendo lodo y mentira contra un hombre que, a nuestro juicio, es uno de los hombres más nobles, más humanos y más generosos que hemos conocido jamás. (Aplausos prolongados).

¡Recordaremos siempre con emoción el día en que, algún tiempo después del triunfo de la Revolución, y luego de un

proceso de unificación de las fuerzas revolucionarias, Blas Roca depositó en nuestras manos las banderas gloriosas del primer Partido Comunista de Cuba! (Aplausos prolongados).

Nuestra causa ha triunfado. Hoy nos dedicamos por entero al fortalecimiento de la Revolución, a la preparación del primer congreso y a la construcción del socialismo. Son las nuevas tareas. Pero, las ideas de la independencia nacional, sueño de tantas generaciones de heroicos cubanos, y las ideas de la revolución social, sueño de otras generaciones de militantes revolucionarios, se han cumplido en nuestra patria, liberada ya de los colonialismos y de los neocolonialismos, del colonialismo español y del imperialismo yanqui y del capitalismo. Han quedado atrás aquellos tiempos: esclavitud, coloniaje, neocoloniaje, imperialismo, capitalismo. Esas son las palabras que reflejan aquella existencia miserable e injusta del pasado.

Nuestro pueblo ha tenido la fortuna histórica, al calor de los tiempos nuevos, de la época de transición que vive el mundo y con el apoyo revolucionario internacional, especialmente de nuestra fraternal amiga, de nuestra invariable amiga, nuestra infalible amiga, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (aplausos), de ver coronados sus anhelos más profundos.

Largo ha sido el camino, grandes y duros los sacrificios. Pero estas páginas fueron escritas por los hombres mejores que nacieron en esta tierra. Las escribieron con su sudor, con su lucha infatigable y con su sangre.

Y muchos de esos mejores hijos fueron cayendo en el camino, pero la victoria plena culminó el esfuerzo de nuestro pueblo.

Días atrás vivimos el emocionante minuto de montar guardia junto a las cenizas de Julio Antonio Mella. y allí estaban también rindiéndole los honores la Compañía de Ceremonias del Estado Mayor General.

Hoy una inmensa multitud acompañaba a los restos de Mella hasta el Museo de la Revolución, donde se custodiarán hasta que sean depositados en el panteón definitivo que la Revolu-

ción construye a Julio Antonio Mella, junto a la escalinata universitaria, que fue escenario de sus más hermosas luchas.

Y junto a ese pueblo marchaban los cuadros del partido, los dirigentes de las organizaciones de masas, los ministros del Gobierno Revolucionario. Y aquella multitud no la esperaba ningún ejército para disparar contra ella, ningún soldado emboscado esperaba las cenizas de Mella. Porque junto al pueblo y junto a las cenizas marchaban, escoltándolas, los gallardos soldados del nuevo ejército revolucionario (aplausos), que sí disparó y aniquiló al ejército de mercenarios, que un día dispararon contra el pueblo que acompañaba a los restos de Mella, contra las cenizas de Mella y destruyó el obelisco destinado a su sepultura.

La reacción persiguió a Mella en vida, incansablemente, y lo persiguió también en muerte. Es increíble cómo el pueblo cubano no pudo ni siquiera dar sepultura a Mella, y cómo los restos de Mella peregrinaron en el clandestinaje, para preservarse de la persecución de los enemigos. y qué satisfacción, qué paz saber que los restos de Mella, envueltos en esa bandera, que tanto quería, a la que un día lo acusaron calumniosamente de profanar, rodeado del cariño y la gratitud eterna de su pueblo, descansarán definitivamente en el obelisco que la Revolución levanta para él.

Qué emocionantes episodios históricos, de qué extraordinarios acontecimientos hemos sido testigos, que son a la vez pruebas irrefutables de las victorias de nuestro pueblo.

La Revolución es ya indestructible. Eso lo reconocen hasta nuestros más enconados enemigos.

Hoy, detrás de las cenizas de Mella, escoltándolas, junto a los soldados marchaban también los pioneros. Los pioneros son el símbolo del porvenir, del mañana, de la marcha futura de la Revolución, de sus futuras victorias.

Generación tras generación, los revolucionarios cubanos han sabido cumplir su deber. Su deber con la patria y su deber con el

mundo, su deber de llevar adelante la Revolución socialista, de transformar la sociedad cubana, y expresar a la vez su solidaridad con todos los pueblos que luchan, y seguir consecuentemente los principios internacionalistas, que son la esencia misma del marxismo-leninismo.

Julio Antonio Mella, un día dijiste que aun después de muertos somos útiles, porque servimos de bandera. ¡Y así ha sido! ¡Tú fuiste siempre bandera de nuestros obreros y nuestros jóvenes en las luchas revolucionarias, y hoy eres bandera alentadora, ejemplar, victoriosa e invencible de la Revolución socialista de Cuba!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



*Acto solemne en conmemoración
del 30 aniversario del triunfo
de la Revolución, en Santiago de Cuba*

1.º DE ENERO DE 1989,
AÑO 31 DE LA REVOLUCIÓN

Compatriotas de Santiago y de toda Cuba, creo que fue así más o menos, como me dirigí la primera vez a ustedes cuando el triunfo de la Revolución:

Se había decidido celebrar la conmemoración oficial del 30 aniversario, en la Ciudad de La Habana. Hacía tiempo que en la capital no se efectuaba un evento de esta naturaleza; no queríamos tampoco afrontar las dificultades de la conmemoración en la ciudad de Santiago de Cuba, donde habría sido necesario un gran esfuerzo en el transporte y el alojamiento de los numerosos invitados que participarán en esa conmemoración, pero yo les propuse a los compañeros que estaban organizando el programa del aniversario, la idea de visitar a Santiago este día y a esta hora, como un deseo realmente muy especial. Me parecía que no estaríamos conmemorando bien el 30 aniversario si, por lo menos, no nos encontrábamos aquí con los santiagueros, para transmitirles un fraternal saludo. (Aplausos).

No vengo a hacer un recuento de la grandiosa tarea llevada a cabo por el pueblo de la provincia de Santiago de Cuba en estos treinta años, eso se hizo ya, hace pocos meses, el 26 de

julio; no he venido tampoco a hacer un recuento de la obra de la Revolución en treinta años, recuerdo que eso se hizo al cumplirse el 35 aniversario y en el instante en que se proclamaba Ciudad Héroe y se condecoraba a Santiago de Cuba. Vine a compartir con ustedes este día glorioso y a recordar con ustedes aquella fecha, desde este mismo balcón, y en esta misma plaza, donde hace treinta años celebrábamos la victoria (aplausos), en un acto quizás no tan solemne, quizás no tan bien organizado como este —comprenderán ustedes cómo eran aquellos momentos—, pero realmente emocionante e histórico; pienso que muchos lo recuerden y que también muchos lo habrán escuchado alguna vez de sus padres o de sus maestros. Realmente, aquel fue un día histórico y pienso que será también un día inolvidable, no solo para nosotros —se explica—, sino también para las futuras generaciones.

El 1.º de enero no solo era la culminación de un largo esfuerzo de lucha de nuestro pueblo a lo largo de muchos años, a lo largo de casi cien años en aquel momento; no solo percibíamos la victoria ese día, no solo fue el día de la victoria, fue también un día de grandes decisiones, decisiones fundamentales, y un día de grandes definiciones, un día de grandes enseñanzas, un día de gran aprendizaje, porque el día 1.º de enero, no solo se alcanza la victoria, sino que fue necesario también defender la victoria.

En horas de la madrugada de aquel día de 1959, encontrándonos nosotros en el pueblo de Contramaestre —más bien en el central allí ubicado—, recibimos lo que pudiéramos llamar los primeros rumores de que se había producido el colapso del régimen o más bien, que se había producido la fuga de Batista. No transcurrieron muchos minutos, antes de que aquellas noticias empezaran a confirmarse. De inmediato, nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo, puesto que esto estuvo precedido de una serie de importantes acontecimientos.

La guerra ya estaba ganada. Tres días antes tuvo lugar una entrevista que había sido solicitada, previamente, alrededor

del 25 de diciembre, por el jefe de las tropas enemigas en la región oriental del país, el general Eulogio Cantillo. No se había caracterizado este oficial por ser represivo o por hechos sangui-narios, y, en honor de la verdad histórica hay que decir, que en el tiempo en que estuvo dirigiendo las operaciones, y sobre todo, du-rante la última ofensiva contra la Sierra Maestra, no se caracterizó este militar por la represión sangrienta; más bien se le tenía por un militar relativamente decente.

Ya habían ocurrido en otros momentos algunos intercam-bios de comunicaciones con él, relacionados, fundamental-mente, con la liberación de prisioneros enemigos en manos de nuestras tropas, antes de la ofensiva y después de la ofensiva. Incluso, antes de la ofensiva había enviado un mensaje aparen-temente caballeroso, expresando su preocupación y su pesar por aquella operación, a su juicio, inaguantable, irresistible, que estaba próxima a lanzar con diez mil soldados y el apoyo de la artillería, unidades blindadas y, sobre todo, de la aviación, contra nuestros reductos en la Sierra Maestra. Llegó a expresar que apenas la idea de que personas a las que consideraba va-liosas se perdieran.

Nosotros le dimos las gracias con mucha modestia, y con mucha modestia le dijimos que esperábamos a su ejército en la Sierra Maestra y que, desde luego, si lograban vencer la tenaz resistencia que iban a encontrar y lograban exterminar hasta el último rebelde, que no se doliera por ello, ya que algún día has-ta los hijos de los mismos soldados que nos combatían mira-rían con admiración a la Sierra Maestra. No le quise decir lo que nosotros estábamos seguros de que iba a ocurrir, que la ofen-siva iba a ser derrotada; no obstante, el reducidísimo número de hombres con que contábamos en ese momento, que no lle-gaban siquiera a trescientos, y por eso dije que con modestia le dimos las gracias y le trasmitimos aquella respuesta.

Después, había habido otros contactos, especialmente al final de la ofensiva, convertida en desastre militar para la tiranía; en

la devolución de prisioneros enemigos se produjeron de nuevo contactos. De modo que ya había estos antecedentes.

Nosotros, a lo largo de la guerra, en numerosas ocasiones, les dirigíamos mensajes a las tropas y a algunos jefes del ejército batistiano. Alrededor del 25 de diciembre este militar pide reunirse con nosotros, la reunión tiene lugar el día 28. Ya nosotros estábamos preparando el avance sobre Santiago de Cuba y nos dice que han perdido la guerra —lo reconocen francamente—, y que están dispuestos a ponerle fin a la contienda. Nosotros le planteamos que la cuestión ahora era ver la forma práctica en que se ponía fin a la guerra y en realidad fuimos generosos con ellos, porque le dijimos: el ejército se ha hundido, tal vez pueda salvarse un número de militares que no hayan tenido complicidad con los crímenes, y le propuse que para ponerle fin a la contienda de una forma decorosa, se produjera un levantamiento de las tropas de la provincia de Oriente —la antigua provincia de Oriente—, fundamentalmente las tropas de la guarnición de Santiago de Cuba, y que le diéramos la forma de un movimiento revolucionario-militar que diera fin a la contienda, añadiendo que tal hecho produciría de inmediato el desplome de la tiranía.

Le advertíamos, como habíamos advertido siempre a lo largo de la lucha, que estábamos resueltamente contra cualquier golpe de Estado. Esa fue una prédica constante a lo largo de nuestra guerra, a partir de la experiencia de América Latina y de la propia experiencia de Cuba, en que tenían lugar grandes luchas frente a gobiernos tiránicos y en un momento dado aparecía siempre un grupo de militares derrocando al gobierno y presentándose como salvadores del país.

Tomando en cuenta esa experiencia, durante toda la guerra mantuvimos una política de rechazo, condena y desaliento a cualquier golpe militar, y habíamos advertido que de producirse un golpe militar proseguiríamos la guerra. Estos planteamientos los hicimos en distintos momentos, los hicimos cuando tenía-

mos cien hombres, cuando teníamos ciento cincuenta, cuando teníamos doscientos y los reiteramos hasta el final de la guerra. Se llega al acuerdo de producir el levantamiento en Santiago de Cuba a las tres de la tarde, del 31 de diciembre. Aquel militar insistía en viajar a La Habana, nosotros éramos opuestos a que viajara a La Habana; él alegaba que tenía un número importante de contactos, incluso argumentó que tenía un familiar allegado en un importante cargo militar —estaba al frente de uno de los regimientos occidentales—; nosotros le aconsejamos que no hiciera el viaje; él insistió en la necesidad del viaje, en la conveniencia del viaje, entonces nosotros le advertimos tres cosas: primero, que no queríamos golpe de Estado en la capital; segundo, que no queríamos ninguna colaboración para ayudar a escapar a Batista; tercero, que no queríamos contacto con la embajada americana. Fueron tres cosas que le advertimos y que le dijimos que no admitíamos; se comprometió solemnemente con no hacer ninguna de las tres cosas.

Viaja a la capital —tal vez ese mismo día o al otro— y empiezan a llegar entonces noticias extrañas, mensajes confusos de que había que esperar, que había que esperar por lo menos hasta el 6 de enero. Claro está que nosotros no estábamos dispuestos a aceptar ese cambio en los acuerdos a que habíamos llegado, puesto que nuestras tropas estaban avanzando en todas partes, estaban conquistando ciudad tras ciudad, estaba cortada la retirada de casi todas las tropas en la antigua provincia de Oriente, y veíamos que era el momento oportuno de liberar la ciudad de Santiago de Cuba, de dar el golpe, pudiéramos decir, el puntillazo final al régimen en la ciudad de Santiago de Cuba. No íbamos a esperar seis o siete días a que estas condiciones óptimas se desperdiciaran. Fue siempre criterio y fue siempre un principio de las fuerzas rebeldes no perder nunca un día, un minuto o un segundo, y sobre todo, no desaprovechar los momentos más psicológicos, y por tanto, le enviamos un mensaje al que quedó de jefe de la plaza, expresándole que no aceptábamos los cambios unilaterales

sobre los acuerdos alcanzados ni las explicaciones confusas que se nos dieran, y que si no se producía el levantamiento de la guarnición la tarde del 31, se iniciarían las operaciones contra la ciudad de Santiago de Cuba.

Esto fue advertido de manera clara y, efectivamente, estaban moviéndose las fuerzas hacia Santiago de Cuba cuando, en horas de la madrugada del día 1.º, surgen las noticias de que hablábamos anteriormente.

¿Qué quiso hacer el Ejército en el último momento, sin duda, asesorado por Estados Unidos? Llevar a cabo un golpe de Estado, confundir al pueblo diciendo: «Se fue Batista, se acabó la tiranía, empieza una era democrática», manteniendo el aparato militar, manteniendo el sistema y evitar así el triunfo de la Revolución. Fue un burdo intento de repetir en la historia de nuestro país, lo que ya había ocurrido otras veces y lo que había ocurrido tantas veces en muchos países de América Latina. De modo que a nosotros no nos tomó de sorpresa lo que estaba ocurriendo.

Además, tengo entendido que nuestro pueblo, a través de la prédica constante que se hizo durante todo el período de la guerra y a través de las emisiones de Radio Rebelde, estaba también alerta sobre esta situación.

Dieron el golpe, ayudaron a escapar a Batista, se pusieron de acuerdo con la embajada americana. Proclamaron un gobierno para hacerse cargo de la situación. No hay que olvidarse de que el día 1.º se proclamó un gobierno. Los golpistas designaron a un magistrado del Tribunal Supremo, llamado Piedra, como presidente de la República. Realmente aquel gobierno no llegó ni siquiera a tomar posesión.

Ese mismo día se toma la decisión, sin perder un minuto, sin perder un segundo, de denunciar el golpe y dar instrucciones a todas las fuerzas rebeldes de que continuaran las operaciones; no queríamos que se produjera ni un solo minuto de tregua entre las fuerzas revolucionarias y las fuerzas enemigas.

Aquel 1.º de enero, tiene lugar un acontecimiento que ya habíamos previsto el 26 de julio de 1953; en nuestros planes, a raíz del ataque al Moncada, estaba llamar al pueblo a una huelga general revolucionaria, y esa mañana llegó la hora, precisamente, de llamar a la huelga general revolucionaria. Creo que eso constituyó un acontecimiento excepcional. Todos los sindicatos estaban en manos de dirigentes oficiales comprometidos con la tiranía, no había ninguna organización de dirección oficial de los sindicatos trabajando con la Revolución.

Desde Radio Rebelde, inmediatamente después de denunciar el golpe y de impartir las instrucciones a los jefes de las columnas rebeldes, se llama al pueblo a la huelga general. A la vez, se trasmite una proclama para Santiago de Cuba, con instrucciones de que la ciudad se paralizara totalmente desde las tres de la tarde, excepto la planta eléctrica para mantener la comunicación con la población, y les advertíamos que se procedería a atacar la ciudad. Todas esas decisiones se fueron tomando sucesivamente a lo largo del día 1.º de enero.

A Camilo y al Che se les dieron las instrucciones de proseguir hacia la capital sin detenerse, sin dar tregua, mientras los rebeldes se acercaban a Santiago de Cuba. Incluso, un grupo de exploración que se envió por la Carretera Central recibió órdenes de que tan pronto llegaran a la loma de Quintero, donde estaba posesionado un batallón enemigo, le dieran cinco minutos para rendirse o abrir fuego, que no podía haber tregua.

En esa situación veníamos nosotros acercándonos hacia la ciudad de Santiago de Cuba por el norte, desde Palma Soriano, cuando surgen los primeros contactos solicitados por los jefes de la guarnición de Santiago de Cuba. La jefatura de la policía se plegó inmediatamente; los jefes de dos fragatas, bastante poderosas por su armamento, que estaban en el puerto de Santiago de Cuba, se plegaron: el jefe del Distrito Naval se plegó, y los jefes de la guarnición trataron de contactarnos. Esto va ocurriendo en horas de la tarde. Ya se producen los primeros

contactos, y yo le planteo al jefe de la guarnición de Santiago de Cuba que quería reunirme con todos los oficiales de la guarnición.

Aquellos pasos eran muy importantes, porque no sabíamos qué iba a ocurrir en la capital: si lograban mantener la adhesión de una gran parte del ejército, si iba a tener que lucharse en la capital de la República, porque los golpistas pudieran contar con una parte importante de la oficialidad y de las tropas.

Poder liberar a la ciudad de Santiago de Cuba tenía una enorme importancia, poder ocupar el armamento que estaba aquí en Santiago de Cuba era decisivo a nuestro juicio; y sobre todo, ahorrar sangre, porque sin duda que los combates habrían sido violentos.

Nosotros calculábamos que los combates alrededor de Santiago de Cuba —esto es antes del golpe— durarían alrededor de una semana. Ya teníamos preparada la sublevación de la ciudad en la fase final de la batalla, más de cien armas habían sido introducidas en ella, de las últimas ocupadas en Palma Soriano. Ya teníamos todas las ideas de cómo realizar las operaciones con relación a Santiago de Cuba, que habrían culminado exitosamente, sin duda, pero que habrían costado un número de vidas, tal vez un elevado número de vidas.

Por eso, yo creo que fue decisivo, fundamental, y algo por lo cual había que esforzarse, ocupar la ciudad sin combates, de ser posible; si no quedaba otra alternativa, llevarlo a cabo combatiendo, pero fueron afortunadas las circunstancias que hicieron innecesarios violentos combates en torno y dentro de Santiago de Cuba.

Cualquiera podrá suponer que los revolucionarios teníamos deseos de tomar el cuartel Moncada y de rendirlo por las armas, como rendimos otras muchas posiciones enemigas; pero, en esas circunstancias nadie se debe dejar llevar por las emociones y tiene que tratar de resolver los objetivos con el menor costo de vidas posible. Y eso ocurrió aquel día.

Si uno analiza las cosas a distancia, se da cuenta de que el ejército enemigo había perdido toda capacidad de resistencia en ese momento, la desmoralización era ya total. Incluso, se dio el caso de que la patrulla llegó a la loma de Quintero, siguió, nadie le hizo resistencia, llegó y penetró en el cuartel Moncada.

Se da el caso de que el compañero Raúl [Castro Ruz] va allí para organizar la reunión acordada con los oficiales de la guarnición de Santiago de Cuba, penetra en el cuartel, les habla a los oficiales, saca un retrato de Batista, lo rompe a los ojos de todos ellos y le habla también a la tropa. (Aplausos). Va con los oficiales a la reunión que estos tienen conmigo. Nosotros no les planteamos la rendición —porque, vuelvo a repetir, la situación era muy confusa en ese momento—, no queríamos humillarlos; les planteamos que condenaran el golpe militar. Les denuncié la maniobra de los golpistas; denuncié a quien había sido hasta ese momento su jefe, a Cantillo; les informé de los acuerdos a que habíamos llegado, los incumplimientos que se habían producido; los exhorté a que desacataran las órdenes de Cantillo y se pusieran a nuestro lado, y aceptaron. Yo diría que fue realmente una proposición generosa de nuestra parte y, además, absolutamente correcta, puesto que todavía los acontecimientos en el resto del país no estaban definidos.

A nosotros nos interesaban las fragatas, nos interesaban los tanques y la artillería que había en Santiago de Cuba y nos interesaba, además, quienes supieran manejar esas armas.

Aunque ya aquella fuerza había perdido toda capacidad de resistencia, el enemigo siguió maniobrando. Mandaron un avión a Isla de Pinos —así se llamaba entonces— a buscar a un grupo de oficiales que habían conspirado contra Batista, fundamentalmente, a buscar a un coronel que, realmente, no estuvo complicado con Batista, había adquirido cierto prestigio, precisamente, por haberse opuesto, por haber conspirado y lo tenían preso allá en la Isla. Como aquel oficial tenía otra aureola y había luchado contra el régimen, lo mandan a buscar en un intento de aglutinar el

ejército. El grupo se llamaba de Los Puros, era como se le conocía nacionalmente.

Mandan a buscar a Barquín, que tenía además mucha amistad y relación con los yanquis, lo llevan a Columbia y le entregan el mando del Ejército —todo eso, el propio día 1.º.

Llevan a cabo este movimiento en combinación con la embajada americana. Y, efectivamente, el hombre llega al campamento de Columbia en horas de la noche.

Cuando nosotros estábamos reunidos aquí con el pueblo de Santiago de Cuba, todavía no se había decidido la situación, aunque ya Camilo y el Che iban avanzando hacia la capital en horas de la noche. Habría que precisar históricamente, en qué minuto exacto emprendieron la marcha; pero sí recuerdo, aunque no puedo precisar la hora exacta en que este coronel, nuevo jefe del Ejército, en sustitución de Cantillo —Cantillo se aparta y le entrega el mando a este oficial—, quiere comunicarse telefónicamente conmigo, y yo respondo que en el campamento de Columbia no hablaría más que con Camilo, cuando estuviera al mando del mismo. (Aplausos).

Todos esos hechos iban ocurriendo aquella noche; y nosotros, tan pronto terminamos el acto aquí en la plaza, nos llevamos los tanques, nos llevamos la artillería y avanzamos hacia Bayamo. Había que ver qué ocurría con las tropas de Bayamo, no estaba la situación totalmente definida y no se sabía lo que podía ocurrir, estábamos acumulando fuerzas. Al llegar a Bayamo me reuní con aquellas tropas, les hablé y se unieron a nosotros; allí tenían tanques de mayor peso y más calibre, tenían artillería. Todo esto va ocurriendo alrededor del 3 de enero, en horas de la mañana. Yo venía hacia La Habana con una columna de mil rebeldes y dos mil soldados de Batista, la artillería y los tanques.

Aunque los periodistas y los historiadores han hecho muchas investigaciones, han hecho muy buenos trabajos recogiendo acontecimientos históricos de aquellos días, pienso que

hay que precisar más cosas y más detalles: a qué hora parte Camilo hacia la capital, a qué hora parte el Che, qué día y hora exacta arriba al campamento de Columbia y la Cabaña, respectivamente, en qué momento controlan allí la situación.

De modo que el día 2, mientras nuestras fuerzas se encaminaban hacia la capital lo más rápidamente posible, en vista de lo que pudiera suceder allí, las tropas de Camilo y del Che avanzaban por la carretera e iban rindiendo guarniciones sin combatir. De nada les valió a los golpistas el intento de sacar un líder, una figura de la cárcel que fuese capaz de aglutinar el Ejército y levantar la moral del Ejército.

No recuerdo la fecha exacta, pero ya el día 3 empezaron a definirse las cosas y se hizo evidente que no habría más resistencia. Desde luego, atendiendo al llamado del Ejército Rebelde, a través de Radio Rebelde, se produce la huelga general y se paraliza el país de un extremo a otro, de una forma impresionante.

Aquella huelga jugó un papel importantísimo, fue un golpe tremendo, acabó de desmoralizar a las fuerzas enemigas, ahorró sangre, salvó vidas. Los trabajadores de las cadenas de radio y televisión se pusieron en sintonía con Radio Rebelde, y en un momento dado, Radio Rebelde transmitía para todo el país por radio y televisión, a través de todas las emisoras. El pueblo se movilizó en todas partes y en la propia capital.

Todos estos fueron acontecimientos importantes, porque ayudaron a la liquidación de la maniobra enemiga y permitieron la victoria de la Revolución, la victoria plena y total.

Se puede decir, que a las setenta y dos horas, todas las guarniciones del país estaban controladas y las armas estaban en manos del pueblo; en breves días decenas de miles de compañeros se armaron. Pudiera decirse que el Ejército quedó desarmado, si no de modo total porque algunas unidades permanecieron con armas —sobre todo, aquellas unidades que habían aceptado apoyarnos—, aquellas que se comprometieron con nosotros y que durante un tiempo mantuvieron sus armas, hasta que en

un ulterior período de la Revolución fue imposible mantenerlas armadas, cuando comenzaron las conspiraciones imperialistas y los planes contrarrevolucionarios en nuestro país.

Camilo y el Che cumplieron sus misiones y en un momento determinado tenían el control ya de las fuerzas militares de la capital. Entonces, el viaje nuestro hacia La Habana se transformó más bien en un recorrido de carácter político, más que en un recorrido de carácter militar.

Todas esas cosas o la gran mayoría de estas cosas que he mencionado, ocurrieron el 1.º de enero; no solo fue el día de la victoria, sino el día del contraataque, del contragolpe, de la huelga general, del avance, para defender la victoria; por eso, fue un día de decisiones fundamentales y de importantes definiciones.

Al recordar todo esto, lo hago con la intención de señalar el importantísimo papel que desempeñó ese día la ciudad de Santiago de Cuba (aplausos); el hecho de saber —como lo sabía el enemigo— que tenían enfrente una población combativa, rebelde, heroica, fue un factor muy importante en el reblandecimiento de la moral de las tropas batistianas posesionadas en Santiago de Cuba.

Eran alrededor de cinco mil hombres; las fuerzas con que nosotros nos preparábamos para tomar la ciudad eran mil doscientos. A nadie le parezca realmente que eran pocas, iba a ser la vez que con más tropas íbamos a contar nosotros, iba a ser la vez en que con mejor proporción entre las tropas enemigas y las tropas nuestras íbamos a combatir: teníamos algo más de uno por cada cinco soldados enemigos. Siempre empleábamos la táctica, desde luego, no de enfrentar el uno contra los cinco, íbamos golpeando por partes y creando situaciones en el terreno que fueran favorables a nuestras fuerzas.

Pero, es que contábamos dos ejércitos: el Ejército Rebelde y el ejército del pueblo (aplausos), los hombres, las mujeres, los trabajadores, los estudiantes, los jóvenes de Santiago de Cuba, y aquella presión no la pudo soportar el enemigo.

Aquel hecho y lo que ocurrió en Santiago de Cuba la tarde del 1.º de enero, el desbordamiento popular de la ciudad, el impresionante acto de aquella noche, la denuncia que hicimos de todo lo que había ocurrido, de la deslealtad de aquel jefe militar, de la maniobra, desempeñaron un papel muy grande en aquellos acontecimientos y tienen que haber influido considerablemente en la desmoralización total de las fuerzas enemigas también en la capital de la República, que estaba a novecientos kilómetros de distancia. Pero nuestro pequeño ejército, rápido, enérgico, también había avanzado esos novecientos kilómetros.

He tratado muchas veces de calcular —no es fácil hacerlo con exactitud— cuántos hombres con armas de guerra teníamos aquel 1.º de enero, eran alrededor de tres mil; las fuerzas del Ejército batistiano, incluidas la Marina y la Policía, eran en ese momento alrededor de ochenta mil. De modo que quiero resaltar el papel, no solo de los combatientes, sino el papel del pueblo y de los trabajadores aquel día. (Aplausos).

No es que la ciudad hubiese sido liberada pasivamente y se dedicara solo a aplaudir o a expresar el júbilo; la ciudad había tenido una participación prolongada de muchos años, para hacer posible ese día de liberación. Aunque nuestro pueblo también tuvo mucha participación a lo largo de los años, activa y heroica en todas partes y, por supuesto, también en la capital de la República. Por una serie de circunstancias históricas, Santiago se convirtió en un protagonista de gran importancia en esa lucha.

Otras ciudades como la de Bayamo, como la de Manzanillo, como la de Guantánamo, jugaron también importantes roles a lo largo de nuestra guerra de liberación (aplausos); pero por Santiago habíamos comenzado nuestra lucha el 26 de julio de 1953, y desde entonces, comenzó a expresarse la solidaridad santiaguera con la Revolución.

Santiago había influido en nosotros desde antes del 26 de julio, porque cuando se produce el golpe de Estado del 10 de marzo,

la única ciudad de Cuba donde hay importantes movimientos populares y donde más tardó en consolidarse el golpe del 10 de marzo, fue en Santiago de Cuba. (Aplausos).

Santiago había influido en nosotros, podemos decir, a lo largo de todas nuestras vidas, como influyeron las provincias orientales, por su papel destacado en la historia de nuestra patria. Esa historia comienza aun cuando no existía una nación, cuando invasores extranjeros ocupan la Isla. Fue aquí, en estas regiones orientales, donde los indígenas, extraordinariamente pacíficos y bondadosos como eran, ofrecen el primer ejemplo de valentía y de heroísmo frente a la invasión extranjera. Aquí se fundaron las primeras ciudades, y cuando ya existían los gérmenes, cuando empezaron a formarse los sentimientos de nacionalidad, las luchas por la independencia comenzaron en estas provincias. La primera y la segunda guerras de independencia —la tercera, si se quiere, en el caso de que incluyamos la Guerra Chiquita—,¹¹ todos esos acontecimientos tienen lugar en las provincias orientales. Las ciudades de estas provincias jugaron un papel singular en nuestras contiendas libertadoras y, entre ellas, de modo destacado, Santiago de Cuba. (Aplausos).

En esta región oriental, antigua provincia de Oriente, tuvo lugar uno de los hechos más admirable, más asombroso, más aleccionador de nuestra historia: la Protesta de Baraguá (aplausos); fue protagonizada por un hijo de esta ciudad de Santiago de Cuba: Antonio Maceo. (Aplausos prolongados). De esta ciudad salió aquel grupo de leones, los hijos de Mariana Grajales y otros muchos ilustres combatientes y patriotas.

Esas tradiciones orientales jugaron un gran papel en la historia de nuestro país. Creo que uno de los aciertos de nuestra generación y de nuestro grupo revolucionario, fue haber estado convencido de que esas tradiciones de lucha, de dignidad, de

¹¹ Levantamiento armado que duró menos de un año, pero fue una clara indicación de que la paz del Zanjón no era el último capítulo de la historia de la patria.

rebeldía, de amor a la libertad y a la independencia se mantenían vivas en esta región del país. Pensábamos que tales sentimientos existían en todo el país, desde luego; pero que aquí, en estas regiones orientales, se mantenían con más fuerza. Fue un acierto porque nos ayudó a encaminar nuestra lucha, a seleccionar el escenario y la geografía de nuestras luchas, el escenario topográfico ideal y el escenario humano de nuestras luchas, que aquí se unían estrechamente.

No son palabras para venir a pronunciar en Santiago de Cuba un 1.º de enero; hace muchos años, más de treinta años, fueron evidenciadas por los hechos, porque cuando nosotros organizamos con jóvenes occidentales, jóvenes magníficos, abnegados, disciplinados, valientes, heroicos, el ataque al Moncada, solo reclutamos a un santiaguero. Esto estaba relacionado, desde luego, con la idea de desinformar, con la idea de apartar toda sospecha con relación a nuestros planes; pero, nosotros habíamos escogido precisamente Santiago de Cuba y la guarnición de Santiago de Cuba para atacar, sencillamente por una razón: ¿Si no reclutábamos santiagueros a qué se debía? Sencillamente porque con la ciudad de Santiago de Cuba, con todos los santiagueros, contábamos de antemano. (Aplausos prolongados).

Sabíamos que tendríamos el apoyo de Santiago de Cuba, sino qué sentido habría tenido atacar el Moncada y tratar de ocupar miles de armas. ¿Para quiénes eran esas armas?, para los santiagueros. Tal era nuestra confianza en las tradiciones heroicas, en la valentía, en el espíritu de rebeldía de esta ciudad, que influyó en nosotros incluso desde mucho antes del Moncada, porque era la parte de la patria que más conocimos, era la parte de la patria donde se desarrolló una buena parte de nuestra infancia, la parte de la patria con la que se vinculó una gran parte de nuestros mejores sentimientos y nuestro cariño. Pero influyeron Santiago de Cuba y la región oriental mucho, antes de que hubiéramos nacido nosotros; influyeron en la vida del país, influyeron en la historia del país.

Siempre he pensado que una de las historias más hermosa, más gloriosa, es la historia que ha escrito nuestro pueblo a lo largo de más de cien años. Y creo que si hubo una guerra heroica, una guerra mucho más heroica que cualquier otra guerra, esa fue nuestra Guerra de los Diez Años (Aplausos); guerra igualmente extraordinaria fue la última de nuestras guerras por la independencia en el siglo pasado. Y creo que ese manantial rico, maravilloso de historia, tenemos que hacer que se conozca, que lo conozcan los niños, los adolescentes, los estudiantes, los jóvenes, el pueblo; que no se olvide nunca, porque de esa historia surgió la Cuba de hoy.

Muchas veces he explicado a visitantes extranjeros cómo Cuba fue la última en liberarse de España, cómo en el momento en que Bolívar, San Martín, O'Higgins, Sucre, Hidalgo, Morelos y tantos otros patriotas escriben la historia de la independencia de América —que era un mundo enorme que luchó unido contra el coloniaje en momentos azarosos de la historia de España, en momentos en que se había producido la invasión napoleónica y que, incluso, en España habían impuesto un rey francés—, en aquella coyuntura excepcional se inicia el movimiento por la independencia de América Latina y todos aquellos países luchando, más o menos simultáneamente, alcanzan la independencia. Y en aquella época Cuba era una sociedad esclavista, ¡Cuba era una sociedad esclavista!, había cientos de miles de esclavos, principalmente en la región occidental del país; los españoles eran dueños de la administración y el comercio, tenían el control absoluto de las fuerzas armadas y las fuerzas de orden interno; y los llamados criollos eran los dueños de las plantaciones de caña y de café, no querían ni oír hablar de la independencia, les aterrizzaba la idea de la independencia, sobre todo, a partir de la sublevación de los esclavos de Haití, que fue, dicho sea de paso, el primer país de América Latina que se libera antes de Bolívar, mucho antes de Bolívar; se subleva contra el poderosísimo imperio francés, nada menos que contra las tropas de Napoleón

Bonaparte. Y aquí, los criollos vivían aterrorizados por la idea de que se produjera una sublevación similar, y les parecía que todo lo que fuera soñar con la independencia, ponía en peligro sus privilegios de clase social privilegiada.

Ese es el origen del anexionismo, fue en aquella época que empezó a mirar hacia el Norte todo un sector social. Fueron aquellas circunstancias lo que originó también un sentimiento anexionista por parte de Estados Unidos; eran los estados del sur en contradicción con los estados industriales del nordeste; los estados del sur, que se oponían al cese de la esclavitud y querían tener un estado esclavista más asociado a Estados Unidos.

En el pasado, cuando nos engañaban de todas las formas posibles, nos decían, por ejemplo, que Narciso López había sido precursor de la independencia; y, realmente después, la verdad histórica comprobaba que Narciso López llegó a Cuba estimulado, apadrinado y suministrado por los estados esclavistas del sur de Estados Unidos, y que no había tales ideales o propósitos independentistas, sino propósitos anexionistas. Quiso en ese caso el destino, que la derrota de aquellas expediciones ayudara al futuro independiente de la patria.

Esa bandera que con tanto respeto saludamos, con tan merecido y profundo respeto, fue enarbolada la primera vez por los anexionistas. Y hoy es nuestra bandera soberana porque la hicieron soberana, la hicieron heroica, la hicieron inmortal nuestros independentistas a partir de 1868. (Aplausos).

Vean qué lecciones ofrece la historia, cuando reina la confusión qué cosas pueden ocurrir; sin embargo, nuestro pueblo fue capaz de salir de toda esa confusión. Duró tiempo el movimiento anexionista y el sentimiento anexionista siguió, incluso, de cierta forma a lo largo de la república. Qué son todos aquellos que abandonaron la patria, todos aquellos burgueses, terratenientes, sectores ricos o sectores confundidos, o gente confundida, sino la reminiscencia de aquella época del esclavismo, cuando los ricos no querían siquiera patria.

Surgieron, no obstante, en nuestra historia hombres preclaros, hombres que a pesar de tener riqueza querían patria, y estaban dispuestos a sacrificar la riqueza por la patria, como fueron: Carlos Manuel de Céspedes, Vicente Aguilera, Ignacio Agramonte y otros muchos. (Aplausos). Empezaron sus luchas libertadoras por aquí, por estas provincias, que era donde había menos esclavismo; la inmensa mayoría de los esclavos estaba en la región occidental del país, que era donde más se habían desarrollado las plantaciones de caña y de café, en la primera mitad del siglo pasado.

Las luchas de independencia comienzan por aquí, donde había más campesinos libres, menos esclavistas, donde los ricos son menos reaccionarios, donde aquellos hacendados fueron capaces de ir desarrollando un sentimiento nacional, una idea de la identidad nacional y una idea de la patria; aunque cuando se inicia la Guerra de Independencia hay todavía determinada confusión en el pensamiento político cubano, se manifiesta en los primeros meses de la guerra de 1868 —de este tema ya hemos hablado en otra ocasión, con motivo del centenario del Grito de Yara. Pero vean ustedes la importancia de las ideas, de los conceptos, de la claridad de pensamiento en cada uno de los momentos decisivos de la historia; porque quedan todavía, incluso, reminiscencias de aquellos tiempos, aunque en grado infinitamente menor. Sobre todo, se produce una vez más la identificación entre los intereses de clases explotadoras y los sentimientos antipatrióticos, los sentimientos proimperialistas. De ahí la importancia de la historia y la importancia de las ideas.

Creo que un día como hoy, es justo recordar cómo las ideas nobles y patrióticas, enraizadas en la población de las regiones orientales del país, jugaron un papel fundamental, un papel decisivo en la última guerra de liberación.

Me había olvidado mencionar, entre los grandes acontecimientos históricos que se originaron en esta provincia, la in-

mortal hazaña de la invasión protagonizada por las tropas de Maceo y de Máximo Gómez. (Aplausos).

Todos estos hechos y todos estos factores produjeron una influencia tremenda en nuestra historia y una influencia tremenda en nuestra última lucha por la liberación. Pienso que en aquel 1.º de enero de 1959, se juntan y se sintetizan todas estas ideas y todos estos sentimientos.

Hay que decir que este espíritu se prolongó a lo largo de estos treinta años. ¿Qué hizo posible la proeza histórica de las misiones internacionalistas de nuestro pueblo revolucionario? ¿Qué hizo posible la conducta de nuestros hombres en Cuito Cuana-vale (aplausos prolongados), el avance impetuoso de nuestras fuerzas en el frente sudoccidental de Angola, las victoriosas acciones de Techipa, de Calueque y otras, que dieron lugar a los acuerdos de paz, recientemente suscritos? ¿Qué hizo posible este maravilloso espíritu internacionalista, este desinterés, esta ejemplar solidaridad de nuestro pueblo, de los cubanos, su conducta frente a cada tarea difícil, frente a cada desafío? Fueron esos sentimientos que empezaron a sembrarse en Yara, esos sentimientos patrióticos y además de patrióticos, internacionalistas; esos sentimientos que se sembraron en Baraguá, esos sentimientos que prosiguieron en Baire, esos sentimientos que se continuaron en el Moncada y el *Granma*, y que emergieron luminosos aquel 1.º de enero de 1959. (Aplausos).

La historia de un país no se escribe en un día, los sentimientos de un país no se forjan en un día. No se forjaron en un día nuestros sentimientos y nuestra historia; pero sí tengo la convicción de que esos sentimientos han sido capaces de alcanzar un grado muy alto, ¡un grado muy alto! (aplausos), de lo cual hoy podemos enorgullecernos, y estoy seguro de que se enorgullecerían de ello también nuestros antepasados, los que lucharon en nuestras guerras de independencia, nuestros mambises sembradores de esa fecunda semilla, los que lucharon y cayeron a lo largo de nuestra historia, los que lucharon y cayeron en el Moncada, en el

Granma y en la Sierra Maestra, y los que han dado su generosa contribución de sangre en las nobles e insuperables misiones internacionalistas llevadas a cabo por nuestro pueblo. (Aplausos).

No fue en vano la heroica y gloriosa Protesta de Baraguá, cuando nos enseñó la intransigencia revolucionaria, cuando nos enseñó la lealtad a los principios; no fue en vano la sangre derramada por Martí, cuando nos enseñó también la intransigencia revolucionaria y la lealtad a los principios. (Aplausos). Estoy seguro de que ellos soñaron un pueblo como este. (Aplausos).

Ese es el significado que tiene un Primero de Enero, que no por mucho que se mencione o se repita se llega a captar en toda su dimensión moral e histórica. A la luz de ello, con tanta más razón, nos produce satisfacción esa bandera, ese título de Ciudad Héroe, concedido a esta ciudad y con ella a las provincias orientales del país. (Aplausos prolongados).

Hoy recordamos aquel 30 aniversario, más sosegadamente quizás que aquel día, pero más conscientes que nunca de nuestra fuerza, más creyentes que nunca en las infinitas cualidades morales de nuestro pueblo, más convencidos que nunca de que estas provincias serán baluartes invencibles de la Revolución (aplausos), como lo es hoy toda Cuba, donde creció fecunda la semilla del ejemplo de ustedes (aplausos); más unidos que nunca nuestros pueblos con estos lazos históricos, que no en balde la ciudad de La Habana nos envió a Martí, caído en Dos Ríos, cuyos restos se guardan con tanto amor en esta ciudad, y no en balde Santiago envió a La Habana a Antonio Maceo (aplausos), cuyos restos son hoy como un templo para nuestros compatriotas occidentales.

Por eso, compañeras y compañeros de Santiago, veteranos de nuestras luchas, hombres y mujeres adolescentes, jóvenes o maduros, estudiantes, trabajadores, combatientes orientales, nos complace mucho, muchísimo, que aquí, en la ciudad de

Santiago de Cuba, iniciemos el cuarto decenio de la Revolución victoriosa (Aplausos prolongados).

Aquellos que sueñan con que la Revolución podrá ser alguna vez batida, se engañan; aquellos que sueñan tales desvaríos, ignoran que esta Revolución, que es la continuación de la historia de nuestra patria, su etapa más alta —pudiéramos decir—, cumplirá los cuarenta, cumplirá los cincuenta, cumplirá los sesenta y cumplirá los cien años, y muchos más años, de eso no tenemos duda. (Aplausos).

Habrà tal vez que remozar más de una vez este edificio, habrá tal vez que fortalecer estos balcones, pero no tengo ninguna duda de que en cada una de esas fechas históricas a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta, a los cien años de Revolución, alguien vendrá aquí a hablarles del 1.º de enero de 1959. (Aplausos y exclamaciones de: «¡Fidel, Fidel, Fidel!»). ¿Qué éramos aquel 1.º de enero, aparte de la bravura, de la valentía de nuestro pueblo y de nuestros combatientes; aparte de las ansias de libertad, aparte del afán de construir una patria nueva?

¿Cuántos ingenieros teníamos, cuántos proyectistas, cuántos agrónomos, cuántos veterinarios, cuántos maestros, cuántos profesores, cuántos médicos, cuántos especialistas, cuántos oficiales, cuántos cuadros, cuántos militantes del partido y de nuestra juventud, cuántos sindicatos, cuántas organizaciones de masa? Nada de esto teníamos cuando nos enfrentamos a una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, que han sido estos treinta años, en lo que comenzó siendo una lucha contra los privilegiados en nuestro país, contra los títeres, contra el ejército mercenario, contra latifundistas, terratenientes y explotadores de toda laya, y terminó siendo después la lucha contra la agresión, las amenazas, los bloqueos y los poderes del imperio más poderoso en la historia de la humanidad. Aquí estamos, porque hemos sabido resistir estos treinta años, lo que tal vez muy pocos creyeron, lo que tal vez nadie en el mundo pudiera imaginarse; aquí estamos tras treinta años de lucha dura, valiente, inteligente, de

nuestro pueblo frente a todas las amenazas y contra todos los riesgos, esa fue nuestra mayor hazaña. Y con lo que contamos hoy, ni soñar entonces; son cientos de miles de maestros, de profesores, de técnicos; decenas de miles de ingenieros, proyectistas, agrónomos, especialistas de todo tipo; decenas de miles de médicos tenemos hoy para velar por la salud de nuestro pueblo, diez veces más que los médicos que nos dejaron aquí al triunfo de la Revolución. Poseemos una enorme fuerza intelectual y técnica, una juventud sana, vigorosa, magnífica, que ha sido capaz de escribir las proezas de estas décadas; una juventud que yo estoy seguro de que es cada vez mejor y de que es cada vez más capaz de la firmeza y del heroísmo. (Aplausos).

Con eso y con la experiencia extraordinaria acumulada por nuestro pueblo en estos treinta años, contamos para enfrentarnos al porvenir, y sí mucho se ha hecho —errores aparte, deficiencias aparte—, es más lo que podremos hacer en el futuro, porque estoy seguro de que con lo que hoy contamos, podemos convertir cada año en dos años, en tres años, en cuatro años. Eso es lo que estamos tratando de hacer en estos instantes.

Aquel 1.º de enero fue un día de definiciones, en que se dijo algo que había que decir todavía, porque había sido muy larga la historia de engaños, había sido muy larga la historia de politiqueros a lo largo de la República mediatizada; había que decir que esta vez era en serio, que no se podía confundir un golpe de Estado con una revolución, una de las grandes cosas que aprendió nuestro pueblo aquel 1.º de enero, al salirle al paso a la maniobra y desbaratarla; porque nuestro pueblo quería cambios, nuestro pueblo quería una revolución, y los cambios tenían que ser profundos, los cambios tenían que ser fundamentales, la sociedad de la explotación tenía que desaparecer, y al pueblo le dijimos: ¡Esta vez ha triunfado la Revolución, esta vez los postulados de la Revolución se cumplirán!

No olvidaré nunca que aquella fue la esencia de lo que planteamos el 1.º de enero, cómo a raíz de los acontecimientos del

ataque al Moncada fueron proclamados los principios esenciales y los objetivos primordiales de nuestra Revolución, dos veces aquí en Santiago de Cuba: allá, en la sala de un hospital cuando nos juzgaban por los hechos del Moncada, y aquí el 1.º de enero. Hoy, con la más profunda convicción, digo que nuestra Revolución seguirá adelante, nuestra Revolución verdadera porque es una Revolución socialista y porque es una Revolución marxista-leninista. (Aplausos).

Socialismo, algo de lo que no podía ni hablarse todavía el 1.º de enero, en medio del espíritu macartista, que había prevalecido en este hemisferio y el frenético anticomunismo de los órganos de difusión y orientación del pueblo y de todas las instituciones burguesas, en medio de la confusión existente. Pero no tardó mucho la Revolución en hablar de socialismo, porque si se decía: habrá una verdadera revolución, no podía existir ninguna revolución verdadera en nuestro país que no fuera socialista. Por eso, aquel 16 de abril, apenas dos años y medio después del 1.º de enero y cuando nuestros combatientes se preparaban para enfrentarse a la invasión mercenaria, y tal vez a la agresión imperialista, fue proclamado el carácter socialista de nuestra Revolución. (Aplausos). Y no mucho tiempo después se habló no solo de socialismo, sino que se proclamó el carácter marxista-leninista de nuestra Revolución socialista. (Aplausos).

¡Hoy, treinta años después de aquel 1.º de enero, podemos asegurar que nuestro pueblo será siempre fiel a los principios del socialismo! (aplausos), ¡que nuestro pueblo será siempre leal a los principios del marxismo-leninismo! (aplausos), ¡que nuestro pueblo será siempre leal a los principios del internacionalismo! (Aplausos). Que incommoviblemente fieles a esos principios, lucharemos y trabajaremos por hacer cada día mejor a nuestra Revolución, por hacerla cada día más eficiente, por hacerla cada día más perfecta. (Aplausos).

Y en estos tiempos de confusión, en que nuestra Revolución, que tanto asusta a los reaccionarios en el mundo y que tanto

asusta al imperio, se yergue como un faro de luz ante los ojos del mundo; en estos instantes y en este 1.º de enero, podemos afirmar que estamos conscientes de la enorme responsabilidad que ante los pueblos del mundo, ante los trabajadores del mundo y fundamentalmente, ante los pueblos del Tercer Mundo, tiene hoy nuestro proceso revolucionario, y que sabremos estar siempre a la altura de esa responsabilidad. (Aplausos).

Por eso, con más fuerza que nunca, digamos hoy: ¡Socialismo o Muerte! ¡Marxismo-leninismo o Muerte! (aplausos), que eso es lo que significa hoy, lo que tantas veces hemos repetido a lo largo de estos años:

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



Acto central en conmemoración del ataque al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba

26 DE JULIO DE 1973,
Año del XX ANIVERSARIO

Distinguidos invitados;
Compañeros del partido, del Gobierno y de las organizaciones
de masa;
Familiares de los mártires del Moncada y de la Revolución;
Héroes del Trabajo;
Obreros de vanguardia;
Estudiantes destacados;
Santiagueros;
Compatriotas:

Con fervor y con respeto nuestro pueblo generoso ha querido conmemorar este día en que se cumple el 20 aniversario del ataque al cuartel Moncada.

Con nosotros, en muchos lugares del mundo, los amigos de la Revolución celebran también con cariño este 26 de Julio. Nuestro más profundo agradecimiento a las numerosas y destacadas delegaciones de estados y organizaciones amigas que vinieron a compartir con nuestro pueblo los actos de esta fecha.

El 26 de Julio ha pasado a ser una fecha histórica en los anales de la larga y heroica lucha de nuestra patria por su libertad. No era este alto honor, ciertamente, los propósitos que guiaban

ese día a los hombres que quisimos tomar esta fortaleza. Ningún revolucionario lucha con la vista puesta en el día en que los hechos que se deriven de su acción vayan a recibir los honores de la conmemoración. «El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente», dijo Martí. El cumplimiento de un deber nos condujo a esta acción, sin que nadie pensara en las glorias y los honores de esa lucha.

El deber nos impone igualmente reunirnos aquí esta noche para rendir tributo, no a los que aún vivimos y hemos tenido el privilegio de ver el fruto de los sacrificios de aquel día, sino a los que cayeron gloriosa y heroicamente por una causa, cuyas insignias triunfantes no tuvieron la dicha de ver desplegadas en el suelo querido de la patria que ellos regaron con su sangre joven y generosa.

Era necesario enarbolar otra vez las banderas de Baire, de Baraguá y de Yara. Era necesaria una arremetida final para culminar la obra de nuestros antecesores, y esta fue el 26 de Julio. Lo que determinó esa arremetida no fue el entusiasmo o el valor de un puñado de hombres, fue el fruto de profundas meditaciones sobre el conjunto peculiar de factores objetivos y subjetivos que imperaban en aquel instante en nuestro país.

Dominada la nación por una camarilla sangrienta de gobernantes rapaces, al servicio de poderosos intereses internos y externos, que se apoyaban descarnadamente en la fuerza, sin ninguna forma o vehículo legal de expresión para las ansias y aspiraciones del pueblo, había llegado la hora de acudir otra vez a las armas.

Pero, hecha esta conclusión, ¿cómo llevar a cabo la insurrección armada si la tiranía era todopoderosa, con sus medios modernos de guerra, el apoyo de Washington, el movimiento obrero fragmentado y su dirección oficial en manos de gánsteres, vendida en cuerpo y alma a la clase explotadora, los partidos de opinión democrática y liberal desarticulados y sin guía, el partido marxista

aislado y reprimido, el macartismo¹² en pleno apogeo ideológico, el pueblo sin un arma ni experiencia militar, las tradiciones de lucha armada distantes más de medio siglo y casi olvidadas, el mito de que no se podía realizar una revolución contra el aparato militar constituido, y por último, la economía con una relativa bonanza por los altos precios azucareros de posguerra, sin que se vislumbrara todavía una crisis aguda como la que en los años treinta, de por sí arrastró a las masas desesperadas y hambrientas a la lucha? acusaciones.

¿Cómo levantar al pueblo, cómo llevarlo al combate revolucionario, para superar aquella enervante crisis política, para salvar al país de la postración y el retraso espantoso que significó el golpe traicionero del 10 de marzo y llevar adelante la revolución popular y radical que transformara al fin a la República mediatizada y al pueblo esclavizado y explotado en la patria libre, justa y digna, por la cual lucharon y murieron varias generaciones de cubanos?

Tal era el problema que se planteaba el país en los meses que siguieron al nuevo ascenso de Batista al poder.

Cruzarse de brazos y esperar o luchar era para nosotros el dilema.

Pero los hombres que llevábamos en nuestras almas un sueño revolucionario y ningún propósito de resignarnos a los factores adversos, no teníamos un arma, un centavo, un aparato político y militar, un renombre público, una ascendencia popular. Cada uno de nosotros, los que después organizamos el movimiento que asumió la responsabilidad de atacar el cuartel Moncada e iniciar la lucha armada, en los primeros meses que sucedieron

¹² Término que se utiliza en referencia a deslealtad, subversión o traición a la patria, sin evidencias. Se origina en un episodio de la historia de Estados Unidos, durante el cual el senador Joseph McCarthy desencadenó un extendido proceso de delaciones, acusaciones infundadas, denuncias, interrogatorios, procesos irregulares y listas negras contra personas sospechosas de ser comunistas.

al golpe de Estado, esperaba que las fuerzas opositoras se unieran todas en una acción común para combatir a Batista. En esa lucha estábamos dispuestos a participar como simples soldados, aunque solo fuese por los objetivos limitados de restaurar el régimen de derecho, barrido por el 10 de marzo.

Los primeros esfuerzos organizativos del núcleo inicial de nuestro movimiento se concretaron a crear e instruir los primeros grupos de combate, con la idea de participar en la lucha común con todas las demás fuerzas opositoras, sin ninguna pretensión de encabezar o dirigir esa lucha. Como humildes soldados de fila, tocábamos a las puertas de los dirigentes políticos ofreciendo la cooperación modesta de nuestros esfuerzos y de nuestras vidas y exhortándolos a luchar. Por aquel entonces, aparentemente, los hombres públicos y los partidos políticos de oposición se proponían dar la batalla. Ellos tenían los medios económicos, las relaciones, la ascendencia y los recursos para emprender la tarea de los cuales nosotros carecíamos por completo. Dedicados febrilmente al trabajo revolucionario, un grupo de cuadros, que constituyó después la dirección política y militar del movimiento, nos consagramos a la tarea de reclutar, organizar y entrenar a los combatientes. Fue al cabo de un año, de intenso trabajo en la clandestinidad, cuando arribamos a la convicción más absoluta de que los partidos políticos y los hombres públicos de entonces engañaban miserablemente al pueblo. Enfrascados en todo tipo de disputas y querellas intestinas y ambiciones personales de mando, no poseían la voluntad ni la decisión necesaria para luchar ni estaban en condiciones de llevar adelante el derrocamiento de Batista. Un rasgo común de todos aquellos partidos y líderes políticos era que, a tono con la atmósfera macartista y con la vista siempre puesta en la aprobación de Washington, excluían a los comunistas de todo acuerdo o participación, en la lucha común contra la tiranía.

Entretanto, nuestra organización había crecido notablemente y disponía de más hombres entrenados para la acción, que el conjunto de todas las demás organizaciones que se oponían al

régimen. Nuestros jóvenes combatientes habían sido reclutados, además, en las capas más humildes del pueblo, trabajadores en su casi totalidad, procedentes de la ciudad y del campo, y algunos estudiantes y profesionales, no contaminados por los vicios de la política tradicional ni el anticomunismo que infestaba el ambiente de la Cuba de entonces. Esos jóvenes, llevaban en su corazón de patriotas abnegados y honestos, el espíritu de las clases humildes y explotadas de las que provenían, y sus manos fueron suficientemente robustas y sus mentes suficientemente sanas y sus pechos suficientemente valerosos, para convertirse más tarde, en abanderados de la primera Revolución socialista en América. (Aplausos).

Fue entonces cuando, partiendo de nuestra convicción de que nada podía esperarse de los que hasta entonces tenían la obligación de dirigir al pueblo en su lucha contra la tiranía, asumimos la responsabilidad de llevar adelante la Revolución.

¿Existían o no existían las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no existían las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, se podían crear las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución.

La historia después nos ha dado la razón. Pero, ¿qué nos hizo ver con claridad aquel camino por donde nuestra patria ascendería a una fase superior de su vida política y nuestro pueblo, el último en sacudir el yugo colonial, sería ahora el primero en romper las cadenas imperialistas e iniciar el período de la segunda independencia en América Latina?

Ningún grupo de hombres habría podido por sí mismo encontrar solución teórica y práctica a este problema. La Revolución Cubana no es un fenómeno providencial, un milagro político y social divorciado de las realidades de la sociedad moderna y de las ideas que se debaten en el universo político. La Revolución

Cubana, es el resultado de la acción consciente y consecuente ajustada a las leyes de la historia de la sociedad humana. Los hombres no hacen ni pueden hacer la historia a su capricho. Tales parecerían los acontecimientos de Cuba si prescindimos de la interpretación científica. Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza, en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano, en los acontecimientos históricos.

La fase actual de la Revolución Cubana, es la continuidad histórica de las luchas heroicas que inició nuestro pueblo en 1868 y prosiguió después infatigablemente en 1895 contra el colonialismo español; de su batallar constante contra la humillante condición a que nos sometió Estados Unidos con la intervención, la Enmienda Platt y el apoderamiento de nuestras riquezas, que redujeron nuestra patria a una dependencia yanqui, un jugoso centro de explotación monopolista, una moderna Capua¹³ para sus turistas, un gran prostíbulo, un inmenso garito. Nuestra Revolución, es también el fruto de las heroicas luchas de nuestros obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, durante más de cincuenta años de corrupción, y explotación burguesa y dominio del imperialismo, que intentó absorbernos culturalmente y destruir los cimientos de nuestra nacionalidad; es fruto de la ideología revolucionaria de la clase obrera; del movimiento revolucionario internacional; de las luchas de los obreros y campesinos rusos, que en el glorioso octubre de 1917, dirigidos por Lenin, derribaron el poder de los zares

¹³ Ciudad al sur de Italia. Lugar de nacimiento de la revuelta de gladiadores, encabezada por Espartaco, que tuvo su causa en las condiciones inhumanas a que estaban sometidos. La batalla terminó con la derrota de los rebeldes.

e iniciaron la primera Revolución socialista; del debilitamiento del poder imperialista y los enormes cambios de correlación de fuerzas ocurridos en el mundo.

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de Julio.

Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de Julio. (Aplausos).

Céspedes nos dio el sublime ejemplo de iniciar con un puñado de hombres, cuando las condiciones estaban maduras, una guerra que duró diez años.

Agramonte, Maceo, Gómez y demás próceres de nuestras luchas por la independencia, nos mostraron el coraje y el espíritu combativo de nuestro pueblo, la guerra irregular y las posibilidades de adaptar las formas de lucha armada popular a la topografía del terreno y a la superioridad numérica y en armas del enemigo.

Era necesario formar de nuevo el ejército mambí. Pero la Revolución ahora ya no podía tener el mismo contenido que en 1868 y 1895. Había transcurrido más de medio siglo. A la cuestión de la soberanía popular y nacional se añadía con toda su fuerza el problema social. Si la Revolución de 1868 fue iniciada por la clase terrateniente y proseguida en 1895, fundamentalmente, por las masas campesinas, en 1953 ya existía una clase obrera; a ella, portadora de una ideología revolucionaria, en estrecha alianza con los campesinos y las capas medias de nuestra población, correspondía el lugar cimero y el carácter de la nueva Revolución.

¿Qué aportó el marxismo a nuestro acervo revolucionario en aquel entonces? El concepto clasista de la sociedad dividida entre explotadores y explotados; la concepción materialista de la historia; las relaciones burguesas de producción, como la última forma antagónica del proceso de producción social; el advenimiento inevitable de una sociedad sin clases, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo y de la revolución social. Que «el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa». Que «los obreros modernos no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital». Que «una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de los otros elementos de la burguesía: el case-ro, el tendero, el prestamista, etcétera». Que «la burguesía produce ante todo sus propios sepultureros», que es la clase obrera.

El núcleo fundamental de dirigentes de nuestro movimiento que, en medio de intensa actividad, buscábamos tiempo para estudiar a Marx, Engels y Lenin, veía en el marxismo-leninismo la única concepción racional y científica de la Revolución y el único medio de comprender con toda claridad la situación de nuestro propio país.

En el seno de una sociedad capitalista, contemplando la miseria, el desempleo y la indefensión material y moral del pueblo, cualquier hombre honesto tenía que compartir aquellas irrefutables verdades de Marx, cuando escribió:

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente, porque no existe para esas nueve décimas partes, existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

El marxismo nos enseñó sobre todo la misión histórica de la clase obrera, única verdaderamente revolucionaria, llamada a transformar hasta los cimientos a la sociedad capitalista, y el papel de las masas en las revoluciones.

El Estado y la Revolución, de Lenin, nos esclareció el papel del Estado como instrumento de dominación de las clases opresoras y la necesidad de crear un poder revolucionario capaz de aplastar la resistencia de los explotadores.

Únicamente, a la luz del marxismo, es posible comprender no solo el curso actual de los acontecimientos, sino también toda la evolución de la historia nacional y el pensamiento político cubano en el siglo pasado.

Cuando las naciones hermanas de este continente sacudieron el yugo español, Cuba permaneció uncida al carro colonial hasta casi cien años después, y en tiempos en que aquellas se liberaban en enérgica lucha, ella recibió de los reyes absolutos de España el título dudosamente honroso de «la siempre fiel isla de Cuba». Las relaciones de producción basadas en la esclavitud, sistema espantoso de explotación, que echó profundas raíces en la vida colonial de este país, explican con toda nitidez aquel fenómeno político. La población criolla blanca, poseedora de las riquezas y la cultura, en conflicto permanente de intereses con España, no estaba, sin embargo, en disposición de arriesgar el disfrute de los privilegios económicos y las prerrogativas sociales que le daba su condición de esclavista, a cambio de la independencia. El temor a poner en riesgo el propio régimen de la esclavitud la opuso sistemáticamente a la idea de luchar por la emancipación. Le horrorizaba una sublevación de los esclavos. Necesitaba el poder militar de España para mantener la sumisión de los explotados. Y España, apoyándose en esta realidad más que en las armas, mantuvo el dominio de Cuba.

El reformismo, doctrina política que predominó en el pensamiento político cubano durante más de medio siglo, tuvo también su origen en los mismos factores. Y la corriente en favor

de la anexión a Estados Unidos, que en instantes cobró fuerza extraordinaria, nació del temor a la abolición que llevaba a las clases dirigentes cubanas y a los propios españoles propietarios de esclavos, a buscar el amparo de sus privilegios por el camino de convertir a Cuba en un Estado esclavista de Norteamérica.

Arango y Parreño, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero, figuras prominentes en el pensamiento político cubano, durante la primera mitad del pasado siglo, no obstante su señalada preocupación por los progresos del país y sus sentimientos nacionales, conformaron totalmente su doctrina y su conducta a la trágica situación de una clase social que no podía luchar contra el amo español porque ella, a su vez, era ama de esclavos.

Las guerras de independencia comenzaron al fin, precisamente, en aquellos puntos de la Isla donde la esclavitud tenía una base mínima en la vida económica y social, y continuó siendo a su vez un terrible freno a la lucha en las regiones donde era la forma absolutamente predominante de producción. Al recordar que nuestro país fue en este continente, hasta hace solo decenas de años, escenario de esa forma odiosa de explotación del hombre por el hombre, sentimos el deber de rendir el tributo que merecen aquellos abnegados luchadores esclavos que el año 1843, en numerosos centrales de Matanzas, se sublevaron, lucharon y murieron por centenares en los combates, en el cadalso o apelando al suicidio, para romper las inhumanas cadenas que ataban de por vida sus cuerpos al trabajo.

Poco se escribiría después sobre el extraordinario valor humano y político de estos hechos en las historias oficiales de los explotadores, y ningún monumento se erigiría en memoria de estos oscuros gladiadores, verdaderos héroes anónimos de las clases explotadas, que fueron como precursores en nuestra patria de la revolución de los que después de ellos fueron los modernos esclavos: los obreros. (Aplausos).

Algunos de nosotros, aun antes del 10 de marzo de 1952, habíamos llegado a la íntima convicción de que la solución de los

problemas de Cuba tenía que ser revolucionaria, que el poder había que tomarlo en un momento dado con las masas y con las armas, y que el objetivo tenía que ser el socialismo.

Pero, ¿cómo llevar en esa dirección a las masas, que en gran parte no estaban conscientes de la explotación de que eran víctimas, y creían ver solo en la inmoralidad administrativa la causa fundamental de los males sociales, y que sometida a un barraje incesante de anticomunismo, recelaba, tenía prejuicios y no rebasaba el estrecho horizonte de las ideas democrático-burguesas?

A nuestro juicio, las masas descontentas de las arbitrariedades, abusos y corrupciones de los gobernantes, amargadas por la pobreza, el desempleo y el desamparo, aunque no viesan todavía el camino de las soluciones definitivas y verdaderas, serían, a pesar de todo, la fuerza motriz de la revolución.

La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos, que implicara sus intereses más vitales y las enfrentara en el terreno de los hechos a sus explotadores, las educaría políticamente. Solo la lucha de clases desatada por la propia revolución en marcha, barrería como castillo de naipes los vulgares prejuicios y la ignorancia atroz en que la mantenían sometida sus opresores.

El golpe del 10 de marzo, que elevó a su grado más alto la frustración y el descontento popular, y sobre todo, la cobarde vacilación de los partidos burgueses y sus líderes de más prestigio, que obligó a nuestro movimiento a asumir la responsabilidad de la lucha, creó la coyuntura propicia para llevar adelante estas ideas. En ellas se basaba la estrategia política de la lucha iniciada el 26 de Julio.

Las primeras leyes revolucionarias se decretarían tan pronto estuviera en nuestro poder la ciudad de Santiago de Cuba y serían divulgadas por todos los medios. Se llamaría al pueblo a luchar contra Batista y a la realización concreta de aquellos objetivos. Se convocaría a los obreros de todo el país a una huelga general revolucionaria, por encima de los sindicatos amarillos y los

líderes vendidos al gobierno. La táctica de guerra se ajustaría al desarrollo de los acontecimientos. Caso de no poder sostenerse la ciudad con mil armas que debíamos ocupar al enemigo en Santiago de Cuba, iniciaríamos la lucha guerrillera en la Sierra Maestra.

Lo más difícil del Moncada no era atacarlo y tomarlo, sino el gigantesco esfuerzo de organización, preparación, adquisición de recursos y movilización, en plena clandestinidad, partiendo virtualmente de cero. Con infinita amargura vimos frustrarse nuestros esfuerzos en el minuto culminante y sencillo de tomar el cuartel. Factores absolutamente accidentales desarticularon la acción. La guerra nos enseñó después a tomar cuarteles y ciudades. Pero, si con la experiencia que adquirimos en ella, se hubiese planteado de nuevo la misma acción, con los mismos medios y los mismos hombres, no habríamos variado en lo esencial el plan de ataque. Sin los accidentes fortuitos que infortunadamente ocurrieron, lo habríamos tomado. Con una mayor experiencia operativa lo habríamos podido tomar por encima de cualquier factor accidental.

Lo más admirable de aquellos hombres que participaron en la operación, es que habiendo entrado en combate por primera vez, arremetieron con tremenda fuerza los objetivos que tenían delante, creyendo que se hallaban ya dentro de las fortificaciones, cuya configuración exacta ignoraban. Pero la lucha se había entablado por desgracia en las afueras de la fortaleza. Con aquel ímpetu con que descendieron de sus carros, ninguna tropa desprevenida los habría podido resistir.

Pero la estrategia política, militar y revolucionaria, concebida a raíz del Moncada, fue en esencia la misma que se aplicó cuando tres años más tarde desembarcamos en el *Granma* y ella nos condujo a la victoria. (Aplausos). Aplicando un método de guerra ajustado al terreno, a los medios propios y a la superioridad técnica y numérica del enemigo, los derrotamos en veinticinco meses de guerra, no sin sufrir inicialmente el

durísimo revés de Alegría de Pío, que redujo nuestra fuerza a siete hombres armados, con los que reiniciamos la lucha. Este increíblemente reducido número de efectivos con que nos vimos obligados a seguir adelante, demuestra hasta qué punto, la concepción revolucionaria del 26 de Julio de 1953, era correcta.

Cinco años y medio más tarde, el primero de enero de 1959, desde la ciudad de Palma Soriano, rodeada ya Santiago de Cuba y los cinco mil hombres de su guarnición por nuestras fuerzas, lanzamos la consigna de huelga general revolucionaria a los trabajadores. El país entero se paró de modo absoluto, pese al control gubernamental del aparato oficial del movimiento obrero, y en horas de la tarde las vanguardias rebeldes ocupaban el Moncada, sin disparar un tiro. (Aplausos). El enemigo estaba vencido. En cuarenta y ocho horas todas las instalaciones militares del país fueron dominadas por nuestras tropas, el pueblo ocupó las armas y el golpe militar en la capital, instigado por la embajada yanqui, con que pensaban escamotear el triunfo, quedó deshecho. Los asesinos aterrorizados vieron surgir de los cadáveres heroicos de los hombres asesinados en el Moncada, el espectro victorioso de sus ideas. (Aplausos). Era la misma consigna de huelga general que pensábamos lanzar el 26 de julio de 1953, después de tomada la ciudad de Santiago de Cuba. Es cierto que esta vez, ya en posesión del poder revolucionario, fue que procedimos a aplicar el programa del Moncada, pero la concepción de que la lucha misma forjaría en las masas la conciencia política superior, que nos llevaría a una revolución socialista, ha demostrado en las condiciones de nuestra patria su absoluta justeza.

Las leyes revolucionarias enfrentaron a los explotadores y explotados en todos los terrenos. Latifundistas, capitalistas, terratenientes, banqueros, grandes comerciantes, burgueses y oligarcas de todo tipo y su incontable cohorte de servidores, reaccionaron inmediatamente contra el poder revolucionario en contubernio con el imperialismo, privilegiado propietario en

Cuba de grandes extensiones de tierra, minas, centrales azucareros, bancos, servicios públicos, casas comerciales, fábricas, amo y señor de nuestra economía, que ya no tenía un ejército a su servicio. Comenzaron entonces las conjuras, los sabotajes, las grandes campañas de prensa, las amenazas exteriores.

Pero el pueblo no había recibido solo los beneficios de las leyes revolucionarias. Había conquistado, ante todo y por primera vez en la historia de nuestra patria, el sentido pleno de su propia dignidad, la conciencia de su poder y de su inmensa energía.

Por primera vez el obrero, el campesino, el estudiante, las capas más humildes del pueblo, ascendían a lugares cimeros de la vida nacional. El poder revolucionario era su poder, el Estado era su Estado, el soldado era su soldado, porque él mismo se convirtió en soldado (aplausos); el rifle su rifle, el cañón su cañón, el tanque su tanque, la autoridad su autoridad, porque él era la autoridad. Ningún ser humano volvería jamás a sufrir humillación por el color de su piel; ninguna mujer tendría que prostituirse para ganarse el pan; ningún ciudadano tendría que pedir limosna; ningún anciano quedaría en el desamparo; ningún hombre sin trabajo; ningún enfermo sin asistencia; ningún niño sin escuela; ningunos ojos sin saber leer; ninguna mano sin saber escribir. (Aplausos).

Lo que la Revolución significó desde el primer instante para el decoro del hombre, lo que significó en el orden moral, fue tanto o más que lo que significaron los beneficios materiales.

La conciencia de clase se desarrolló en forma inusitada. Bien pronto los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios, tuvieron que empuñar las armas para defender sus conquistas frente al enemigo imperialista y sus cómplices reaccionarios; bien pronto tuvieron que derramar su sangre generosa luchando contra la CIA y los bandidos; bien pronto tuvieron que ponerse todos en pie de guerra frente al peligro exterior; bien pronto tuvieron que combatir en las cos-

tas de Girón y de Playa Larga contra los invasores mercenarios. (Aplausos).

¡Ah!, pero ya entonces las clases explotadas habían abierto los ojos a la realidad, habían encontrado al fin su propia ideología, que no era ya la de los burgueses, terratenientes y demás explotadores, sino la ideología revolucionaria del proletariado, el marxismo-leninismo. (Aplausos). Y el capitalismo desapareció en Cuba. Haber derramado la sangre del Moncada y de miles de cubanos más para mantener el capitalismo, habría sido sencillamente un crimen. (Aplausos).

Así, el 16 de abril de 1961, nuestra clase obrera, cuando marchaba a enterrar a sus muertos con los rifles en alto, en vísperas de la invasión, proclamó el carácter socialista de nuestra Revolución y en su nombre combatió y derramó su sangre, y todo un pueblo estuvo dispuesto a morir. (Aplausos). Un decisivo salto en la conciencia política se había producido desde el 26 de julio de 1953. Ninguna victoria moral pudiera compararse a esta en el glorioso camino de nuestra Revolución. Porque ningún pueblo en América había sido sometido por el imperialismo a un proceso tan intenso de adoctrinamiento reaccionario, de destrucción de la nacionalidad y sus valores históricos; a ninguno se le deformó tanto durante medio siglo. Y he aquí, que ese pueblo se yergue como un gigante moral ante sus opresores históricos y barre en unos pocos años toda aquella lacra ideológica y toda la inmundicia del macartismo y el anticomunismo. (Aplausos).

En la lucha aprendió a conocer a sus enemigos de clase internos y externos, y en ella conoció a sus verdaderos aliados externos e internos. Frente al sabotaje de *La Coubre* y al embargo de armas de procedencia capitalista cuando más las necesitábamos, al criminal bloqueo económico de Estados Unidos y el aislamiento decretado por los gobiernos latinoamericanos a las órdenes del imperialismo yanqui, solo del campo socialista, desde la gran patria de Lenin, se extendió la mano amiga y generosa (aplausos); de allí nos vinieron armas, petróleo, trigo, maquinaria y

materias primas; allí surgieron los mercados para nuestros productos boicoteados; de allí, recorriendo diez mil kilómetros, llegaron las naves surcando los mares; de allí nos llegó la solidaridad internacionalista y el apoyo fraternal.

Bien poco quedaba en pie de todas las mentiras, la odiosa hipocresía, la humillante omnipotencia yanqui en nuestra tierra, como no quedaba nada en pie de sus bancos, sus minas, sus fábricas, sus inmensos latifundios, sus todopoderosas empresas de servicio público, porque golpe por golpe frente a la agresión y el bloqueo, fueron nacionalizadas todas. (Aplausos).

En el programa del Moncada, que con toda claridad expusimos ante el tribunal que nos juzgó, estaba el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución. Su lectura cuidadosa, evidencia que nos apartábamos ya por completo de la concepción capitalista del desarrollo económico y social.

Como hemos dicho otras veces, aquel programa encerraba el máximo de objetivos revolucionarios y económicos que en aquel entonces se podía plantear, por el nivel político de las masas y la correlación nacional e internacional de fuerzas. Pero su aplicación consecuente nos conduciría a los caminos que hoy transitamos. Nosotros confiábamos plenamente en las leyes de la historia y en la energía sin límite de un pueblo liberado.

Ningún programa económico y social se cumplió jamás en este continente como se ha cumplido el programa del Moncada. Con el devenir del tiempo y la propia lucha se han superado con creces todas las esperanzas de entonces y avanzamos hace rato mucho más allá, por la senda gloriosa de la Revolución socialista.

Martí, Marx, Engels y Lenin guiaron nuestro pensamiento político. Céspedes, Agramonte, Maceo, Gómez y demás patriotas del 1868 y el 1895, inspiraron nuestra acción militar. El pueblo de Cuba, en especial sus clases humildes, nos acompañaron en esta larga ruta; ellas engendraron nuestras luchas; ellas fueron los protagonistas verdaderos de la epopeya revolucionaria; ellas dieron

sus mejores hijos que en el Moncada, en el *Granma*, en la Sierra, en el llano, en Palacio, en Goicuría, en el *Corynthia*, en Cienfuegos, en todas las batallas y combates contra la tiranía, en las cámaras de tortura y en las manos de los verdugos, en el Escambray, en Playa Girón, en la lucha contra la CIA y sus agentes, en las aulas —como Benítez—, alfabetizando —como Ascunce—, en los puestos de trabajo produciendo para la sociedad o en otras tierras donde los llamara el deber internacionalista, entregaron sus vidas. (Aplausos). Millones de cubanos humildes han trabajado abnegadamente en la producción, en la defensa, en la salud, en la educación, en los servicios, en la administración y en las duras y arduas responsabilidades del trabajo político y de las organizaciones de masa. A ellos corresponde el honor inmenso de haber llevado sobre sus hombros al país en la lucha que nos ha conducido a esta emocionante conmemoración del 20 aniversario. (Aplausos).

El Moncada nos enseñó a convertir los reveses en victorias. No fue la única amarga prueba de la adversidad, pero ya nada pudo contener la lucha victoriosa de nuestro pueblo. Trincheras de ideas fueron más poderosas que trincheras de piedras. Nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón en los propósitos justos. Nuestros muertos heroicos no cayeron en vano. Ellos señalaron el deber de seguir adelante, ellos encendieron en las almas el aliento inextinguible, ellos nos acompañaron en las cárceles y en el destierro, ellos combatieron junto a nosotros a lo largo de la guerra. Los vemos renacer en las nuevas generaciones que crecen al calor fraternal y humano de la Revolución; en nuestros estudiantes, trabajadores, que aquí vinieron a recibir su copa; en cada obrero de vanguardia; en los jóvenes que representan con honor a Cuba en el Festival Mundial (aplausos); en los Camilitos, que se educan para ser soldados como ellos (aplausos); en los cadetes que juraron la bandera el día 22. (Aplausos).

¡Hace ya veinte años y muchos no tenían veinte años! Pero en todos los que no habían nacido todavía están ellos: en los niños que estudian en las escuelas creadas por la Revolución, en cada vida infantil que preservan de la muerte nuestros médicos revolucionarios, en cada victoria, en cada alegría, en cada sonrisa, en cada corazón de nuestro pueblo.

Sobre la sangre generosa que comenzó a derramarse el 26 de Julio, Cuba se levanta para señalar un camino en este continente y poner fin al dominio del «Norte revuelto y brutal» sobre los pueblos de nuestra América, marcando un punto de viraje histórico en el proceso de su ininterrumpido y arrogante avance sobre nuestras tierras, nuestras riquezas y nuestra soberanía, que duró 150 años.

En el instante en que tiene lugar la Revolución Cubana, ninguna región del mundo, ningún continente estaba tan completamente sometido a la política y los dictados de una potencia extraña como la América Latina.

Estados Unidos cercenó a México, intervino a Cuba, ocupó a Guantánamo, se apoderó de Puerto Rico, yuguló a Panamá, deshizo la unión de Centroamérica e intervino con las armas en sus repúblicas dispersas, envió la infantería de marina a Veracruz, Haití, Santo Domingo; se apoderó del cobre, del petróleo, del estaño, del níquel, del hierro del continente; dominó los bancos, el transporte marítimo, el comercio, los servicios públicos y las industrias básicas en todos nuestros pueblos; exigió y obtuvo convenios onerosos de intercambio; forjó por último con el rótulo de OEA¹⁴ un verdadero instrumento de adminis-

¹⁴ Organización de Estados Americanos. Tiene su sede en Estados Unidos. Es el organismo regional más antiguo y extenso del mundo. En pleno siglo XXI, a nadie le quedan dudas de la irrelevancia, obsolescencia y descrédito, por su complicidad en los principales crímenes de Estado, ocurridos en América Latina y el Caribe, en la segunda mitad del siglo XX. A pesar de que en ocasiones Estados Unidos la relegó, nunca la descartó, porque la necesita viva para influir y dividir a la región y frenar la consagración

tración colonial a cuyo amparo impuso el pacto militar de Río de Janeiro, la Junta Interamericana de Defensa, las maniobras militares conjuntas con las que trata de influir, adoctrinar y dominar los cuerpos armados: manejó gobiernos, fomentó golpes, armó tiranías sangrientas e impuso su ley soberana en todo el hemisferio, arrastrándonos a la Guerra Fría¹⁵ en su cruzada reaccionaria contra el socialismo y el movimiento de liberación de los pueblos.

Como nuestra patente de la nefasta influencia ejercida por Estados Unidos en sus intervenciones militares están las satrapías que dejaron a su paso los marinos en Haití, Santo Domingo, Nicaragua, Guatemala y otros países de Centroamérica. De tal modo impusieron el enervamiento, la corrupción y el atraso en estas repúblicas, que hoy entre sus gobiernos se encuentran los peones más incondicionales de Estados Unidos en Latinoamérica. Ellos constituyen, junto a los gobiernos de Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay, la punta de lanza contrarrevolucionaria con que el imperialismo se propone aislar a los pueblos hermanos de Chile, Perú, Argentina y Panamá, cuyos procesos políticos están en conflicto con la omnipotencia del imperio.

Detrás del golpe de Uruguay y como parte de su estrategia continental, están inconfundibles las manos de Estados Unidos y Brasil.

Igual que hizo en Europa, en África y en Asia, Estados Unidos agrupa en este continente a los gobiernos más corruptos, impopulares y desprestigiados contra los estados progresistas y revolucionarios.

La política imperialista se comporta de la misma forma en todo el mundo frente a los pueblos que luchan por su liberación.

del inevitable y verdadero destino histórico de la región: la integración martiana y bolivariana de sus pueblos.

¹⁵ Concepto para nombrar el conflicto de carácter político, económico y social entre la entonces URSS y Estados Unidos, surgido al concluir la Segunda Guerra Mundial.

Es por ello, que no entendemos la extraña tesis que hace referencia a dos supuestos imperialismos, esgrimida por algunos dirigentes que se consideran parte del Tercer Mundo, pretendiendo semejar a la URSS con Estados Unidos, porque con ella sirven al único y verdadero imperialismo y aíslan a sus pueblos. Esta tesis reaccionaria en sí misma y fruto exclusivo de la ideología e intriga de los teóricos burgueses y del imperialismo, tiene por objetivo alentar la división y la desconfianza entre las fuerzas revolucionarias a nivel internacional y alejar a los movimientos de liberación de los países socialistas.

Sin la Revolución de Octubre y sin la inmortal hazaña del pueblo soviético, que resistió primero la intervención y el bloqueo imperialista y derrotó más tarde la agresión del fascismo y lo aplastó a un costo de veinte millones de muertos, que ha desarrollado su técnica y su economía a un costo increíble de sudor y sacrificio, sin explotar el trabajo de un solo obrero en ningún país de la Tierra, no habría sido en absoluto posible el fin del colonialismo y la liberación de decenas de pueblos en todos los continentes. No puede ni por un segundo olvidarse que las armas con que Cuba aplastó a los mercenarios de Girón y se defendió de Estados Unidos, las que en manos de los pueblos árabes resisten la agresión imperialista, las que usan los patriotas africanos contra el colonialismo portugués y las que empuñaron los vietnamitas en su heroica, extraordinaria y victoriosa lucha (aplausos), llegaron de los países socialistas y esencialmente de la Unión Soviética. (Aplausos). Alejar a los pueblos de sus aliados naturales es desarmarlos, aislarlos y derrotarlos. Política de avestruz. Ningún servicio peor se puede prestar a la causa de la liberación nacional.

El camino de los pueblos de América Latina no es fácil. El imperialismo yanqui defenderá tesoneramente su dominio en esta parte del mundo. La confusión ideológica es todavía grande. Los estados que han emprendido un curso de acción independiente de Estados Unidos y políticas de cambios es-

tructurales aumentan en número, pero tienen aún que vencer grandes dificultades.

Pero el proceso de liberación nadie podrá detenerlo a la larga. Los pueblos de Latinoamérica no tienen más salvación posible que liberarse del dominio imperialista, hacer la revolución y unirse. Solo esto nos permitirá ocupar un lugar en el mundo entre las grandes comunidades humanas. Solo esto nos daría las fuerzas para enfrentar los gigantescos problemas alimenticios, económicos, sociales y humanos de una población que ascenderá a seiscientos millones en veinticinco años más. Solo esto haría posible nuestra participación en la revolución científico-técnica que conformará la vida del futuro. Solo esto nos hará libres. Sin esto, nuestras riquezas naturales se agotarán en beneficio exclusivo de las sociedades capitalistas de consumo y seremos los parias del mundo del mañana, ausentes de la civilización.

Luchar por estos objetivos debiera ser la tarea de una adecuada organización regional. Por mucho que la OEA se reforme y hasta cambie de nombre, seguirá siendo la OEA. Mientras Estados Unidos permanezca en el seno de una organización regional de nuestros pueblos, manejando los votos de sus títeres, ejerciendo poderosa influencia económica sobre los gobiernos individuales, intrigando, conspirando y tomándose la libertad de hacer en cada caso lo que más convenga a sus intereses, seguiremos teniendo una OEA.

La organización regional solo tendría razón de existencia como representante de nuestros pueblos en la defensa de sus intereses frente al imperialismo y luchar por la unión. Para que la familia en su conjunto pueda tratar con Estados Unidos, no hace falta tener al imperio en el seno de la familia.

Si es cierto que en las actuales circunstancias, dada la correlación de fuerzas entre gobiernos progresistas y gobiernos reaccionarios en el seno de la familia latinoamericana, no es viable todavía crear esta organización regional propia, porque Estados

Unidos aún controla numerosos gobiernos, tampoco es posible revivir la vieja OEA, ni tiene sentido hacerlo. Dejémosla que fallezca de muerte natural. (Aplausos).

Cuba sabrá esperar pacientemente. La solidez de nuestra Revolución es hoy mayor que nunca y será joven todavía cuando ya ella haya muerto y, con ella, todo lo que significó de humillación y bochorno para nuestro pueblo. A su tumba llevará la vergüenza de los crímenes que se cometieron contra el pueblo guatemalteco, cuyo gobierno popular destruyeron los yanquis con su complicidad y beneplácito; el oprobio de la invasión de Santo Domingo por las tropas de Estados Unidos, que con cinismo aprobó, santificó y apoyó, incluso, unidades militares, para impedir la liberación de ese heroico pueblo, bajo la dirección de su inmortal paladín, Francisco Caamaño (aplausos); la infamia del ataque mercenario a Playa Girón, el aislamiento de Cuba, el bloqueo económico, los ataques piratas, las filtraciones, los lanzamientos de armas para equipar a bandidos, los sabotajes y demás fechorías que con su apoyo realizó el imperialismo contra el pueblo de Cuba. Frente a todos los augurios, nuestro pueblo con la solidaridad internacional de sus hermanos de clase, resistió y salió victorioso de todas las pruebas, y hoy las condiciones creadas para el esfuerzo revolucionario son mejores que nunca.

Los gobiernos tiránicos y opresores, al servicio de los explotadores, esgrimen siempre el argumento de la paz y el orden para justificar la violencia contra el pueblo y combatir la rebelión. Para ellos las revoluciones son sinónimos siempre de anarquía y caos. La absoluta paz interna y el orden ejemplar, que hoy disfruta nuestra patria, emanados de la disciplina consciente y el apoyo pleno a la Revolución de nuestros obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, que nos permite dedicarnos por entero al trabajo creador, no existieron jamás en Cuba, ni han existido en grado semejante en ninguna otra sociedad latinoamericana.

Nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, orgullo de nuestro pueblo, porque ellas, sus soldados, sus oficiales y sus reservas, igual que los combatientes del Ministerio del Interior, son el pueblo uniformado, constituyen un modelo de disciplina, humildad, abnegación y lealtad a la Revolución, al partido y a la patria. (Aplausos).

Cuando contemplamos el panorama convulso que reina en los países capitalistas y en casi todos los pueblos de América Latina, no podemos menos que meditar en el extraordinario avance que significó para nuestro país, en el orden moral, la abolición radical del sistema capitalista de producción y de toda forma de explotación del hombre por el hombre, con su secuela de vicios, de corrupción, injusticia y mezquino egoísmo, que aparta a los hombres de todo sentimiento de solidaridad humana.

La solidez granítica de la Revolución Cubana surge de su propio carácter socialista, que ha traído a nuestro pueblo un inmenso caudal de equidad y justicia.

El sueño de Marx de una sociedad sin explotadores ni explotados, que la concibió como desenlace natural de los regímenes capitalistas desarrollados, es, incluso en los pueblos pobres y subdesarrollados, el único camino de avanzar económica y socialmente sin los horrores y los sufrimientos del desarrollo capitalista.

Hay algunos dirigentes de países pobres que, para excusar sus debilidades políticas, han dicho que no quieren socializar la pobreza. Pero, incluso, la pobreza socializada es mucho más justa que mantener las masas en la miseria y permitir que goce de la riqueza una minoría privilegiada. (Aplausos). Capitalizar la pobreza es peor que socializarla.

Nuestra Revolución ha tenido que confrontar, y confronta todavía, las dificultades inevitables para llevar adelante su cometido en las condiciones de un país pobre y atrasado económicamente. Nuestra escasa riqueza apenas bastaba para satisfacer

un mínimo de las necesidades inmensas de una población que crece, además rápidamente. La provincia de Oriente que en 1953 tenía un millón y medio de habitantes tiene ahora 3 100 000.

Para obstruccionar nuestro camino, el imperialismo, que fue precisamente el responsable principal de nuestras miserias, aparte de que nos obligó a gastos extraordinarios en los servicios de la defensa nacional, nos impuso, con todo su poder de influencia mundial, un rígido bloqueo económico, llevándose además muchos de los pocos técnicos que existían en Cuba, al servicio de la burguesía.

El hecho de que nuestra economía dependiera de un solo producto de carácter agrícola, con bajísima productividad por hombre, que se aseguraba con el ejército de los desempleados, sometida a las irregularidades del tiempo y a las más increíbles oscilaciones del precio, complicaba la tarea. La ausencia total de fuentes energéticas, de industrias mecánicas y químicas, de producción de aceros, de maderas y otros productos básicos, constituían, sin duda, obstáculos muy serios en nuestro camino. Quizás por ello los imperialistas estaban completamente seguros de que la Revolución no sobreviviría a sus agresiones.

A sobrevivir tuvimos que dedicar el grueso de nuestras energías en los primeros años de la Revolución. Pero no solo hemos sobrevivido, sino que también, con la generosa cooperación de nuestros hermanos soviéticos, hemos avanzado considerablemente en múltiples aspectos.

En nuestro país no existe ya el desempleo y nuestro estándar de salud, educación y seguridad social supera al de todos los países de América Latina. (Aplausos).

Nuestro pueblo conmemora este 20 aniversario trabajando intensamente y avanzando en todos los campos. Y se han creado todas las condiciones para el avance sostenido de nuestra economía año por año.

Como país pobre, sin grandes recursos naturales de fácil explotación, que tiene que trabajar duramente para ganarse el

pan, en medio de un mundo donde gran parte de los pueblos viven en la mayor pobreza, cuya población total, hoy de 3500 millones, ascenderá a 7000 millones en las próximas dos décadas y media, mientras el lujo y el despilfarro de las sociedades capitalistas desarrolladas agotan recursos naturales no recuperables, como el petróleo, cuyo precio amenaza con elevarse extraordinariamente, los objetivos de nuestro pueblo en el orden material no pueden ser muy ambiciosos.

Será nuestro deber en los próximos años elevar al máximo la eficiencia en la utilización de nuestros recursos económicos y humanos. Llevar la cuenta minuciosa de los gastos y los costos. (Aplausos). Y los errores de idealismos que hayamos cometido en el manejo de la economía, saberlos rectificar valientemente. (Aplausos).

Nuestro gran sueño es avanzar hacia la sociedad comunista en que cada ser humano, con una conciencia superior y un espíritu pleno de solidaridad, sea capaz de aportar según su capacidad y recibir según sus necesidades. Pero, ese nivel de conciencia y las posibilidades materiales de distribuir la producción social acorde con esa hermosa fórmula, solo pueden ser fruto de la educación comunista de las nuevas generaciones y del desarrollo de las fuerzas productivas.

Marx dijo que el derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica y al desarrollo cultural por ella condicionada, y que:

(...) en la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y con ella el contraste entre el trabajador intelectual y el trabajador manual, cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida sino la primera necesidad vital; cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, solo entonces, podrá rebasarse

totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades!

Estamos en la fase socialista de la Revolución en que, por imperativo de las realidades materiales y del nivel de cultura y conciencia de una sociedad recién emergida de la sociedad capitalista, la forma de distribución que le corresponde es la planteada por Marx en *Crítica del programa de Gotha*: «¡de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo!» (Aplausos).

Es cierto que muchos de nuestros obreros son verdaderos ejemplos de comunistas por su actitud ante la vida, su conciencia superior y su extraordinaria solidaridad humana. Ellos son la avanzada de lo que un día deberá ser toda la sociedad. Pero, pensar y actuar cual si ya esa fuese hoy la conducta de todos sus componentes, sería un ejemplo de idealismo, cuyo resultado se traduciría en que el peso mayor del esfuerzo social cayera injustamente sobre los mejores, sin ningún resultado moral en la conciencia de los más atrasados y se traduciría en forma igualmente adversa a la economía. Junto al estímulo moral hay que usar también el estímulo material; sin abusar de uno ni de otro, porque lo primero nos llevaría al idealismo y lo segundo al desarrollo del egoísmo individual. Hemos de actuar de modo que los incentivos económicos no se conviertan en la motivación exclusiva del hombre, ni los incentivos morales en el pretexto para que unos vivan del trabajo de los demás. (Aplausos).

Quizás la tarea más difícil que se impone en un proceso de marcha hacia el comunismo, sea la ciencia de saber conciliar dialécticamente las fórmulas que nos exige el presente, con el objetivo final de nuestra causa.

En la educación está el instrumento fundamental de la sociedad para desarrollar los individuos integrales capaces de vivir en el comunismo.

Debemos trabajar en los próximos diez años para hacer avanzar nuestra economía a un ritmo anual promedio no menor del 6 %, continuar mejorando progresivamente nuestro nivel de salud pública, llevar el sistema educacional a un grado óptimo, con cientos de miles de jóvenes integrados en las magníficas escuelas de estudio y trabajo, que estamos ya construyendo masivamente (aplausos), elevar paulatinamente los niveles en la alimentación, ropa y calzado de la población, aumentar las construcciones de viviendas hasta un ritmo que satisfaga las necesidades fundamentales del país, e incrementar los servicios de transporte y demás atenciones generales al pueblo. Estas aspiraciones de desarrollo económico y social, que no son por cierto las de un pueblo movido por espíritu de consumo, pueden alcanzarse perfectamente.

Desde que el 26 de julio de 1953 atacamos el Moncada hemos logrado e incluso rebasado los objetivos que nos propusimos entonces, aunque las tareas eran más difíciles de lo que en aquel tiempo fuimos capaces de suponer.

Pero, si aquel día éramos un puñado de hombres, hoy somos un pueblo entero conquistando el porvenir. (Aplausos).

Si antes nuestras manos, casi inermes, se enfrentaban al poder que nos tiranizaba, hoy disponemos de un formidable ejército que nació del esfuerzo tesonero de aquellos combatientes, equipado con los medios más modernos y del cual todos los compatriotas capaces de empuñar las armas son soldados.

Si antes, nuestro aparato político era un reducido contingente de cuadros y los hombres que militaban en nuestras filas eran unos cuantos cientos, hoy tenemos un partido de más de cien mil militantes y miles de cuadros abnegados y firmes. (Aplausos). De la unión de todos los revolucionarios nació ese partido. Unión que se forjó en el desinterés y el renunciamiento más ejemplar, como símbolo de que una nueva era surgía en nuestra patria. Así, de una forma admirable, comenzamos a recorrer el nuevo camino, sin caudillos, sin personalismos, sin facciones, en

un país donde históricamente la división y el conflicto de personalidades fue la causa de grandes derrotas políticas. Como el Partido Revolucionario Cubano de la independencia, hoy dirige nuestro partido la Revolución. Militar en él no es fuente de privilegios, sino de sacrificios y de consagración total a la causa revolucionaria. Por ello, en él ingresan los mejores hijos de la clase obrera y del pueblo, velando siempre por la calidad y no la cantidad. Sus raíces son las mejores tradiciones de la historia de nuestro pueblo, su ideología es la de la clase obrera: el marxismo-leninismo. Él es depositario del poder político y garantía presente y futura de la pureza, consolidación, continuidad y avance de la Revolución. Si en los tiempos inciertos del 26 de Julio y en los primeros años de la Revolución, los hombres jugaron individualmente un rol decisivo, ese papel lo desempeña hoy el partido. Los hombres mueren, el partido es inmortal. (Aplausos).

Consolidarlo, elevar su autoridad, su disciplina, perfeccionar sus métodos de dirección, su carácter democrático y elevar el nivel cultural y político de sus cuadros y militantes, es deber ineludible de todos los revolucionarios.

Junto al partido, su organización juvenil, la Unión de Jóvenes Comunistas y las organizaciones de masa (aplausos): los sindicatos, los Comités de Defensa de la Revolución (aplausos), la Federación de Mujeres Cubanas (aplausos), la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (aplausos), la FEU (aplausos), la FEEM (aplausos), la UPC (aplausos), constituyen la gigantesca fuerza política y social que lleva adelante la obra que iniciamos el 26 de Julio.

A los jóvenes me dirijo especialmente en este instante. A ellos ha consagrado la Revolución el máximo de su esfuerzo y en ellos ha puesto sus mayores esperanzas. Para las nuevas generaciones se trabaja con verdadero amor, para ellas se realiza fundamentalmente la Revolución; por ellos, por los que no habían nacido todavía el 26 de julio, derramaron su sangre

generosa y pura los jóvenes que cayeron en el Moncada (aplausos); para ellos se construyen cientos de excelentes escuelas; para ellos se desarrolla una economía que no conocerá las limitaciones de hoy; con ellos trabajarán decenas de miles de técnicos que hoy se forman; ellos poseerán un nivel de cultura que hoy no somos apenas capaces de imaginar. Nuestra generación, que inició sus luchas cuando los sueños no podían siquiera expresarse, sin riesgos de ser incomprensidos; cuando la palabra socialismo no podía pronunciarse, sin suscitar temores y prejuicios, en ustedes deposita sus más puros ideales, en la íntima convicción de que sabrán recogerlos, llevarlos adelante y transmitirlos a los que los sucedan, hasta el día en que la sociedad cubana puede inscribir en su bandera la fórmula fraternal y humana de la vida comunista. (Aplausos).

Rubén Martínez Villena en encendidos versos patrióticos escribió un día:

*Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones,
para vengar los muertos que padecen ultraje,
para limpiar la costra tenaz del coloniaje,
para no hacer inútil, en humillante suerte,
el esfuerzo y el hambre, y la herida y la muerte;
para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí;
para que nuestros hijos no mendiguen de hinojos,
la patria que los padres le ganaron de pie... (Aplausos).*

Desde aquí te decimos, Rubén: el 26 de Julio fue la carga que tú pedías.

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



*Honras fúnebres de las víctimas del bombardeo
a distintos puntos de la República, efectuado
en 23 y 12, La Habana*

16 DE ABRIL DE 1961,
AÑO DE LA EDUCACIÓN

Compañeros del Ejército Rebelde y de las Milicias Nacionales
Revolucionarias;
Cubanos todos:

Es la segunda vez que nos reunimos en esta misma esquina. Fue la primera, en ocasión de aquel acto de sabotaje que le costó la vida a casi un centenar de obreros y soldados.

En aquella ocasión, el crimen que se había cometido contra nuestro pueblo fue necesario explicarlo por una serie de deducciones; en aquella ocasión, fue necesario probar que aquel sabotaje no podía haberse realizado en nuestro territorio, es decir, no podía haberse preparado en nuestro territorio, dadas las condiciones de vigilancia cuidadosa con que se realizaba la descarga de aquel barco. No era posible suponer que se debiese a un accidente, ya que aquel tipo de parque que se estaba descargando no podía explotar a consecuencia de una caída.

Fue necesario hacer historia de los antecedentes que señalaban a los culpables de aquel hecho criminal; fue necesario recordar todo el interés que el Gobierno de Estados Unidos había puesto y todas las gestiones que había hecho, para evitar que

esas armas que ustedes estaban levantando hace un momento, llegaron a nuestras manos.

Desde el inicio del Gobierno Revolucionario, el primer esfuerzo que realizaron los enemigos de la Revolución fue impedir que nuestro pueblo se armara. Los primeros pasos que dieron nuestros enemigos, eran tendientes a mantener desarmado a nuestro pueblo y ante el fracaso de las presiones de tipo político que se habían hecho, para impedir que nosotros adquiriésemos esas armas, ante el fracaso de los primeros pasos de tipo diplomático, acudieron al sabotaje, acudieron a la utilización de procedimientos de violencia para impedir que esas armas llegaran a nuestras manos, para dificultar la adquisición de esas armas y, a la postre, lograr con el gobierno de donde provenían esas armas, la supresión de las ventas que estaban haciendo a nuestro país.

Aquel zarpazo costó la vida de numerosos obreros y soldados, y cuando en aquella ocasión nosotros afirmamos que teníamos derecho a pensar que los culpables de aquel sabotaje eran los que estaban interesados en que nosotros no recibiéramos esas armas, ustedes recordarán cómo el Gobierno de Estados Unidos protestó, cómo el Gobierno de Estados Unidos dijo que aquello era una imputación injusta, y cómo pretendieron afirmar ante el mundo, que ellos no tenían nada que ver con la explosión del vapor *La Coubre*.

Sin embargo, a todos nosotros, a nuestro pueblo, le quedó la profunda convicción de que la mano que había preparado aquel hecho bárbaro y criminal, era la mano de los agentes secretos del Gobierno de Estados Unidos.

Estábamos empezando. Sin embargo, para muchas personas en este país y aun fuera de este país, resultaba difícil creer que el Gobierno de Estados Unidos fuese capaz de llegar a tanto; resultaba difícil creer que los dirigentes de un país fuesen capaces de llevar a la práctica procedimiento semejante. Era posible que para alguna gente existía por parte del Gobierno Revolucionario una desconfianza excesiva, que existía por parte de los cubanos

un recelo excesivo y una suspicacia excesiva; todavía era posible que una parte del pueblo se sintiese escéptico sobre aquellas afirmaciones; todavía nosotros no habíamos podido adquirir la dura experiencia que hemos ido adquiriendo durante estos dos años y medio; todavía no conocíamos bien a nuestros enemigos; todavía no conocíamos bien sus procedimientos; todavía no sabíamos lo que era la Agencia Central de Inteligencia del Gobierno de Estados Unidos; todavía no habíamos tenido oportunidad de ir comprobando, día a día, sus actividades criminales contra nuestro pueblo y nuestra Revolución.

No era solamente aquel hecho aislado. Ya nuestro país venía sufriendo una serie de agresiones, ya nuestro país venía sufriendo una serie de incursiones por parte de aviones piratas que un día lanzaban proclamas, otro día quemaban nuestras cañas y otro día trataban de lanzar una bomba sobre uno de nuestros centrales azucareros.

En aquella ocasión, en que precisamente por el estallido de la bomba que iban a lanzar explotó el avión pirata con sus tripulantes, cayendo hecho pedazos sobre nuestro territorio, en aquella ocasión, no pudo el Gobierno de Estados Unidos negar, como lo venía haciendo, que aquellos aviones salían de sus costas; no pudo el Gobierno de Estados Unidos, ante los restos de aquellos pilotos, ante la documentación ocupada intacta y ante los números del avión que había caído sobre nuestro territorio, no pudo negar la realidad, y entonces se decidieron por darnos, o mejor dicho, se decidieron por pedirnos una excusa y darnos una explicación.

Desde luego, que a todo el mundo se le hacía difícil comprender que un avión y muchos aviones pudiesen salir y entrar en el territorio de Estados Unidos, sin que fuesen observados por las autoridades de ese país, sin que fuesen registrados por los equipos modernos que en ese país poseen para detectar aviones. Pero en aquella ocasión nos pidieron excusas y nos dieron explicaciones.

Sin embargo, los vuelos no se paralizaron. Durante un tiempo largo continuaron las incursiones aéreas y en una ocasión, una de aquellas incursiones, costó a nuestro país un saldo elevado de víctimas. Sin embargo, ninguno de aquellos hechos tenía el carácter de un ataque militar; ninguna de aquellas incursiones pasaban de ser actos de hostigamiento por parte de aviones de tipo pirata, que un día quemaban las cañas, otro día trataban de lanzar granadas, otro día trataban de lanzar proclamas y, en fin, hacían víctima a nuestro país de un hostigamiento sistemático y trataban de ocasionar daños de tipo económico, pero de una manera que nunca había revestido los caracteres de un ataque de tipo militar.

La explosión de *La Coubre* fue un acto de sabotaje preparado por los agentes de la Central de Inteligencia yanqui. Los ataques por parte de aviones piratas eran ataques de tipo esporádico. Nunca se había llevado a cabo una operación que revistiera todas las características de una operación de carácter netamente militar.

En días recientes, semanas atrás, una embarcación pirata penetró en el puerto de Santiago de Cuba, cañoneó la refinería que está allí instalada y, al mismo tiempo, causó víctimas con sus disparos entre soldados y marinos, que estaban destacados a la entrada de la bahía.

Todo el mundo sabía que una operación de ese tipo, con embarcaciones de aquella naturaleza, no podía llevarse a cabo si no era con barcos facilitados por los norteamericanos y abastecidos por los norteamericanos, en algún lugar de la zona del Caribe.

Aquel hecho situaba a nuestro país en una situación especial: nos hacía vivir, en pleno siglo XX, como se vieron obligados a vivir los pueblos y las aldeas en este continente en los siglos XVI y XVII, como se vieron obligados a vivir las ciudades y los pueblos en la época de los piratas y de los filibusteros. Colocaba a nuestro país en una situación especial, en virtud de la cual nuestras fábricas, nuestros ciudadanos, nuestros pueblos, tenían que vivir a merced,

cuando no de un avión que quemara nuestros cañaverales, un avión que tratara de lanzar una bomba sobre nuestros centrales azucareros, o un avión que ocasionara víctimas en nuestra población, o de un barco que penetrara en nuestros puertos y cañoneara descaradamente, cosa que no había ocurrido nunca, cosa que no ha ocurrido nunca en lo que transcurre de este siglo en este continente.

Porque este continente sí había sabido lo que eran cañones navales; este continente sí había sabido lo que eran ciudades bombardeadas, y este continente sí había sabido lo que eran desembarcos de tropas extranjeras. Y lo había sabido en México, y lo había sabido en Nicaragua, y lo había sabido en Haití, y lo había sabido en Santo Domingo, y lo había sabido en Cuba, porque todos estos pueblos habían conocido lo que eran las flotas y los cañones de Estados Unidos y todos estos pueblos habían tenido oportunidad de saber lo que eran las intervenciones de la infantería de marina de Estados Unidos.

Lo que ningún pueblo de este continente había tenido oportunidad de conocer era ese tipo de hostigamiento por aire y por mar, era ese tipo de operaciones filibusteras por aire y por mar; lo que este continente no había tenido oportunidad de conocer —continente que había conocido intervenciones, continente que había conocido ejércitos mercenarios organizados por Estados Unidos—, lo que ningún pueblo de este continente había tenido oportunidad de conocer era esa acción sistemática por parte de los servicios secretos del Gobierno de Estados Unidos, esa acción sistemática de sabotaje y de destrucción por parte de un poderoso organismo que cuenta con todos los recursos económicos y con los medios más modernos de sabotaje y de destrucción; lo que nunca un pueblo de este continente había tenido que conocer era la lucha contra la Agencia Central de Inteligencia del Gobierno de Estados Unidos empeñada a toda costa, cumpliendo instrucciones de su gobierno, en entorpecer la marcha pacífica y esforzada de una nación, en destruir siste-

máticamente el fruto del trabajo de un pueblo, en destruir sistemáticamente los recursos económicos, los establecimientos comerciales, las industrias, y lo que es peor: vidas valiosas de obreros, de campesinos y de ciudadanos laboriosos y honestos de este país.

Ese tipo de lucha no lo había conocido ningún pueblo de América, ni incursiones de aviones piratas, ni incursiones de barcos piratas, ni sabotaje de carácter internacional organizado por un poderoso organismo que cuenta, como dije, con poderosísimos recursos económicos y técnicos para ello.

Nuestro país se había convertido quizás en el único país del mundo cuyos pueblos y ciudades podían ser hostigados por aviones piratas, cuyos puertos podían ser atacados por barcos piratas. Y que nosotros supiéramos, no existía ni existe en estos instantes un solo caso de un país que no esté en guerra con ningún otro país, que no esté enfrascado en una guerra civil, y que tenga que estar soportando ese tipo de ataque por parte de aviones y barcos piratas y, además, esa campaña sistemática de destrucción contra las riquezas y las vidas de los cubanos, que viene realizando ese cuerpo secreto del Gobierno de Estados Unidos.

Pero con todo eso, ninguno de los hechos anteriores había revestido, como en el caso de ayer, una agresión de carácter típicamente militar. No se trató del vuelo de un avión pirata, no se trató de la incursión de un barco pirata: se trató nada menos que de un ataque simultáneo en tres ciudades distintas del país, a la misma hora, en un amanecer; se trató de una operación con todas las reglas de las operaciones militares.

Tres ataques simultáneos al amanecer, a la misma hora, en la ciudad de La Habana, en San Antonio de los Baños y en Santiago de Cuba, tres puntos distantes unos de otros, y sobre todo, uno de ellos con respecto a los otros dos, llevados a cabo con aviones de bombardeo tipo B-26, con lanzamiento de bombas de alto poder destructivo, con lanzamiento de *rockets* y con

ametrallamiento sobre tres puntos distintos del territorio nacional. Se trató de una operación con todas las características y todas las reglas de una operación militar.

Fue, además, un ataque por sorpresa; fue un ataque similar a esos tipos de ataques con que los gobiernos vandálicos del nazismo y del fascismo acostumbraban a agredir a las naciones. Los términos de declaración de guerra no fueron términos que conocieran los gobiernos fascistas de Europa. Los ataques armados sobre los pueblos de Europa por las hordas hitlerianas fueron siempre ataques de este tipo: ataques sin previo aviso, ataques sin declaración de guerra, ataque artero, ataque traicionero, ataque por sorpresa. Y así fueron invadidos por sorpresa Polonia, Bélgica, Noruega, Francia, Holanda, Dinamarca, Yugoslavia y otros países de Europa. Y cuando en medio de aquella guerra, el Gobierno imperialista del Japón quiso entrar en ella, no medió declaración de guerra, no medió aviso previo. En la madrugada de un domingo —si mal no recuerdo—, el 7 o el 8 de diciembre de 1941, una mañana los barcos y los aviones japoneses atacaron en forma sorpresiva la base naval de Pearl Harbor, y destruyeron casi totalmente los barcos y los aviones de las fuerzas navales de Estados Unidos en el Pacífico. Todo el mundo recuerda aquella fecha, todo el mundo recuerda la ola de indignación que causó en el pueblo de Estados Unidos, todo el mundo recuerda la irritación que produjo en aquel país y la indignación que produjo en el resto del mundo aquel ataque, llevado a cabo en forma artera y sorpresiva. El pueblo de Estados Unidos se movilizó ante aquella agresión y el pueblo de Estados Unidos no quiso olvidar nunca aquella forma traicionera y cobarde con que sus barcos y sus aviones fueron atacados, en un amanecer del mes de diciembre de 1941.

Y aquel hecho quedó como símbolo de traición; aquel hecho ha perdurado en la historia de Estados Unidos como un hecho que quiso decir felonía, ruindad y cobardía. Pearl Harbor, le recuerda a Estados Unidos la traición; Pearl Harbor, le recuerda al pueblo de Estados Unidos la ruindad, la cobardía

y la felonía; Pearl Harbor, fue un hecho que la historia y la opinión de Estados Unidos anatematizan como hecho indigno, como hecho traicionero y como hecho cobarde.

En el día de ayer... no pretendemos con esto hacer comparaciones, porque cuando los japoneses luchaban contra los norteamericanos, era una pugna entre dos países imperialistas, era una pugna entre dos países capitalistas, era una pugna entre dos gobiernos explotadores, era una pugna entre dos gobiernos colonialistas, era una pugna entre dos gobiernos que intentaban dominar los mercados, las materias primas y la economía de una parte considerable del mundo.

Y la pugna existía entre esos dos gobiernos, si bien el imperialismo norteamericano no tenía en aquel tiempo las características agresivas del imperialismo japonés, si no era un imperialismo de las características guerreristas del imperialismo japonés; si bien en aquel entonces potencias imperialistas luchaban entre sí, y entre aquellos imperialismos el menos guerrerista y el menos agresivo era el imperialismo norteamericano en escala mundial —para América Latina siempre había sido un imperialismo agresivo y guerrerista, pero guerrerismo de potencia poderosa contra pueblos débiles, guerrerismo cobarde de nación grande y poderosa contra naciones pequeñas y desarmadas—, en el orden mundial el imperialismo norteamericano era menos agresivo y menos guerrerista que el imperialismo alemán, que el imperialismo italiano y que el imperialismo japonés. En este caso, no se trata de la lucha entre dos fuerzas explotadoras, en este caso no se trata de la pugna entre dos imperialismos.

Y si el ataque a Pearl Harbor fue un ataque condenable por la forma en que se produce, sorpresivamente y violando las normas más elementales y las tradiciones de las relaciones entre los pueblos, la pugna en este caso que nos envuelve a nosotros, es la pugna entre un gobierno imperialista y un gobierno revolucionario, es la pugna entre un imperialismo guerrerista y agresivo y una revolución social que destruye, precisamente,

todas las formas de explotación, no solo de explotación de un pueblo por otro, sino incluso la explotación de una parte del pueblo por otra parte del pueblo.

Nos diferenciamos de Estados Unidos en que Estados Unidos es un país que explota a otros pueblos, en que Estados Unidos es un país que se ha apoderado de una gran parte de los recursos naturales del mundo, y que hace trabajar en beneficio de su casta de millonarios a decenas y decenas de millones de trabajadores en todo el mundo. Y nosotros no somos un país que explotemos a otros pueblos; nosotros no somos un país que nos hayamos apoderado ni estemos luchando por apoderarnos de los recursos naturales de otros pueblos; nosotros no somos un país que estemos tratando de hacer trabajar a los obreros de otros pueblos para beneficio nuestro.

Nosotros somos todo lo contrario: un país que está luchando porque sus obreros no tengan que trabajar para la casta de millonarios norteamericanos (aplausos); nosotros constituimos un país que está luchando por rescatar nuestros recursos naturales y hemos rescatado nuestros recursos naturales de manos de la casta de millonarios norteamericanos.

Nosotros no somos un país en virtud de cuyo sistema una mayoría del pueblo, una mayoría de los obreros, de las masas del país constituidas por los obreros y los campesinos, estén trabajando para una minoría explotadora y privilegiada de millonarios; no constituimos un país en virtud de cuyo sistema, grandes masas de población estén discriminadas y preteridas, como están las masas negras en Estados Unidos; nosotros no constituimos un país en virtud de cuyo sistema, una parte minoritaria del pueblo viva parasitariamente, a costa del trabajo y del sudor de la masa mayoritaria del pueblo.

¡Nosotros, con nuestra Revolución, no solo estamos erradicando la explotación de una nación por otra nación, sino también la explotación de unos hombres por otros hombres! (Aplausos).

¡Sí! Nosotros hemos declarado en asamblea general histórica que se condena la explotación del hombre por el hombre (aplausos); ¡nosotros hemos condenado la explotación del hombre por el hombre, y nosotros erradicaremos en nuestra patria la explotación del hombre por el hombre! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Fidel!, ¡Fidel!»).

Nos diferenciamos de Estados Unidos en que allí un gobierno de castas privilegiadas y poderosas ha establecido un sistema, en virtud del cual esa casta explota al hombre dentro del propio Estados Unidos y esa casta explota al hombre fuera de Estados Unidos.

Estados Unidos constituye políticamente hoy un sistema de explotación de otras naciones por una nación, y un sistema de explotación del hombre por otros hombres.

Por eso, la pugna entre Japón y Estados Unidos era una pugna entre sistemas similares; la pugna entre Estados Unidos y Cuba es una pugna de principios distintos; es decir, es una pugna entre los que carecen de todo principio humano y los que hemos enarbolado la defensa de los principios humanos. (Aplausos y exclamaciones de: «¡Venceremos!»).

Es decir, que si el ataque a Pearl Harbor constituyó un crimen, fue un crimen entre imperialistas, fue un crimen entre explotadores, en que un gobierno explotador quiso aniquilar a otro sistema explotador, en que un imperialismo quiso aniquilar a otro imperialismo. El crimen de ayer, sin embargo, fue el crimen de los explotadores imperialistas contra un pueblo que quiere librarse de la explotación, contra un pueblo que quiere implantar la justicia, ¡fue un crimen entre los explotadores del hombre y los que quieren abolir la explotación del hombre! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Venceremos!»).

Si el ataque a Pearl Harbor, fue considerado por el pueblo de Estados Unidos como un crimen y como un acto traicionero y cobarde, nuestro pueblo tiene derecho a considerar el ataque imperialista de ayer como un hecho dos veces criminal, dos veces

artero, dos veces traicionero ¡y mil veces cobarde! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Cuba sí, yanquis no!»). Y si el pueblo de Estados Unidos se consideró con el derecho de enjuiciar al gobierno que preparó y perpetró aquel ataque como un gobierno de viles y de miserables, ¡nuestro pueblo tiene derecho a calificar de mil veces vil y miserable al gobierno que preparó ese ataque contra nuestro país! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Pim, pom, fuera, abajo Caimanera!»). Si el pueblo de Estados Unidos tuvo derecho a calificar de cobarde aquel ataque sorpresivo, es decir, aquel ataque por parte de un país poderoso a otro país poderoso, de un país que poseía muchos barcos y muchos aviones contra otro país que poseía muchos barcos y muchos aviones, ¡nosotros tenemos derecho a calificar de mil veces cobarde el ataque de un país que tiene muchos barcos y muchos aviones contra un país que tiene muy pocos barcos y muy pocos aviones! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Venceremos!»).

Con todo y eso, cuando los japoneses atacaron a Pearl Harbor, afrontaron la responsabilidad histórica de sus hechos. Cuando los japoneses atacaron a Pearl Harbor, no trataron de ocultar que fueron ellos los organizadores y los ejecutores de aquel ataque, afrontaron las consecuencias históricas y las consecuencias morales de sus hechos. Sin embargo, cuando en este caso el país poderoso y rico prepara la agresión sorpresiva y cobarde contra el país pequeño, el país que no tiene medios militares para responder a la agresión, ¡aunque sí para resistirla hasta la última gota de sangre!... (Aplausos y exclamaciones de: «¡Patria o Muerte!»).

Con toda seguridad que el Gobierno imperialista de Estados Unidos actúa así con nosotros, porque nosotros no somos un país poderoso; con toda seguridad que actúa así con nosotros, porque sabe que nosotros no podemos ripostarles como se merecen los hechos criminales y cobardes que ejecutan contra nosotros (aplausos); con toda seguridad que si nosotros fuésemos un país militarmente poderoso, ¡el Gobierno imperialista de Esta-

dos Unidos no se atrevería jamás a perpetrar semejantes hechos contra nosotros! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Asesinos!»).

Cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor, asumieron la responsabilidad, y estos señores no, estos señores preparan el ataque, organizan el ataque, entregan los aviones, entregan las bombas, entrenan a los mercenarios, les pagan a los mercenarios, ¡y realizan el ataque sin el valor de afrontar la responsabilidad histórica y moral de sus hechos! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Son cobardes!, ¡son cobardes!»).

El Gobierno imperialista de Japón actuó y no trató de ocultar la responsabilidad; en cambio, el presidente de Estados Unidos (exclamaciones de: «¡Fuera!»), es como la «gatica de María Ramos, que tira la piedra y esconde la mano». (Exclamaciones de: «¡Fuera!, ¡Fuera!»). ¡El presidente Kennedy, como la gatica de María Ramos, tira la piedra y esconde la mano! Esas son las palabras con que se puede resumir la política del Gobierno de Estados Unidos.

Sin embargo, ¡cómo sirven estos hechos para comprender!, ¡cómo sirven estos hechos para enseñarnos las realidades del mundo!, ¡cómo sirven estos hechos para educar a nuestro pueblo! Son caras las lecciones, son dolorosas las lecciones, son sangrientas las lecciones; pero, ¡cómo aprenden los pueblos con esos hechos!, ¡cómo aprende nuestro pueblo!, ¡cómo se educa y cómo se crece nuestro pueblo!

Por algo en estos instantes sabemos tantas cosas que otros pueblos ignoran; por algo somos en estos instantes uno de los pueblos que más ha aprendido, en menos tiempo, en la historia del mundo.

Y estos hechos de ayer nos van a enseñar, estos hechos dolorosos de ayer nos van a ilustrar, y nos van a mostrar, quizás con más claridad que ningún otro hecho de los ocurridos hasta hoy, lo que es el imperialismo.

Quizás ustedes tienen una idea de lo que es el imperialismo; ustedes quizás antes se preguntaron muchas veces qué era el imperialismo y qué significaba esa palabra.

¿Será que los imperialistas realmente significan algo tan malo? ¿Será que no hay mucha pasión en todas las acusaciones que se le hacen? ¿Será producto del sectarismo todas las cosas que hemos oído decir del imperialismo norteamericano? ¿Serán ciertas todas las cosas que se afirman del imperialismo norteamericano? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Serán todo lo desvergonzados que se afirma que son los imperialistas norteamericanos? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Serán todo lo canalla y malvados que se afirma que son los imperialistas norteamericanos? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Serán todo lo sanguinario, lo ruin y lo cobarde que se afirma que son los imperialistas norteamericanos? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿O será exageración? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿O será sectarismo? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿O será exceso de pasión? (Exclamaciones de: «¡No!»).

¿Pero será posible que los imperialistas hagan las cosas que se afirma que han hecho? ¿Será cierto todo cuanto se ha afirmado de sus hechos vandálicos en el orden internacional, de sus provocaciones? ¿Fueron ellos los que provocaron la guerra de Corea? (Exclamaciones de: «¡Sí!»).

¡Qué difícil era saber lo que pasaba en el mundo cuando a nuestro país no llegaban más noticias que las noticias norteamericanas! ¡Cuánto engaño inculcarían en nosotros y de cuántas mentiras nos harían víctima! Si alguno le quedara alguna duda, si alguno en este país de buena fe —y no hablo de la miserable gusanera, hablo de hombres y mujeres capaces de pensar honradamente, aunque no pensarán como nosotros—, si alguno le quedara alguna duda, si alguno creyera que quedara un ápice de honra en la política yanqui, si alguno creyera que quedara un ápice de moral en la política yanqui, si alguno creyera que quedara un átomo de vergüenza o de honradez o de justicia en la política yanqui, si alguno en este país, en este país afortunado que ha tenido la oportunidad de ver, en este país afortunado que ha tenido la oportunidad de aprender, aunque haya sido un aprendi-

zaje sangriento, pero un aprendizaje de libertad y un aprendizaje de dignidad. (Aplausos).

Si alguno en este país, que ha tenido el privilegio de ver convertirse a todo un pueblo, en un pueblo de héroes y en un pueblo de hombres dignos y valientes (aplausos); si alguno en este país, cuyo cúmulo de mérito, de heroísmo y de sacrificio crece por día, tuviese o albergase todavía alguna duda; si aquellos que no pensarán como nosotros creen que enarbolan o defienden una bandera honrada, creen que enarbolan o defienden una bandera justa, y por creer eso son proyanquis y son defensores del Gobierno de Estados Unidos; si alguno de buena fe quedara en nuestro país de esos, sirvan estos hechos que vamos a analizar para que no les quede ya ninguna duda.

En el día de ayer, como todo el mundo sabe, aviones de bombardeo divididos en tres grupos, a las seis en punto de la mañana penetraron en el territorio nacional procedentes del extranjero y atacaron tres puntos del territorio nacional; en cada uno de esos puntos los hombres se defendieron heroicamente, en cada uno de esos puntos corrió la sangre valerosa de los defensores (aplausos), en cada uno de esos puntos hubo miles y cuando no cientos y cientos de testigos de lo que allí ocurrió. Era, además, un hecho que se esperaba; era algo que todos los días se estaba esperando; era la culminación lógica de las quemas a los cañaverales, de los centenares de violaciones a nuestro espacio aéreo, de las incursiones aéreas piratas, de los ataques piratas a nuestras refinерías, por embarcación que penetró en una madrugada; era la consecuencia de lo que todo el mundo sabe; era la consecuencia de los planes de agresión que se vienen fraguando por Estados Unidos, en complicidad con gobiernos lacayos en América Central; era la consecuencia de las bases aéreas que todo el pueblo sabe y todo el mundo conoce, porque lo han publicado hasta los propios periódicos y agencias de noticias norteamericanas, y las propias agencias y los propios periódicos se han cansado de hablar de los ejércitos mercenarios que organizan, de los

campos de aviación que tienen preparados, de los aviones que les había entregado el Gobierno de Estados Unidos, de los instructores yanquis, de las bases aéreas establecidas en territorio guatemalteco.

Esto lo sabía todo el pueblo de Cuba, esto lo sabía todo el mundo. El ataque ocurre ayer en presencia de miles y miles de hombres, ¿y qué ustedes creen que han dicho los gobernantes yanquis frente a este hecho insólito? Porque ya no se trata de la explosión de *La Coubre*, que se realiza como acto de sabotaje taimado y oculto, ya se trataba de un ataque simultáneo a tres puntos del territorio nacional, con metralla, con bomba, con cohetes, con aviones de guerra, que todo el mundo vio. Se trataba de un hecho público, un hecho esperado, un hecho que, previa su realización, el mundo lo sabía.

Y para que quede una constancia histórica, para que nuestro pueblo aprenda de una vez y para siempre, y para que puedan aprender aquella parte de los pueblos de América a los que pueda llegar, aunque solo sea un rayo de luz de la verdad, le voy a explicar al pueblo, les voy a enseñar cómo proceden los imperialistas. (Aplausos).

¿Creen ustedes que el mundo iba a enterarse del ataque a Cuba, creen ustedes que el mundo iba a enterarse de lo ocurrido, creen ustedes o concibieron ustedes que fuese posible intentar apagar en el mundo el eco de las bombas y los *rockets* criminales que tiraron ayer en nuestra patria?, ¿qué eso se le habría ocurrido a alguien en el mundo?, ¿qué alguien pudiese tratar de engañar al mundo entero, tratar de ocultarle la verdad al mundo entero, tratar de estafar al mundo entero? Pues bien, en el día de ayer no solo atacaron nuestra tierra, en ataque artero y criminal preparado y que todo el mundo sabía, y con aviones yanquis, y con bombas yanquis, y con armas yanquis, y con mercenarios pagados por la Agencia Central de Inteligencia yanquis; no solamente hicieron eso, y no solamente destruyeron bienes nacionales, y no solamente destruyeron vidas de jóvenes, muchos de los cua-

les no habían cumplido todavía ni los veinte años (exclamaciones), sino que además, además, el Gobierno de Estados Unidos ha intentado en el día de ayer estafar al mundo. El Gobierno de Estados Unidos ha intentado en el día de ayer estafar al mundo de la manera más cínica y más desvergonzada que pudo concebirse jamás. (Aplausos).

Y aquí están las pruebas, aquí están las pruebas de cómo actúa el imperialismo, de toda la mecánica operativa del imperialismo, de cómo el imperialismo no solamente comete crímenes contra el mundo, sino que estafa al mundo. Pero, que estafa al mundo no solamente robándole su petróleo, sus minerales, el fruto de los trabajos de los pueblos, sino que estafa al mundo moralmente, endilgándole al mundo las mentiras y las cosas más truculentas que nadie pueda imaginarse.

Y aquí están las pruebas. Ante nuestro pueblo vamos a leer lo que el imperialismo le dijo al mundo, vamos a mostrar lo que el mundo supo en el día de ayer, lo que le dijeron al mundo y lo que tal vez les han hecho creer a decenas y a decenas de millones de seres humanos, lo que publicaron ayer miles y miles de periódicos, lo que pronunciaron ayer miles y miles de estaciones de radio o de televisión, de lo que pasó en Cuba, de lo cual supo el mundo o una gran parte del mundo, una parte considerable del mundo, a través de las agencias yanquis.

Cables de la UPI. (Abucheos): Miami, abril 15. Pilotos cubanos que escaparon de la fuerza aérea de Fidel Castro, aterrizaron en la Florida con bombarderos de la Segunda Guerra Mundial, tras haber volado instalaciones militares cubanas, para vengar la traición de un cobarde entre ellos.

Repito: «Miami, abril 15. UPI». Distribuido por todo el mundo, publicado por miles de periódicos, estaciones de radio y de televisión. «Pilotos cubanos». Pilotos cubanos, eso es lo que le han dicho al mundo, eso es lo que le han dicho al mundo después que organizaron los aeródromos en Guatemala, enviaron

los aviones, enviaron las bombas, enviaron la metralla y entrenaron a los mercenarios, y les dieron las órdenes a los mercenarios, lo cual todo el mundo lo sabía. Y esto es lo que le dicen al mundo, después que han violado cientos de veces el espacio aéreo, ante el hecho más escandaloso, ante el hecho más insólito, ante un hecho que por sí solo iba a constituir un escándalo mundial, ¿qué han hecho los gringos?, ¿qué ha hecho el gobierno gringo?

Miami, abril 15. UPI. Pilotos cubanos que escaparon de la fuerza aérea de Fidel Castro, aterrizaron hoy en Florida con bombarderos de la Segunda Guerra Mundial, tras haber volado instalaciones militares cubanas para vengar la traición de un cobarde entre ellos. Uno de los bombarderos B-26 de la fuerza aérea de Cuba aterrizó en el aeropuerto internacional de Miami, acribillado por el fuego de artillería antiaérea y de ametralladoras, y con solo uno de sus dos motores en funcionamiento. Otro descendió en la estación aérea de la marina en Cayo Hueso; un tercer bombardero aterrizó en otro país extranjero —no dice cuál—, distinto al que los tres aviones habían proyectado —escúchese—, habían proyectado originalmente dirigirse después del ataque, según fuentes cubanas locales competentes. Circulan versiones no confirmadas de que otro avión, otro aeroplano, se estrelló en el mar cerca de la isla Tortuga. (Aplausos). De todos modos, la marina de Estados Unidos investiga el caso. Los pilotos que pidieron no se divulgaran su identidad... (exclamaciones), descendieron de sus aviones vistiendo sus uniformes de maniobra, e inmediatamente solicitaron asilo en Estados Unidos. (Exclamaciones).

Edward Ahrens —vean—, Edward Ahrens, director del Servicio de Inmigración de Miami, declaró que las solicitudes están a consideración. El aviador con bigotes que descendió en Miami expresó a los funcionarios de inmigración que él y otros tres pilotos de la fuerza aérea cu-

baña tenían proyectado desde hacía meses escapar de la Cuba de Castro. Añadió que a causa de la traición de Galo fue que él y los otros dos resolvieron darle una lección con el bombardeo y ametrallamiento de las instalaciones de las bases aéreas en su camino hacia la libertad. Dijo que él había actuado sobre su propia base, la de San Antonio de los Baños, y que los otros pilotos atacaron otras. Este piloto se mostró dispuesto a conversar con los periodistas, pero inclinó la cabeza y se puso anteojos para el sol, cuando los fotógrafos intentaron tomarle vistas.

Explicó que —óigase bien qué tamaña mentira y qué cosa tan absurda—, explicó que él y los otros pilotos habían dejado familia en Cuba y temía represalia de Castro contra sus parientes.

Es decir, que afirman que se robaron los aviones, que desertaron y que no dicen sus nombres para que no sepan cómo se llaman los que se robaron los aviones y los que desertaron. Y eran pilotos de la fuerza aérea, dicen ellos. Es indiscutible que el americano que escribió esto estaba completamente borracho en la mañana de ayer. (Aplausos).

Miami, UPI. El piloto del bombardero que aterrizó en Miami explicó que era uno de los doce pilotos de B-26 que continuaron en la fuerza aérea de Cuba, después de la desertión de Díaz Lanz y de las expurgaciones que siguieron. Díaz Lanz era el jefe de la fuerza aérea de Castro, pero desertó a comienzos de 1959, poco después de haber asumido este el gobierno. Añadió que él tenía hoy la misión de efectuar una patrulla de rutina en la zona de su base y que los otros dos pilotos estacionados en Campo Libertad, en las afueras, despegaron con excusas; uno de ellos debía efectuar hoy un vuelo a Santiago de Cuba y el otro dijo que quería verificar su altímetro. Él estaba en el aire cinco minutos después de las seis de la mañana. Mis

camaradas —añadió—, despegaron más temprano para atacar los aeródromos que habíamos dispuesto castigar. Luego, y debido a que se me acababa el combustible, tuve que tomar rumbo a Miami, porque no estaba en condiciones de llegar a nuestro destino convenido. Es posible que los otros fueran a ametrallar otro campo antes de alejarse, tal vez la playa de Baracoa, donde Fidel tiene su helicóptero. El aviador no reveló cuál era el destino convenido.

Cables de la AP (exclamaciones): Miami, 15. AP —lo que le han dicho al mundo.

Miami 15, AP. Tres pilotos cubanos de bombarderos, temiendo ser traicionados en sus planes para escapar del gobierno de Fidel Castro, huyeron hoy a Estados Unidos después de ametrallar y bombardear los aeropuertos en Santiago y La Habana.

Uno de los dos bombarderos bimotores, de la época de la Segunda Guerra Mundial, aterrizó en el aeropuerto internacional de Miami, con un teniente en los controles del avión. Refirió la forma en que él y otros tres de los doce pilotos de aviones B-26, que son los que quedan en la fuerza aérea cubana, proyectaron durante meses huir de Cuba.

El otro avión, con dos hombres a bordo, aterrizó en la estación aeronaval de Cayo Hueso. Los nombres de los pilotos fueron mantenidos en reserva. Las autoridades de inmigración pusieron en custodia a los cubanos y confiscaron los aviones.

Aproximadamente cien cubanos refugiados, congregados en el aeropuerto vivaron y aplaudieron cuando el piloto fue llevado hasta la oficina de la aduana y luego transportado hacia un lugar que no se dio a conocer.

Veán esto: «Edgard Ahrens, director distrital del Servicio de Inmigración de Estados Unidos, dio a la publicidad —dio a la

publicidad el director de inmigración de Miami— la siguiente declaración formulada por el piloto de la fuerza aérea cubana», es decir que no solamente afirman que es cubano, tienen el descaro de afirmar que no dan su nombre y no dan su nombre, para que no sepan quiénes son. No solamente pretender hacer que ocultan el nombre de un señor que acabase de cometer un delito, sino que además el director de inmigración da a la publicidad las declaraciones. Y vean ustedes a qué grado de cinismo llega, vean ustedes hasta qué punto son desvergonzados los funcionarios y dirigentes del imperialismo; vean ustedes cómo llegan a inventar hasta en detalles una leyenda truculenta que no la cree... ni el gato, creo (aplausos); que no la cree ni la gatica de María Ramos. Dice el piloto, vean la historia que entrega a la publicidad, para revestir toda la noticia con detalles, para hacer el truco completo, con todos los detalles, vean la historia que inventan:

Soy uno de los doce pilotos de aviones B-26 que permanecí en la fuerza aérea de Castro después de la desertión de Díaz Lanz, exjefe de la fuerza aérea cubana, y de las purgas que siguieron. Tres de mis compañeros pilotos y yo habíamos proyectado, durante meses, la forma de poder escapar de la Cuba de Castro. Antier me enteré de que uno de los tres, el teniente Álvaro Galo —hasta un nombre, toman el nombre de uno de los aviadores de las FAR, ponen un nombre; ¡a qué extremo llegan de cinismo y de desfachatez!—, antier me enteré de que uno de los tres, el teniente Álvaro Galo, quien es piloto de avión B-26, número FAR-915 —resulta que el piloto, precisamente, está en Santiago, da la casualidad que está destacado en Santiago—, había estado conversando con un agente de Ramiro Valdés, el jefe del G-2. Alerté a los otros dos y decidimos entonces que probablemente Álvaro Galo, quien siempre había actuado algo así como un cobarde, nos había traicionado. Decidimos entonces tomar una acción inmediata. Ayer por la mañana me destacaron a la

patrulla de rutina desde mi base, San Antonio de los Baños, sobre una sección de Pinar del Río y alrededor de Isla de Pinos. Les avisé a mis amigos en el Campo Libertad, y ellos estuvieron de acuerdo en que debíamos actuar. Uno de ellos debía volar hacia Santiago; el otro presentó como excusa que deseaba revisar su altímetro; ellos iban a despegar del Campo Libertad a las seis —en el Campo Libertad no había ningún avión B-26, había aviones con desperfectos. Yo estuve en el aire a las seis y cinco; debido a la traición de Álvaro Galo, habíamos convenido en darle una lección, de modo que volé de regreso a San Antonio, donde su avión está estacionado e hice dos pases de acribillamiento sobre su avión, y sobre tres más estacionados cerca. Al retirarme fui tocado por fuego de armas cortas y entonces adopté una acción evasiva. Mis camaradas ya habían salido con anterioridad para atacar campos aéreos que habíamos convenido que deberían atacarse. Luego, debido a estar bajo de gasolina, tuve que entrar a Miami, debido a que no podía llegar a nuestro destino, que ya habíamos convenido. Puede ser que ellos se hayan dirigido a ametrallar otros campos antes de retirarse, tales como la playa de Baracoa, donde Fidel guarda su helicóptero.

Es decir, que esto es lo que le han dicho al mundo. No solamente la UPI y la AP dan al mundo la noticia de que «aviones cubanos», «que se fueron con los aviones y bombardearon», sino que además distribuyen por el mundo, esta historieta, ¿y qué creen ustedes que decenas de millones de personas han leído y han oído ayer en el mundo, publicado por miles y miles de periódicos distintos, estaciones de radio y televisión?, ¿qué ustedes creen que han dicho en Europa, en muchos sitios de América Latina, en muchas partes del mundo?

No solamente han afirmado semejante cosa, sino que han hecho toda una historia completa, con detalles y nombres, de

cómo fraguaron todo. No, en Hollywood nunca habían llegado a tanto, señores.

Bien, eso es lo que declara la UPI, es lo que declara la AP, y es lo que declaran los mercenarios, es la declaración que entrega el director de Inmigración, mientras dice que no dicen el nombre para que no sean descubiertos, después de afirmar que se acaban de llevar el avión.

¿Termina eso ahí? No, eso no termina ahí, sigue la cadena. Ahora, declaraciones de Miró Cardona... (exclamaciones y abucheos), pero antes de leer las declaraciones de Miró Cardona, voy a poner, por ejemplo, cable publicado en México, lo que da la AP de México; es decir, como prueba de lo que dan en todo el mundo, lo que han publicado la mayor parte de los periódicos, los periódicos de la reacción en México, para que ustedes vean cómo trabaja todo el aparato de la mentira y de la estafa internacional:

México D.F., 15. AP. El bombardeo de bases cubanas por aviones cubanos desertores, fue acogido aquí con muestras de agrado por la mayor parte de los diarios, que se unieron con los grupos de cubanos exilados para decir que el bombardeo era el comienzo de un movimiento de liberación del comunismo. El gobierno guardó silencio, en tanto que grupos de estudiantes izquierdistas y comunistas apoyaron la declaración del embajador cubano, José Antonio Portuondo, de que los ataques aéreos fueron ataques cobardes y desesperados de los imperialistas. Entre los cubanos exilados se notaba gran actividad. Una fuente cubana comentó que el nuevo gobierno cubano en el exilio se trasladará a Cuba a poco de la primera ola de invasión contra el régimen cubano de Fidel Castro, para establecer un gobierno provisional, que se espera sea reconocido rápidamente por muchos países latinoamericanos anticastro. Amado Hernández Valdés, del Frente Revolucionario Democrático Cubano aquí, dijo que el momento de la liberación se acerca; declaró que fueron cuatro las bases

cubanas atacadas por los tres aviones cubanos que desertaron: Campo Libertad, cerca de La Habana; San Antonio de los Baños; Centro Aéreo de Santiago y Guanito, Pinar del Río.

Eso es lo que publican desde México; por el estilo en todas las capitales del mundo, del mundo imperialista o explotado por el imperialismo.

Declaraciones de Miró Cardona, para que vayan quedando al desnudo, qué clase de sujetos y qué clase de gusanos son estos señores, para que ustedes vean qué clase de elementos son estos parásitos.

Ambas agencias dan a la publicidad la siguiente noticia:

Una declaración entregada por el doctor Miró Cardona — esto es de AP y de UPI—: un heroico golpe en favor de la libertad cubana fue asestado esta mañana por cierto número de oficiales de la fuerza aérea cubana. Antes de volar con sus aviones a la libertad, estos verdaderos revolucionarios trataron de destruir el mayor número posible de aviones militares de Castro. El consejo revolucionario se enorgullece de anunciar que sus planes fueron realizados con éxito, y que el consejo ha tenido contacto con ellos y ha estimulado a esos valientes pilotos. Su acción es otro ejemplo de la desesperación que a los patriotas de todas las capas sociales pueden ser arrastradas bajo la implacable tiranía de Castro. Mientras Castro y sus partidarios tratan de convencer al mundo —oigan bien—, mientras Castro y sus partidarios tratan de convencer al mundo de que Cuba ha sido amenazada de invasión desde el extranjero, este golpe en favor de la libertad, como otros anteriores, fue asestado por cubanos residentes en Cuba, que se decidieron a luchar contra la tiranía y la opresión o morir en el intento. Por razones de seguridad no se darán a conocer más detalles.

Miró Cardona era precisamente el jefe del gobierno provisional que Estados Unidos envía junto a un avión con las maletas listas para aterrizar en Playa Girón, tan pronto la cabeza de playa estuviese asegurada.

Fíjense cómo trabaja el imperialismo, con qué falta de respeto para el mundo. Todo el mundo sabía que tenían los aviones allí, que tenían incluso pintadas banderas cubanas y las insignias cubanas en los aviones; se ha publicado un sinnúmero de veces; cómo estos señores, todo en cadena, van fraguando las mentiras más monstruosas y más cínicas y más desfachatadas que se les puede ocurrir a nadie.

Pero, ahora bien, no termina ahí; ahora vamos a acabar de desenmascarar a ese farsante que tiene el imperialismo allí en la ONU, y que posó de hombre ilustre, liberal, de izquierda, etcétera, etcétera, el señor Adlai Stevenson, que es otro perfecto descarado. Sigue la estafa, es decir que sigue la estafa al mundo: ya la UPI, la AP, han regado la historieta, miles de periódicos reaccionarios... y ellos mismos lo publican, que los principales periódicos acogieron con agrado la noticia de la deserción de esos pilotos.

El cúmulo de mentiras no era todavía suficiente. Llega el señor delegado de la gatica de María Ramos en la ONU.

El embajador norteamericano Adlai Stevenson rechazó las afirmaciones de Roa y reiteró la declaración del presidente John F. Kennedy de que bajo ninguna circunstancia —repito—, en ninguna circunstancia habrá intervención de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Cuba. Stevenson mostró a la comisión fotografías de United Press International, que muestran dos aviones que aterrizaron hoy en Florida, después de haber participado en la incursión contra tres ciudades cubanas.

Entonces dice Stevenson:

Tiene la marca de la fuerza aérea de Castro en su cola —expresó, señalando una de ellas—; tiene la estrella y las

iniciales cubanas; son claramente visibles. Con gusto exhibiré esta foto.

Stevenson, añadió que:

(...) los dos aviones en cuestión estaban piloteados por oficiales de la fuerza aérea cubana, y tripulados por hombres que desertaron del régimen de Castro. Ningún personal de Estados Unidos participó en el incidente de hoy, y no fueron de Estados Unidos los aeroplanos —re-calcó—, fueron aviones del propio Castro que despegaron de sus propios campos.

(...) El ministro cubano dijo que «las incursiones de esta madrugada indudablemente son el prólogo de una tentativa de invasión en gran escala, organizada, abastecida y financiada por Washington. El Gobierno de Cuba —dijo Roa— acusa solemnemente al Gobierno de Estados Unidos ante esta comisión y ante la opinión pública del mundo de intentar emplear la fuerza para zanjar sus diferencias con los estados miembros».

Aquí tenemos, como pocas veces ha tenido ningún pueblo la oportunidad de conocer por dentro y por fuera, y por los costados, y por abajo, y por arriba, qué es el imperialismo; aquí tenemos la oportunidad de apreciar cómo funciona todo su aparato financiero, publicitario, político, mercenario, cuerpos secretos, funcionarios, que con tanta tranquilidad, que de manera tan inaudita estafan al mundo. Ahora, imagínense: ¿De qué manera nosotros hemos podido saber lo que ha estado pasando en el mundo?, ¿de qué manera hemos podido saber lo que ha estado pasando en el mundo, si esta es la versión y la explicación que le han hecho creer quién sabe a cuántas personas en el mundo?

Es decir que organizan el ataque, preparan el ataque, entrenan a los mercenarios, les entregan aviones, les entregan bombas, preparan los aeropuertos, lo sabe todo el mundo, ocurre el

ataque, y afirman, tranquilamente, ante el mundo —¡un mundo que saben que se levantaría indignado ante una violación tan monstruosa, tan cobarde, tan violadora de los derechos de los pueblos, tan violadora de la paz! (Aplausos).

Y estos miserables imperialistas gringos, después de sembrar el luto en más de media docena de hogares, después de asesinar a un puñado de jóvenes, que no eran millonarios parasitarios, ¡porque esos que hemos venido a enterrar ahí no son millonarios parasitarios, no son mercenarios vendidos al oro de ningún extranjero, no son ladrones, son hijos entrañables de nuestro pueblo! (aplausos prolongados); jóvenes obreros, hijos de familias humildes, que no le roban a nadie, que no explotan a nadie, que no viven del sudor ni del trabajo de nadie, y que tienen derecho a la vida más que los millonarios, ¡y que tienen derecho a la vida, más que los parásitos!, ¡y que tienen derecho a la vida, más que los gusanos! (Aplausos). Porque no viven del trabajo de los demás, como los millonarios yanquis; no viven del oro extranjero, como los mercenarios, gusanos vendidos al imperialismo (exclamaciones de: «¡Fuera!»); no viven del vicio, no viven del robo; y tienen derecho a que se respete su vida, ¡y ningún miserable millonario imperialista tiene derecho a mandar aviones, ni bombas, ni cohetes, para destruir esas vidas jóvenes y queridas de la patria! (Aplausos).

Y los que estén de acuerdo con semejante crimen, los que estén de acuerdo con semejante salvajada, los que se venden miserablemente y apoyan las actividades de esos criminales, los que conspiran contra la patria, en la calle, en las iglesias, en las escuelas, en dondequiera, ¡merecen que la Revolución los trate como se merecen! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Paredón!, ¡Paredón!»).

Estos son los crímenes del imperialismo, estas son las mentiras del imperialismo, ¡y después vienen los arzobispos a bendecir la mentira! (exclamaciones de: «¡Fuera!»), ¡después vienen los clérigos reaccionarios a santificar las mentiras!

El imperialismo proyecta el crimen, organiza el crimen, arma a los criminales, entrena a los criminales, paga a los criminales, vienen los criminales y asesinan a siete hijos de obreros, aterrizan tranquilamente en Estados Unidos y, aun cuando el mundo entero sabía sus andanzas, declaran entonces que eran pilotos cubanos, preparan la historieta truculenta y novelesca, la riegan por todo el mundo, la publican en todos los periódicos, estaciones de radio y televisión de la reacción y de la gusanera reaccionaria del mundo, y después vienen los arzobispos, bendicen y santifican la mentira (abucheos y exclamaciones de: «¡Fuera!»), y así se asocia en el crimen, se asocia en el crimen y en la mentira, ¡toda la catterva de mercenarios, explotadores y farsantes que hay en el mundo! (Aplausos).

¿Queda algún cubano honesto que no comprenda?, ¿queda algún cubano honesto que lo dude? Si queda un cubano honesto que lo dude, si esto no fuese suficiente, pero que comprendiendo este modo de proceder fuese capaz de comprender, ahí están nuestras bases, ahí están San Antonio, las FAR y Santiago de Cuba. Que vayan allí, que vayan allí y comprueben por sí mismo, si hay una sola verdad en lo que han dicho; que comprueben allí cómo reaccionarios, imperialistas y clero farsante engañan y estafan al mundo; cómo engañan y estafan a los pueblos y cómo es hora de que los pueblos se sacudan de la explotación, del engaño y de la estafa de los imperialistas y de cuanto farsante hay en el mundo, ¡cueste lo que cueste, zafarse de ese yugo! (Aplausos prolongados).

Pero, ahora bien, ¿es posible estafar al mundo de esa manera? Yo concibo que el señor presidente de Estados Unidos tenga aunque sea un átomo de pudor, y si el señor presidente de Estados Unidos tiene un átomo de pudor, el Gobierno Revolucionario de Cuba lo emplaza ante el mundo, el Gobierno Revolucionario de Cuba lo emplaza ante el mundo si tiene un átomo de pudor, ¡a que presente ante las Naciones Unidas los

pilotos y los aviones que dice que salieron del territorio nacional! (Aplausos prolongados).

Y Cuba demandará ante las Naciones Unidas que sean presentados allí los aviones y los pilotos que dicen desertaron de la fuerza aérea; ¡y vamos a ver si se pueden seguir tapando la cara!

Y, si no los presentan, ¿por qué no los presentan? Naturalmente, que el señor presidente de Estados Unidos tendría derecho a que no lo llamaran mentiroso. Bien, ¿quiere el señor presidente de Estados Unidos que nadie tenga derecho a llamarlo mentiroso?, ¡presente ante las Naciones Unidas los dos pilotos y los aviones que dice! (Aplausos).

¡Ah!, si el presidente de Estados Unidos no presenta ante las Naciones Unidas esos pilotos, para demostrar —¡y cómo lo van a poder demostrar!— que esos señores pilotos estaban aquí y desertaron de aquí, entonces no solo el Gobierno Revolucionario cubano, sino todo el mundo, tendrá derecho a llamarlo ¡mentiroso! (aplausos); todo el mundo, no solamente el Gobierno de Cuba sino todos los pueblos del mundo tendrán derecho a proclamar que el Gobierno de Estados Unidos ¡no tiene derecho al menor prestigio ni al menor respeto en el mundo! (Aplausos).

Cuando el avión U-2, espía sobre la Unión Soviética, fue derribado, la primera declaración del Gobierno de Estados Unidos fue que un avión se había desviado de su ruta y había sido derribado. Pero, a los pocos días, después que se habían lanzado de lleno en la mentira, se quedaron en el aire, porque dio la casualidad que el piloto estaba vivo, hablando como una cotorra, contando hasta el último detalle, y Estados Unidos se vio desnudado ante el mundo y tuvo entonces que confesar que el avión U-2 era norteamericano, que estaba espionando y que lo habían mandado.

Pues bien, el Gobierno imperialista de Estados Unidos no le quedará más remedio que confesar que los aviones eran suyos, que las bombas eran suyas, que las balas eran suyas, que los mercenarios fueron organizados, entrenados y pagados por

él, que las bases estaban en Guatemala, y que de allí partieron a atacar nuestro territorio, y que los que no fueron derribados, fueron allí a salvarse en las costas de Estados Unidos donde han recibido albergue. (Aplausos).

Porque, ¿cómo puede el Gobierno de Estados Unidos mantener esa mentira? Y yo le pido a la UPI y a la AP que tengan la amabilidad de decirle al señor Kennedy, que nosotros decimos que si no presenta ante las Naciones Unidas a esos dos pilotos, entonces nosotros decimos con todo derecho, que él es un señor mentiroso; y si él no es un señor mentiroso, entonces, ¿por qué no presenta a los pilotos?

¿Y creen acaso que van a poder ocultar ante el mundo...? No. Ya Cuba tiene una planta de radio que hoy se está ya transmitiendo a toda la América Latina (aplausos), y esto lo están oyendo innumerables hermanos de América Latina y en todo el mundo.

¡No! Por cierto, es que no estamos en la época de la diligencia, estamos en la época del radio, y las verdades de un país se pueden llevar muy lejos. Pero, además de eso, por si se han olvidado señores imperialistas, estamos en la época de los viajes cósmicos (aplausos), aunque ese tipo de viaje no sea un viaje para yanquis.

Y he aquí, señores, que cuando todavía no se ha apagado el eco de la admiración suscitada en el mundo entero hacia la Unión Soviética (aplausos), por la precisión, la técnica elevada y el éxito que para la humanidad significa la hazaña científica que acaban de realizar, cuando todavía no se ha apagado el eco de esa admiración en el mundo, al lado de la hazaña de la Unión Soviética presenta el gobierno yanqui su hazaña: la hazaña de bombardear las instalaciones de un país que no tiene aviación, ni tiene barcos ni fuerza militar con qué ripostar el ataque.

Es decir, comparemos, y pedimos al mundo que compare la hazaña soviética y la hazaña imperialista; entre el júbilo, el aliento y la esperanza que ha significado para la humanidad la

hazaña soviética, y la vergüenza, el asco y la repugnancia que ha significado la hazaña yanqui; ante la hazaña científica que permite llevar un hombre al espacio y regresar con toda seguridad, y la hazaña yanqui que arma mercenarios y los paga para que vengán a asesinar jóvenes de dieciséis y diecisiete años en ataque sorpresivo, artero y traicionero en todos los órdenes, contra un país al que no le pueden perdonar su vergüenza, su dignidad, su valor. Porque lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba. (Aplausos).

Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos ahí en sus narices ¡y que hayamos hecho una Revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos! (Aplausos y exclamaciones de: «¡Pa'lante y pa'lante, y al que no le guste que tome purgante!»).

¡Y que esa Revolución socialista la defendemos con esos fusiles! (aplausos); ¡y que esa Revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros antiaéreos acribillaron a balazos a los aviones agresores! (aplausos y exclamaciones de: «¡Venceremos!»; «¡Fidel, Jruschov, estamos con los dos!»; y otras consignas revolucionarias).

Y esa Revolución, esa Revolución, esa Revolución no la defendemos con mercenarios; esa Revolución la defendemos con los hombres y las mujeres del pueblo.

¿Quiénes tienen las armas? ¿Acaso las armas las tiene el mercenario? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Acaso las armas las tiene el millonario? (Exclamaciones de: «¡No!»). Porque mercenario y millonario son la misma cosa. ¿Acaso las armas las tienen los hijitos de los ricos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Acaso las armas las tienen los mayores? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Quién tiene las armas? (Exclamaciones). ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? (Exclamaciones). ¿Son

manos de señoritos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Son manos de ricos? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Son manos de explotadores? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Qué manos son esas que levantan esas armas? (Exclamaciones). ¿No son manos obreras? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos campesinas? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos endurecidas por el trabajo? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos creadoras? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿No son manos humildes del pueblo? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Y cuál es la mayoría del pueblo?, ¿los millonarios o los obreros?, ¿los explotadores o los explotados?, ¿los privilegiados o los humildes? (Exclamaciones). ¿No tienen las armas los privilegiados? (Exclamaciones de: «¡No!»). ¿Las tienen los humildes? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Son minoría los privilegiados? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Son mayoría los humildes? (Exclamaciones de: «¡Sí!»). ¿Es democrática una revolución en que los humildes tienen, las armas? (Aplausos y Exclamaciones de: «¡Sí!» y «¡Fidel!, ¡Fidel!», y diferentes consignas revolucionarias).

Compañeros obreros y campesinos, esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. (Aplausos). Y por esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida. (Exclamaciones).

Obreros y campesinos, hombres y mujeres humildes de la patria ¿juran defender hasta la última gota de sangre esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes? (Exclamaciones de: «¡Sí!»).

Compañeros obreros y campesinos de la patria, el ataque de ayer fue el preludio de la agresión de los mercenarios, el ataque de ayer que costó siete vidas heroicas, tuvo el propósito de destruir nuestros aviones en tierra, mas fracasaron, solo destruyeron tres aviones, y el grueso de los aviones enemigos fue averiado o abatido. (Aplausos). Aquí, frente a la tumba de los compañeros caídos; aquí, junto a los restos de los jóvenes he-

roicos, hijos de obreros e hijos de familias humildes, reafirmemos nuestra decisión, de que al igual que ellos pusieron su pecho a las balas, al igual que ellos dieron su vida, vengan cuando vengan los mercenarios, todos nosotros, orgullosos de nuestra Revolución, orgullosos de defender esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, no vacilaremos frente a quienes sean, en defenderla hasta nuestra última gota de sangre. (Aplausos).

¡Viva la clase obrera! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Vivan los campesinos! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Vivan los humildes! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Vivan los mártires de la patria! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Vivan eternamente los héroes de la patria! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Viva la Revolución socialista! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Viva Cuba libre! (Exclamaciones de: «¡Viva!»).

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos! (Ovación).

Al combate... Vamos a cantar el Himno Nacional, compañeros. (Los presentes entonan el Himno Nacional).

Compañeros, todas las unidades deben dirigirse hacia la sede de sus respectivos batallones, en vista de la movilización ordenada para mantener el país en estado de alerta ante la inminencia que se deduce de todos los hechos de las últimas semanas y del cobarde ataque de ayer, de la agresión de los mercenarios. Marchemos a las Casas de los Milicianos, formemos los batallones y dispongámonos a salirle al frente al enemigo, con el Himno Nacional, con las estrofas del himno patriótico, con el grito de «al combate», con la convicción de que «morir por la patria es vivir» y que «en cadenas vivir, es vivir en afrenta y oprobio sumido».

Marchemos a nuestros respectivos batallones y allí esperen órdenes, compañeros. (Aplausos).



Acto central por el 35 aniversario de la victoria de Playa Girón, efectuado en Matanzas

16 DE ABRIL DE 1996,
AÑO DEL CENTENARIO DE LA CAÍDA EN COMBATE
DE ANTONIO MACEO

Queridos compatriotas:

Después de una tarde de tantos recuerdos y de tantas emociones, de tantas cosas bellas como hemos visto, de tantas palabras maravillosas, es difícil hablar aquí hoy; pero resultaba imprescindible que nos reuniéramos, porque un día como este no podía pasar olvidado.

Muchas cosas se conmemoran esta tarde, y muchas cosas importantes; pero, en primer lugar, debemos recordar que un día como hoy, una tarde como esta, se proclamó el carácter socialista de la Revolución. (Aplausos). Esa fue, pudiéramos decir, la primera gran salva de artillería en respuesta a la agresión.

Esta tarde recordamos con infinito dolor cómo dimos sepultura a los compañeros caídos en el repugnante y cobarde bombardeo del día 15, bombardeo que fue llevado a cabo con aviones pintados con insignias de nuestra fuerza aérea, para confundir, para engañar, para sorprender.

Recordamos el amanecer de aquel día, pues habíamos pasado en vela la noche, ya que un barco se acercaba por la zona oriental y los compañeros de aquella región estaban en estado de alerta,

sobre todo, por la zona entre Maisí y Baracoa, cuando vimos pasar rasantes por encima del Puesto de Mando, una casa en Nuevo Vedado, los aviones que iban a bombardear Ciudad Libertad. Casi inmediatamente dispararon; pero recuerdo también, que no habían pasado ni veinte segundos, cuando la artillería anti-aérea nuestra respondió enérgicamente al fuego, a pesar de que eran milicianos jóvenes, sin experiencia, sin mucha práctica en el uso de aquellas armas, y uno de aquellos aviones —ya deliberadamente planificado por el enemigo— marchó rumbo a Miami, aterrizó allí y dijo que era un avión desertor de la fuerza aérea cubana, que la aviación revolucionaria se había sublevado.

No eran aviones yanquis con insignias cubanas, sino aviones sublevados. Esa misma mentira infame la proclamaron en las Naciones Unidas y de tal modo, que ni siquiera al representante de ese país en Naciones Unidas le dijeron la verdad de lo que había ocurrido, era una persona conocida por actitudes relativamente decentes y quizás temieron que no pudieran contar con él para decir la verdad.

Así es todo lo que hacen y así son las cosas que han hecho a lo largo de la historia en cada una de sus guerras agresivas.

Eran días difíciles aquellos de Girón, sabíamos que el imperialismo no perdonaría a la Revolución que estábamos haciendo.

¿Qué revolución era? Era una revolución de justicia. Todas esas leyes que aquí se mencionaron y que mencionó Fernández [José Ramón Fernández Álvarez, *El Gallego Fernández*], eran simplemente leyes de justicia en un país avasallado, explotado, humillado; donde los campesinos carecían de tierra, donde las compañías norteamericanas eran las poderosas dueñas de las mejores tierras del país; donde se robaba constantemente; donde se mataba, se torturaba, se asesinaba; donde el número de analfabetos era enorme; donde casi sesenta niños de cada mil nacidos vivos morían todos los años; donde no había escuelas; donde se encontraban diez mil maestros sin empleo. Una colonia donde residía un pueblo valiente, heroico, que había luchado

mucho tiempo para que el gran vecino no se apoderase de él, y donde, porque se hicieron leyes de reforma agraria, leyes de reforma urbana, y porque, en resumen, se empezó a aplicar la justicia social, decidieron de inmediato, liquidar a la Revolución. Pero, primero creían que la liquidaban quitándole la cuota azucarera o que la liquidaban quitándole los suministros de petróleo; es decir, no vendiendo o no permitiendo que se vendiese petróleo a Cuba y otra serie de medidas similares, frente a cada una de las cuales la Revolución buscó fórmulas para luchar y sobrevivir.

Aquello no lo iban a perdonar como ejemplo para los pueblos de América Latina que estaban en similares condiciones que nosotros; pero creían, además, con desprecio, que podrían aplastarnos. No se dieron cuenta de que era una revolución diferente, de que era una revolución popular, una revolución del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, que derrocó a uno de los ejércitos mejor organizados y mejor entrenados que tenían aquí en el hemisferio.

No comprendieron eso, e inmediatamente se dieron a la tarea de organizar grupos subversivos. Apoyándose en los terratenientes, los esbirros y demás afectados por la Revolución, llegaron a organizar hasta trescientos grupos, suministrarles armas, recursos, dinero, aliento político, apoyo de todo tipo; empezaron a realizar sabotajes a lo largo y ancho del territorio nacional, aparte del bloqueo económico, para tratar de matarnos de hambre.

En aquellos tiempos existía el campo socialista, existía la URSS. Todos sabemos lo que pasó después, pero a pesar de eso, como prueba de lo que significaba el sentimiento de solidaridad y el internacionalismo, nos apoyaron, nos ayudaron, y aunque estemos en desacuerdo con la inmensa mayoría si no con todo lo que hicieron después, nos sentimos agradecidos con lo que hicieron en aquel momento por nosotros. (Aplausos). Fue de gran importancia.

Nosotros no queríamos mezclar la situación internacional y la Guerra Fría con nuestra Revolución, pero no estábamos dispuestos a renunciar a la Revolución.

Nuestras primeras armas no las compramos en el campo socialista, nos fuimos a países occidentales a comprar armas. En algunos lugares compramos fusiles, lanzagranadas, parque, fusiles que eran modernos, automáticos, algunas decenas de miles; compramos también en un país de Europa cañones, municiones. ¿Y qué ocurrió? Cuando el segundo barco estaba desembarcando, sabotado desde el exterior, explotó, y explotó dos veces, porque estaba preparado para que explotara por lo menos dos veces, y mató en cuestión de segundos a más de cien trabajadores y soldados que estaban descargando aquel barco. Mientras estaban preparando los planes de agresión contra Cuba, nos querían prohibir o impedir la adquisición de armas

Nosotros con los soviéticos no teníamos ni relaciones, no existían relaciones diplomáticas, pero estábamos decididos a defendernos, estábamos decididos a luchar, y así fue como se adquirieron las primeras armas de origen socialista; bueno, eran de distintos orígenes: algunas eran checas, otras eran armas ocupadas a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial y otras eran armas soviéticas que llegaron a través de Checoslovaquia.

En poco tiempo, realmente, llegó a Cuba una gran cantidad de armas. Posiblemente a nuestro país hayan traído armas miles de barcos y nunca más explotó un barco. Nosotros hicimos todas las pruebas posibles, incluso lanzamos desde miles de metros cajas de municiones, cajas de granadas y no explotó una sola caja, no explotó un solo proyectil. Aquello no podía haber sido un accidente.

Llegaron armas, pero no teníamos al pueblo preparado para el empleo de aquellas armas. Habíamos aprendido a manejar un poco de cañones y de tanques de los que habían quedado en Cuba al triunfo de la Revolución, y así empezamos a armarnos, pero había que organizar a los cuadros. Por eso, la importancia

de lo que explicaba Fernández, que había que preparar miles de cuadros en cuestión de semanas o de meses, porque no sabíamos de cuánto tiempo íbamos a disponer.

Cuando el imperialismo vio que la Revolución resistía, aceleró los planes de la invasión mercenaria y nosotros sabíamos ya, después de todas las medidas que habían tomado contra Cuba en todos los sentidos, de tipo subversivo, sabotaje, acciones armadas, que ellos, tan pronto tuvieran la primera oportunidad o la primera fuerza organizada, lanzarían el zarpazo, para hacer en Cuba algo parecido a lo de Guatemala; pero nadie podía saber cuándo ni cómo. Sí comprendimos que iban a utilizar esa variante, y mientras, nos organizábamos febrilmente a lo largo y a lo ancho del país.

Los primeros fusiles FAL que llegaron, los enviamos a las montañas, ya nos estábamos preparando para luchar en las montañas si venía una agresión, ya los conceptos de lo que después hicimos en gran escala estaban presentes, ya sabíamos que aunque llegara el ejército yanqui aquí, el pueblo cubano, con unas cuantas decenas de miles de fusiles, podía combatir y podía resistir. Eso no lo dudó nadie. Pero después cuando llegó un torrente, podemos decir, de armamentos de otro tipo, cientos de piezas antiaéreas, cientos de piezas de artillería de todos los calibres, cientos de tanques —o al menos a nosotros nos parecían cientos; no sabría decir cuántos serían el día 17 de abril de 1961, pero sí puedo asegurarles que había suficientes para aplastar a diez Girones simultáneamente, en un poquito más de tiempo, eso sí—, se movilizó la población en todo el país y, fundamentalmente, la capital; se concentró allí gran cantidad de armas, porque era lógico que cualquier agresión enemiga tratara de tomar la capital del país. Se movilaron decenas de miles de milicianos.

Había unos pocos instructores checos y soviéticos, y cuando vieron aquello, dijeron: «Bueno, esto es imposible, hacen falta por lo menos dos años para entrenar a toda esta gente». Nosotros les dijimos: «No, hay que entrenarlos a todos y a toda ve-

locidad». Entonces, inventamos una cosa que fue pedirles a los milicianos que lo que aprendían por la mañana lo enseñaran por la tarde, en materia de tanques, de artillería, de antiaérea, de lo que fuera. Y así lo hicieron. Al final, aquellos pequeños grupos de instructores se convencieron de que, de esa forma, era posible entrenar a cientos de miles de personas.

Reclutamos en las universidades, en los centros de trabajo, en todas partes a mucha gente joven para la artillería, las antiaéreas y para los batallones de infantería, mientras acelerábamos la instrucción de las tropas rebeldes que habían bajado de la Sierra Maestra o se habían incorporado a lo largo del país. A una gran velocidad realmente se preparó el personal, porque podemos decir que el grueso de aquel armamento llegó algunas semanas, si acaso, podemos decir, unos pocos meses antes de la invasión de Girón. Y los cubanos, como ustedes saben, aprenden rápido, aprendieron a manejar aquellas armas.

En cuanto a la aviación, nos habían dejado algunos Sea Fury, otros equipos de caza, cuyo nombre no recuerdo bien en este momento, algunos B-26 y tres aviones Jet de entrenamiento; pero, en realidad, el personal de aquella aviación, excepto un pequeño grupo de espíritu patriótico que había estado preso casi todo, porque se había negado a bombardear a los campesinos en la Sierra Maestra, había luchado junto a Batista, y por tanto teníamos más aviones que pilotos, y formar un piloto lleva tiempo.

La formación de cuadros era muy importante, sumamente importante, como ya dije, y en eso nos prestó una ayuda excepcional el compañero Fernández (aplausos), que fue quien enseñó a marchar a todo el mundo aquí, porque los rebeldes no sabían ni cómo pararse, ni cómo saludar, ni cómo marchar —aquí estoy viendo a otro veterano, Carreras [Enrique Carreras Rolas], que nos ayudó mucho, en este caso con la aviación— y como él había estudiado en una academia, nos enseñó las cosas formales, la organización de un pelotón, de una compañía, de un

batallón; porque nosotros teníamos pelotones, compañías, batallones y columnas en la Sierra Maestra, que podían ser mayores o menores, pero no tenían preparación académica previa. Muchos reclutas de los que iban a la Sierra como voluntarios recibieron una instrucción. A decir verdad, de cada cien que llegaban, con la visita diaria de los aviones de bombardeo, la falta de cigarros, de zapatos, de ropa y de comida, noventa regresaban; porque el cubano era más valiente para el combate y el heroísmo, que para el trabajo organizado y disciplinado, y aquellas Minas del Frío no las resistía casi nadie, y no por el frío, porque aquello estaba caliente; casi todos los días por la mañana teníamos la visita de los aviones.

Hubo que empezar por cero para organizar el gran ejército que necesitábamos. Nos ayudaron otros oficiales también, de los que habían estado presos por rebelión contra la tiranía o porque tenían una conducta revolucionaria y se habían unido a nosotros; pero un número, realmente, muy reducido para aquello. A Fernández le correspondió la tarea de dirigir la escuela de cadetes. Él cuenta con mucha gracia, que tenían que subir el Turquino veinte veces, cosa que no le hace mucha gracia a mucha gente; pero nosotros veníamos con la fiebre del Turquino y creíamos que el que no subía el Turquino mil veces, por lo menos, no iba a ser un buen revolucionario —creo que en eso Fernández debe tener un récord—, y tenían que pasar por aquellas pruebas los que iban a ser cuadros, los que iban a las escuelas de cuadros.

Así se hizo el primer curso, como él explicó, el segundo curso ya estaba aquí en Matanzas. Los considerábamos una fuerza buena, una fuerza de choque hacia el centro, ya no solo en la capital, y nos preparábamos a gran ritmo.

Pero, ¿cuándo vendrían? No teníamos tantos medios de inteligencia como tuvimos después; recogíamos noticias, leíamos. Pero, para que ustedes vean cómo controlaban cuando querían la prensa: en Estados Unidos le dieron indicaciones

a la prensa de no hablar de la organización de la expedición; pero, siempre se filtraba algo. ¿Qué plan será? ¿Intentarán formar grupos guerrilleros en las distintas regiones del país? Ya los habían formado en el Escambray y más de una vez se limpió el Escambray; realmente, introdujeron armas en toda la Isla. Nosotros nos preguntábamos: ¿Cuál será el plan, una guerra de guerrilla generalizada? Siempre es más difícil capturar a un pequeño grupo que a una tropa; nosotros queríamos que nos las mandaran todas juntas, desde luego. Pero, ¿qué harían? Y tomamos medidas, en cada caleta, en cada pequeña playa del país, pusimos un pelotón de milicianos; no quedó un solo lugar. Y, claro, en todas las provincias se preparaban fuerzas.

Si se deciden a lanzarlo en una dirección, qué lugar escogerán. Pensábamos, por ejemplo, en Isla de Pinos, hoy Isla de la Juventud, para crear una especie de Taiwán; allí estaban las prisiones y miles de presos contrarrevolucionarios y criminales de guerra, entonces lo que hicimos fue enviar tanques, infantería, cañones, y convertir la Isla de Pinos en un fortín.

¿Podrá ser el Escambray? Tenía cierta lógica; allí habían organizado muchos grupos y llegaron a tener hasta mil hombres armados en el Escambray, que eran expertos en evadir las fuerzas. No los voy a llamar cobardes, puede haber gente equivocada y muy equivocada que, incluso, disponga de valor personal, no de moral personal, no hay que subestimar al enemigo; pero aquellos eran al revés que nosotros en la Sierra. Nosotros en la Sierra siempre estábamos a la ofensiva, organizando emboscadas, organizando golpes, y aquellos en el Escambray estaban siempre huyendo de las tropas revolucionarias, y tenían cierto apoyo campesino, minoritario, pero apoyo, sería un 10 %, un 15 % o un 20 %, nadie podría asegurarlo con exactitud. Pero allí la guerra se había desarrollado en forma diferente a la de la Sierra Maestra, no se produjo el intenso trabajo político que se había producido en las provincias orientales; se habían cometido, incluso, abusos por parte de algunos de los grupos que

estaban en esa zona. Era débil políticamente el Escambray y por allí empezó la contrarrevolución, gente afectadas por las leyes revolucionarias, gente atrasada políticamente o antiguos miembros del ejército de Batista se fueron para allá.

Y, repito, llegaron a tener en ocasiones hasta mil hombres, hacíamos limpias de un tipo o de otro, los reducíamos a setenta u ochenta y, al cabo de unos cuantos meses, con el aliento desde el exterior, volvían a levantar cabeza; pero siempre con la misma concepción, a la defensiva, tratando de escapar, esperando que viniera la invasión yanqui. Hubo un momento en que la Revolución concentró cincuenta mil hombres en el Escambray —para que tengan una idea de cuál era su fuerza—, de todas las provincias, y la mayor parte de la capital; se rodeó el Escambray completo, se dividió en cuatro partes y se empezó a limpiar, poniendo una escuadra casa por casa. Posiblemente, el Escambray fue en un momento el lugar preferido de ellos, un lugar montañoso, donde fuerzas motorizadas debían avanzar por la costa, un aeropuerto, y con una cierta base de apoyo interno; pero el Escambray se convirtió en otra fortaleza intomable.

Seguíamos pensando y nos quedaba Girón. En Girón no había nada, desde el primer año la Revolución empezó a construir carreteras, a mejorar la vida de los carboneros, de las familias, hizo tres vías fundamentales: la que va de Australia a Playa Larga, Yaguaramas-San Blas —y el otro lugar, Almeida [Juan Almeida Bosque], tú lo debes recordar—, Covadonga-San Blas, aquel tenía forma de V; estábamos construyendo y bastante adelantados, dos centros turísticos; se construían escuelas y se hizo un campo de aviación. El campo de aviación era necesario para el enemigo, tanto para suministros de armas como para llevar al gobierno provisional, que ese era el verdadero plan para tratar de legalizar su crimen.

Así se fueron acercando aquellos días de mucha actividad por parte de la Revolución, por las cosas que les expliqué antes,

de sabotajes, de grupos armados, de bandidos en los campos; pero esperando lo principal y con las incógnitas correspondientes, cómo y por dónde, si dividiendo aquella fuerza que estaban entrenando en el exterior o concentrándola, eso era clave. Fue por ello muy importante, y, aunque siempre se explican estas cosas, se ha escrito mucho, aunque faltan todavía partes importantes por escribir, había que dilucidar aquel problema y estar preparados para las dos variantes: si pequeños grupos, resistencia a todos los grupos que desembarcaran; si concentrándolos, fuerza suficiente para destruirlos. En eso estábamos, y esperando de un momento a otro la invasión, cuando se les ocurre el bombardeo del día 15 de abril al amanecer. Ese fue un error garrafal del enemigo, porque al atacarnos el día 15, por la mañana, al inventar todo aquello de que eran aviones sublevados, al emplear una fuerza de cierta consideración como arma aérea, nos dio la idea inmediata de que la invasión era cuestión de veinticuatro o de cuarenta y ocho horas, y, aunque teníamos a una parte del país movilizado, movilizamos de inmediato a todo el país y a todas las armas.

El 16, hace hoy, y creo que a esta misma hora, más o menos treinta y cinco años, después de dar sepultura a nuestros compañeros, se organiza un gran acto con decenas de miles de milicianos armados en la esquina de 12 y 23; llenaban la calle 23 durante muchas cuadras. Había un estado de indignación, como era de imaginar, tremendo; el pueblo estaba enardecido, la Revolución había avanzado mucho, sabíamos que aquel era el precio que nos querían cobrar por la Revolución, que aunque muchas de nuestras medidas eran simples medidas de justicia social, se podían llamar, con toda razón también, medidas socialistas.

Todo este proceso de agresiones contra Cuba acelera los cambios revolucionarios. Algún día tenía que venir el socialismo, pero había que hacer muchas cosas primero, no se había considerado que fuera el momento de hablar de carácter socialista. Se luchaba mucho contra el anticomunismo, pues el anticomunismo

era el arma ideológica principal del imperialismo en plena Guerra Fría, pero no se hablaba de socialismo. Ese día, a partir de las realidades, a partir de la aceleración de aquel proceso, a partir del enorme número de medidas de justicia social que habíamos tomado, nos consideramos en el derecho a proclamar socialista a la Revolución. Aquello fue aclamado a lo largo y ancho del país por decenas y cientos de miles de hombres armados, y si en la Sierra Maestra luchábamos por el derrocamiento de la tiranía y luchábamos también por la justicia social, luchábamos, en fin, por la liberación de nuestro país, a partir del 17 de abril nuestro pueblo luchó ya, con las armas en la mano y al precio de su sangre, por el socialismo. (Aplausos).

Era el momento realmente de dar aquella respuesta enérgica, valiente, desafiante; porque Girón ocurrió cuando estábamos rodeados por escuadras norteamericanas, y como diciéndoles: Si quieren desembarcar, desembarquen, no les tememos y nuestra idea y nuestro propósito es este.

Tal hecho precede la batalla, no vamos a repetir cómo se desarrolló la misma. Muchos compañeros escriben un detalle más, un detalle menos; un tanque más, un tanque menos. Yo tengo perdidos dos tanques. (Risas). Sí, ese de la réplica en el que me subí con cinco proyectiles; era lo que quedaba, suerte que... Bueno, son historias y anécdotas, ¿para qué?

No hubo que utilizarlos, cuando vieron los enemigos unos cuantos tanques avanzar a toda velocidad por la carretera, ya oscureciendo, abandonaron su barrera de antitanques y desaparecieron. Esto fue al llegar a Girón, por el norte, porque el avance se producía fundamentalmente por el oeste y también desde el este.

Yo decía que se me han perdido dos tanques, porque estuve también en un tanque de esos cuando el *Houston*, allá en Playa Larga; ese no lo he encontrado, se me ha perdido. Y otro llamado Stalin, de aquellos grandes que tenían un cañón de 120 mm, con el que fuimos por la orilla de la costa de Girón, el 20 por la

mañana hacia el este, recogiendo prisioneros, y nuestra gente terminó chocando con los que avanzaban desde Cienfuegos, a pesar de todas las advertencias que se les hizo, sin consecuencias trágicas, por suerte. En las huellas del tiempo, se pierden hechos y hasta objetos. No queríamos que los invasores se escaparan al final en la escuadra norteamericana. De esa posibilidad habrá que escribir algún día.

Pero, bueno, en general, de Girón, cada uno cuenta una cosa y otra: la hora, el lugar, los minutos, qué pasó en cada momento; hay comisiones del Minfar estudiando los hechos en detalle. Por eso, cada vez que hay un libro, una declaración, falta un detalle o falta otro.

Puede haber un detalle que el tiempo haya transfigurado un poco y no se recuerde bien —Almeida sabe eso, porque Almeida tiene una gran memoria y le gusta escribir mucho sobre historia, de vez en cuando me pide un poco de papeles; cuando me den un mínimo chance de escribir algo, no me queda nada en absoluto porque ya todo está publicado (risas)—, pero participaron muchos compañeros y de manera muy valiente, muy heroica, con un desprendimiento y una decisión total. Y participaron de todas las fuerzas, cadetes, responsables de milicias, milicianos, policías, que tuvieron un combate muy duro allí, al oeste de Girón; también participaron campesinos milicianos, campesinas.

Participó de manera muy destacada la aviación; no participó en mayor grado la marina, porque nuestros barcos estaban en La Habana —aquellas fragatas las cargamos de cuatro bocas que parecían un erizo, por si acaso las atacaban por aire; las fragatas de La Habana, allí estaban las fuerzas, no teníamos base naval aquí por el sur—; participaron destacadamente las tropas regulares de artillería de Managua y de otras unidades del Ejército Rebelde, procedentes de la capital, que llevaron los primeros tanques.

En todo este cuadro, ¿qué resultaron cosas decisivas?

Primero, el ataque adelantado cuarenta y ocho horas, nos dio tiempo; uno no se explica cómo hicieron eso. Querían hacer un segundo ataque, pero ya habían fracasado en el primer intento, no pueden destruir más aviones porque había piezas antiaéreas protegiendo los tres aeropuertos; por eso, no pueden destruir todos los aviones, se reforzaron aún más los aeropuertos.

Ellos hablaban y pensaban, como dije, en un segundo ataque aéreo el día 17 por la mañana; no lo llegaron a realizar, era inútil, porque el 17 al amanecer todos nuestros aviones estaban en el aire y en dirección a Girón para atacar a la escuadra enemiga, la flota que traía a los invasores. Ese fue un factor decisivo.

Otro factor importante fue comprender rápidamente la estrategia enemiga.

Fernández, ahí tengo que revisar la entrevista tuya que leí en el periódico, porque cuando tú hablas de los paracaidistas, a los paracaidistas los empezaron a lanzar bastante temprano, porque los tiraron en distintos lugares; temprano supimos que ya habían tirado paracaidistas, bastante temprano.

Ellos lanzan los paracaidistas, y cuando deciden hacerlo, nos dimos cuenta inmediatamente de que esa era la dirección principal. Se vio claro, si los tiran por Covadonga, San Blas, Yaguaramas, Pálpite y algunos por el lado de acá, ellos querían tomar las tres vías con los paracaidistas y asegurarlas, lanzándolos en ambas direcciones de la carretera de la Ciénaga de Zapata.

Esa ciénaga no se puede flanquear, no se puede bordear, el que trate de cruzarla se hunde, y ellos tenían tanques y antitanques —tenían casi cien antitanques fáciles de manejar, eran cañones sin retroceso—, hubiera sido muy difícil recuperar aquella posición avanzando por la carretera, muy difícil; aunque la hubiéramos tenido que recuperar a pie por la ciénaga, habría sido sumamente costoso. Por eso, cuando en la madrugada llegan noticias de que se están produciendo desembarcos, se empezó la movilización inmediata en aquella dirección.

La unidad más experimentada que teníamos en ese momento era la de aquí, de Matanzas, y se le pidió a Fernández que la dirigiera de inmediato a la zona de operaciones, a la zona de Playa Larga, que era la más cercana. Pero, a esa misma hora, se estaban movilizando todos los tanques que había en La Habana, todos los cañones, todas las antiaéreas, todos los batallones, todo el mundo movilizado. Bueno, los barcos también, toda unidad tenía que estar lista para avanzar.

Había cinco rastras nada más para los tanques, lo demás había que llevarlo por su eje y eran muchos kilómetros, no existía la Autopista, y, entonces, salieron a toda velocidad; pero el problema era que la presencia de la aviación enemiga era activa y numerosa.

Nosotros no sabíamos cuántos aviones tendrían, no podíamos saberlo, si eran veinte, treinta, cuarenta o cien, ni quiénes los estaban piloteando, porque cuando se les acabaron los pilotos cubanos empezaron a poner pilotos norteamericanos. Por eso, todo aquel armamento de tanques, artillería, infantería, iba acompañado de antiaéreas, y había bastantes, y, además, con instrucciones de avanzar hasta Jovellanos. Al no saber el número de posibles aviones en el aire, no podíamos arriesgarnos a mandar esa tropa de día más allá de Jovellanos, hacia Girón; se les pidió que se camuflaran lo mejor posible y que esperaran.

La aviación atacando la escuadra; los soldados nuestros soportando los ataques aéreos, porque no teníamos más aviones, y lo importante era dejar al enemigo sin escuadra. Por eso hubo bajas, por eso y por el engaño de traer las insignias cubanas.

Ya oscureciendo empezó a avanzar el torrente de tanques, artillería y de todo en aquella dirección, mientras la gente de Villa Clara se movilizaba también; es decir, lo que hoy es el Ejército del Centro —o ya lo era, desde el 4 de abril fundado— se movilizaba con todos los medios para atacar en la dirección de Covadonga y Yaguaramas; y, efectivamente, se luchó sin tregua,

porque yo creo que el tercer elemento importante fue no darles un minuto de tregua. Como la idea era traer el gobierno provisional, llamar a la OEA y la OEA intervenir inmediatamente — que eran cuatro soldados de cada uno de los países latinoamericanos y todo el resto norteamericanos—, no les podíamos dar tiempo a establecer una cabeza de playa y desembarcar su gobierno provisional. Esa fue la razón de que no se diera un solo minuto de descanso, en todo ese tiempo que duró el combate.

Tuvieron suerte —no lo voy a explicar ahora—, porque estábamos sin comunicaciones, había que hacer las comunicaciones de un pueblo a otro por teléfono, no se podía hablar nada por radio. Ni radios teníamos, realmente. Los tenían los tanques, algunos camiones, algunas comunicaciones, pero los movimientos rápidos que había que hacer por la carretera, en carros de esos civiles, esos carros no tenían —excepto las comunicaciones interiores— comunicaciones con la fuerza.

Ellos debieron haber durado, máximo máximo, cuarenta y dos horas, ese es el cálculo, por una maniobra que teníamos que hacer. Pero nos engañan, y nos engañaron dos veces los norteamericanos, no fueron los mercenarios.

Cuando se producía el entierro, yo estaba hablando, estaba próximo a terminar, llega un aviso de que una escuadra se acercaba por el oeste de La Habana, unos barcos, lanchones de desembarco y eso. Digo: «¿Cómo?, ¡qué raro está eso!, parece que quieren empezar por La Habana». Todavía no se había producido el desembarco en Playa Larga.

Recuerdo que terminé aquello rápido, con el Himno Nacional y no sé si hasta un Patria o Muerte, porque no recuerdo todavía si para esa fecha..., Almeida debe saberlo, habría que ver en los papeles viejos (le dicen que sí, porque eso se dijo en *La Coubre*). Se dijo en *La Coubre*, esto fue mucho después de *La Coubre*. Entonces terminé rápido, porque me llegó el recado de que estaban por allá, y digo: «¡Ah, bueno, esto empieza hoy, temprano, por el

oeste de La Habana!» Hicieron la maniobra, esa la organizaron los yanquis.

Cuando estábamos en la noche del 17 al 18 en Pálpite, por la zona aquella, me llega la noticia de un desembarco por el oeste de La Habana, y digo: «Bueno, ¿y eso está comprobado?» Dicen: «Sí, comprobado, ya se hizo contacto con el enemigo». Y lleno de resignación tengo que —yo estaba esperando allí unos tanques para la maniobra esa de que les hablé— rodear por el oeste Playa Larga y seguir avanzando por el este hacia Girón antes del amanecer. Los de Girón se habrían topado con nuestros tanques, no se habrían podido unir. Pero tardaban porque venían por su eje, había que esperar por lo menos allí media hora o una hora, y si iba a ser la batalla principal en La Habana perdía importancia. Digo: «Todo esto está muy raro». Pero, bueno, cuando llego a La Habana, me topo con que no había ningún desembarco.

Les advierto que fue una gran decepción, se los aseguro, porque nosotros teníamos en La Habana el grueso, estaban las fragatas con todos los cañones, los barcos. Para aquí se movilizó el 10 % si quitamos la aviación; el 10 % de los medios que teníamos. Digo: Bueno, ¿qué será lo que va a desembarcar por allá por La Habana? Se van a llevar una paliza descomunal, porque La Habana está cerca, cuatro horas de viaje por carretera corriendo se tardaba en llegar desde de La Habana hasta este punto.

Nos hicieron dos maniobras. La primera no tuvo tanto efecto, porque al poco rato se comprobó que no había nada; pero la segunda sí tuvo el efecto, a mi juicio, de que la cosa que duró sesenta y ocho horas, tenía que haber durado hasta quizás menos de cuarenta y ocho, cuarenta y seis, cuarenta y cuatro. Cada vez que uno se acuerda de eso a Fernández le duele, porque si la paliza fue grande, nos habría gustado que la paliza hubiese sido más rápida y mejor. (Aplausos). Cuando lo recuerdo siempre duele, pero bueno qué más podía pedirse.

Tuvimos bajas, más bajas que ellos, y era lógico, porque nuestra gente atacaba, atacaba a pecho descubierto y atacaba por unas carreteras en línea recta que no podían flanquear; atacaban por una ciénaga y porque fueron golpeadas traicioneramente por una aviación que tenía insignias cubanas. Así fueron aquellos días.

Ya se explicó, y lo han explicado muchas veces, lo que hizo cada cual: el Ejército Rebelde, el Ministerio del Interior. Ya nuestras fuerzas armadas estaban constituidas por todo el que estaba armado, pero propiamente todavía se clasificaba la milicia, aunque ya se organizaban los ejércitos en todas las provincias o en todas las regiones principales, no teníamos un nivel mayor de batallón; cuando Girón, el nivel más alto nuestro era el nivel de batallón.

Pienso, sinceramente, que lo de Girón fue una gran proeza de nuestro pueblo, y no solo por lo que hizo, sino por lo que estuvo dispuesto a hacer, por la seguridad que uno tiene de que los yanquis habrían salido derrotados de Cuba, aunque el precio para nosotros hubiese sido muy alto, el primer Vietnam habríamos sido nosotros. (Aplausos).

Estoy mencionando cientos de miles de armas, teníamos suficientes para quitarles por cada arma nuestra diez a los invasores, como fue en la lucha por la liberación en Cuba: de cada diez armas que teníamos, nueve se las habíamos quitado —calculado aproximado, ¿no?— al ejército adversario. Cuba habría resistido, pero gracias a su heroísmo impidió aquella guerra.

Y aquel no fue el único peligro: hubo guerra contra lo subversivo, guerra contra los terroristas, guerra contra los bandidos. Hubo momentos en que teníamos grupos de bandidos en todas las provincias del país; hubo mercenarios, movilizaciones a cada rato, porque venían planes y noticias peligrosas y había que movilizar a todo el pueblo; Crisis de Octubre, que pienso que fue realmente la campeona entre las campeonas, porque la valentía demostrada por toda la nación en aquellas

circunstancias no tiene paralelo, no tiene precedente; ataques piratas durante años.

Hemos tenido que invertir muchos recursos y muchos sacrificios defendiendo a este país a lo largo de estos años de Revolución, bloqueo incesante y cada vez más riguroso por parte de Estados Unidos, desaparición de la URSS y del campo socialista. Parece que nosotros nos ganamos alguna rifa por ahí, que ya uno no sabe a quién echarle la culpa: si a Cristóbal Colón, que nos descubrió; si a los ingleses... Bueno, aquí nos dejaron y estamos contentos realmente. Este era el lugar que nos tocaba a nosotros, y la historia es la que hizo a este pueblo; pero, historia difícil, difícil, difícil: primero, la conquista europea, la desaparición prácticamente de la población indígena, después la esclavitud —cientos de miles de esclavos, esta fue una de las provincias donde hubo muchos, una sociedad esclavista—, los intentos de anexión de Estados Unidos a lo largo de los siglos.

La lucha de nuestro pueblo en varias guerras de independencia por llegar a ser lo que es hoy, constituye la materia prima de la cual se hizo este pueblo; la Guerra de los Diez Años, diez años luchando como lucharon ellos, lo recordaba hoy cuando entregaban el machete; las invasiones. Cuando América Latina se liberó de España fue toda junta, casi de una sola vez, y España llegó a tener más soldados en Cuba que todos los que tuvo juntos en América Latina, hasta trescientos mil hombres sobre las armas, luchando contra un país pequeño.

Todos esos factores históricos, a mi juicio, han hecho posible lo que Cuba es hoy; esos factores históricos y la Revolución. Porque, qué nos quisieron quitar aquel 16 de abril, qué nos quisieron quitar con aquella invasión mercenaria, ya que no nos lo habían podido quitar con los bloqueos del combustible, de los alimentos, de las máquinas, con los planes subversivos, nos lo quisieron quitar por la fuerza, por la invasión: nos quisieron quitar todo lo que hoy es motivo de orgullo para nuestro país.

Estaba leyendo un dato: mortalidad infantil, 7,5 en el primer trimestre. Eso es increíble verdaderamente. Yo no espero que podamos mantenerlo, habría que ser demasiado optimistas; pero nunca en una fecha como esta hubiéramos tenido una mortalidad infantil de 7,5.

Como índice de salud, ¿cuántos pueblos en el mundo, pueblos ricos y pueblos con recursos, tienen eso? En Washington se mueren más de treinta por cada mil niños nacidos vivos. Claro, que los que mueren, principalmente, son los hijos de la población negra; pero, también blancos, que hay muchos blancos pobres allí. Aunque, en peores condiciones, los otros.

Los dos millones y tantos de alumnos en los sistemas de enseñanza, las casi nueve mil escuelas primarias que hoy tenemos; los más de ciento cincuenta mil niños en círculos infantiles o en preescolar; los cientos de miles, más de medio millón de estudiantes de nivel medio, todas las escuelas especiales, todas las escuelas de arte, las escuelas deportivas, todo lo que por aquí se vio hoy. ¿Qué habría quedado de nuestra salud pública, de nuestra educación, de nuestra cultura? ¿Qué habría quedado de este país si entonces se hubieran podido apoderar de él?

Nuestra lucha hoy es todavía más meritoria, si se quiere, porque luchamos solos. Antes, hubo un tiempo en que estábamos solos, pero creíamos que estábamos acompañados (risas); algunas lecciones, como la Crisis de Octubre y otras, nos enseñaron. La retirada acelerada, a todo lo que daban las máquinas, de esa brigadita que se quedó por ahí... Bueno, pero ya para ese tiempo no era ningún secreto. Hace mucho tiempo nosotros sabíamos que éramos los cubanos y solamente los cubanos los que teníamos que defender el país y los que podíamos defender el país, y usando las tácticas correctas para defender el país, que no es el jueguito a la guerra de Clausewitz, sino la guerra de todo el pueblo, esa es la verdad. (Aplausos).

Así hicimos la Revolución, así la hemos defendido y así podemos seguirla defendiendo. No hay comparación.

Es verdad que estos vecinos nuestros son cada vez más locos o están cada vez más locos; son cada vez más ingobernables, están cada vez más confusos en política; son cada vez más torpes. Eso los puede llevar a cometer errores, grandes errores. Eso hay que tomarlo en cuenta.

¿Asustarnos? ¡Cómo se podría concebir el temor después de todo lo que hemos vivido!

Ellos tendrán su mundo, el mundo que se están buscando, ese mundo que va a ser cada vez más ingobernable, porque tengo la convicción de que algunos gobiernos o muchos gobiernos municipales en nuestro país, saben más de política que la administración norteamericana (aplausos), gobierna mejor el municipio de lo que gobierna el Gobierno de Estados Unidos.

Es un caos lo que tienen: dividido el país entre corrientes reaccionarias y otras corrientes más liberales, entre gente más cuerda y gente menos cuerda; desarrollando la fobia étnica, desarrollando sentimientos y tendencias fascistas y con un poder enorme. Ni ellos mismos se pueden gobernar o no quieren gobernarse, por ese desorden de cientos de miles de millones de dólares de drogas; ese desastre de un movimiento delictivo que crece por año; ese odio a los pobres; ese deseo de acabar con las pensiones, de acabar con las conquistas sociales que, de una forma o de otra, el pueblo norteamericano logró durante decenios, desde la época de Roosevelt; ese hábito de querer gobernar al mundo, de decirle a cada gobierno lo que tiene que hacer, de insultar a los presidentes de los que dicen que son amigos; esas declaraciones de procónsules de los embajadores norteamericanos, esa conducta demostrada aquí con el incidente del 24 de febrero, incidente que pudo evitarse, incidente que fue previsto por nosotros, incidente del que les advertimos decenas de veces. Y de eso sabemos un poquito más de cosas; pero siempre es necesario reservarse unas cuantas verdades, es útil; siempre hay que ser además caballeros, hasta cuando hay que luchar contra gente indecente.

Ya ustedes vieron el comportamiento, las veces que violaron el espacio aéreo, las aventuras cada vez más atrevidas sobre nuestra capital, lo que no permite ningún país del mundo; inventar que esas avionetas estaban en aguas internacionales. Son avionetas que tienen diseños de guerra, que fueron compradas al Gobierno de Estados Unidos, que las usó en Vietnam. Con avionetas nos han atacado muchas veces y nos han hecho hasta guerra bacteriológica. Han usado todos los medios habidos y por haber contra nuestro país, y la insolencia con que tratan de ir a condenarnos al Consejo de Seguridad. Lo que pasa es que nosotros tenemos moral, moral bien alta, hablamos con la verdad y decimos siempre la verdad; con la verdad y la moral seremos invencibles, ganaremos batallas en todos los campos en que tengamos que batallar. (Aplausos). Y esperamos, somos pacientes, hemos sabido ser pacientes, todo lo pacientes que ha sido necesario, hasta donde el decoro pueda conciliarse con la paciencia. No somos guerreristas ni mucho menos.

Nos alegramos de cumplir aquí 35 aniversario, que hoy celebramos; nos alegramos de todas las vidas que se salvaron; nos alegramos de nuestros niños que han crecido saludables, instruidos y cultos; nos alegramos de nuestra maravillosa juventud; nos maravillamos de nuestro heroico pueblo. ¡Sí, que viva, y que viva mucho tiempo!

Ya sabemos que para vivir con dignidad en este mundo hay que luchar, y ustedes ven todos los días por nuestra televisión lo que pasa en el resto del mundo. El otro día las imágenes de unos inmigrantes mexicanos golpeados salvajemente; algo que produce indignación, repugnancia, a una mujer, y no un golpe ni dos, sino cinco, seis, diez. Eso ante las cámaras de televisión, qué será fuera de las cámaras de televisión.

Perseguidoras, policías, caballos, perros por todas partes, huelgas todos los días, golpizas todos los días al pueblo en todas partes, lo mismo entre los desarrollados que entre los pobres, pero peor en estos; robo y cada vez más robo; droga y cada vez más droga;

pérdida de soberanía y cada vez más pérdida de soberanía. Es una vergüenza lo que ocurre en el mundo, pero no puede ser duradero. Son cada vez más los que toman conciencia, los que se sublevan, los que se aburren, los que se obstinan de estar viendo un mundo hegemonizado por una potencia capaz de decir las mentiras que dice, como hizo aquí en Girón, y las que dice por el mundo; sería interminable aquí tratar de referirlas, aunque sea como ejemplo de la falta de escrúpulos y de moral que existe en el corazón de ese imperio.

Pero, cualesquiera que sean las dificultades de los cubanos, no son mayores que las de los otros cuando se comparan los índices de nuestro país con lo que ocurre en el resto de América Latina y de los países del Tercer Mundo: bien sometidos que están y constantemente reprimidos.

Martí, dijo que la libertad costaba muy caro y que era necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a pagarla por su precio, esa es una idea, no sé si la dije exacta. Nuestra independencia cuesta lucha, sacrificio; nuestra dignidad, nuestro honor, nuestro derecho al progreso, nuestro mañana, nuestro futuro, todo eso que nos quieren arrebatar cuesta muy caro. Pero, ustedes y nosotros, hombres y mujeres, niños y niñas, todos; los que hemos tenido el privilegio de sentir el orgullo y el sentido de lo que es la dignidad y el honor, de lo que es la patria, de todas aquellas cosas bellas por las cuales vale la pena luchar, estamos decididos a pagarlas por su precio, porque no nos resignaremos jamás a vivir sin ellas. (Aplausos).

No quiero ser más extenso, pero tampoco quiero olvidarme de mencionar a esta provincia, que nos acogió hoy con su tradicional hospitalidad, sus logros y sus avances; que se pueden referir ya en un dato, por ejemplo: en el año 1995 la provincia adquirió el 87,5 del valor de producción que tenía antes del período especial. Crece, avanza, trabaja, se ven los progresos. Están enfrascados en su dura batalla por la zafra, no siempre acompañados por el buen tiempo, pero siempre acompañados

por la voluntad de moler hasta la última caña. (Aplausos). Crece notablemente el turismo, crece el petróleo, crece el cítrico, rompen récord en papa.

Hoy tenemos en el país ya casi medio millón de toneladas de azúcar más que el año pasado, pero no estamos todavía satisfechos, hay que contar con los riesgos del tiempo; hay veces que se porta espléndido. Miren hoy, unas nubes muy oscuras a las cinco de la tarde y un espléndido sol al atardecer en un día como este, que tanto se lo merece. (Aplausos).

Que el clima nos ayude un poco y que las tremendas fuerzas, que con dinamismo han desatado en las últimas semanas nuestros compatriotas en todo el país, se mantengan, para llegar hasta el final de esta batalla, que va a ser como un índice que demuestre los progresos y los avances que estamos obteniendo, a pesar de lo difícil de las circunstancias.

Ahora tenemos delante no a los mercenarios de Playa Girón, sino a otro tipo de mercenarios más peligrosos que los de Girón: los que quieren hacer más duro el bloqueo, los que quieren más necesidades para nuestro pueblo, los que quieren dificultarnos el camino para ir recuperándonos poco a poco de aquel gran desastre, de aquella tragedia, que fue la desaparición del campo socialista, y convertirnos en soldados solitarios como pueblo, y en este caso no incluyo a los cientos de millones de personas que simpatizan con Cuba. Nos convirtieron en soldados solitarios de la causa más justa de la humanidad y en soldados limpios, además; en soldados puros.

Lucharemos, resistiremos, a pesar de esos adversarios a los que me refería y que nos han amenazado durante tantos años.

Ley Helms-Burton, posiblemente todos ustedes la pronuncien tan mal como yo, porque, óiganme, hemos recibido tantas cosas en idioma inglés que hasta el *good-bye* se nos olvida, aunque eso de *good-bye* no es una mala cosa, o como decían los guajiros por allá por Birán, *gurbai* (risas); nos amenazan, incluso con sus armas, se atreven.

No queremos lucha, no queremos guerra. No tenemos que hacer papel de valientes; creo que ni ellos mismos dudan del valor de nuestro pueblo. Queremos paz, y vuelvo a repetir la idea: trabajaremos por la paz hasta el límite de lo que admiten el honor y la dignidad de nuestro país y nuestro sentido de responsabilidad, porque no queremos una victoria como la de Girón, ni cien victorias como la de Girón. Lo que queremos es la paz, la salud de nuestro pueblo, el bienestar de nuestro pueblo, la vida de nuestro pueblo, que solo arriesgaremos sin vacilación cuando sea al precio de la soberanía, de la independencia, del honor, de la libertad, y estoy completamente seguro de que todos ustedes coinciden con este principio, con esta idea.

Hoy hemos rendido tributo a nuestros mártires. Con ello hemos rendido, como decía un compañero, tributo a todos los que han caído antes y después del triunfo de la Revolución; con ello rendimos tributo al primer soldado mambí que cayera en nuestras guerras de independencia; con ello rendimos tributo a los que han muerto y a los que tengan que morir; con ello rendimos tributo a nuestro pueblo heroico.

Trato de imaginarme por un instante, el momento aquel en que el batallón de responsables de milicias de esta histórica escuela, marchaba hacia los combates de Playa Girón y no se detuvo hasta tomar aquel punto culminante, clave, decisivo de la batalla. Hombres más o menos jóvenes como los que están aquí, hombres y mujeres como ustedes, pueblo como ustedes, iban a la lucha, iban al combate, iban a la muerte, separándose de sus hogares y de los seres que más se aman en este mundo. Un número importante murió en poco tiempo, un número importante cayó herido en poco tiempo, y si algo podemos anhelar, desear con toda el alma un día como hoy, es que ustedes y todos nuestros compatriotas sean siempre iguales a aquellos combatientes, hombres y mujeres, a aquel pueblo que ha escrito una de las más brillantes páginas de la historia, porque

las futuras generaciones no pensarán en el tamaño que tenía el vecino, sino en el tamaño que tenía este pequeño país, que ha sabido resistir treinta y cinco años y que está dispuesto a resistir otros, resistir treinta y cinco años más, y resistir treinta y cinco veces resistir treinta y cinco años. (Aplausos).

Digamos con orgullo hoy, que se conmemora el aniversario en que se proclamó por primera vez el carácter socialista de nuestra Revolución; reafirmemos una vez como entonces, seguros de la victoria:

¡Socialismo o Muerte!

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



*Acto de despedida de duelo a nuestros
internacionalistas caídos durante
el cumplimiento de honrosas misiones
militares y civiles, efectuado en el Cacahual*

7 DE DICIEMBRE DE 1989,
AÑO 31 DE LA REVOLUCIÓN

Compañero presidente José Eduardo Dos Santos, y demás invitados;
Familiares de los caídos;
Combatientes;
Compatriotas:

Fue siempre de profunda significación para todos los cubanos la fecha memorable en que cayó, junto a su joven ayudante, el más ilustre de nuestros soldados, Antonio Maceo. Sus restos yacen aquí, en este sagrado rincón de la patria.

Al escoger esta fecha para dar sepultura a los restos de nuestros heroicos combatientes internacionalistas caídos en diversas partes del mundo, fundamentalmente en África, de donde vinieron los antepasados de Maceo y una parte sustancial de nuestra sangre, el 7 de diciembre se convertirá en día de recordación para todos los cubanos que dieron su vida, no solo en defensa de su patria, sino también de la humanidad. De este modo, el patriotismo y el internacionalismo, dos de los más hermosos valores

que ha sido capaz de crear el hombre, se unirán para siempre en la historia de Cuba.

Quizás, no lejos de este mismo sitio, se levante un día un monumento en honor a todos.

A esta hora, simultáneamente en todos los rincones de Cuba de donde procedían, se da sepultura a los restos de los internacionalistas que cayeron en el cumplimiento de su noble y gloriosa misión.

Creía el enemigo imperialista que ocultaríamos las bajas en Angola, la misión más prolongada y compleja que cumplió ya catorce años, como si fuera una deshonra o una mancha para la Revolución. Soñaron durante mucho tiempo que fuera inútil la sangre derramada, como si pudiera morir en vano quien muere por una causa justa. Mas, si solo la victoria fuese el vulgar rasero para medir el valor del sacrificio de los hombres en sus justas luchas, ellos regresaron además con la victoria.

Los espartanos decían: Con el escudo o sobre el escudo. Nuestras tropas victoriosas regresaron con el escudo.

Mas, no es nuestra intención en este solemne instante vanagloriarnos de nuestros éxitos, ni humillar a nadie, ni siquiera a los que fueron nuestros adversarios. Nuestro país no buscaba glorias ni prestigios militares. Siempre se aplicó rigurosamente el principio de alcanzar los objetivos con el menor sacrificio de vidas posibles; para ello, se requería ser fuertes, actuar con el máximo de sangre fría y estar siempre, como siempre estuvimos, dispuestos a todo.

Cada combatiente sabía que detrás de él estaba el país entero; sabía también que la vida y la salud de cada uno de ellos era preocupación constante de todos nosotros.

Cuando la política y la diplomacia fueron factores asequibles para alcanzar los objetivos finales, no se dudó un instante en utilizar las vías políticas y diplomáticas, y, aunque se actuó siempre con toda la firmeza necesaria, en ningún instante durante el proceso negociador se nos escuchó una palabra de

arrogancia, prepotencia o alarde. Supimos ser flexibles cuando la flexibilidad era conveniente y justa.

La última etapa de la guerra en Angola fue la más difícil. Ella requirió de toda la determinación, la tenacidad y el espíritu de lucha de nuestro país en apoyo a nuestros hermanos angolanos.

En el cumplimiento de ese deber de solidaridad no solo con Angola, sino con nuestros propios combatientes que allí luchaban en condiciones difíciles, la Revolución no vaciló en arriesgarlo todo. Cuando las amenazas imperialistas contra nuestra propia patria eran muy grandes, no vacilamos en enviar al Frente Sur de la República Popular de Angola muchos de nuestros más modernos y mejores medios de combate. Más de cincuenta mil combatientes cubanos se reunieron entonces en aquella nación hermana, cifra verdaderamente impresionante, si se tiene en cuenta la distancia a recorrer, el tamaño y los recursos de nuestro país. Fue una verdadera hazaña de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias y de nuestro pueblo. Pocas veces se ha escrito una página igual de altruismo y solidaridad internacional.

Por eso, apreciamos tanto la presencia de José Eduardo Dos Santos en este acto. Fue un gesto absolutamente espontáneo. «Quiero estar con ustedes en ese momento», nos dijo. Del mismo modo espontáneo, Etiopía, la SWAPO y otros países y organizaciones revolucionarias quisieron estar con nosotros tan pronto tuvieron noticias, hace apenas unos días, de que hoy daríamos sepultura en nuestra patria a los internacionalistas caídos en África y en otras tierras del mundo.

Hay acontecimientos históricos que nada ni nadie podrá borrar. Hay ejemplos revolucionarios que los mejores hombres y mujeres de las futuras generaciones, dentro y fuera de nuestra patria, no podrán olvidar. Este es uno de ellos, mas no nos corresponde a nosotros evaluarlo, de ello se encargará la historia.

No podemos olvidar ni por un instante que nuestros camaradas de armas fueron los heroicos combatientes de las fuerzas

armadas angolanas. Ellos ofrendaron la vida de decenas de miles de los mejores hijos de ese extraordinario pueblo. La unidad y la cooperación más estrecha entre ellos y nosotros hicieron posible la victoria.

También tuvimos el honor de combatir junto a los valerosos hijos de Namibia, a los patriotas de Guinea Bissau y a los insuperables soldados etíopes. Años antes, en los días difíciles de Argelia, recién conquistada la independencia, nuestros combatientes internacionalistas estuvieron a su lado, como estuvieron también más tarde junto a Siria, otro hermano país árabe víctima de la agresión exterior, que solicitó nuestra cooperación.

No hubo causa justa del África que no contara con el apoyo de nuestro pueblo. Che Guevara, acompañado de un grupo numeroso de revolucionarios cubanos, combatió contra mercenarios blancos al este del actual Zaire, y hoy, en la República Saharaui, médicos y maestros prestan sus generosos y desinteresados servicios a ese pueblo en combate por su libertad.

Todos los países mencionados eran ya o son hoy independientes, y los que aún no lo son, lo serán más tarde o más temprano.

En breves años se escribió una brillante página de solidaridad, de la cual nuestro pueblo se siente orgulloso. También en nuestras luchas por la independencia, hombres de muy diversos países combatieron junto a nosotros. El más ilustre de todos, Máximo Gómez, nacido en Santo Domingo, llegó por sus méritos extraordinarios a ser el jefe de nuestro Ejército Libertador. En los años previos a nuestra Revolución, mil cubanos, organizados por el primer partido comunista combatieron en España defendiendo la República. Ellos escribieron páginas imborrables de heroísmo, que la pluma de Pablo de la Torriente Brau recogió para la historia, hasta que la muerte en combate tronchó la vida del brillante periodista revolucionario.

Así se forjó nuestro gallardo espíritu internacionalista que, con la Revolución socialista, alcanzó sus más altas cumbres.

En todas partes donde estuvieron los internacionalistas cubanos fueron ejemplo de respeto a la dignidad y la soberanía del país. La confianza ganada en el corazón de esos pueblos no es casual, fue fruto de su intachable conducta. Por ello, en todas partes quedó el recuerdo de nuestro ejemplar desinterés y altruismo.

Un destacado dirigente africano expresó un día en una reunión de líderes de la región: «Los combatientes cubanos están dispuestos a sacrificar sus vidas por la liberación de nuestros países y a cambio de esa ayuda a nuestra libertad y el progreso de nuestra población, lo único que se llevarán de nosotros son los combatientes que cayeron luchando por la libertad».

Un continente que conoció siglos de explotación y saqueo, supo apreciar, en toda su magnitud, el desinterés de nuestro gesto internacionalista.

Hoy regresan victoriosas nuestras tropas aguerridas. Caras alegres, felices, orgullosas, de madres, esposas, hermanos, hijos y de todo el pueblo, los reciben con calor y emoción. Se alcanzó la paz con honor y se alcanzaron con creces los frutos del sacrificio y el esfuerzo. Hoy no perturba nuestros sueños la constante inquietud por la suerte de nuestros hombres en combate a miles de kilómetros de su tierra.

Creía el enemigo que el regreso de los combatientes constituiría un problema social por la imposibilidad de asignarles empleo. Gran parte de estos hombres, además de los cuadros militares, tenían en su patria un empleo y a ellos regresan o a otros mejores. Ni uno solo ha quedado en el olvido; muchas veces antes de regresar a la patria conocían ya cuál sería su tarea.

De aquellos jóvenes del Servicio Militar que, recién salidos de las escuelas de enseñanza media, solicitaron voluntariamente el honor de cumplir misión internacionalista en Angola, ni uno solo ha tenido que esperar para ocupar un lugar digno en las aulas de estudio o entre las filas de nuestro pueblo trabajador.

Nuestra patria trabaja intensamente en ambiciosos programas de desarrollo económico y social, no se guía por las leyes irracionales del capitalismo y tiene un sitio en el estudio, la producción o los servicios para cada hijo del país.

Ningún familiar allegado de los que cayeron en cumplimiento de la misión o sufrieron lesiones graves, quedó en el olvido. Ellos recibieron, reciben y recibirán toda la atención y la consideración a que los hizo acreedores el noble sacrificio de sus seres queridos y su propia conducta abnegada, desinteresada y generosa hasta el heroísmo.

Los cientos de miles de cubanos que cumplieron misiones internacionalistas militares o civiles, contarán siempre con el respeto de las presentes y futuras generaciones. Ellos multiplicaron muchas veces las gloriosas tradiciones combativas e internacionalistas de nuestro pueblo.

La patria que encuentran a su regreso está enfrascada en una titánica lucha por el desarrollo, a la vez que continúa enfrentándose con ejemplar dignidad al criminal bloqueo del imperialismo, a lo que se viene a sumar ahora la crisis surgida en el campo socialista, de la que solo podemos esperar consecuencias negativas en el terreno económico para nuestro país.

No es precisamente sobre la lucha antimperialista ni sobre los principios del internacionalismo que se habla hoy en la mayoría de esos países. Ni siquiera esas palabras se mencionan en su prensa. Tales conceptos están virtualmente borrados allí del diccionario político. En cambio, los valores del capitalismo están cobrando inusitada fuerza en esas sociedades.

Capitalismo significa intercambio desigual con los pueblos del Tercer Mundo, exacerbación del egoísmo individual y del chovinismo nacional, el imperio de la irracionalidad y la anarquía en la inversión y la producción, sacrificio despiadado de los pueblos a leyes ciegas en la economía, el imperio del más fuerte, la explotación del hombre por el hombre, el sálvese quien pueda. El capitalismo en el orden social implica muchas cosas

más: prostitución, droga, juego, mendicidad, desempleo, desigualdades abismales entre los ciudadanos, agotamiento de los recursos naturales, envenenamiento de la atmósfera, de los mares, de los ríos, de los bosques y, de modo especial, saqueo de las naciones subdesarrolladas por los países capitalistas industrializados. En el pasado significó colonialismo y en el presente, la neocolonización de miles de millones de seres humanos, mediante métodos económicos y políticos más sofisticados, pero también menos costosos, más efectivos y despiadados.

El capitalismo, su economía de mercado, sus valores, sus categorías y sus métodos no pueden ser jamás los instrumentos para sacar al socialismo de sus actuales dificultades y rectificar los errores que hubieran podido cometerse. Buena parte de esas dificultades surgieron no solo de los errores, sino también del bloqueo riguroso y del aislamiento a que fueron sometidos los países socialistas, por parte del imperialismo y las grandes potencias capitalistas que monopolizaban casi todas las riquezas y las tecnologías más avanzadas del mundo, producto del saqueo de las colonias, la explotación de su clase obrera y el robo masivo de cerebros a países que estaban por desarrollarse.

Guerras devastadoras, que costaron millones de vidas y la destrucción de la inmensa mayoría de los medios productivos acumulados, fueron desatadas contra el primer Estado socialista. Como ave Fénix, este tuvo que surgir más de una vez de sus cenizas y prestó servicios tales a la humanidad, como derrocar al fascismo e impulsar decisivamente el movimiento de liberación de los países todavía colonizados. Todo eso se quiere olvidar hoy.

Es repugnante que muchos se dediquen ahora en la propia URSS a negar y destruir la hazaña histórica y los méritos extraordinarios de ese heroico pueblo. Esa no es forma de rectificar y superar los incuestionables errores cometidos en una revolución que nació de las entrañas del autoritarismo zarista, en un país inmenso, atrasado y pobre. No es posible tratar de

cobrarle ahora a Lenin el precio de haber hecho la revolución más grande de la historia, en la vieja Rusia de los zares.

Por ello, nosotros no hemos vacilado en impedir la circulación de ciertas publicaciones soviéticas que están cargadas de veneno contra la propia URSS y el socialismo. Se percibe que detrás de ellas está la mano del imperialismo, la reacción y la contrarrevolución. Ya algunas de esas publicaciones han comenzado a demandar el cese del tipo de relaciones comerciales equitativas y justas que se han creado entre la URSS y Cuba, en el transcurso del proceso revolucionario cubano. En dos palabras: que la URSS comience a practicar con Cuba el intercambio desigual, vendiendo cada vez más caro y comprando cada vez más barato nuestros productos agrícolas y materias primas, lo mismo que Estados Unidos hace con los países del Tercer Mundo o, en último término, que la URSS se sume al bloqueo yanqui contra Cuba.

La destrucción sistemática de los valores del socialismo, el trabajo de zapa llevado a cabo por el imperialismo, unido a los errores cometidos, han acelerado el proceso de desestabilización de los países socialistas en Europa oriental. La política diferenciada con cada país y la idea de minar desde dentro al socialismo, fue la estrategia largo tiempo elaborada y aplicada por Estados Unidos.

El imperialismo y las potencias capitalistas no pueden disimular su euforia ante los acontecimientos. Están persuadidos, no sin fundamento, de que a estas horas el campo socialista virtualmente ya no existe. En algunos de esos países de Europa oriental hay actualmente equipos completos de norteamericanos, incluyendo asesores del presidente de Estados Unidos, programando el desarrollo capitalista. En días recientes, un cable trajo la noticia de que estaban fascinados por la excitante experiencia. Uno de ellos, funcionario, por cierto, del Gobierno norteamericano, se mostraba partidario de aplicar en Polonia un plan similar al del New Deal, con el que Roosevelt trató de mitigar la gran crisis

del capitalismo, para socorrer a los seiscientos mil trabajadores polacos que se quedarán sin trabajo en 1990, y a la mitad de los 17,8 millones de trabajadores con que cuenta el país, que deberá recalificarse y cambiar de empleo, como consecuencia del desarrollo de una economía de mercado.

El imperialismo y las potencias capitalistas de la OTAN están persuadidos, y no sin fundamento, de que a estas horas el Pacto de Varsovia ya tampoco existe y no es más que una ficción; que sociedades corroídas y minadas desde dentro serían incapaces de resistir.

Se ha proclamado que el socialismo debía perfeccionarse. Nadie puede oponerse a este principio que es inherente y de constante aplicación a toda obra humana. ¿Pero es acaso abandonando los más elementales principios del marxismo-leninismo, que puede perfeccionarse el socialismo? ¿Por qué las llamadas reformas tienen que marchar en un sentido capitalista? Si tales ideas tuviesen un carácter revolucionario, como algunos pretenden, ¿por qué reciben el apoyo unánime y exaltado de los dirigentes del imperialismo?

En insólita declaración, el presidente de Estados Unidos se calificó a sí mismo, como defensor número uno de las doctrinas que actualmente se aplican en muchos países del campo socialista.

Jamás en la historia, una idea verdaderamente revolucionaria, habría recibido el apoyo entusiasta del jefe del imperio más poderoso, agresivo y voraz que ha conocido la humanidad.

Nosotros, a raíz de la visita del compañero Gorbachov a Cuba, en abril de este año, ocasión en que sostuvimos profundos y sinceros intercambios, expresamos públicamente ante la Asamblea Nacional nuestro criterio de que debía respetarse el derecho de cualquier país socialista a construir el capitalismo si así lo deseaba, del mismo modo que exigimos el más estricto respeto al derecho de cualquier país capitalista a construir el socialismo.

Consideramos que la revolución no se puede importar ni exportar; un Estado socialista no se puede fundar por inseminación artificial o simple trasplante de embriones. La revolución necesita las condiciones propicias para ello en el seno de la propia sociedad, y solo cada pueblo puede ser su propio creador. Estas ideas no están reñidas con la solidaridad que los revolucionarios pueden y deben brindarse entre sí. La revolución es, igualmente, un proceso en que se puede avanzar o retroceder; que, incluso, se puede frustrar. Pero un comunista, ante todo, tiene que ser valiente y revolucionario. El deber de los comunistas es luchar en cualquier circunstancia, por adversa que sea. Los comuneros de París supieron luchar y morir defendiendo sus ideas. Las banderas de la revolución y el socialismo no se entregan sin combatir. Rendirse es de cobardes y de gente desmoralizada, no de comunistas ni de revolucionarios.

El imperialismo hoy invita a los países socialistas de Europa a convertirse en receptores de sus excedentes de capital, desarrollar el capitalismo y participar en el saqueo de los países del Tercer Mundo.

Es sabido que una gran parte de las riquezas del mundo capitalista desarrollado proviene del intercambio desigual con esos países. Durante siglos los saquearon como simples colonias, esclavizaron a cientos de millones de sus hijos, y en muchas ocasiones agotaron sus reservas de oro, plata y otros minerales, los explotaron despiadadamente y les impusieron el subdesarrollo. Esta fue la consecuencia más directa y patente del colonialismo. Hoy, los esquilman mediante los intereses de una deuda infinita e impagable, les arrancan sus productos básicos a precios miserables, les exportan sus productos industriales cada vez a mayores precios, les sustraen constantemente los recursos financieros y humanos mediante la fuga de capitales y cerebros, les bloquean el comercio mediante dumping, tarifas arancelarias, cuotas de importación, productos sintéticos sustitutivos,

salidos de su alta tecnología y subsidian a las propias producciones cuando no son competitivas.

Ahora el imperialismo quiere que los países socialistas de Europa se sumen a ese colosal saqueo, lo que parece no disgustar en absoluto a los teóricos de las reformas capitalistas. De ahí que en muchos de esos países nadie hable de la tragedia del Tercer Mundo, y las multitudes descontentas sean orientadas hacia el capitalismo y el anticomunismo, y en uno de ellos, hacia el pangermanismo.¹⁶ Tal evolución de los acontecimientos puede conducir incluso a corrientes fascistas. El premio que el imperialismo les promete es una cuota en el saqueo de nuestros pueblos, única forma de erigir sociedades capitalistas de consumo.

A Estados Unidos y a las potencias capitalistas les interesa ahora mucho más invertir en Europa oriental, que en cualquier otra área del planeta. ¿Qué recursos puede esperar el Tercer Mundo, donde viven en condiciones infrahumanas miles de millones de personas, de tal evolución de los acontecimientos?

Se nos habla de paz. ¿Pero de qué paz se trata? ¿De la paz entre las grandes potencias, mientras el imperialismo se reserva el derecho a intervenir abiertamente y a agredir a los países del Tercer Mundo? Ejemplos tenemos de sobra.

El Gobierno imperialista de Estados Unidos exige que nadie ayude a los revolucionarios salvadoreños y trata de chantajear a la URSS demandándole nada menos que cese todo suministro de ayuda económica y militar a Nicaragua y a Cuba, porque somos solidarios con los revolucionarios salvadoreños, aunque cumplimos estrictamente con nuestras obligaciones en relación con el armamento que suministra la URSS, de conformidad con

¹⁶ Es un movimiento ideológico y político partidario de la unificación de todos los «pueblos alemanes» como Alemania y Austria. Fue muy influyente en la política alemana del siglo XIX. Se ha señalado al pangermanismo impulsado por el régimen nazi, como una de las causas que provocó el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

los convenios suscritos entre naciones soberanas. Por su parte, ese mismo gobierno imperialista que exige el cese de toda solidaridad con los revolucionarios salvadoreños, ayuda al gobierno genocida y envía unidades especiales de combate a El Salvador, sostiene a la contrarrevolución en Nicaragua, organiza golpes de Estado en Panamá y el asesinato de dirigentes de ese país, ayuda militarmente a la Unita en Angola, a pesar de los exitosos acuerdos de paz en África sudoccidental, y continúa suministrando grandes cantidades de armas a los rebeldes de Afganistán, sin tomar en cuenta para nada la retirada de las tropas soviéticas y los acuerdos de Ginebra.

Hace apenas unos días aviones de guerra de Estados Unidos intervinieron descaradamente en el conflicto interno de Filipinas. Independientemente, de las motivaciones justas o injustas de los sublevados, que no nos corresponde a nosotros juzgar; la intervención de Estados Unidos en ese país adquiere extrema gravedad y es reflejo fiel de la situación actual del mundo. Ese es el papel de gendarme que Estados Unidos se reserva no ya solo para América Latina, a la que consideró siempre su patio trasero, sino para cualquier país del Tercer Mundo.

La consagración del principio de intervención universal por una gran potencia, es el fin de la independencia y la soberanía en el mundo. ¿Qué paz y seguridad es la que espera a nuestros pueblos, como no sea la que nosotros mismos seamos capaces de conquistar con nuestro heroísmo?

Es magnífico que desaparezcan las armas nucleares. Si ello no fuera más que una utopía y lograra alcanzarse algún día, sería de incuestionable beneficio e incrementaría la seguridad, pero solo para una parte de la humanidad. Eso no le daría paz, ni seguridad, ni esperanza a los países del Tercer Mundo.

El imperialismo no necesita armas nucleares para agredir a nuestros pueblos. Sus poderosas flotas distribuidas por el mundo, sus bases militares en todas partes y sus armas convencio-

nales, cada vez más sofisticadas y mortíferas, son suficientes para cumplir su papel de dueño y gendarme del mundo.

Además, en nuestro mundo mueren cada día cuarenta mil niños que pudieran salvarse y no se salvan por el subdesarrollo y la pobreza. Como hemos dicho otras veces, y no está de más repetirlo hoy, es como si cada tres días estallara entre los niños pobres del mundo una bomba similar a las de Hiroshima y Nagasaki.

Si los acontecimientos siguen su actual curso, si no se exige a Estados Unidos la renuncia a estas concepciones, ¿de qué nuevo pensamiento puede hablarse? Por esa vía, el mundo bipolar que conocimos en la posguerra se transformará, inexorablemente, en un mundo unipolar bajo la hegemonía de Estados Unidos.

En Cuba llevamos a cabo nuestro proceso de rectificación. Sin un partido fuerte, disciplinado y respetado, es imposible desarrollar una revolución o una rectificación verdaderamente socialista. No es posible llevar a cabo semejante proceso calumniando al socialismo, destruyendo sus valores, desprestigiando al partido, desmoralizando a la vanguardia, renunciando a su papel dirigente, liquidando la disciplina social, sembrando el caos y la anarquía en todas partes. Así se puede promover una contrarrevolución, pero no cambios revolucionarios.

El imperialismo yanqui piensa que Cuba no podrá resistir y que la nueva situación surgida en el campo socialista le permitirá doblegar inexorablemente a nuestra Revolución.

Cuba no es un país donde el socialismo llegó tras las divisiones victoriosas del Ejército Rojo. En Cuba, el socialismo lo forjamos los cubanos, en auténtica y heroica lucha. Treinta años de resistencia al más poderoso imperio de la tierra que quiso destruir a nuestra Revolución, dan testimonio de nuestra fortaleza política y moral.

Los que estamos en la dirección del país no somos un grupo de advenedizos inexpertos, recién llegados a cargos de responsabilidad. Salimos de las filas de los viejos luchadores antimperialistas de la escuela de Mella y de Guiteras, de las filas

del Moncada y del *Granma*, de la Sierra Maestra y de la lucha clandestina, de Girón y de la Crisis de Octubre, de treinta años de resistencia heroica a la agresión imperialista, de grandes hazañas laborales y de gloriosas misiones internacionalistas. Hombres y mujeres de tres generaciones cubanas se reúnen y asumen responsabilidades en nuestro aguerrido partido, en la organización de nuestra maravillosa vanguardia juvenil, en nuestras poderosas organizaciones de masas, en nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias y en nuestro Ministerio del Interior.

En Cuba, Revolución, socialismo e independencia nacional, están indisolublemente unidos.

A la Revolución y al socialismo, debemos hoy todo lo que somos. Si a Cuba regresara alguna vez el capitalismo, nuestra independencia y soberanía desaparecerían para siempre, seríamos una prolongación de Miami, un simple apéndice del imperio yanqui, el cumplimiento de aquella repugnante profecía de un presidente de Estados Unidos en el siglo pasado, cuando pensaban anexar nuestra Isla y dijo que esta caería en manos de ese país como una fruta madura. Para impedirlo hoy, mañana y siempre, habrá todo un pueblo dispuesto a morir. De nuevo cabe repetir aquí ante su propia tumba la frase inmortal de Maceo: «quien intente apropiarse de Cuba recogerá el polvo de su suelo anegado en sangre, si no perece en la lucha».

Los comunistas cubanos y los millones de combatientes revolucionarios que integran las filas de nuestro heroico y combativo pueblo, sabremos cumplir el papel que nos asigne la historia, no solo como primer Estado socialista en el hemisferio occidental, sino también, como ineludibles defensores en primera línea de la noble causa de los humildes y explotados de este mundo.

Nunca hemos aspirado a que nos entreguen la custodia de las gloriosas banderas y los principios que el movimiento revolucionario ha sabido defender a lo largo de su heroica y hermosa historia, pero si el destino nos asignara el papel de

quedar un día entre los últimos defensores del socialismo, en un mundo donde el imperio yanqui lograra encarnar los sueños de Hitler de dominar el mundo, sabríamos defender hasta la última gota de sangre este baluarte.

Estos hombres y mujeres a los que hoy damos honrosa sepultura, en la cálida tierra que los vio nacer, murieron por los más sagrados valores de nuestra historia y de nuestra Revolución.

Ellos murieron luchando contra el colonialismo y el neocolonialismo.

Ellos murieron luchando contra el racismo y el apartheid.

Ellos murieron luchando contra el saqueo y la explotación de los pueblos del Tercer Mundo.

Ellos murieron luchando por la independencia y la soberanía de esos pueblos.

Ellos murieron luchando por el derecho al bienestar, desarrollo de todos los pueblos de la tierra.

Ellos murieron luchando para que no existan hambrientos, mendigos, enfermos sin médicos, niños sin escuelas, seres humanos sin trabajo, sin techo, sin alimento.

Ellos murieron para que no existan opresores y oprimidos; explotadores ni explotados.

Ellos murieron luchando por la dignidad y la libertad de todos los hombres.

Ellos murieron luchando por la verdadera paz y seguridad para todos los pueblos.

Ellos murieron por las ideas de Céspedes y Máximo Gómez.

Ellos murieron por las ideas de Martí y Maceo.

Ellos murieron por las ideas de Marx, Engels y Lenin.

Ellos murieron por las ideas y el ejemplo que la Revolución de Octubre expandió por el mundo.

Ellos murieron por el socialismo.

Ellos murieron por el internacionalismo.

Ellos murieron por la patria revolucionaria y digna que es hoy Cuba.

¡Sabremos ser capaces de seguir su ejemplo!
Para ellos: ¡Gloria eterna!
¡Socialismo o Muerte!
¡Patria o Muerte!
¡Venceremos!
(Ovación).



Análisis histórico de la Revolución Cubana hasta 1975¹⁷

Cuba fue la última colonia de España en América Latina y hoy es el primer país socialista de este hemisferio. Para cumplir este singular destino nuestra patria hubo de salvar obstáculos que en un tiempo parecieron invencibles.

Cuando en los albores del siglo pasado la inmensa mayoría de los pueblos de habla española iniciaron el camino de la emancipación del yugo colonial, en la coyuntura propicia que ofreció la invasión napoleónica a España, Cuba era un país de plantaciones tropicales, explotadas con mano de obra esclava. La sociedad de entonces era típicamente esclavista. A despecho de los acuerdos internacionales de la época, el número de esclavos aumentaba por año a la par que crecían las riquezas materiales y la prosperidad de las clases dominantes. Los españoles dominaban el comercio y la administración; los cubanos ricos eran los dueños de las plantaciones. Esta clase social, aunque interesada en superar las trabas coloniales que estorbaban el desarrollo de la economía y su acceso al poder político, no podía prescindir de la fuerza militar de la metrópoli para mantener la sumisión de los esclavos: temía la repetición en Cuba de la heroica historia de Haití y supeditaba, sin vacilación, la cuestión de la independencia nacional a sus intereses de clase esclavista. Las personas sometidas a esta horrible forma de explotación ascendían, en 1841, a más de cuatrocientas mil en una

¹⁷ Tomado del Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado entre el 17 y el 22 de diciembre de 1975.

población que apenas rebasaba el millón de habitantes. A pesar de que nuestra tierra llegó a ser considerada por la monarquía española, en razón de esto, como la «siempre fiel isla de Cuba», aquellos intereses de clase engendraron también, en un sector de los cubanos ricos, la funesta corriente de anexión a Estados Unidos, entre otras razones, por el temor de que la propia España, accediera a las presiones internacionales, y aboliera la esclavitud. Esta corriente era fuertemente apoyada por los estados esclavistas del sur de Norteamérica, en su pugna de intereses con los estados industriales del norte, en la esperanza de contar con un estado esclavista más en la isla de Cuba.

La aspiración de anexarse a Cuba fue siempre, por otro lado, un fuerte propósito de los dirigentes de Estados Unidos desde los inicios mismos de esa república, expresada en reiteradas ocasiones por distintos gobernantes y hombres públicos, con expresión lógica de los principios del «destino manifiesto», que Estados Unidos se consideraba llamado a jugar en este hemisferio. Esta tendencia se mantuvo aún mucho después de la abolición de la esclavitud en ese país y a todo lo largo de las relaciones entre Estados Unidos y la consiguiente supresión de la esclavitud, en los años de Lincoln, significaron un fuerte golpe al movimiento anexionista de los esclavistas cubanos. Es bueno recordar que frente a estas aspiraciones mezquinas y antipatrióticas de los explotadores, los explotados, es decir los esclavos, ofrecieron incontables ejemplos de lucha social y revolucionaria, que se expresaron en numerosas sublevaciones heroicas, las que fueron reprimidas, como sucede siempre, de la forma más brutal y sangrienta.

Eclipsada la corriente anexionista y convencidos los propios terratenientes cubanos de que el sistema esclavista tenía que ser reemplazado por otras formas más modernas de producción agrícola e industrial, surgieron con fuerza las demandas de reforma al sistema colonial español, convertido ya en insalvable traba al desarrollo ulterior del país, las que al ser brutal-

mente denegadas impusieron a nuestro pueblo el camino de las armas.

La primera guerra de independencia en 1868, aunque iniciada y liderada por patriotas cubanos que procedían de familias ricas, poseedoras de la cultura política, relaciones y recursos económicos para una empresa de aquella índole no comenzó, sin embargo, ni alcanzó su fuerza explosiva y de masas en las provincias donde estaba más arraigada, era más poderosa y contaba con mayores intereses la clase esclavista, es decir el occidente de Cuba, sino en las provincias y regiones del país donde los campesinos independientes eran más numerosos y el trabajo esclavo tenía un peso económico incomparablemente menor.

La guerra arrastró tras sí a campesinos, artesanos y esclavos y despertó el patriotismo fervoroso de estudiantes, profesionales e intelectuales y del pueblo cubano en general, cuyo sentimiento nacional se hizo realidad concreta e irreversible, en el propio fragor de la lucha contra el dominio de España.

Aunque la represión española se hizo sentir por igual contra todos los cubanos, independientemente de su clase social, el occidente —sede de las riquezas fundamentales de la clase esclavista— se mantuvo al margen de la guerra y nutrió con sus recursos al ejército colonial. El peso fundamental de la batalla recayó sobre los sectores más modestos del pueblo, que en lucha desigual e incomparablemente heroica mantuvieron la contienda durante diez años, antes de caer abatidos, más por la división y la intriga, que por las armas enemigas. Fue entonces, cuando Antonio Maceo, un hombre surgido de las filas más humildes, rechazado el cese al fuego y la paz sin independencia, se convirtió en símbolo del espíritu y la indomable voluntad de lucha de nuestro pueblo, al escenificar la inmortal Protesta de Baraguá.

La esclavitud es abolida poco tiempo después, en 1886, entre otras causas, como secuela inevitable de la Guerra de los Diez

Años. Fuimos también así el último país del hemisferio donde se suprimió oficialmente esta funesta institución. Aún viven en nuestra tierra hombres y mujeres que la conocieron en sus propias carnes.

De nuevo los cubanos, en 1895, se levantaron en armas. Esta vez la lucha se había preparado políticamente durante largos años. Bajo la guía de Martí, cuyo genio político rebasó las fronteras de su tierra y de su época, organizó un partido para dirigir la revolución. Esta idea, que paralelamente desarrolló también Lenin, para llevar a cabo la Revolución socialista en el viejo imperio de los zares, es uno de los más admirables aportes de Martí al pensamiento político. Se organizó en nuestra patria un solo partido revolucionario. Ese partido unió a los gloriosos veteranos de la Guerra de los Diez Años, simbolizados por Gómez y Maceo, con las nuevas generaciones de campesinos, obreros, artesanos e intelectuales, para llevar a cabo la revolución en Cuba. Martí conoció al monstruo porque vivió en sus entrañas. Sabía de sus viejas pretensiones de apoderarse de Cuba en virtud de la política expansionista del «destino manifiesto», a la que el desarrollo capitalista de Estados Unidos, que él supo ver con claridad impresionante: «(...) ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin (...)», dijo en vísperas de su propia muerte, cuando ya combatía junto a los soldados del ejército Libertador en los campos de Cuba. En este pensamiento y en la interpretación y calificación de Lenin de la guerra hispanoamericana como la primera guerra imperialista, se dan la mano

dos hombres, de dos escenarios históricos diferentes y dos pensamientos convergentes: José Martí y Vladímir Ilich Lenin. El uno, símbolo de la liberación nacional contra la colonia y el imperialismo, el otro, forjador de la primera Revolución socialista, en el eslabón más débil de la cadena imperialista: liberación nacional y socialismo, dos causas estrechamente hermanadas en el mundo moderno. Ambos con un partido sólido y disciplinado, casi simultáneamente entre fines del pasado siglo y comienzos del actual [siglo xx].

Sin recursos, sin suministros, sin logística, con una población que apenas rebasaba el millón y medio de habitantes, el pueblo de Cuba combatió contra trescientos mil soldados coloniales. España era entonces una de las primeras potencias militares de Europa. Ningún pueblo de América luchó en condiciones tan duras y difíciles por su independencia. Cuba fue el Vietnam de fines del siglo pasado. Esta batalla la libró el pueblo cubano con sus propias fuerzas, sin la participación de ningún otro Estado latinoamericano, y con la activa hostilidad del Gobierno de Estados Unidos contra el esfuerzo de los emigrados cubanos para suministrar armas a los combatientes. Sí, tomaron parte activa en la lucha por nuestra independencia ciudadanos procedentes de otros pueblos hermanos, que vinieron por su propia cuenta a combatir por la libertad de nuestra patria. Símbolo de todos ellos fue el ilustre dominicano Máximo Gómez, que alcanzó el grado de general en jefe de nuestros ejércitos. Bellas páginas de solidaridad internacionalista escribieron estos hombres en los campos de Cuba.

España estaba exhausta, sin recursos ni energía para continuar la guerra. El ejército español ya solo controlaba las grandes plazas. Los revolucionarios dominaban todo el campo y las comunicaciones interiores. Muchos prestigiosos generales españoles habían sido derrotados a lo largo de la contienda. Es entonces, cuando se produce la intervención militar norteamericana en 1898, pero no sin antes intentar, en vísperas del inicio

de las hostilidades, la compra del territorio de Cuba a España. Si alguna vez la tozudez española prestó un servicio a la causa de Cuba, fue su negativa sistemática a acceder a tal operación de compra-venta, que reiteradas veces Estados Unidos le propuso a España en el pasado siglo.

La guerra imperialista culminó con la ocupación militar de Cuba, Filipinas y Puerto Rico. La lucha cubana había despertado amplias simpatías en todo el mundo y en el seno del propio pueblo norteamericano. Sus heroicos combates inspiraron respeto a los ambiciosos ocupantes extranjeros y la Isla no pudo ser de inmediato anexada; se le concedió la independencia formal el 20 de mayo de 1902, con bases navales norteamericanas y con la enmienda constitucional impuesta, que entre otras cosas daba a Estados Unidos el derecho a intervenir en Cuba. Se instaura así la neocolonia yanqui en nuestra patria. Filipinas permaneció ocupada hasta 1946. Hoy es una nación independiente con dieciocho bases norteamericanas en su territorio. Puerto Rico permanece todavía ocupado y con decenas de bases; Estados Unidos pretende, indecorosamente, incorporarlo a su territorio como un Estado más. Grandioso, heroico y afortunado fue el curso de la historia que libró a nuestra patria y a sus habitantes del terrible destino de ser absorbidos por Estados Unidos. Ello se debió en esencia, a la enérgica resolución de sus hijos y los ríos de sangre con que conquistó su derecho a preservar la nacionalidad.

Una lección clara de nuestra historia, tanto en el pasado como en el presente siglo, en la colonia o neocolonia, antes y después de las guerras de independencia, es que las clases explotadoras de nuestro país y Estados Unidos fueron siempre poderosos obstáculos a la liberación de Cuba.

En 1902, el país simplemente había cambiado de amo. El glorioso Ejército Libertador fue licenciado. Gobiernos entreguistas y leoninos convenios económicos le fueron impuestos al país. Un ejército mercenario fue creado por las tropas ocupantes. Lo

más podrido y reaccionario de la sociedad colonial fue elevado a un primer plano, en estrecha alianza con los intereses de Estados Unidos. Estos sectores eran abiertamente partidarios de la permanente ocupación de Cuba por Estados Unidos.

El primer presidente de Cuba, Tomás Estrada Palma, impuesto por el imperialismo, era francamente anexionista. En 1906, solicitó la segunda intervención de las fuerzas militares de Estados Unidos. El 10 de octubre de ese año, escribió:

Nunca he temido confesar ni me asusta decirlo en voz alta, que una dependencia política que nos asegure las fecundas bendiciones de la libertad es cien veces preferible para nuestra amada Cuba, que una república soberana e independiente desacreditada y arruinada por la acción perniciosa de pertinaces guerras civiles.

Las inversiones de Estados Unidos en Cuba, que 1896 ascendían a 50 millones de dólares, se elevaron a 160 en 1906, a 250 en 1911 y a 1200 en 1923, que incluían la propiedad de las tres cuartas partes de la industria azucarera.

Los gobiernos corrompidos y las intervenciones yanquis que se sucedieron en las primeras décadas de la República neocolonizada, cumplieron la misión de entregar al amo extranjero las riquezas del país. Las mejores tierras agrícolas, los centros azucareros más importantes, las reservas minerales, las industrias básicas, los ferrocarriles, los bancos, los servicios públicos y el comercio exterior, pasaron al férreo control del capital monopolista de Estados Unidos. Los frutos de las heroicas contiendas del 68 y del 95 se habían frustrado. El pueblo rebelde y valeroso que asombró al mundo con sus hazañas patrióticas, se vio obligado a seguir viviendo como paria en su propia tierra.

No pasó a manos de los campesinos —combatientes por lo general del Ejército Libertador—, la tierra que con su propia sangre habían abonado, sino que a los viejos latifundios se unieron los nuevos, constituidos muchas veces con las parcelas de los

que habían muerto o habían luchado por la independencia. A precios irrisorios, fraudes, desalojos o simples concesiones, las empresas yanquis o los oligarcas aliados al imperialismo se hicieron dueños de inmensas extensiones. Así surge la trágica historia de los infinitos sufrimientos que el dominio de Estados Unidos impuso a los campesinos, durante más de cincuenta años.

La economía creció deformada y con absoluta dependencia de los intereses norteamericanos. Nuestro país se convirtió en su suministrador de azúcar a bajos precios, una reserva para el abastecimiento seguro en caso de guerra y un mercado más, para los excedentes financieros y la producción agrícola e industrial de Estados Unidos.

Las nuevas plantaciones exigían mano de obra barata y abundante; la población era escasa y los brazos faltaban. Surgió la importancia de inmigrantes haitianos y jamaicanos. Sus condiciones inhumanas de vida, hacinados en barracas y bateyes, con salarios miserables, privados de toda asistencia sanitaria, de los derechos más elementales y de la menor protección frente a sus explotadores, es una de las páginas más tristes y bochornosas del capitalismo en Cuba. La República mediaticada reeditaba, bajo formas nuevas y aún peores, la esclavitud, apenas abolida en 1886.

La corrupción más increíble se estableció como práctica habitual en la administración pública. Las facciones políticas al servicio de los intereses extranjeros se repartían a su turno, las prebendas y los cargos públicos. Miles de nóminas falsas sostenían a los agentes y maquinarias políticas de los partidos en el poder. Los fondos para obras públicas, educación y salud, eran malversados escandalosamente. La miseria, el analfabetismo y las enfermedades proliferaban a lo largo y ancho del país. La fuerza pública reprimía brutalmente toda manifestación de protesta obrera, campesina o estudiantil. El «plan de machete» imperaba en los centrales azucareros, los bateyes y los campos.

Todo el aparato de fuerza, la Administración, el Parlamento y el Poder Judicial existían únicamente para servir a los intereses de los monopolistas yanquis, terratenientes y burgueses. La prostitución y el juego florecían por todas partes. La discriminación racial, que la sangre común en los campos de batalla debió borrar para siempre en el pueblo, que tan heroicamente luchó por la libertad y la justicia, cobró particular acento con el dominio de Estados Unidos en Cuba. En los parques de muchas ciudades se podía observar el espectáculo bochornoso de que blancos y negros debían transitar por diversos sitios. Muchas instituciones educacionales, económicas, culturales y recreativas privaban a los ciudadanos negros el acceso a ellas y, con esto, del derecho al estudio, al trabajo y la cultura, y lo que es más esencial, a la dignidad humana.

La mujer, que en las luchas por la independencia dio pruebas incomparables de espíritu de sacrificio y capacidad revolucionaria, era obligada a vivir en condiciones de inferioridad social y legal. La maternidad carecía de protección, los hijos podían recibir la humillante calificación de naturales o ilegítimos.

Las crisis económicas capitalistas gravitaban en el país con tremenda fuerza. En cada caso, Estados Unidos hacía recaer sobre Cuba sus peores efectos. Nuestra política exterior se facturaba en Washington. En los mapas mundiales aparecíamos del mismo color que el de Estados Unidos. La mayor parte de los norteamericanos se habrían sorprendido de saber que no éramos una posesión oficial de ese país y los embajadores yanquis, virtuales procónsules, dictaban impúdicamente sus órdenes a nuestros gobernantes.

El capitalismo yanqui trajo a Cuba todos sus vicios, que se sumaron a los ya heredados de la colonia, y con éstos, sus hábitos de pensar, su egoísmo desenfrenado, sus costumbres, sus diversiones, su propaganda, su modo de vida y lo que es peor: su ideología política reaccionaria. Dueño y señor de los medios de difusión masiva, los empleó a fondo para mistificar

y aplastar nuestra cultura nacional, liquidar el sentimiento patriótico, conformar el pensamiento político y exaltar el culto a Estados Unidos. A los niños se les enseñaba en las escuelas que ese país era el generoso libertador de nuestra patria. A la época heroica sucedió la humillación y la ignominia. Lo que Martí tanto había tratado de evitar con su prédica incesante y su previsión genial, fue precisamente lo que ocurrió en los años que siguieron a nuestra contienda por la independencia.

Fueron esas crueles realidades las que hicieron exclamar a [Rubén] Martínez Villena en sus conocidos y vibrantes versos, que hacía falta otra carga para acabar la obra de la Revolución. Pero, cuando Villena lanzó aquel reclamo y dio además el ejemplo con su titánica lucha, el imperialismo yanqui era todavía demasiado poderoso y el movimiento revolucionario mundial demasiado débil para que el pueblo cubano pudiera culminar la obra emprendida en 1868.

La Enmienda Platt, con su cláusula constitucional impuesta, que daba derechos legales a Estados Unidos a intervenir militarmente en Cuba, frente a cualquier alteración del orden estatuido, gravitó terriblemente en el ánimo de los patriotas cubanos. La lucha revolucionaria armada podía conducir directamente a la ocupación militar del país por una nación mucho más poderosa que España. Cuba era demasiado débil para enfrentar por sí sola semejante poderío. Ese riesgo de perder totalmente la independencia, tenía que ejercer un efecto paralizante en la acción de los revolucionarios. Y aunque las facciones políticas más de una vez acudieron a las armas, para dirimir sus querellas y concitar la intervención yanqui, esta situación explica la falta de continuidad del proceso revolucionario, en las primeras décadas de este siglo.

Nuestra lucha forzosamente iba dejando de tener un carácter y una posibilidad meramente nacional, para enlazar su suerte al movimiento revolucionario mundial. El dominio de la potencia imperialista más rica y poderosa no podía ser re-

sistido por la sola fuerza de un país aislado, débil y pequeño. A la vez, el contenido de nuestra Revolución, que bajo la colonia no podía rebasar los límites de un movimiento nacional liberador, inspirado en los principios liberales del pasado siglo, con el desarrollo del capitalismo en nuestro país y el advenimiento de la clase obrera, tenía necesariamente que derivar hacia una revolución también social. A la tarea de liberar a la nación de la dominación imperialista, se unía, insoslayablemente, la hora de liquidar la explotación del hombre en el seno de nuestra sociedad. Ambos objetivos eran ya parte inseparable de nuestro proceso histórico, puesto que el sistema capitalista, que desde el exterior nos oprimía y nos explotaba como trabajadores, y las fuerzas sociales que podían liberar al país internamente de la operación, es decir, los propios trabajadores, eran las únicas fuerzas que en el plano externo nos podían apoyar contra la potencia imperialista que oprimía la nación. Haber comprendido esto fue a nuestro juicio el mayor mérito histórico de Baliño y Mella, cuando fundaron con un puñado de hombres el partido marxista-leninista de Cuba, en 1925. La gloriosa Revolución de Octubre de 1917, inspiradora de aquellos valientes paladines de la Revolución socialista, constituyó un acontecimiento que estaba llamado a jugar más adelante un papel decisivo en los destinos de nuestra patria. Solo con la fuerza invencible de la clase obrera internacional, nuestro pequeño país podía contrarrestar el mortal peligro que significaba el poderío político, económico y militar de Estados Unidos, y solo con la estrategia, los principios y la ideología de la clase obrera y con ella a la vanguardia, nuestra Revolución podría marchar hacia la definitiva liberación nacional y social de nuestra patria.

En los combates heroicos de nuestro pueblo contra la tiranía machadista en la década del treinta, nuestra clase obrera, dirigida por los comunistas, jugó ya un papel relevante.

Un hambre terrible, producto de la crisis económica mundial, azotó a nuestra población; el azúcar se llegó a pagar a menos de

un centavo la libra, los impuestos aduaneros de Estados Unidos a nuestra exportación fundamental, golpearon sin piedad nuestra debilitada economía. En estas condiciones, la represión política se hizo sentir con violencia extrema: obreros, campesinos, estudiantes, periodistas e intelectuales que se destacaban en la lucha, eran brutalmente asesinados por los esbirros de la tiranía. Mella es cobardemente ultimado a balazos en la ciudad de México. Esta fue una época de incomparable auge en la conciencia revolucionaria de las masas. El sentimiento antimperialista cobró inusitada fuerza y el sistema hizo crisis.

El Gobierno de Estados Unidos intervino mediante la llamada Mediación y la presencia de sus acorazados en las cercanías de Cuba. En agosto de 1933 es derribado el gobierno de Machado, que no pudo resistir el empuje de la huelga general revolucionaria. Le sucedió un gobierno anodino y confuso, producto de la intervención yanqui.

La inconformidad, el descontento y la prédica revolucionaria habían penetrado también en los cuarteles. El 4 de septiembre, se sublevaron los soldados y sargentos en conexión con los estudiantes y otros sectores revolucionarios. Se constituyó un gobierno provisional revolucionario de corte nacionalista, con la influencia destacada de un ala antimperialista, dirigida por Antonio Guiteras. Se adoptan algunas medidas progresistas y otras francamente inhumanas, como la repatriación forzosa de miles de inmigrantes haitianos. En algunos centrales azucareros se constituyen soviets revolucionarios. Todo, bajo la presencia amenazadora de las naves de guerra yanquis.

El país vivió un verdadero periodo de convulsión revolucionaria; pero de nuevo el imperialismo, sin necesidad de una intervención militar directa, con la complicidad de las clases reaccionarias y la traición desvergonzada de Fulgencio Batista, líder castrense, surgido el 4 de septiembre, frustra el proceso revolucionario y lo aplasta a sangre y fuego. En marzo de 1935,

es reprimida brutalmente la huelga general revolucionaria, y en mayo de 1935, con el asesinato de Antonio Guiteras, se liquida el último vestigio de resistencia armada.

Este esfuerzo heroico de los años treinta rindió, sin embargo, frutos extraordinarios en la vida de nuestro país. La Enmienda Platt fue abolida como resultado de la lucha enérgica de nuestro pueblo en esa época. Y aun, cuando Estados Unidos se reservó de facto el derecho a intervenir en cualquier república de América Latina, aquella ominosa y humillante cláusula dejó de ser un precepto de nuestra Carta Magna.

Siguió una época incierta. La economía mundial se recuperaba gradualmente. La marca revolucionaria descendió y Batista consolidó su poder por largos años.

En el plano internacional, desde los años veinte, se venía gestando la amenaza tenebrosa del fascismo, fruto de la nefasta política imperialista de aplastar la revolución en Europa, aislar, agredir y liquidar el primer Estado socialista, fundado por Lenin y los heroicos comunistas rusos.

El fascismo, fue la respuesta ideológica y política del capitalismo al leninismo. Victorioso en Hungría, Italia y Alemania, donde ahogó en sangre al movimiento obrero, se hizo sentir en todas partes donde las clases explotadas amenazaban el dominio de la burguesía.

El movimiento revolucionario internacional concentra su atención en la lucha antifascista. Surge en el año 1936 la guerra civil en España, donde los enemigos de la República son apoyados en la sublevación por Hitler y Mussolini. Se movilizan las Brigadas Internacionales, que allí escribieron una de las más hermosas páginas del internacionalismo proletariado. Nuestro pueblo envió casi mil combatientes a luchar en España contra el fascismo. Nunca podremos olvidar que allí dieron su vida generosa hombres del calibre y la dimensión humana de Pablo de la Torriente Brau. Esta es, a nuestro juicio, una de las más nobles y heroicas contribuciones al movimiento revolucionario

mundial de nuestro primer partido comunista, inspirador de esta acción solidaria.

En Cuba, las fuerzas revolucionarias se hallaban profundamente divididas desde 1933. Batista maniobró astutamente. En la atmósfera creada por la coyuntura internacional, la creciente contradicción entre el imperialismo norteamericano y la Alemania hitleriana, la poderosa corriente antifascista mundial y la política de los frentes populares, promueven alianzas tácticas con la izquierda y hace algunas concesiones políticas y sindicales, sin que el régimen perdiera con ello su carácter eminentemente castrense, burgués y proimperialista.

El profundo espíritu anticomunista de las huestes de Grau que lideraba un importante sector del pueblo en la oposición al régimen, impidió aglutinar las fuerzas populares y contribuyó a caotizar la situación política.

Estalla en 1939 la Segunda Guerra Mundial. Los regímenes burgueses de Europa, que habían prohijado las ambiciones del fascismo, son incapaces de resistir las embestidas de las hordas hitlerianas. Su moral minada de antemano se derrumba, sus ejércitos se rinden y casi toda Europa, con su enorme potencial industrial y humano, quedó en manos de los agresores.

Se produce entonces la agresión a la URSS: millones de soldados son lanzados al ataque. El fascismo había soñado siempre con liquidar el baluarte mundial de la Revolución y barrer de la tierra el pueblo heroico que forjó el primer Estado socialista. Esperaba con ello establecer un dominio milenario. Se entabló así una lucha que sería decisiva para los destinos de la humanidad. Pero el pueblo soviético resistió, sus soldados se batieron heroicamente en todos los frentes. Por primera vez el fascismo encontraba una oposición inquebrantable. Al precio de sacrificios infinitos y la vida de veinte millones de hijos, destruyó a los agresores y salvando a la patria de Lenin, y librando a Europa y al mundo de un terrible destino. Los patriotas de los paí-

ses ocupados y combatientes de numerosas naciones hicieron también su aporte valioso a la victoria común.

Nace el campo socialista, se liberan del coloniaje decenas de países y un ancho camino se abre al movimiento revolucionario mundial.

Sin embargo, al mundo no le espera una época de colaboración pacífica. El imperialismo es todavía muy poderoso y no saca las conclusiones pertinentes de la lección de Hitler. Estados Unidos, que había concluido la contienda con su poder industrial intacto y las arcas repletas de oro, se constituyó en el baluarte de la reacción mundial, ocupando el lugar del fascismo en su cruzada contrarrevolucionaria y en el papel de gendarme internacional. Inicia una amplia política de alianzas militares contra el campo socialista, rodea a la URSS, en todas partes promueve la subversión contra los países progresistas, desata la carrera armamentista e inaugura el bochornoso periodo de la Guerra Fría. En Cuba donde los comunistas habían ampliado considerablemente sus filas y ejercían la dirección de un poderoso movimiento obrero, esta política imperialista se hizo sentir con particular fuerza.

En 1940, se había aprobado una nueva Constitución, que recogía en su texto algunas de las conquistas de los años treinta y de las nuevas exigencias del movimiento popular, aunque muchos de sus preceptos eran letra muerta, en espera de leyes complementarias, que nunca se adoptaron. El proceso político siguió a partir de entonces cierto curso institucional.

En 1944, triunfa la oposición a Batista y asume la presidencia Grau San Martín. Este gobierno, producto de una elección en la que obtuvo una amplia mayoría y que había despertado ciertas esperanzas populares, constituyó una de las más grandes frustraciones de nuestro pueblo. Su política, rápidamente se hizo reaccionaria. A partir del año de 1946, se dio a la tarea de arrebatar a los comunistas la dirección del movimiento sindical. Todos los medios fueron empleados. A disposición de una

camarilla corrompida de dirigentes se puso todo el aparato del Estado. Cuando los métodos fraudulentos eran insuficientes, se acudía al asalto a los sindicatos y a la violencia descarnada. Este periodo coincidió con la Guerra Fría. El anticomunismo adquirió virulencia inusitada. Todos los medios de divulgación se pusieron al servicio del macartismo yanqui. Los comunistas eran desalojados de sus puestos de trabajo y hostigados por todos los medios posibles. Esto fue acompañado de una política abierta al servicio de los intereses patronales e imperialistas. En la administración pública, donde las recaudaciones habían aumentado por los precios relativamente altos del azúcar, el robo, la corrupción y la malversación adquirieron relieves nunca vistos; de la noche a la mañana surgían nuevos millonarios. La prensa burguesa contribuía a la confusión reinante, demagogia y la exaltación de los falsos valores políticos. La anarquía, el caos y la violencia reinaban por doquier. En las postrimerías de ese régimen, fue asesinado cobardemente el abnegado, combativo y ejemplar dirigente de los trabajadores azucareros Jesús Menéndez. Una impresionante manifestación popular acompañó sus restos.

Surge en ese periodo un movimiento de carácter cívico-político dirigido por Eduardo Chibás, que capitaliza una gran parte del descontento nacional y arrastra considerables masas de jóvenes y sectores del pueblo.

En las elecciones de 1948, con todos los recursos del poder, triunfa el candidato oficial Carlos Prío Socarrás. Su gobierno, fue una continuidad del latrocinio y la corrupción reinantes. Prosiguió la política de asaltos a los sindicatos. Numerosos dirigentes obreros comunistas fueron fríamente asesinados. La campaña anticomunista alcanzó extraordinaria fuerza. Se intentó llevar tropas a la guerra de Corea, lo que no fue posible por la resistencia del pueblo. Se suscribieron pactos militares con Estados Unidos. La entrega al imperialismo era total.

Los llamados gobiernos auténticos reflejaban una profunda crisis de nuestras instituciones políticas. La democracia repre-

sentativa y el parlamentarismo burgués eran incapaces en absoluto de resolver los graves problemas del país y, por el contrario, los agudizaban.

Chibás se suicida y muere el 16 de agosto de 1951. El movimiento político fundado por él contaba con notable apoyo popular, pero la dirección en muchos lugares del país estaba ya en manos de políticos tradicionales y terratenientes. En sus filas contaba, sin embargo, con elementos valiosos del pueblo, que más tarde jugaron un papel importante en la lucha contra la tiranía batistiana. En potencia, su masa era revolucionaria, pero carecía de dirección correcta. Su triunfo electoral en 1952, con amplio apoyo popular, incluidos los comunistas, estaba garantizado. Ello no traería por sí mismo cambios sociales en el país, pero abriría posibilidades futuras de acción a los revolucionarios. Allí estaba una gran parte del pueblo: pequeña burguesía y también sectores humildes, aunque muchos influidos por la incesante propaganda imperialista e incluso, con prejuicios sobre el comunismo, pero que hastiados de la situación reinante y víctimas de una opresión y una explotación, cuyas causas no alcanzaban todavía a comprender profundamente, ansiaban cambios radicales en la vida del país. Exceptuando los sectores más conscientes del proletariado, es decir, los comunistas, y una parte de los trabajadores organizados, nuestro pueblo humilde y explotado, aunque descontento y decidido a luchar contra la opresión reinante, no poseía una clara conciencia del fondo social del drama que vivía. El problema a resolver estratégicamente, era conducir a esa gran masa por los caminos de la verdadera revolución, que no podían ser por cierto institucionales. Eso lo comprendía ya perfectamente, y en eso pensaba el grupo de hombres, que más tarde organizaron la lucha insurreccional armada.

En 1952, irrumpe en la escena el fatídico golpe militar del 10 de marzo. Batista, que se alejó del poder en 1944, llevándose consigo decenas de millones de pesos, había dejado en los cuarteles el mismo ejército mercenario que usufructuando incontables

prebendas lo apoyó durante once años. Ese era el Ejército de la República, fundado por los yanquis en la primera ocupación militar, autor de numerosas represiones contra el pueblo, al que los sargentos sublevados en 1933, habían convertido en dócil instrumento de un caudillo militar que lo mantuvo al servicio incondicional de los intereses imperialistas de Estados Unidos. Ese Ejército, en todas las épocas, defendió siempre en nuestros campos, centrales azucareros y ciudades, los grandes intereses del imperialismo y la oligarquía nacional. En los desalojos campesinos, en las masacres de obreros, en el clima de terror imperante bajo la dictadura oligarca imperialista, que vivió el país desde los comienzos mismos de la República, el ejército mercenario jugó un papel fundamental. Los soldados, sargentos y oficiales constituían un cuerpo pretoriano al servicio de terratenientes, dueños de ingenios y patronos industriales. Los intereses mejor defendidos, eran, desde luego, los de los monopolios de Estados Unidos. Ese aparato de terror en manos de los opresores, constituía un obstáculo extraordinario al desarrollo social y político del país. Entrenado y equipado por Estados Unidos, representaba una fuerza, a juicio de muchos, invencible. Concebido como instrumento de represión popular, carecía de toda eficacia como salvaguarda de la soberanía del país, pero era temible en el orden interior como guardián armado del sistema social establecido.

En medio del caos, el descrédito y la desmoralización de los gobiernos civiles, le resultó fácil a Batista, cuyo oído estaba siempre atento a los deseos de Washington y ambicionaba desesperadamente el poder, penetrar por una posta del campamento de Colombia, hablar a sus soldados y convertirse de nuevo en amo del país con el pleno apoyo del imperialismo y la oligarquía nacional, que veían con preocupación el desenvolvimiento político de la nación. El gobierno desmoralizado de malversadores huyó sin la menor resistencia, abandonando al pueblo a su desventurada suerte. Otra vez

los tanques y las bayonetas se convirtieron en árbitros de la política nacional.

El pueblo recibió el golpe militar y el regreso de Batista al poder como una profunda humillación, que arrancaba de sus manos la decisión política del 1.º de junio, interrumpía el curso institucional iniciado en 1940 y agravaba los males que padecía la nación. Pero estaba totalmente inerte frente a los hechos. Las camarillas de dirigentes sindicales corrompidos del gobierno derrocado, se pasaron de inmediato al vencedor, la prensa burguesa lo apoyó y un fiero régimen de represión y violencia se inició en nuestra patria.

Los partidos y líderes tradicionales fueron incapaces en absoluto de vertebrar una resistencia a la dictadura militar reaccionaria. Entre tanto, los problemas sociales del país habían venido agravando como resultado del crecimiento de la población y el subdesarrollo de la economía estancada, desde hacía treinta años. Seiscientos mil desempleados constituían la reserva laboral utilizada en parte para hacer las zafras en un país, que en las primeras décadas del siglo cortaba la caña y cultivaba los campos, en gran medida, con trabajadores inmigrantes; decenas de miles de campesinos pagaban rentas o vivían como precaristas en tierras reclamadas por latifundistas; la clase obrera era explotada despiadadamente; el analfabetismo, la insalubridad, la miseria, los abusos, la malversación, el juego, la prostitución y los vicios reinaban por doquier.

En medio de esta situación, la ideología burguesa y proimperialista dominaba el escenario político. El anticomunismo, en pleno apogeo de la Guerra Fría, marcaba la tónica en todos los medios de divulgación masiva, desde la radio y la televisión hasta el cine, pasando por los periódicos, revistas y libros.

Aunque existía un destacamento abnegado y combativo de comunistas cubanos, la burguesía y el imperialismo habían logrado aislarlo políticamente. Sin excepción, los partidos burgueses se negaban a cualquier tipo de entendimiento con los

comunistas. El imperialismo dominaba de manera absoluta nuestra política nacional. Tal era el cuadro del país en vísperas del 26 de julio de 1953.

El verdadero pueblo, los obreros, campesinos, estudiantes y las capas medias carecían de armas y recursos para enfrentarse a la tiranía; era necesario encontrar un camino. El Ejército, con todo el poder en sus manos, abastecido y entrenado por Estados Unidos, era el dueño de la situación. ¿Cómo el pueblo inerme podía romper este complejo de fuerzas y hacer levantar definitivamente sus derechos sociales y nacionales, tantas veces frustrados a lo largo de la historia?

Los partidos políticos desalojados del poder, contaban con millones de pesos malversados y algunas armas, pero carecían de moral y voluntad de lucha. Los partidos que habían sido de la oposición acrecían de medios, de líderes y de estrategia de lucha. El partido marxista-leninista por sí solo, no contaba con medios, fuerza ni condiciones nacionales e internacionales para llevar a cabo una insurrección armada. En las condiciones de Cuba, en aquel instante, habría sido un holocausto inútil.

Pero, no hay situación social y política, por complicada que parezca, sin una salida posible. Cuando las condiciones objetivas están dadas para la revolución, ciertos factores subjetivos pueden jugar entonces un papel importante en los acontecimientos. Esto ocurrió en nuestro país. Esto no constituye un mérito particular de los hombres que elaboraron una estrategia revolucionaria, que a la larga resultó victoriosa. Ellos recibieron a la valiosa experiencia de nuestras luchas en el terreno militar y político; pudieron inspirarse en las heroicas contiendas por nuestra independencia, rico caudal de tradiciones combativas y amor a la libertad en el alma del pueblo, y nutrirse del pensamiento político que guió a la Revolución del 95 y la doctrina revolucionaria que alienta la lucha social liberadora de los tiempos modernos, que hicieron posible concebir la acción, sobre estos sólidos pilares: el pueblo, la experiencia histórica, las

enseñanzas de Martí, los principios del marxismo-leninismo, y una apreciación correcta de lo que en las condiciones peculiares de Cuba, podía y debía hacerse en aquel momento.

En el terreno práctico había que resolver la lucha armada contra un ejército moderno. Se enarbolaba por algunos la teoría reaccionaria de que se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, lo cual habría paralizado toda acción revolucionaria en nuestro país.

Surge la idea de iniciar la lucha en la provincia de Oriente, considerando las tradiciones combativas de la población, la topografía del terreno, la geografía del país, la distancia de la capital y del grueso de las fuerzas represivas, que tendrían que ser obligadas a recorrer grandes trayectos, para todo lo cual había que adquirir las armas tomándolas de los depósitos enemigos en esa provincia. La acción militar estaría unida a un intento de levantar al pueblo, desatando la huelga general revolucionaria, pero contemplaba desde entonces, la posibilidad de un repliegue a las montañas y el inicio de la guerra irregular, que tenía valiosos antecedentes en la historia de nuestras luchas por la independencia. Era ya en germen la idea de todo lo que efectivamente se realizó más tarde desde la Sierra Maestra. La acción militar y la lucha social y de masas estuvieron estrechamente vinculadas en las concepciones desde el primer instante.

La larga prédica, la lección y el ejemplo de los comunistas, iniciada en los días gloriosos de Baliño y Mella, al calor de la Revolución victoriosa de Octubre, habían contribuido a divulgar el pensamiento marxista-leninista, de modo que se convirtió en doctrina atrayente e incontrastable de muchos jóvenes, que nacían a una conciencia política. Los libros y la literatura revolucionaria jugaba de nuevo un papel en el seno de los acontecimientos históricos. El pueblo mismo tenía que despertar un día a las profundas verdades contenidas en la doctrina de Marx, Engels y Lenin. Entre tanto, la tarea que se planteaba a los nuevos elementos revolucionarios era interpretarla y aplicarla

a las condiciones específicas y concretas de nuestro país. Esta fue y tuvo que ser obra de nuevos comunistas, sencillamente, porque no eran conocidos como tales y no tuvieron que padecer en el seno de nuestra sociedad, infestada de prejuicios y controles policíacos imperialistas, el terrible aislamiento y la exclusión que padecían los abnegados combatientes revolucionarios de nuestro primer partido comunista. Si bien este no era el pensamiento generalizado de todos los que iniciaron el camino de la lucha armada revolucionaria en nuestro país, si lo era de sus principales dirigentes. Por lo demás, había una mezcla de sentimientos patrióticos, democráticos y progresistas en los miembros de sus filas, de verdadera pureza política, abnegación y desinterés como solo los trabajadores son capaces de experimentar, pues eran en su casi totalidad, precedentes de familias humildes y experimentaban con terrible fuerza la conciencia o el instinto de liberación social y política. Los pocos que no lo eran, habían adquirido su formación política del estudio, la vocación y la sensibilidad revolucionaria. Pero, incluso, esa formación de los nuevos dirigentes tendría que pasar por la experiencia misma de la vida revolucionaria para profundizar en la práctica, lo que solo en teoría eran ya firmes convicciones políticas. Pero, en los jóvenes combatientes que surgían, al revés de lo que ocurre muchas veces, desgraciadamente en otros países, había un profundo respeto y admiración hacia los viejos comunistas, que durante años heroicos y difíciles, habían luchado por el cambio social y mantuvieron en alto, con firmeza inmovible, las hermosas banderas del marxismo-leninismo. Ellos fueron en muchos casos sus maestros intelectuales, sus inspiradores y sus émulos de lucha. Aun en la atmósfera burguesa que se respiraba en la Universidad y otros círculos juveniles, Mella y Martínez Villena eran universalmente admirados, y los comunistas, por su abnegación, honestidad y consagración a la causa, eran profundamente respetados. Esta es una gran lección de nuestra Revolución, que no siempre en el exterior es tomada

en cuenta, porque muchos, sin embargo, son sensibles a su pureza y magnitud histórica. La historia debe de ser respetada y expuesta tal como sucedió exactamente.

El asalto al cuartel Moncada no significó al triunfo de la Revolución en ese instante, pero señaló el camino y trazó un programa de liberación nacional, que abriría a nuestra patria las puertas del socialismo. No siempre en la historia, los reveses tácticos son sinónimos de derrota. Como han expresado sus propios organizadores, la victoria en 1953 habría sido tal vez demasiada temprana para contrarrestar las desventajas de la correlación mundial de fuerzas en aquel instante. El imperialismo yanqui era extraordinariamente poderoso, y si la Revolución hubiese sido puesta en la disyuntiva de claudicar o perecer, habría sin duda perecido antes que claudicar. Pero la historia no transcurre en ningún país en estas alternativas imponderables y a veces trágicas. Lo importante para abrir el camino hacia el futuro, en determinadas circunstancias, es la voluntad inquebrantable de lucha y la propia acción revolucionaria. Sin el Moncada no habría existido el *Granma*, la lucha de la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del 1.º de enero de 1959. De igual modo, sin la epopeya del 68 y el 95, Cuba no sería independiente y el primer país socialista de América, sino casi con toda seguridad, un Estado más del odioso imperialismo yanqui. El sentimiento nacional se habría frustrado para siempre y ni siquiera se hablaría el español en nuestra hermosa tierra. Sobre la sangre y el sacrificio de sus hijos se ha fundado la patria independiente, revolucionaria y socialista de hoy.

A los cinco años, cinco meses y cinco días del asalto al Moncada, triunfó la Revolución en Cuba. Un récord verdaderamente impresionante, si se tiene en cuenta que transcurrieron para sus dirigentes casi dos años de cárcel, más de año y medio de exilio y veinticinco meses de guerra. Lapso en que la correlación mundial de fuerzas también había cambiado lo suficiente como para que la Revolución Cubana pudiera sobrevivir.

No fue solo necesaria la acción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el periodo de lucha insurreccional, no hubiese sido todavía comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria. En aquel entonces, el derrocamiento de la sangrienta tiranía batistiana y el programa del Moncada unían a todo el pueblo. Cuando más tarde, la Revolución pujante y victoriosa no vaciló en seguir adelante, algunos dijeron que había sido traicionada, sin tomar en cuenta que la verdadera traición consistía en que la Revolución se hubiese detenido en la mitad del camino. Derramar la sangre de miles de los hijos del pueblo humilde para mantener el dominio burgués e imperialista y la explotación del hombre por el hombre, habría sido la más indignante traición a los muertos y a todos los que lucharon desde el 68 por el porvenir, la justicia y el progreso de la patria.

Tampoco se detuvo jamás la Revolución ante los reveses. Moncada y Alegría de Pío, dos amargas derrotas, no impidieron el curso ulterior de la lucha. Con siete armas se inició de nuevo la contienda en la Sierra Maestra y al cabo de dos años, el ejército de la tiranía, supuestamente invencible, había sido liquidado y el pueblo victorioso empuñaba los ochenta mil fusiles, que un día se esgrimieron contra la nación. La guerra propiamente constituyó un alentador ejemplo de lo que podían lograr el tesón y la voluntad revolucionaria de un pueblo. Los combatientes revolucionarios armados, en la fase final de la lucha, apenas rebasaban los tres mil hombres. Las armas fueron arrebatadas al enemigo en los combates. No hubo logística exterior tampoco en nuestra última guerra por la independencia. Nuestros obreros y campesinos, integrados en el Ejército Rebelde, con el apoyo de las capas medias, pulverizaron la tiranía, destruyeron

el aparato armado de la opresión y alcanzaron la independencia plena de la patria. La clase obrera, con su huelga general revolucionaria en la batalla final, aportó un elemento decisivo al triunfo. Esta brillante hazaña de nuestra Revolución en el terreno militar es, por cierto, poco conocida en el exterior del país. Sobre ella se ha publicado en forma anecdótica y esporádica, pero su historia sistemática y documentada está por escribir.

Todas las maniobras imperialistas de última hora: golpe de Estado militar, gobierno provisional, etcétera, fueron destruidas. El imperialismo tenía que vérselas ahora con una nación latinoamericana, sin ejército represivo y con un pueblo armado. Eso significó el 1.º de enero de 1959. A los noventa y dos años del Grito de Demajagua, Cuba era al fin, dueña absoluta de su destino, y las banderas de los heroicos caídos del Moncada flameaban victoriosas en nuestra patria.

Esto no fue obra solo del Movimiento 26 de Julio. El partido marxista-leninista, que agrupaba a lo mejor de nuestra clase obrera, pagó un elevado tributo de sangre entregando la vida de muchos de sus hijos. Los combatientes del Directorio Revolucionario, protagonizaron numerosos episodios heroicos, como el ataque al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1957, y participaron activamente en la lucha insurreccional. De estas canteras surgió más tarde nuestro glorioso partido comunista.

El día 1.º de enero de 1959, al arribar a la ciudad de Santiago de Cuba, dijimos:

¡Al fin hemos llegado a Santiago! Duro y largo ha sido el camino, pero hemos llegado. Esta vez no se frustrará la revolución. Esta vez por fortuna para Cuba, la revolución llegará de verdad a su término; no será como en el 95, que vinieron los norteamericanos y se hicieron dueños del país; intervinieron a última hora y después ni siquiera a Calixto García, que habían luchado durante treinta años, lo dejaron entrar en Santiago de Cuba; no será como en el 33, que cuando el pueblo empezó a creer que la revolución se

estaba haciendo, vino el señor Batista, traicionó la revolución, se apoderó del poder e instauró una dictadura feroz; no será como en el 44, año en el que las multitudes se enardecieron creyendo que al fin el pueblo había llegado al poder y los que llegaron al poder fueron los ladrones. ¡Ni ladrones ni traidores ni intervencionistas, esta vez sí es una revolución!

Pero, estábamos también conscientes de las dificultades y al arribar a la capital de la República, el 8 de enero de 1959, expresamos: «Estamos en un momento decisivo de nuestra historia. La tiranía ha sido derrotada. La alegría es inmensa. Y, sin embargo, queda mucho por hacer todavía. No nos engañamos creyendo que en lo adelante todo será fácil. Quizás en lo adelante toda sea más difícil».

Sabemos que se iniciaba una etapa enteramente nueva en la historia de la patria, que el camino sería largo y duro, pero que unidos estrechamente al pueblo, marcharíamos adelante. Llegaba el momento de cumplir las promesas del Moncada.

Una de las primeras medidas de la Revolución fue castigar ejemplarmente a los principales responsables de los crímenes cometidos por la tiranía batistiana. Los torturadores y asesinos, victimarios de incontables patriotas a lo largo de nuestra historia, jamás habían tenido que rendir cuenta de sus hechos. Este elemental acto de justicia, que reclamaba unánimemente nuestro pueblo, dio lugar a una feroz campaña de la prensa imperialista contra la Revolución. En Estados Unidos, sin embargo, decenas de criminales lograron refugiarse y recibieron protección y asilo llevando sobre sus conciencias el asesinato de miles de cubanos.

De igual modo, se procedió a la confiscación inmediata de todos los bienes mal habidos por los funcionarios del sangriento régimen. Eso también ocurría por primera vez en nuestra historia.

El viejo Ejército, que había reprimido cruelmente al pueblo, fue totalmente disuelto, asumiendo la función correspondiente a las fuerzas armadas, el glorioso Ejército Rebelde, que como dijo Camilo: «era el pueblo uniformado». La Administración Pública fue saneada de elementos que habían sido cómplices de la tiranía.

La malversación de fondos públicos, las prebendas y la funesta práctica del cobro de sueldos sin desempeñar el cargo, fueron erradicadas de inmediato.

Los partidos políticos, que habían servido a la opresión, quedaron disueltos.

La dirección corrompida y entreguista de los sindicatos fue barrida, restableciéndose los derechos a los trabajadores.

Los obreros despedidos de sus centros de trabajo bajo la tiranía, fueron reintegrados a sus cargos. Cesaron en el acto los desalojos campesinos.

El 3 de marzo de 1959, se dispone la intervención de la Compañía Cubana de Teléfonos, monopolio yanqui implicado en turbios negocios con la tiranía, contra los intereses del pueblo.

El 6 de marzo se dictó una ley que rebajaba hasta el 50 %, los onerosos alquileres que pagaba el pueblo, medida que despertó gran entusiasmo en la población urbana y suscitó verdadera conmoción en los medios burgueses.

El 21 de abril, se declaran de uso público todas las playas del país, suprimiendo el exclusivismo y la odiosa discriminación establecidos por la burguesía en muchos de estos centros.

El 17 de mayo, se dictó la primera Ley de Reforma Agraria. Este paso resuelto, necesario y justo nos enfrentó directamente no solo a la oligarquía nacional, sino también al imperialismo, pues muchas empresas norteamericanas poseían considerables extensiones de las tierras más fértiles del país dedicadas, sobre todo, a plantaciones cañeras. Aunque el límite máximo establecido de 30 caballerías, equivalente a 402 hectáreas, era todavía relativamente amplio, había empresas norteamericanas que

poseían hasta 17 mil caballerías, es decir, 227 mil hectáreas, con relación a las cuales la ley era profundamente radical.

El 20 de agosto de 1959, son rebajadas las tarifas eléctricas, poniendo fin a los abusos de otro poderoso monopolio imperialista.

Aparte de las medidas señaladas, que se aplicaron en el corto espacio de unos meses, la Revolución desde los primeros instantes dio pasos para enfrentar el terrible azote del desempleo, y prestó especial atención a la lucha por mejorar las pésimas condiciones de la educación y la salud pública. Miles de maestros fueron enviados a las zonas rurales y numerosos hospitales comenzaron a ser construidos en los más apartados rincones de nuestros campos.

El juego, el tráfico de drogas y el contrabando fueron suprimidos radicalmente, a lo que más tarde seguirán los pasos necesarios para eliminar la prostitución, que tan humillante destino imponía a tantas mujeres humildes del pueblo, mediante medidas humanas y justas que incluían educación y empleo para sus decenas de miles de víctimas.

En relativamente poco tiempo, se comenzó a trabajar con éxito en la erradicación de los barrios de indigentes, que tanto abundan en las grandes ciudades de América Latina.

Poco a poco desapareció la mendicidad y no fue visto más el espectáculo de niños abandonados y descalzos, pidiendo limosnas por las calles.

El país, sin embargo, se encontraba en apretadas condiciones económicas: el precio del azúcar estaba deprimido y las reservas de divisas del país habían sido saqueadas por la tiranía.

Como este programa de realizaciones, era seguido con hostilidad creciente por el imperialismo yanqui, los créditos comerciales de Estados Unidos fueron suprimidos y las importaciones necesarias al país se vieron considerablemente afectadas. Esto obligó a la Revolución a adoptar severas medidas de austeridad. Pero no lo hizo a costa de los sectores humildes del pueblo,

como suele ocurrir en el mundo capitalista. Se suprimieron las importaciones de bienes superfluos y se estableció una distribución igualitaria de los productos esenciales que, sin lugar a dudas, fue una de las medidas más justas, radicales y necesarias implantadas por la Revolución, que habría de enfrentar en los años futuros una lucha desesperada por la supervivencia.

Pero el imperialismo no estaba dispuesto a permitir tranquilamente el desarrollo de una Revolución en Cuba. Fracasados sus planes de impedir el triunfo con un golpe de Estado militar al final de la guerra, victorioso y armado el pueblo, ensayó fórmulas diplomáticas; reconoció al Gobierno Revolucionario y envió a su embajador, quien recibido con extraordinario despliegue de publicidad por la prensa burguesa, asumió de inmediato las habituales actitudes de procónsul, que caracterizaban a estos funcionarios yanquis en Cuba, a fin de presionar, frenar y domesticar a la Revolución. El esfuerzo era, sin embargo, inútil. Por primera vez se encontraban en Cuba con un pueblo sobre las armas y un Gobierno Revolucionario sobre el poder. No existía un ejército mercenario al que recurrir para poner en último instante sus dictados y proteger sus intereses. Ya desde los primeros meses, la misión militar norteamericana, que había instruido al ejército de Batista y que todavía pretendía permanecer en su pueblo, fue despedida sin protocolo alguno.

Se trataba de una situación enteramente nueva. Aún le quedaban, sin embargo, al imperialismo poderosos recursos en nuestro país. Las empresas monopolistas, los terratenientes y burgueses eran dueños de la nación. Aparte de la economía, todos los medios de divulgación masiva se encontraban en sus manos y nuestra sociedad estaba infestada de ideología reaccionaria. A muchos de nuestros ciudadanos, incluidas personas de procedencia y condición humildes, la palabra socialismo infundía pavor y mucho más todavía concitaba temor el vocablo comunismo. Era la secuela de decenas de años de propaganda páfida y calumniosa contra las ideas revolucionarias. Sin una

idea elemental de la raíz social de los problemas nacionales y las leyes objetivas que rigen el desarrollo de la sociedad humana, una parte considerable de nuestro pueblo era víctima de la confusión y del engaño. Más que ideas políticas, los explotadores habían logrado inculcarles a muchos, verdaderos reflejos reaccionarios. La presencia de una capa relativamente alta, de pequeña burguesía en el seno de nuestra sociedad, el atraso cultural y el analfabetismo, facilitaba el trabajo político del imperialismo y las clases dominantes. Si éramos una colonia en lo económico, lo éramos también ideológicamente de Estados Unidos. Un viejo orden social no se mantiene solamente por la fuerza de las armas, el poder del Estado y la omnipotencia económica de sus clases privilegiadas, sino también en grado muy alto por las ideas reaccionarias y los prejuicios políticos que inculcan a las masas. En la época de las revoluciones socialistas que constituyen el más profundo y radical cambio en la vida de la humanidad, este factor se revela con particular fuerza. Todo cambio social revolucionario supone por ello la erradicación de la vieja cultura política y el triunfo de las nuevas ideas. En nuestro país, las ideas libraron sus batallas al lado de los acontecimientos. El pueblo en realidad adquirió conciencia socialista con el desarrollo de la revolución y la violenta lucha de clases desatada, tanto en el plano nacional como en el internacional. La pugna de intereses del pueblo con sus opresores engendró la revolución y la revolución elevó esta pugna de intereses a su grado más alto. Esta lucha desarrolló extraordinariamente la conciencia de las masas. Les hizo ver en el transcurso de unos meses, lo que en decenas de años de explotación despiadada y dominio burgués imperialista solo una minoría había alcanzado a comprender.

Ya desde los primeros meses de la Revolución el imperialismo y la reacción, acudiendo a los métodos clásicos, lanzaron una feroz campaña anticomunista apoyado por todos los medios de divulgación, que estaban todavía en sus manos. El arma

del anticomunismo fue empleada a fondo, para confundir a las masas cuando eran débiles todavía políticamente; con ello esperaban dividir al pueblo, a las organizaciones revolucionarias y al propio Ejército Rebelde, restar apoyo al gobierno y alentar las corrientes reaccionarias. Pero la confianza del pueblo en la Revolución, la autoridad política de sus dirigentes, el firme espíritu de unidad revolucionaria y sobre todo los hechos y las medidas incuestionables justas de la Revolución, fueron factores que ayudaron tremendamente a derrotar esta peligrosa maniobra que, de prosperar, habría dado al traste con el proceso revolucionario.

Ahora bien, en las condiciones de un país como Cuba, ¿podía la Revolución concretarse al simple objetivo de la liberación nacional, manteniendo el régimen capitalista de explotación, o debía avanzar también hacia la definitiva liberación social? El imperialismo no podía tolerar siquiera una revolución nacional libertadora en Cuba. Apenas se dictó la Ley de Reforma Agraria, Estados Unidos comenzó a dar los primeros pasos para organizar una operación militar contra Cuba, mucho menos estarían dispuestos a tolerar el socialismo en nuestro país. La mera idea del ejemplo que significaría para América Latina una revolución cubana victoriosa, espantaba a los círculos gobernantes yanquis; pero la nación cubana no tenía alternativa, el pueblo ni quería ni podía detenerse. Nuestra liberación nacional y social estaban indisolublemente unidas, avanzar era una necesidad histórica, detenerse una cobardía y una traición que nos habría llevado de nuevo a ser una colonia yanqui y esclavos de los explotadores. Naturalmente, que las condiciones para la liberación definitiva para nuestro país, en el terreno nacional y social, estaban dadas por la nueva correlación de fuerzas en el escenario mundial, pero en aquel entonces más que un cálculo frío de todas las posibilidades, prevaleció en el ánimo del pueblo y sus dirigentes la decisión de ser libres a cualquier precio, incluso el del holocausto nacional. Creemos que este factor era

fundamental, sin ello habría sido inútil toda la cooperación y solidaridad internacional que recibimos después.

La historia transcurre en función de leyes objetivas, pero los hombres hacen la historia, es decir, la adelantan o la retrasan considerablemente, en la medida que actúan o no en funciones de esas leyes. Estados Unidos usaría todos los medios para aplastar a la Revolución Cubana, pero su propia acción no consiguió otra cosa que acelerar el proceso revolucionario. La acción imperialista y la respuesta revolucionaria estuvieron indisolublemente asociadas con el desarrollo de los acontecimientos. Nuestro pueblo ha salido victorioso en esta épica prueba que estuvo repleta de mortales peligrosos, pero la lucha no fue en ningún sentido fácil. En todo instante una intensa movilización de masas y de educación política acompañó al proceso revolucionario. Cuando fue necesario no vacilamos en nacionalizar los medios de divulgación masiva, arrebatándoselos a la reacción y al imperialismo, para ponerlos al servicio del pueblo y su heroica causa.

Los terratenientes y la burguesía nacional lo confiaban todo a Estados Unidos, puede decirse, que el imperialismo dirigió omnímodamente a la contrarrevolución interna. Pero, no se limitó a maniobras diplomáticas y campañas ideológicas, acudió progresivamente a todo su arsenal de medidas contrarrevolucionarias. Dueño y señor de América Latina, movilizó rápidamente su ministerio de colonias en este hemisferio, la Organización de Estados Americanos, para aislar a Cuba y agredirla en el terreno político, económico y militar.

Cuando Estados Unidos comprendió, que la Revolución no retrocedería ni se plegaría a sus presiones, comenzó la cadena de agresiones económicas, a la vez que reclutaba mercenarios y los entrenaba para actos de sabotaje y acciones militares. En nuestro caso las agresiones económicas concitan la codicia de las corrompidas oligarquías que gobernaban en América Latina. Durante casi un siglo se había ido creando un mercado para nuestro azúcar en Estados Unidos. Fuimos los abastecedores de ese país desde la

época de la colonia. En las guerras mundiales, el pueblo norteamericano recibió a bajos precios el abastecimiento seguro del azúcar cubano. Este era, además, el único renglón de nuestra economía con algún desarrollo del cual dependía el sustento de millones de cubanos, que era por cierto bien escaso, pues el pueblo trabajador recibió siempre muy poco del fruto de su esfuerzo, ya que la mayor parte, invariablemente, quedaba en manos de oligarcas, burgueses y monopolios extranjeros, lo mismo en la época de esclavitud que después bajo las formas de trabajo asalariado.

Cuando una política de justicia social no podía ser permitida en nuestra patria, el imperialismo, pisoteando groseramente los derechos históricos de Cuba, se propuso comprar con nuestra cuota azucarera en el mercado de Estados Unidos, la impúdica conciencia de otros gobiernos latinoamericanos. Este fue en parte el precio de la bochornosa complicidad de las oligarquías latinoamericanas, para sumarse a las agresiones del imperialismo a Cuba, aparte de que un elemental espíritu de clase y su histórica sumisión a Estados Unidos los llevaban por ese camino. Hubo mucho de repugnante interés, turbio y podrido egoísmo en la cínica historia de la OEA con relación a Cuba. De por medio estaba el azúcar y otros sorbidos intereses materiales ocultos bajo las actitudes anticomunistas y otras poses de meretrices disfrazadas de vírgenes vestales. En consecuencia, las cuotas azucareras cubanas fueron criminalmente suprimidas y repartidas entre otros países, esto, por si lo, habría bastado para asfixiar la economía de cualquier nación.

No eran, sin embargo, los únicos recursos de Estados Unidos. La mayoría de nuestros escasos centros industriales estaban equipados con maquinaria de ese país, industria eléctrica, refinerías de petróleo, las minas, los talleres textiles, la industria alimenticia, etcétera; otro tanto ocurría con el transporte y los otros medios mecánicos de producción.

Estados Unidos suprimió de modo absoluto la exportación de piezas de repuesto a Cuba, no solo por parte de su industria

interna, sino también de sus numerosas subsidiarias en todo el mundo. Este golpe también habría sido anonadante para cualquier economía.

El tercer golpe criminal en el terreno económico fue la supresión del combustible. Ellos eran los suministradores de este elemental producto a través de sus empresas monopolistas, que controlaban casi todo el abastecimiento del mundo y eran los propietarios de las refinerías radicadas en Cuba.

Al conjunto de estas medidas, se sumó en último término, la prohibición de todo comercio con nuestro país, incluido alimentos y medicinas. Estos suministros habían llegado siempre fundamentalmente de Estados Unidos, en virtud de los tratados comerciales que nos impusieron a principios de siglo. En Cuba no había almacenes ni siquiera al por mayor. Estos radicaban más bien en aquel país, donde los pedidos se hacían con un corto tiempo de anticipación. A esto se sumaba el hecho de que la mayor parte de las economías de los países del mundo occidental estaban sometidas a Estados Unidos y las medidas de bloqueo económico eran en general acatadas, no solo por las subsidiarias yanquis, sino también por los gobiernos de esos países.

Ningún pueblo de América Latina recibió jamás golpes tan brutales a sus medios de subsistencia.

Pero, las agresiones de Estados Unidos no se limitaban ni mucho menos al terreno económico. Las puertas de ese país, que antaño se limitaban a un grupo muy reducido de ciudadanos, fueron abiertas de par en par a todos los que quisieran marcharse de Cuba. Terratenientes, burgueses, politiqueros, esbirros, proxenetas, explotadores del vicio, e incluso, lumpen proletarios aprovecharon la oportunidad. Uno de los objetivos fundamentales de esa política, aparte de cínicas campañas contra la Revolución, disfrazadas de ridículo humanitarismo y el reclutamiento de mercenarios para futuras agresiones, era privar al país de profesionales y técnicos, muchos de los cuales ha-

bían estado al servicio de la burguesía y con franca mentalidad pequeñoburguesa se asustaban de los cambios revolucionarios. Por esa vía le arrancaron al país miles de médicos, numerosos ingenieros, arquitectos, profesores, maestros, laboratoristas y técnicos en general. Este robo abarcó, incluso, personal calificado de industrias y centros de producción importantes, parte del cual disfrutaba de los privilegios inherentes a la llamada aristocracia obrera.

Fue el último movimiento anexionista que escenificaron las clases reaccionarias en Cuba, solo que en este caso, al cumplir sus sueños, anexionaron sus personas al imperio, pero no a la patria.

A la Revolución no le interesaba mantener a alguien en Cuba contra su voluntad, a pesar de que se trataba de la opción de permanecer en un país subdesarrollado, de ingresos per cápita varias veces inferiores a Estados Unidos, o marcharse a la nación más industrializada y de más alto estándar de vida material del mundo. Se aceptó el reto. Creíamos firmemente que la construcción del socialismo era obra de revolucionarios y patriotas, y nos dimos a la tarea de formar nuevas generaciones de técnicos verdaderamente dignos de la misión histórica que debían cumplir.

Las masas ignorantes de los desposeídos, a juicio de los yanquis, fracasarían al tener que hacerse cargo del país.

Nuestro pueblo admirable sobrevivió y venció. Hoy son incontables los que se lamentan de haber escogido el país del egoísmo y la inhumanidad para vivir.

El imperialismo, a través de la Agencia Central de Inteligencia, apoyándose en las clases reaccionarias, se dio también a la tarea de organizar decenas de grupos contrarrevolucionarios para promover la subversión y el sabotaje.

Pero si todo esto fracasaba, el golpe de gracia al país sería dado en el terreno de la violencia contrarrevolucionaria y militar. Utilizando elementos seudorrevolucionarios, antiguos agentes de la tiranía y desafectos de toda clase, organizó y suministró recursos

económicos y equipos a numerosas bandas armadas contrarrevolucionarias en las montañas del Escambray. Allí quiso constituir, rememorando las acciones contrarrevolucionarias de la nobleza y el clero reaccionario de Francia, de después de 1789, una especie de Vendée¹⁸ a la Revolución, no obstante que la mayoría de los campesinos de la región y los obreros agrícolas estaba firmemente unidos a la causa del pueblo. Estas bandas armadas fueron organizadas después en todas las provincias, incluso, en la de La Habana. Eran suministradas descaradamente por mar y aire desde Estados Unidos. Cometieron numerosos y abominables crímenes contra maestros, estudiantes alfabetizadores, militantes revolucionarios, obreros, campesinos y administradores de la economía popular. La lucha contra estas bandas costo a nuestro pueblo numerosas vidas y a la economía cientos de millones de pesos.

En las ciudades los sabotajes a centros de producción costaron la sangre preciosa de valiosos hijos de nuestro pueblo trabajador.

Parejamente a esto, se organizó la expedición mercenaria de Girón. Guatemala y otros países latinoamericanos prestaron desvergonzadamente sus territorios para estas agresiones. Los aviones que atacaron nuestras bases aéreas al amanecer del 15 de abril de 1961 traían insignias de nuestra fuerza aérea. Varios de ellos aterrizaron después en territorio de Estados Unidos, mientras el representante de ese país en las Naciones Unidas declaraba con tranquilo cinismo, que eran aviones cubanos que se habían sublevado contra el régimen. Una fuerza mercenaria, con el más moderno equipo bélico, desembarcaba dos días después en la bahía de Cochinos para iniciar la invasión del país. El objetivo claro era ocupar un espacio del territorio cubano, constituir un gobierno provisional y solicitar la intervención de la OEA, es decir, de Estados Unidos.

¹⁸ Insurrecciones contrarrevolucionarias durante la Revolución Francesa.

La fulminante respuesta de nuestro pueblo, que en menos de setenta y dos horas aplastó al ejército mercenario, frustró los planes tan esmeradamente elaborados por la CIA y el Pentágono.

No quedaba en el territorio militar sino una alternativa a Estados Unidos: la invasión directa a Cuba. Hacer con nuestro país lo que después hicieron con Vietnam. La firme convicción de que el imperialismo yanqui, en un momento dado y utilizando cualquier pretexto, lanzarían sus fuerzas militares en un ataque directo contra Cuba, y nuestro criterio de que las medidas propuestas para prevenir lo fortalecerían al campo socialista en su conjunto, determinaron nuestra decisión de suscribir el acuerdo cubano-soviético sobre el establecimiento de armas nucleares en nuestro territorio, que originó después la Crisis de Octubre.

Estados Unidos no se resignó al derecho soberano de nuestro país a decidir sobre sus relaciones internacionales y adoptar las medidas pertinentes para su defensa. Ello puso seriamente en peligro la paz mundial. La guerra se evitó afortunadamente para toda la humanidad. Pero, el Gobierno de Estados Unidos tuvo la oportunidad de comprobar hasta donde su descabellada, abusiva y aventurera agresión contra un pueblo pequeño e indoblegable ,podía conducir a una catástrofe y hasta donde, en el mundo de hoy, su omnipotencia imperial tenía un límite infranqueable en la fuerza creciente y la solidaridad del campo revolucionario. Como parte de la solución, se vieron obligados al compromiso de no invadir Cuba. A los cubanos nos costó entonces comprender en todo alcance el valor de aquella fórmula; hoy después de trece años vemos objetivamente que la Crisis de Octubre de 1962 significó la victoria del campo revolucionario. La URSS es ahora más poderosa que entonces, la correlación de fuerzas ha variado considerablemente a favor de las fuerzas revolucionarias y, Estados Unidos no pudo eludir el cumplimiento de aquel compromiso.

Dada la alternativa terrible de guerra que surgió, la victoria consistió en preservar la paz en uno de sus momentos de más riesgo. Sin sacrificar los objetivos políticos fundamentales. El éxito aparente del imperialismo se ha disuelto con el tiempo como pompa de jabón. Después de aquella escalofriante prueba, incluso, la Guerra Fría comenzó a ceder.

Aunque después de esa fecha fueron organizadas por el Gobierno de Estados Unidos bases militares en Centroamérica y la Florida, para realizar ataques piratas contra nuestras costas, muchos de los cuales se llevaron a cabo, estos hechos constituían los últimos zarpazos del orgullo imperial herido, pero impotente. El comprometimiento ulterior de Estados Unidos en Vietnam y la heroica resistencia de ese pueblo hermano, terminaron por reducir progresivamente la acción militar contra Cuba y nuestro pueblo pudo disfrutar de un periodo de relativa paz.

Para los que se pregunten cómo es posible que Cuba, a noventa millas de Estados Unidos, se haya librado de una guerra devastadora como la que sufrió Vietnam a veinte mil kilómetros de distancia, los hechos referidos lo explican perfectamente.

A grandes rasgos es así: en la guerra de liberación, creyeron que se trataba de un simple problema de orden interno y que el ejército de Batista, con la ayuda de los asesores yanquis, aplastaría a los combatientes. Entonces ni siquiera sospechaban su potencialidad revolucionaria. Cuando fueron a maniobrar para sustituir a Batista e impedir el triunfo revolucionario, imaginándose que disponía de tiempo, la fulminante ofensiva del Ejército Rebelde de 1958, los sorprendió. El 1.º de enero de 1959 no había ya ejército mercenario. Ofensiva diplomática, presiones políticas, brutal agresión económica que vinieron después, también fracasaron. Subversión, bandas armadas contrarrevolucionarias, ataque a Playa Girón; aplastamiento de la invasión sin tiempo a la OEA para intervenir, liquidación de las bandas armadas. Por último, intenciones evidentes de invadir a Cuba:

Crisis de Octubre y compromiso de no realizar un ataque militar directo contra nuestra patria.

Cada uno de los pasos fundamentales que dio o quiso dar el imperialismo llegaban demasiado tarde y en todos los casos estuvieron preñados de subestimación al pueblo de Cuba, su capacidad de resistencia y su espíritu de combate.

De este modo, nuestro pueblo, con su firmeza y decisión heroica en cada instante, apoyado en la solidaridad revolucionaria internacional, se libró de peligros que habrían costado la vida a millones de sus hijos e infinita destrucción material.

Debe añadirse que la Agencia Central de Inteligencia, durante muchos años organizó decenas de atentados contra la vida de los dirigentes de la Revolución Cubana. Las armas más sofisticadas, como venenos capaces de matar ciudades enteras, pistolas con silenciador y balas microscópicas envenenadas, que no dejaban prácticamente huellas en la piel; lapiceros equipados con agujas minúsculas, que podrían ser usados sin que la víctima se percatarse de ello, para inocular pavorosos productos tóxicos de efecto retardado, que mataban sin que pudiera diagnosticarse después la causa del fallecimiento, se encontraban en el arsenal de recursos de la CIA para estos fines, aparte de fusiles con mira telescópica, bazucas, cañones sin retroceso, ametralladoras, explosivos y otros medios más convencionales, que muchas veces entregaron a sus agentes para realizar los atentados. Connotados miembros de la mafia fueron contratados también para estos propósitos. Hoy se conoce una parte de esta tenebrosa página de terror oficial por propia confesión de una comisión del Senado de Estados Unidos. Jamás en la historia de las relaciones internacionales se habían sistematizado semejante prácticas, que este caso eran realizadas por un Estado poderoso y moderno, contra la vida de dirigentes de otro país. Este hecho reviste por sí mismo una connotación insólita. Ni una sola voz, sin embargo, en el concierto de la OEA se ha levantado para hacer una denuncia de tan criminales prácticas, y

esa fue la institución infame que por encontrar al marxismo-leninismo incompatible con el sistema, nos expulsó de sus filas e invocando la subversión años después, nos condenó a brutales medidas de bloqueo económico y aislamiento político.

Los organismos de seguridad del Estado revolucionario, con la eficaz ayuda de los Comités de Defensa de la Revolución y de todo el pueblo, destrozaron estos planes de la CIA, y ello sin duda constituyó otra brillante victoria de la Revolución.

Nuestro pueblo respondió contundentemente a cada una de las agresiones del imperialismo. El 26 de octubre de 1959 se crearon las Milicias Nacionales Revolucionarias.

El 5 de marzo de 1960, se lanzó la consigna de Patria o Muerte, en el entierro de los mártires de *La Coubre*. El 8 de mayo, de ese mismo año, se restablecieron las relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El 6 de agosto, se nacionalizaron las refinerías de petróleo, las empresas de electricidad y teléfonos y treinta y seis centrales azucareros, propiedades todas de empresas norteamericanas. El 2 de septiembre, en acto de masas, bajo el eco de los estallidos de bombas contrarrevolucionarias, se crearon los Comités de Defensa de la Revolución. El 13 de octubre, de ese mismo año, se nacionalizan todos los bancos y trescientos ochenta y tres grandes empresas económicas.

Un día después, el 14 de octubre, se dictó la Ley de Reforma Urbana.

El programa del Moncada se había cumplido en lo esencial y la Revolución Cubana, en medio de épica lucha antimperialista, pasaba a la etapa socialista.

Cuando en abril de 1961, los aviones bombardeaban nuestros aeropuertos y los mercenarios invadían Girón, cien mil jóvenes cubanos y decenas de miles de maestros se encontraban en los campos llevando a cabo la Campaña de Alfabetización, en el más gigantesco esfuerzo que ningún país haya realizado en ese sentido. En solo un año Cuba paso a ser la nación de más bajo

índice de analfabetismo en toda América Latina. El pueblo cubano supo librar batallas simultáneas en varios campos. En uno, con las armas, en otro, con los libros; mientras en los centros de trabajo y fábricas los que quedaban, realizaban la producción de los que marchaban a combatir. En abril tenía también lugar la zafra. Ninguna actividad fundamental se paralizó.

El Estado, las fuerzas armadas y las organizaciones de masas no poseían el nivel de desarrollo y organización con que cuentan hoy. Las organizaciones revolucionarias no se habían fundido todavía en un solo partido, pero entre las direcciones del Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario existía una estrecha cooperación, los contactos eran frecuentes y las decisiones fundamentales eran apoyadas por todos. Como ningún proceso de esta índole se desarrolla idílicamente, existieron a veces contradicciones, pero el espíritu de unidad, el sentido de la responsabilidad histórica y la comunidad de objetivos prevaleció siempre por encima de las actitudes sectarias, las cuales de una forma o de otra todos padecemos. Otras organizaciones con posiciones vacilantes o reaccionarias, que habían tenido una minúscula participación en la lucha contra Batista, se apartaron rápidamente del proceso. En el propio Movimiento 26 de Julio, que había desempeñado un papel determinante en la lucha armada, hubo disensiones y algunas contadas deserciones, pero el grueso de nuestros combatientes del Ejército Rebelde y de la clandestinidad, lo mejor y lo más puro de sus filas que era la inmensa mayoría, permaneció firmemente al lado de la Revolución en todas etapas, desde el Moncada hasta la fundación de nuestro glorioso partido marxista-leninista. Si en la guerra de independencia de 1868, la división nos trajo la derrota, esta vez la unión nos dio la victoria.

La Revolución por principio jamás cerro las puertas a ningún cubano honesto, a ningún ciudadano deseoso de trabajar en ella. Fue amplia en el más estricto sentido de la palabra. Los méritos

históricos se tomaban en cuenta, pero en la nueva victoria que comenzaba a escribirse, había un lugar honroso para todo cubano digno.

Muchos de nuestros compatriotas eran demasiado jóvenes cuando la lucha insurreccional o no habían adquirido todavía una clara conciencia de clase, o no se habían elevado a un pensamiento político revolucionario por encima de su propia clase. De toda la educación política liberal burguesa que impregnaba nuestra sociedad al socialismo y al marxismo-leninismo, había un gigantesco trecho. Nuestras masas, en especial los obreros y sectores humildes que constituían la abrumadora mayoría, lo recorrieron rápidamente. La propia Revolución, la lucha resuelta contra el imperialismo y las clases explotadoras, nos enseñó a todos admirablemente.

Por eso del 16 de abril de 1961, en viril escenario de fusiles levantados por los brazos y puños vigorosos de nuestros obreros en el entierro de las víctimas del bombardeo mercenario, y próximos a entrar en combate los invasores, el pueblo trabajador pudo proclamar ya con heroica determinación el carácter socialista de nuestra Revolución. Para esa fecha los monopolios extranjeros, los terratenientes y la burguesía nacional, habían sido expropiados, y nuestra clase obrera había perdido lo único que poseía: sus cadenas. Ella, como clase revolucionaria, aliada de los campesinos y demás sectores humildes del pueblo, sería la vanguardia indiscutible del proceso.

Las condiciones estaban dadas para vertebrar en un solo partido a todos los revolucionarios. Ya desde antes se había iniciado un proceso de integración en las bases y en la dirección, pero después de las definiciones del 16 de abril y de la gloriosa victoria de Girón, nació de hecho nuestro partido, en la unidad estrecha de todos los revolucionarios y el pueblo trabajador, cimentado por el heroísmo de nuestra clase obrera, que combatió y derramó su sangre generosa en defensa de la patria y el socialismo. En adelante actuaríamos como una sola organiza-

ción y bajo una dirección cohesionada. Las geniales ideas de Martí y Lenin acerca de la necesidad de un partido para dirigir la revolución, estaban más que nunca presentes. Su ideología no podía ser el pensamiento liberal o burgués, sino la de la clase social revolucionaria que la historia misma había colocado al frente de la lucha por la liberación de la humanidad: la de la clase obrera, el marxismo-leninismo, que ya habían enarbola-do valientemente en 1925, Baliño y Mella.

Esta ideología se enlazaba históricamente con las aspiraciones de los heroicos mambises que tanta sangre derramaron por la independencia de Cuba, la igualdad y la dignidad de sus compatriotas. Solo que ahora el enemigo de la nación era el imperialismo yanqui y el enemigo social, los modernos esclavistas: monopolios extranjeros, terratenientes y burgueses. Esta ideología vinculaba la lucha nacional con el movimiento revolucionario mundial, condición indispensable para la liberación nacional y social de nuestro pueblo. La construcción de un partido marxista-leninista que dirige hoy la Revolución y garantiza su continuidad, es una de las más grandes hazañas de nuestro pueblo de este periodo histórico. El 1.º de octubre de 1965 se constituyó oficialmente el Comité Central y el Buró Político del partido.

Hemos hablado de los méritos de nuestro pueblo, pero es imposible hacer este recuento sin resaltar el papel que jugó la solidaridad internacional. Sin la ayuda decidida, firme y generosa del pueblo soviético, nuestra patria no habría podido sobrevivir al enfrentamiento con el imperialismo. Ellos, nos compraron el azúcar cuando nuestro mercado fue brutalmente suprimido por Estados Unidos; ellos, no suministraron las materias primas y el combustible; ellos, nos hicieron llegar gratuitamente las armas con que hicimos frente a los mercenarios de Girón y equipamos nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, para cobrar, el más alto precio a cualquier agresión directa de Estados Unidos; ellos, apoyaron extraordinariamente nuestra economía en estos años críticos de bloqueo económico. Miles y

miles de especialistas militares y técnicos soviéticos ayudaron a instruir a nuestras fuerzas armadas o apoyaron con su asistencia prácticamente todas las ramas de nuestra economía. El esfuerzo del pueblo soviético fue secundado en la medida de sus posibilidades, por otros países socialistas.

La deuda de gratitud contraída con el glorioso partido de la Unión Soviética y su heroico pueblo no se borrará jamás de nuestros corazones. En la solidaridad brindada a Cuba, país situado a miles de millas de distancia de la URSS, se cumplieron los sueños internacionalistas de Marx, Engels y Lenin, y la Revolución inmortal de Octubre se proyectó con invencible fuerza en el destino de este continente. Ocurrirán en el futuro muchos cambios, incluso, días vendrán en que desaparezca el capitalismo en Estados Unidos, pero nuestro sentimiento de amistad hacia el pueblo que nos ayudó en estos años decisivos y críticos, cuando nos amenazaba el hambre y el exterminio, será eterno. Ello se suma a nuestro reconocimiento hacia el pueblo que abrió el camino a la Revolución socialista y que al precio de millones de vidas, libró al mundo del azote del fascismo.

Nuestra confianza hacia la patria de Lenin es ilimitada, porque a lo largo de más de medio siglo la revolución soviética ha demostrado su apego a los principios y una línea invariable de conducta en su política internacional. Esto lo ha demostrado no solo en Cuba, sino también en Vietnam, en el Medio Oriente, en las colonias portuguesas que luchaban por su independencia en Chile, Chipre, Yemen, Angola y en cualquier parte del mundo donde el movimiento de liberación nacional se enfrenta al colonialismo y al imperialismo, como ayer lo supo hacer ejemplarmente con el heroico pueblo español. Esta verdad incuestionable no está desmentida por una sola excepción y será inútil a la larga, todo intento calumnioso de negar los hechos objetivos de la historia. La URSS ha hecho además una contribución decisiva a la paz mundial sin la cual, en esta época de escasez creciente de materias primas y de combustible, las potencias imperialistas

se habrían lanzado a un nuevo y voraz reparto del mundo. La mera existencia del poderoso Estado soviético hace imposible esta alternativa. Sus detractores se empeñan, se empeñan en negarlo, como también a veces los perros le ladran a la luna.

La Revolución Cubana siguió su curso inexorable. Progresivamente, los medios de producción pasaron al patrimonio de toda la sociedad. El 3 de octubre de 1963, fue dictada una nueva Ley de Reforma Agraria que estableció el límite máximo de tenencia de tierra a sesenta y siete hectáreas. Las fincas que sobrepasaban esa dimensión fueron nacionalizadas. A la vez, se prometió a todos los agricultores que no habría nuevas leyes agrarias, de modo que cualquier avance ulterior hacia formas superiores de explotación agrícola, solo podría llevarse a cabo mediante la voluntariedad de los productores.

Un 70 % de la tierra quedó en manos de la nación como propiedad común de todo el pueblo, que la desarrolla y explota en beneficio exclusivo de toda la sociedad. En este sentido, nuestro país dio un paso extraordinariamente avanzado. Ello era una necesidad imperiosa dado el hecho de que Cuba depende, fundamentalmente para sus exportaciones y su desarrollo, de los excedentes agrícolas.

En marzo de 1968, se llevó a cabo una ofensiva revolucionaria, en virtud de la cual un gran número de pequeñas empresas pasó a manos de la nación. Tal medida no era necesariamente una cuestión de principios en la construcción del socialismo en esa etapa, sino el resultado de la situación específica de nuestro país en las condiciones de duro bloqueo económico impuesto por el imperialismo y la necesidad de utilizar de modo óptimo los recursos humanos y financieros, a lo que se sumaba la acción política negativa de una capa de capitalistas urbanos, que obstruían el proceso. Esto, desde luego, no exonera a la Revolución de la responsabilidad y las consecuencias de una administración ineficiente de los recursos, que agravaron el problema financiero y la escasez de fuerza de trabajo.

Como única forma de propiedad privada permanecieron las parcelas campesinas, que abarcaban un 30 % de las tierras, y una parte reducida del transporte que siguió funcionando como propiedad personal de los que la explotaban directamente. En el quinquenio de 1965 a 1970, la nación concentró una gran parte de sus esfuerzos en alcanzar una zafra de diez millones de toneladas para la fase final del periodo. Esta política fue trazada por una imperiosa necesidad. Nuestra población crecería y los consumos aumentaban, esto y el desarrollo económico del país exigía crecimientos importantes de las exportaciones. El esfuerzo fue extraordinario y estaba justificado, tanto en el orden práctico como moral. De algún modo era necesario compensar también el desnivel comercial con la Unión Soviética, ello constituía un deber elemental con el pueblo que nos ayudaba generosamente. Este empeño fue uno de los más nobles y entusiastas, emprendidos por nuestro pueblo en este periodo. Las inversiones industriales no habían madurado para esa fecha. El agobiante problema de la fuerza de trabajo que fue necesaria emplear en cantidades crecientes para atender las zafras, en circunstancias en que la mecanización de la cosecha se atrasaba por razones técnicas, creó grandes desequilibrios en el resto de la economía nacional. También estaban presentes las deficiencias de organización y métodos inadecuados de dirección y gestión económica. Las realidades resultaron ser más poderosas que nuestros propósitos. Fue necesario rectificar esta situación y renunciar por algunos años el logro de ese objetivo. Ello, sin embargo, no habría sido posible sin la comprensión de los soviéticos, que aceptaron cantidades reducidas de azúcar entre 1972 y 1974, sin que por ello disminuyera el creciente envío de materias primas, alimentos, combustibles y equipos a Cuba e incrementando, por otro lado, los precios de nuestros productos de exportación, mejorando con ello la relación de intercambio.

Es preciso señalar que el trabajo económico no ocupó el centro de la atención durante los primeros diez años. En este primer

periodo de la Revolución, la supervivencia frente a la subversión imperialista, las agresiones militares y el implacable bloqueo económico, ocuparon el esfuerzo principal de la nación. Durante años hubimos de mantener más de trescientos mil hombres sobre las armas para defender al país. A ello se unía la necesidad de realizar las zafras mediante corte manual, cuando el ejército de desempleados que en el capitalismo hacía las cosechas había desaparecido con las nuevas oportunidades de empleo brindadas por la Revolución.

Aunque el bloqueo subsistió y aún subsiste, en los últimos años la nación, en medio de un relativo clima de paz, pudo consagrarse a los problemas del desarrollo económico, unido esto a una reducción de más de ciento cincuenta mil hombres en la defensa del país y una creciente mecanización y productividad en las cosechas de caña, que ahorran considerablemente el número de macheteros. Con estas fuerzas liberadas hacia la construcción, la agricultura y la industria, y adecuadas medidas de carácter político y económico que se aplicaron oportunamente, nuestra patria progresó a ritmo verdaderamente notable en los últimos años. Estos resultados habrían sido indiscutiblemente mayores si nosotros hubiésemos sido más capaces, si nuestros métodos de administración y dirección de la economía hubiesen sido más eficientes.

El país avanzó extraordinariamente en muchos campos durante el periodo revolucionario. El mérito de este progreso radica en el hecho de que mientras Estados Unidos, país poderoso con grandes recursos militares económicos y políticos, hacía lo imposible por asfixiar a la Revolución y establecer de nuevo su corrompido, expoliador y oprobioso sistema, nuestro pueblo no solo resistió y salió victorioso, sino que llevó a cabo, en estas difíciles condiciones, magníficas realizaciones.



Índice

Prólogo	5
10 DE OCTUBRE DE 1968 • <i>Velada conmemorativa de los cien años de lucha, efectuada en La Demajagua, Monumento Nacional, Manzanillo, Granma</i>	15
11 DE MAYO DE 1973 • <i>Velada solemne por el centenario de la caída en combate del mayor general Ignacio Agramonte Loynaz, Camagüey</i>	59
15 DE MARZO DE 1978 • <i>Acto de conmemoración del centenario de la Protesta de Baraguá, municipio Julio Antonio Mella, Santiago de Cuba</i>	91
29 DE ENERO DE 2003 • <i>Clausura de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, en homenaje al 150 aniversario del natalicio de nuestro Héroe Nacional José Martí</i>	129
22 DE AGOSTO DE 1975 • <i>Velada solemne por el 50 aniversario de la fundación del primer partido marxista-leninista de nuestro país, en el teatro Lázaro Peña</i>	141

1.º DE ENERO DE 1989 • <i>Acto solemne en conmemoración del 30 aniversario del triunfo de la Revolución, en Santiago de Cuba</i>	157
26 DE JULIO DE 1973 • <i>Acto central en conmemoración del ataque al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba</i>	181
16 DE ABRIL DE 1961 • <i>Honras fúnebres de las víctimas del bombardeo a distintos puntos de la República, efectuado en 23 y 12, La Habana</i>	210
16 DE ABRIL DE 1996 • <i>Acto central por el 35 aniversario de la victoria de Playa Girón, efectuado en Matanzas</i>	242
7 DE DICIEMBRE DE 1989 • <i>Acto de despedida de duelo a nuestros internacionalistas caídos durante el cumplimiento de honrosas misiones militares y civiles, efectuado en el Cacahual</i>	267
<i>Análisis histórico de la Revolución Cubana hasta 1975</i>	283



**... que esta Oficina de Asuntos Históricos
sea siempre un monumento vivo
a la obra fecunda y la imperecedera
memoria de Celia.**

Sánchez

Estimado lector:

La Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado fue creada por Celia Sánchez Manduley el 4 de mayo de 1964, como culminación institucional a la labor que inició durante la Guerra de Liberación Nacional para el rescate y conservación del patrimonio documental de la Revolución Cubana.

Atesora gran cantidad de originales: fotos, documentos, grabaciones, objetos —fundamentalmente del periodo 1952-1959—, así como un extenso volumen de prensa clandestina y de publicaciones periódicas del mismo tiempo. Igualmente conserva manuscritos de José Martí, su iconografía y la más numerosa colección de las ediciones príncipes de su obra.

La institución desarrolla investigaciones científicas sobre la etapa insurreccional y los primeros años de la Revolución; brinda servicios de biblioteca, fototeca, hemeroteca y de consulta de documentos; ofrece asesoramiento sobre temas de historia e información a distancia.

A nombre del sello *Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado* edita y comercializa libros sobre la etapa mencionada y el pensamiento político del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Cuenta, además, con la emisión mensual del *Boletín Revolución* (electrónico) y la revista impresa *Cinco Palmas*, de frecuencia anual.

Nuestro colectivo acoge con interés sus criterios y sugerencias, y agradece las donaciones de documentos y objetos relacionados con el fondo patrimonial que conservamos.

La Editorial

Catálogo editorial

- *Celia: alas y raíces*. Nelsy Babel Gutiérrez y María del Carmen Remigio (compiladoras), 2011.
- *De mi alma un instante. Poemas y dibujos de Frank País*. Armando Gómez Carballo e Ileana Guzmán Cruz (compiladores), 2011.
- *Fidel Castro ante los desastres naturales. Pensamiento y acción*. Luis Enrique Ramos Guadalupe, 2011.
- *El retorno anunciado*. Heberto Norman Acosta, 2011.
- *La lección del Maestro*. Carmen Castro Porta, 2010.
- *Mártires del Granma*. Juan José Soto Valdespino, 2012.
- *De cara al sol y en lo alto del Turquino*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2012.
- *Collar de piedras*. Tomás Cárdenas García y Naida Orozco Sánchez, 2012.
- *El Moncada, la respuesta necesaria. Versión ampliada y modificada*. Mario Mencía Cobas, 2013.
- *Quinteto Rebelde*. Norberto Escalona Rodríguez, 2013.
- *Guisa: estrategia y coraje*. Juan José Soto Valdespino, 2013.
- *Camilo eternamente presente*. Edimirta Ortega Guzmán (compiladora), 2014.
- *Lucharemos hasta el final*. (Cronologías de 1955 a 1958). Rolando Dávila Rodríguez, 2011, 2012, 2013 y 2015.
- Revista *Cinco Palmas*, números 1 al 4 (años 2014-2017).
- *Santiago siempre Santiago*. Hugo Rueda Jomarrón, 2015.
- *Enrique Hart Dávalos. Vitalidad inquieta y desbordante*. Héctor Rodríguez Llompарт, 2015.
- *Entre espinas, flores. Anecdótico*. Carlos M. Marchante Castellanos, 2015.
- *Julio 26. Monumentos en la carretera de Siboney*. Augusto Rivero Mas, 2015.
- *Mártires del Goicuría. Clara Emma Chávez Álvarez*, 2016.
- *La historia me absolverá. Edición anotada. Fidel Castro Ruz*. Eugenio Suárez Pérez (compilador), 2016.
- *La palabra empeñada. El exilio revolucionario cubano 1953-1956*. Heberto Norman Acosta, 2016.
- *La epopeya del Granma*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2016.
- *Fidel en la tradición estudiantil universitaria*. Francisca López Civeira y Fabio E. Fernández Batista, 2016.
- *Mártires de La Llorona*. Daisy P. Martín Ciriano, Mirta Z. Estupiñán González y Carlos Abreu López, 2017.
- *Mártires del 5 de Septiembre*. Orlando F. García Martínez y Andrés D. García Suárez, 2017.
- *Hasta siempre Fidel*. Rosa M. Elizalde Zorrilla y Ernesto Niebla Chalita, 2017.
- *Cien horas con Fidel* (cuarta edición). Ignacio Ramonet, coedición con Editorial de Ciencias Sociales, 2018.